
Best Seller
Editorial

Cristóbal Terror

CAMERON

2º Edición

 malbec
EDICIONES

CAMERON

Cristóbal Terror Mota



MALBEC EDICIONES

Editor: Javier Salinas Ramos

© Cristobal Terror Mota

Fotografías: Pixabay.

Dollarphotoclub

Diseño portada y cubierta: Santiago
González Prieto

Revisión: Javier Salinas Ramos

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Desde estas líneas quiero dar las gracias a todo el equipo de Malbec Ediciones y al genial escritor Juan Soto Ivars por guiarme en este camino

A mi familia, amigos y a los que nunca creyeron en mí

A mi padre, nadie se hubiera alegrado más que tú de ver este libro publicado. Diles que has vivido una vida maravillosa, diles que nunca nos olvidaremos de ti

*“Si no quieres perderte en el olvido
tan pronto como estés muerto y
corrompido,
escribe cosas dignas de leerse, o
haz cosas dignas de escribirse”*

Benjamin Franklin

LIBRO PRIMERO

CAMERON

Lo que más me llamó la atención cuando el Diablo atravesó la puerta de

mi apartamento, fue el frío que emanaba de su cuerpo y que irradiaba a toda la estancia con su sola presencia. Acostumbrado a asociarlo con el fuego, me vi sorprendido por una sensación de gelidez y vacío que se apoderó de cada músculo de mi ser. Era una sensación extraña, en la que mi alma luchaba por salir fuera de mi cuerpo, de tal modo que podía presenciar toda la escena de la que yo era protagonista, como un espectador ajeno, a través de mis propios ojos; un extranjero en mi propio yo, como si contemplara una fotografía compuesta de retazos de vida, una vida mejor.

Cuando se acercó a mí,

silenciosamente, un ruido mudo inundó toda la habitación, y ya de vuelta en mi propio cuerpo, pude acercarme a él, a una distancia lo suficientemente imprudente como para que el miedo me atenazara de arriba abajo, sintiendo que un rayo agónico partía mi existencia en dos.

Su rostro estaba desdibujado y, al aproximarme un poco más, y ahogarme en su mirada, pude observar un abismo de oscura eternidad.

—Por fin te has decidido a venir — le dije con toda la seguridad que pude reunir—. Te he estado esperando en mis sueños.

Fausto era un hombre enjuto, desdibujado y de color aburrido. La caricatura del cliché de algún escritor de medio pelo venido a menos. Se pasaba la mayor parte de su vida atendiendo el pequeño establecimiento que regentaba. Se hacía llamar Fausto, en lugar de Faustino que era su nombre real, para tratar de darle mayor enjundia a su existencia, aunque a menudo lo que provocaba era atraer hacia él miradas de extrañeza y desdén. Su vida había estado a la sombra de su abuelo Jonás, el cual había vivido algunas de las historias más asombrosas que nadie había oído nunca. Realmente, Fausto no sabía discernir qué era realidad y qué

era ficción, pues a los años descubrió que su abuelo Jonás era un encantador de audiencias al que le gustaba exagerar a la hora de relatar sus aventuras personales. Además, a menudo hacía suyas otras muchas historias que había oído alguna vez de boca de sus compañeros de trinchera durante la Gran Guerra. Cuando Jonás murió a la longeva edad de cien años dejó como legado a su nieto Fausto una única cosa: un fusil Kalashnikov que era lo que el viejo abuelo amaba más que a nada en el mundo, al menos una vez que su esposa lo dejara solo y perdido al morir muchos años antes que él. Aquel Kalashnikov era una pieza única y de

coleccionista, y el propio Jonás de nuevo tuvo que echar mano de él durante la Segunda Guerra Mundial, en la que combatió contra las tropas de Hitler.

El arma encerraba entre las juntas de su culata una increíble historia que Fausto se sabía de memoria. Todo comenzó una fría mañana de invierno, cuando el abuelo Jonás permanecía en las aguas japonesas, como último bastión para ofrecer resistencia a los países del Eje. Su barco se encontraba realizando maniobras de vigilancia a varios cientos de kilómetros de Tokio. Los soldados jugaban a las cartas o bromeaban sobre las mujeres que habían conocido durante sus escasos días de

permiso. De repente, un soldado entró en la habitación en la que Jonás se encontraba desplumando a sus compañeros con una preciosa escalera de color. «¡Venid, venid!», decía el soldado. Todos arrojaron las cartas sobre la mesa y salieron corriendo hacia la cubierta. Jonás hizo lo mismo no sin antes coger todo el dinero que acabada de ganar, agarrándolo y arrastrándolo por toda la mesa para llevarlo hasta su sitio y depositarlo a toda prisa, dentro de una vieja mochila vestida con colores de camuflaje. Una vez que casi toda la tripulación estuvo reunida en la cubierta, observaron con asombro cómo una gran columna de humo salía desde el mar; se

encontraría a escasos kilómetros de donde ellos estaban. La sorpresa dejó paso al misterio y al poco tiempo, uno de los timoneles rompió ese encanto que sólo la magia provoca en nosotros, al explicar que se trataba de una fosa volcánica que estaba señalada en los mapas. Cuando todos se dirigían de nuevo a sus camarotes o a continuar con sus tareas, algo decepcionados, se oyó un gran estruendo, de modo que la tripulación al completo se quedó paralizada de golpe. Todos volvieron a dirigir sus miradas hacia aquella columna de fuego. La fosa volcánica había escupido un gran trozo de tierra que al caer sobre el agua del mar

provocó un estruendo ensordecedor, al tiempo que repentinamente se creaba una pequeña isla volcánica. Aquella isla permaneció a flote varios días, lo suficiente como para que incluso los autóctonos de la zona que formaban parte de aquella tripulación aliada, le pusieran un nombre. La llamaron Isla Myojin, en una muestra evidente de que toda la tripulación se había encariñado de aquella islita que habían visto nacer de la nada.

Fue tras el quinto día cuando el volcán submarino volvió a realizar ruidos guturales que parecían salir de las mismísimas entrañas de la Tierra. Pero en esta ocasión en lugar de escupir

islotes y lava volcánica hacia el exterior, lo que ocurría era que el mar se estaba tragando literalmente todo lo que había a su alrededor, incluida la pequeña isla de Myojin que sólo pudo contar con cinco días de vida, ni siquiera un cartógrafo tuvo tiempo para añadirla a los mapas ni a las cartas de navegación, así que desaparecería triste y solitaria, al igual que había nacido. La confusión fue tremenda en las cubiertas de aquel enorme buque de guerra, incluso vieron peligrar sus vidas ante el temor de que ellos también fueran absorbidos por aquel mar guerrero y feroz. Finalmente, tras varias horas de agitación, las aguas volvieron a su cauce

y el mar lucía pretencioso, una calma que los acompañó varias semanas.

Un par de días después de aquel extraño incidente, el soldado que hacía labores de vigilancia de los alrededores, avistó algo desde la torre de mando y dio la señal de alarma. El único soldado raso que en aquel momento también estaba de guardia era Jonás, que se apresuró a ir a la cabina de mando y coger sus prismáticos para intentar discernir qué era lo que aquel vigilante había divisado. Se trataba de un montón de cajas de madera que flotaban a la deriva por alta mar, sin más rumbo que el que dictaba la caprichosa marea. Sin más, cogió uno de los

pequeños botes de exploración y lo lanzó al agua junto con otros soldados que lo acompañaron para coger aquellas cajas y estudiar su contenido. La sorpresa fue mayor cuando entre las cajas oyeron unos gemidos terroríficos que durante unos segundos petrificaron los exaltados corazones de los marineros. Los gemidos llegaron hasta el propio buque y provocó que una vez más, todos los soldados se agolparan en las balaustradas de cubierta para descubrir qué estaba pasando y qué demonios emitía aquellos gritos. El primero que averiguó lo que ocurría fue Jonás, que dirigía el pequeño bote. Casi escondida entre las cajas, descubrió una

pequeña figura que flotaba a duras penas y que sin duda fue uno de los fenómenos más raros que vio en toda su vida, lo cual es mucho decir pues su vida estuvo marcada de hechos increíbles. Lo que emitía esos gemidos que se estrellaban contra el despejado cielo de Japón era un cerdo.

Pronto se apresuraron a recoger todas las cajas y al pequeño cerdo que estaba empapado y asustado. Subieron todo al bote de salvamento y de allí, hasta el buque. Por el estado de la piel, concluyeron que el cerdo posiblemente había estado a la deriva varios días. Estaba hambriento y de nombre le pusieron Pu. Pu era un cerdito muy

valiente que enseguida se ganó el afecto de toda la tripulación. Esta vez los autóctonos vieron en él una señal de buena suerte y pronto lo agasajaron con todo tipo de comidas y manjares para que el pobre Pu estuviera lo mejor posible. El capitán del barco antes de abrir las cajas que acompañaron a Pu durante su travesía, le dijo a Jonás que podía quedarse el contenido de una de ellas, la que más le gustara, pero con una condición: debía elegirla antes de saber qué había dentro de ella. Tras meditarlo unos segundos, eligió una de las cajas que tenía forma alargada, precisamente por el simple hecho de que el cerdito Pu se encontraba

olisqueándola en ese momento. Todos aplaudieron la decisión y se acercaron a ella para comprobar en primera línea qué era lo que contenía. Jonás la abrió no sin cierta dificultad, no se sabe si porque realmente la caja estaba muy bien sellada o porque quería añadir una pausa teatral a la situación. Finalmente la consiguió abrir y de ella extrajo su premio: un fusil AK-47. Un Kalashnikov, el mejor fusil de todos los tiempos.

Fausto se despertó aquella mañana muy temprano, como casi todos los días. Las agujas del reloj jugueteaban a encontrarse. Eran cerca de las cuatro de

la madrugada y tenía que prepararse para abrir su pequeño negocio local, situado en un barrio olvidado hacía tiempo por el karma de las cosas buenas. Su aburrida y deprimente vida se había convertido en una rutina demasiado fácil como para dejarla atrás. Salió de la ducha y eligió una camisa azul oscuro de su discreto armario. Junto a él había una pequeña estantería de madera con varias fotos familiares. Todavía se sorprendía de ver en una de ellas a su abuelo Jonás luciendo una extensa cabellera canosa. Desde que tenía uso de razón, su abuelo siempre había sido la envidia de todos por su frondoso pelo negro azabache. A

menudo se preguntaba cómo la genética se había burlado tan airadamente de él, pues en su cabeza malvivían unos cuatro pelos mal peinados que daban la impresión de que no querían saber nada los unos de los otros. Su abuelo estaba casado con una mujer fantástica, la abuela Estela. Estela era una mujer elegante y atractiva que daba clases a los niños en un colegio de un pequeño pueblo próximo a la ciudad. Su historia es también muy curiosa.

Un buen día se levantó como siempre, se duchó, eligió un vestido del armario y se fue en bicicleta hasta el colegio. A primera hora de la mañana tenía que atender la clase de los

pequeños de Primaria, concretamente, la clase de lectura. Así que como siempre que tenía esa clase, ordenó a sus alumnos que sacaran sus libros de lectura de los pupitres. Los alumnos obedecieron al unísono con una rigurosidad casi militar, era demasiado pronto incluso para comenzar con el escándalo habitual de un colegio. La maestra sacó también su libro que tenía colocado sobre una estantería a sus espaldas. Era un gran libro cuyas tapas ofrecían un color amarillo y en cuya portada se podía ver a dos ratones jugueteando por un trozo de queso. La abuela Estela ordenó a todos que abrieran sus libros por la página

cuarenta y cuatro. Mientras los niños la buscaban desganados, algo hizo sobresaltar a Estela de repente, al mirar aquella página cuarenta y cuatro; observó que en lugar de las lecturas habituales estaba todo lleno de garabatos ilegibles. Esa mañana estaba de buen humor así que compuso una media sonrisa. Sin duda alguien le había gastado una broma, posiblemente algún niño de un curso superior o alguno de sus compañeros del claustro de profesores. Su sonrisa adquirió un gesto de cierta preocupación cuando hojeando el resto del libro, comprobó que todas estaban garabateadas. ¿Quién se habría tomado la molestia de pintarrajear tantas

hojas? A toda prisa se giró sobre su silla y buscó a tientas cualquier otro libro de la vieja estantería, tomó uno al azar y entró en pánico al observar que también estaba garabateado, y lo mismo ocurrió con el siguiente libro, y con el siguiente, y con el siguiente...

Días después, un equipo de especialistas médicos le diagnosticó un ligero derrame cerebral que posiblemente la abuela Estela había sufrido durante la noche anterior a los hechos, lo sufrió sin darse cuenta y fue tan leve que ni siquiera la despertó de su plácido sueño. Pero aquel derrame, le provocó un fallo irreparable en su cerebro por el que se vio privada de su

capacidad de lectura para el resto de su vida y por lo tanto, nunca más pudo ejercer su profesión de maestra. Cuando el equipo médico, con la frialdad y distancia emocional que los caracteriza, se lo comunicó al abuelo Jonás, éste recibió tal descarga de adrenalina y de preocupación en tan pocas fracciones de segundo, que su pelo frondoso y azabache se tornó de repente en un color blanco nuclear. Más allá de ser canoso, era completamente blanco como la nieve. Y así se quedó para el resto de su vida. Por suerte, la abuela Estela sobrevivió muchos más años a esa extraña enfermedad y murió mucho después de lo que le habían

pronosticado los médicos.

Cuentan que allá en América del Norte, las carreteras interestatales han de tener una milla en línea recta por cada tres de recorrido, para conseguir así unas eventuales pistas de aterrizaje en situaciones de extrema emergencia.

Las cosas parecen suceder en muchas ocasiones de forma caótica sin regirse por ninguna explicación aparente. En eso andaba pensando Gabriel Caronte mientras ponía rumbo al aeropuerto de la ciudad a lomos de su preciosa motocicleta que lo transportaba en volandas casi sin tocar el asfalto.

Subido a aquella máquina de fabricar sueños Gabriel se sentía libre, el viento acariciándole la cara y un gran sol naciente a sus espaldas.

El caos rige nuestras vidas de manera inevitable. Si el corazón de Javier Silva no funcionase de forma caótica posiblemente sufriría un infarto. Hay quien dice que el batir de las alas de una mariposa en Japón puede provocar un huracán en Florida. Quizás Javier Silva no se estaba planteando estas trivialidades en el preciso instante en que era conducido a la unidad de urgencias del hospital tras sufrir un ataque al corazón, quizás él desconocía por completo las teorías acerca del caos

que tanto éxito estaban otorgando al ilustre profesor Cárpelan.

Unos instantes antes, una gaviota se ve obligada a cambiar el rumbo tradicional de su viaje hacia las costas de Florida, debido a un vertido que durante esos días estaba azotando al litoral. El vertido había sido provocado a su vez por el accidente de un carguero con bandera mexicana. El gran buque se vio sorprendido por un violento huracán mientras trataba de llegar a puerto para descargar los cientos de contenedores que iban llenos de una legión de patitos de goma amarillos; aquellos patitos que, a buen seguro, harían las delicias de los más pequeños de la casa durante sus

largas sesiones de baño. En el transcurso de aquella violenta tormenta provocada por el huracán, el buque colisionó con una zona rocosa próxima al puerto de descarga. Esto a su vez motivó la ruptura del casco y el consiguiente vertido del combustible sobre las costas de Florida. Además, todo el cargamento cayó al mar, por lo que el ejército de patitos de goma también desembarcó en las playas próximas con un ritmo casi militar, marcado por el vaivén de las olas del mar.

La gaviota, ante tal desastre ecológico y viéndose obligada a cambiar su rumbo habitual, ese que

había recorrido en tantas otras ocasiones, quedó totalmente desconcertada y fue a parar desgraciadamente a uno de los reactores de un avión de pasaje-ros, que horas antes, había iniciado su vuelo. Por suerte, gracias al aterrizaje forzoso realizado de manera impecable por el piloto, el avión fue a parar a una carretera que hizo las veces de improvisa-da pista de aterrizaje. No hubo daños materiales pero sí una pérdida humana, la de Javier Silva, a quien el sorprendente accidente le provocó un gran susto que su débil corazón caótico no pudo soportar. Sufrió un infarto debido a la tensión propia de

estas situaciones. La persona que se encontraba casualmente junto al fallecido manifestó al resto de amedrentados pasajeros que simplemente sabía que el nombre del fallecido era Javier. Esta persona era Iván Sala, un vulgar usurero que debía recoger una cierta cantidad de dinero que le sería entregada por Gabriel Caronte a su llegada al aeropuerto de la ciudad.

Iván Sala era un ratero de medio pelo que por una de esas casualidades de la vida había contactado con una gran organización criminal que precisaba de sus servicios. El caso es que unos días

antes, Iván Sala se topó casi sin quererlo con unas comprometedoras fotografías de un político que pasaba unos días de vino y rosas en la ciudad de París. Aquel político estaba casado pero las fotografías lo mostraban in fraganti con una chica de dudosa reputación, treinta años más joven y que alquilaba su amor entre las callejuelas de una de las ciudades más románticas del mundo. Los rincones de París emanan pasión, pero lo de los acantilados que recortaban el cuerpo de aquella chica parisina era de nota. En cuanto consiguió las fotos, Iván supo con certeza que habría alguien que pagaría una buena cantidad de dinero para chantajear al político. Pero el pobre

Iván, aparte de ratero, usurero y ser un tipo malo, de esos que son reconocibles a primera vista en las películas de guión escaso, era tonto. Y lo que es peor, era un tonto con ideas. Así que pensó que podría dedicarse el resto de su vida a vender las fotografías y en el momento de la transacción, asesinar a sus compradores para quedarse con el dinero y de nuevo en posesión de las fotos de la polémica.

Pero en esta ocasión había tocado en hueso ya que desconocía el potencial que tenía la organización criminal a la que iba a vender las fotos. Temiéndose lo peor y desconfiando completamente de un tipejo como aquél, la organización

decidió acordar que si Iván Sala no llegaba a punto para la cita en el aeropuerto, Gabriel Caronte podría irse sin echar el más mínimo vistazo atrás.

El accidente sufrido por el avión por culpa de aquella gaviota desorientada que había perdido su rumbo, al encontrarse con un litoral colmado de petróleo y patitos de goma, había provocado que a Iván le fuera imposible llegar a su cita, ya que tras el aterrizaje de emergencia, los pasajeros estuvieron esperando en mitad de la nada y durante largas horas a los equipos de rescate. Así que tuvieron que hacer una inesperada escala en un país que se encontraba fuera de la ruta prevista, en

un territorio de Estados Unidos muy alejado de la ciudad a la que el avión debía dirigirse. Por lo tanto, tal y como estaba pactado, Gabriel Caronte perteneciente a aquella organización criminal, al ver que aquel tipo no se presentó con las fotos a la hora acordada, se apresuró a la salida más próxima, cargando con una mochila marrón que contenía todo el dinero.

Gabriel cambió su expresión de preocupación por otra con un cierto aire burlón que se adivinaba por el dibujo de su sonrisa. Lo que él no sabía era que su presunto *colegadeasuntossucios*, en realidad, lo que pretendía era asesinarlo en pleno aeropuerto, en el mismo

instante en que le entregase el dinero. De modo que, ni se imaginaba lo agradecido que debería estarle a esa gaviota que había causado el accidente de avión o mejor aún, lo agradecido que debería de estarle al carguero que previamente había encallado en las costas de Florida derramando por las playas, todo su combustible y su cargamento de patitos de goma amarillos.

Historias como éstas suceden a diario aquí y allá, son cosas que pasan, situaciones que el destino tiene preparadas para nosotros, situaciones de las que por más que lo queramos no

podemos escapar. El destino nos acoge a todos en su regazo y en ocasiones, a algunos nos deja resbalar por el violento drapeado de su manto para convertirnos momentáneamente en personas libres. Pues ¿acaso no está todo escrito?

Lo peor de llegar nuevo a un país es que no conoces a nadie. Menuda obviedad. Lugares comunes. Sentimos la necesidad de estar arraigados a un sitio, de buscar rutinas que nos anclen en la tempestad de una realidad nueva que no comprendemos. Yo que he recorrido medio mundo, lo primero que hago es acercarme a la barra del bar más

cercano, buscar sombras que me hagan sentirme como en casa. Lugares comunes. ¿Así empieza? ¿Qué hora será? Aquí todo funciona al revés. Sería genial conocer a alguien. Esa camarera por ejemplo. Si me devuelve el cambio en monedas... intentaré hablar con ella. Qué tontería. Me dice: «¿Vas a tomar algo?». Ya no sé si el mundo se me cae encima o es que sigo cabeza abajo. La vida es de los que se arriesgan. Le digo: «La mejor cerveza australiana que tengas». ¿Qué mira aquel tipo? Es un idiota. Creo que porque me lance una sonrisa ya se ha fijado en mí. Qué tontería. Seguro que lleva toda la vida aquí. No me necesita. Ni yo a él. Me

sonríe otra vez. La camarera parece simpática. La incertidumbre. La tempestad. Un triste premio al cruel juego de la vida. Nunca había visto tantas clases de bourbon. Aunque ninguno es La Rosa Negra. Vendré más. Lo peor de llegar nueva a un país es que no conoces a nadie. Sería genial conocer a alguien. Me dice: «Toma tu cambio. Lo siento, sólo tengo monedas».

Los tres ejecutivos estaban allí, en el momento exacto, a la hora señalada. Tres ejecutivos por aquello de que tratan de ejecutar con total entrega sus encargos, porque eran tres buenos trabajadores que buscan maximizar los

beneficios de su empresa, de esa gran empresa de la que fielmente formaban parte y que era una importante organización criminal.

Ellos se encontraban perfectamente acomodados en los sillones de aquel coche, cuyo deteriorado estado de sus asientos hacía ver que el notable paso del tiempo no perdonara ni siquiera a una gran máquina como era este vehículo, un Chevrolet rojizo de importación y muy poco común. Por techo sólo tenían un precioso cielo azul que colgaba de lo alto de un maravilloso nuevo día. Cerca de ellos, el mar ofrecía un resplandeciente color descanso, blanco y transparente.

El coche se encontraba estacionado en la acera derecha de una de esas amplias avenidas de la ciudad, flanqueada a ambos lados por infinitas hileras de bajísimos edificios. Desde allí podían divisar perfectamente el banco más importante, un banco que cada día tenía que soportar el constante devenir de personas inconscientes que deambulan por uno y otro lado de la ciudad, a la que consideran su sedentario hogar pero, de la que paradójica-mente forman parte como errantes nómadas. Personas que van de un lugar a otro sin saber por qué y empujados por una fuerza, que carece de razones físicas. Es la presión que cada

día ejerce la sociedad.

—Eso también lo puedo hacer yo, es muy fácil acudir a una cita y hacer todo lo posible para que las cosas resulten mal. No esperaba un comportamiento semejante de tu querida prima. ¿Cómo se llamaba? Ara... Ari... Ali... Alicia — afirmó definitivamente Marcos con una expresión de cierto sarcasmo.

—Oye déjalo ya, ¿quieres? — respondió súbitamente Cameron con el propósito de dar por finalizada una conversación que según ella no debería de haber dado comienzo.

—Sí, será mejor que lo dejéis en este punto —intervino re-sueltamente Gabriel Caronte.

—¿Sabes? Creo que tienes razón — dijo Yann. —Retomando lo de antes — dijo Gabriel—, esa galería erarealmente maravillosa, podías encontrar una amplia variedad de cuadros ¡a cuál de ellos mejor!

—Espera —dijo Yann, entrecortando las palabras de su colega de trabajo—, ¿te refieres a cuadros del tipo de los que cotizan a precios exorbitantes pero que en realidad no son más que garabatos semejantes a los que podría realizar un niño?

Mientras Yann pronunciaba estas palabras, Cameron rozaba la desesperación al darse cuenta de la tediosa conversación que se estaba

iniciando y de la que irremisiblemente iba a ser espectadora.

—Cuadros —continúo Yann— con los que los perturbados, entre los que incluyo a no pocas personas que se hacen llamar a sí mismos críticos o entendidos, fantasean y divagan durante horas al situarse ante ellos y observarlos.

—Mmm...creo que sí —respondió de forma condescendiente Gabriel Caronte, como para no impedir que Yann continuara con uno de esos discursos suyos, que tan peculiares se mostraban ante los ojos de todos.

—Eso no es arte, Gabriel —prosiguió—, no es más que uno de los

más grandes negocios de la historia.

—Si tú lo dices.

—Conozco un hecho que te agradará saber —anunció Yann con un gesto enigmático, como creyéndose sabedor de un argumento que no podría ser rebatido por ninguno de los presentes en aquel automóvil, y que daría por finalizada la controversia surgida—. En una ocasión la gran brocha española, rodeada de otros ilustres colegas, decidieron durante el mayor estado de embriaguez, realizar unos garabatos sin sentido que posteriormente serían presentados en una exposición, a la que asistiría una amplia estirpe de esos entendidos de los que te hablaba, con el

simple propósito de jactarse de ellos. Los asistentes, al presenciar finalmente los diferentes lienzos, catalogaron de forma resolutiva que ese maremagno de ebrios brochazos era una obra maestra.

—¡Vamos Yann! —replicó instantáneamente Gabriel—. Esta historia tuya es un hecho muy puntual.

En ese momento Cameron no parecía escuchar nada de lo allí expuesto y se podía observar en ella un cierto aire de indecisión y miedo, que nada tenía que ver con la conversación que estaba teniendo lugar.

—Lo cierto es que en esa galería encontré numerosas genialidades, que desde luego no habían sido fruto del

alcohol, como por ejemplo la de ese gran profeta nórdico.

Dicho esto, Gabriel abrió la guantera que se encontraba justo al lado del volante, que en ese momento sujetaba Yann con sus huesudas manos, como dispuesto a emprender un largo trayecto. Después Gabriel comenzó a buscar algo desesperadamente, a tientas, ya que era él quien ahora tenía unos argumentos difíciles de rebatir y por eso no desvió su profunda mirada de los ojos de Yann. Una vez que hizo ademán de haber encontrado lo deseado, se humedeció los labios con su lengua y extrajo, al fin, una cajetilla de cigarros.

—Pues bien —prosiguió— *El grito*

de Munch es una obra que a simple vista puede parecer estúpida, incluso realizada de forma pueril, al juzgar por su composición sencilla a base de colores vivos. Pero en realidad, encierra todo un sentimiento de terror, sentimiento que iba a marcar al siglo veinte.

En ese momento, mientras exponía sus argumentos, deslizó un cigarrillo del paquete, que sujetaba con su mano izquierda, para comenzar así todo un ritual de movimientos antes de llevárselo a la boca y finalmente encenderlo. Gabriel pensaba que este pequeño ritual era lo realmente interesante de fumar.

—*El grito* de Munch —repitió Yann con gesto teatral.

—Ya sabes —le contestó Caronte— guerras mundiales, enfrentamientos fratricidas entre naciones de un mismo mundo que se deteriora por momentos, pueblos en continua inestabilidad en busca de su grial, atentados en nombre del odio. En definitiva, anunció de forma vaticinadora el comienzo de la era del terror, la maldad en estado puro, y esto, mi amigo, Munch lo supo representar como nadie.

Apenas no había concluido Gabriel de ensalzar la figura de aquel pintor, cuando Yann se volvió hacia la joven Cameron, que se encontraba sentada en

la parte de atrás del automóvil.

—¿Y tú qué opinas de todo esto Cameron? —preguntó Yann. Ella seguía ensimismada en unos pensamientos contradictorios.

Durante toda la conversación con sus compañeros no había desviado su penetrante mirada de aquel magnífico edificio que era el banco que se encontraba ante ellos. Al ser interrogada giró lentamente su cabeza hacia Yann. En su rostro se reflejaba una mirada aún más profunda que el abismo que en ese momento la separaba de ellos. Yann, sin duda intimidado por la mirada de Cameron, se volvió de súbito hacia adelante y agarró de nuevo el volante

con fuerza. Después, Cameron volvió a la posición que había mantenido durante todo la discusión de sus amigos, llegando como a un hermético estado de concentración, absorta posiblemente a todo lo que le rodeaba.

Más tarde, tras unos inacabables minutos en el más ensordecedor de los silencios, Gabriel Caronte anunció con una voz tenue y entrecortada que «ya era la hora», para después exhalar una gran bocanada de humo.

—Cameron, ¿estás preparada? — preguntó amablemente Yann.

La chica quedó unos instantes inmóvil, observando detenidamente a Yann y después y durante un mayor

espacio de tiempo a Gabriel. Finalmente, con la actitud de alguien que ha podido escapar de una tempestad que sacude un inmenso mar de dudas, la joven abrió la puerta derecha del coche. De nuevo, se mantuvo absorta e inmóvil durante unos segundos antes de decidirse a bajar definitivamente de aquel fantástico Chevrolet, se quedó sentada en el extremo del asiento, con su mano haciendo suavemente la manivela de apertura de la puerta. Al cabo de unos segundos que parecieron interminables, se decidió a salir del vehículo pronunciando al tiempo, en voz baja, un ininteligible adiós.

No es posible que me disponga a hacerlo, creo que me estoy volviendo loca. Recuerdo ese día con gran claridad. Todo lo cambiaré, pasa un día y otro hasta que llega el momento en que tomas la decisión. Creo que no voy a hacerlo, no puedo hacerlo. Son ellos y no yo ¿los voy a dejar? ¿Aquí? Yo me encontraré delante de ese mostrador y tendré que decidirlo allí. Lo tengo que hacer, ahora es mejor. Ahora, antes que deshacerme en una constante duda frente al frío mostrador. Es entonces cuando debo mostrarme como soy serena/segura/fría. No lo soy. Ese momento es muy importante, cualquier movimiento fuera de lo normal e incluso

podrías ser tú la que acabaras allí debajo, sola. Eso no va a pasar, yo no quiero acabar así, allí abajo. Claro que tengo que arriesgarme, él me dijo que la vida es de los que se arriesgan, claro que él no se refería a esto. Tengo que arriesgarme, si no te arriesgas pierdes, si no te arriesgas pierdes. ¿Pero qué dirán ellos? No son otros. ¿Quién sabe si no acabaremos todos allí abajo? Sí, allí apartados en esa oscuridad donde se arranca el máspreciado bien de una persona, el máspreciado.

Me dice: «Tienes que hacerlo». Insiste: «Algún día abandonarás esta ciudad». Estoy harta, no soporto más esta situación, no la soporto. No deseo

estar aquí encerrada, en mi torre de marfil, aguardando, contradiciéndome/planteándome el verdadero sentido de mi existir que podría ser el amor. ¡Ah! El amor. ¿Dónde te has refugiado que ya no te veo? ¿Te has escondido? Recorres con el viento cada uno de los rincones de mi torre, de mi guarida, me eres esquivo. En ella me siento segura, demasiado segura, pero ahora voy a salir a encontrarme. A encontrarte. Estoy harta, la espera me está matando, voy a salir. Esta espera está acabando conmigo. No pretendo que acabe por consumirme. Y él, como si no fuera consigo, como si no ocurriese nada, me dice: «Tranquila que

lo vas a hacer muy bien». Todos acabaremos allí abajo. Puerta. Tengo que protegerme a mí misma. Si yo no cuido de mi misma, ¿quién lo va a hacer? Él podría hacerlo.

Bajo la ventanilla. Miro a todas partes. Allí está. Es una ingente construcción. Infranqueable. No va a pasar nada. Tranquila. Todo saldrá al fin bien. De una vez para siempre. Yo me lo merezco. Subo la ventanilla. Tengo que tranquilizarme. No estoy bien. Todo se encuentra dentro de los límites de la normalidad, hasta que llega ese día. La bifurcación. Nos conduce al fin. El sendero es oscuro, y nosotros, y yo, sólo me he dejado llevar. Es una marea que

acabará por precipitarnos a todos hacia un nuevo destino, hacia un hermoso arroyo en calma. Eso es, hacia un sendero sin bifurcaciones. Tengo que reaccionar. Aferrarme. Estoy condenada a la elección. Mi vida no es nada. Sólo soy una piedra más, una gota más que nunca ha palpado la tierra. Ellos caerán, yo voy a detenerme para lograr alcanzar la tierra firme. Tengo que tranquilizarme. Va a llegar el momento decisivo y yo tengo que estar convincente. Se acabó. Sólo quiero buscar la tierra y no dejarme caer como si no ocurriese nada, negándome a mí misma sin enfrentarme a mi destino. Los que se arriesgan vencen/sobreviven. Me

dijo: «La vida es de los que se arriesgan». Ojalá todo hubiera finalizado. No soporto estar aquí durante más tiempo. Me consumo. Ellos son así. Les entusiasma teorizar/discutir sobre materias banales durante horas. No deberían divagar/desvariar sobre tantos asuntos insignificantes. Yo sí que debo estar preocupada. Este asunto sí que es importante. No debería corresponder a ellos el manifestar sus inquietudes en todo momento. Yo soy pragmática. Estoy tranquila. Vuelve a insistir. No lo soporto más. Ahora no. No en este preciso instante. Me dice: «¿Cómo se llamaba?». Digo: «Alicia». ¿Tiene que ser ahora? Digo: «Oye, déjalo ya

¿quieres?»». Tengo que huir de aquí. Me consumo. Me despediré y nunca más volveré la vista hacia atrás. Tengo que salir. Pero no puedo hacerles eso. No a ellos. A mis chicos. Aunque tengo que conseguirlo. Al menos me despediré de ellos como realmente se merecen. Sobre todo de él. No. No les diré nada, es lo mejor. Aunque debo hacerlo. Me apetece. Eso no es un signo de debilidad. Es una despedida entre amigos. Pero él no es un amigo simplemente. Creo que se ha convertido en algo más. Tiene gracia. Sí, es algo más. Por eso debo despedirme. Es lo mínimo. Pero aquí estoy yo, confusa. Sumida en un continuo devenir de ideas/

miedos. No puedo decidir el futuro acontecer de mi existencia en un espacio de tiempo tan breve, tan escaso. Sólo es una decisión/ bifurcación más. Estamos condenados a la elección continua. Hay tantas vidas paralelas. Distintas. ¿Dónde me hallaría ahora si no hubiese escogido estos senderos oscuros por los que he camina-do errante? ¿Cuánto tiempo tendré que continuar buscando mi lugar? Ahora que diviso una luz no sé qué hacer. Quiero llegar a ella pero debería despedirme de él, de esa persona a la que tanto admiro y a la que, como siempre, no he reunido el valor suficiente para decírselo. Lo amo. Podría relatárselo. Contar con él. Huir

los dos. Habla con él. Una carta. Puedo escribirla ahora. Imposible. Tengo que partir. Quizás una llamada inesperada rompa el silencio en la medianoche. Dice: «¿Y tú qué opinas de todo esto Cameron?». Estoy harta. Esta espera me está matando. Allí delante se halla mi destino. Tan cerca que casi puedo alcanzarlo. Es el embarcadero que me permitirá alejarme hasta alcanzar un nuevo día. Me permitirá alcanzar mis sueños, embarcarme en ellos. A no dejarme llevar nunca más por la corriente. Voy a tocar la tierra.

Quiero aferrarme definitivamente a la vida. Ya está. Tranquila. Únicamente quiero alcanzar la orilla. Tengo que

decidir algo. Llegó el momento. Han sido lo mejor que me ha ocurrido. Sobre todo él. Adiós. No. No hay tiempo para despedidas. El barco no espera para zarpar. Dice: «Ya es la hora». Me voy al embarcadero. Dice: «Cameron, ¿estás preparada? Vamos». Venga Cameron tienes que hacerlo. Despídete. No. Allá voy. No puedo creerlo. No creo que sospechen. Abro la puerta. Salgo.

Cameron era la chica más guapa que jamás hayas visto, ese tipo de chicas cuya imagen se queda atrapada en tu mente a la hora de dormir y que se escapa cuando te despiertas. La eterna chica de al lado, a la que merece la pena

estar observando desde una ventana, a hurtadillas y durante horas, aunque sólo sea para verla pasar un instante.

Si nos guiamos por una de esas incomprensibles tendencias en las que constantemente nos vemos envueltos, podríamos decir sin ningún temor a equivocarnos que Cameron era una chica de su tiempo, o por lo menos eso pretendía hacer llegar a la gente; exclamarlo a los cuatro vientos a través, por ejemplo, de la moderna apariencia que expresaba su cabello. Estaba bañado por uno de esos tintes, que hacen entristecer a las leyes de la naturaleza, por aquello de la distorsión en la paleta de colores tradicional, pues era de un

actual tono cobrizo, el cual resaltaba aún más si cabe la profunda belleza de su rostro pálido y frágil.

La luminosidad de la cara de Cameron podía competir fácilmente con la sonrisa cómplice que una madre regala a su hijo mientras lo acuna, con el reflejo de la luna sobre las adormecidas aguas del océano en una noche de verano. Pero lo que más llamaba la atención era su sonrisa. Traviesa. Con un cierto aire enigmático que envolvía su expresión en un halo de distinción y superioridad. De su rostro colgaba continuamente un signo de interrogación. Su boca era grande y sus labios estaban teñidos por un color rosáceo pálido.

Los ojos de Cameron eran de un color verdoso que recordaban a las praderas que Gabriel había visitado durante sus viajes alrededor de Europa, y sus párpados caían como el anochecer, cubriendo una gran parte de esos ojos que le otorgaban una actitud de complicidad con toda persona que osara dirigir su mirada hacia la joven. Y es que su mirada era, en definitiva, *cautivadorapoderosa*, capaz de expresar cuantas cosas se imaginara por sí sola, sin tener en consideración los pensamientos de la propia mujer que había tenido la fortuna de capturarlos.

Allí se encontraba ella, tras abandonar el coche, ante la ingente

construcción que era aquel banco, el más importante de la ciudad, que velaba por los intereses de una gran cantidad de personas.

Era evidente la fascinación que esta Venus sentía por el edificio. Se encontraba como petrificada por algún sortilegio ante él. Y es que antes de adentrarse en ese gran conjunto de oficinas, ventanillas y embarcaderos en definitiva, se mantuvo durante unos instantes observándolo, ensimismada en un flujo continuo de pensamientos que ni ella misma parecía conseguir desenmarañar.

Finalmente se decidió a entrar y lo hizo junto con un gran número de trajes

que se agolpaban ante las puertas giratorias que permitían el acceso a un amplio vestíbulo. Lo que, sin duda, más le llamó la atención de aquel embarcadero fue el grandioso óculo que parecía flotar en el interior de una poderosa cúpula situada en la zona central del techado. La abertura emanaba una infinita multitud de rayos procedentes del sol que incidían sobre todos aquellos atareados marineros de traje oscuro y corbata color hueso. Y también lo hacían sobre esas personas que momentos antes se agolpaban en las inmediaciones de la entrada y que ahora, una vez dentro, decidían embarcarse en un gran viaje, en una aventura que en

muchas ocasiones no encontraría retorno. Pero aquellos intrépidos navegantes desconocían otro camino, otra solución a sus problemas. La mayoría de ellos confiaban todos sus bienes en aquellas embarcaciones con el fin de obtener alguna respuesta, algún camino que los condujese a una vida mejor, aunque al final, la mayoría de ellos no encontraba más que el abrigo de las costas de la desesperación. Otros, en cambio, regresaban victoriosos y con un considerable crecimiento de su patrimonio que, hoy en día, les abrirá las puertas del paraíso terrenal, tras varios meses de expedición navegando en las inseguras aguas de un

intempestivo mar.

Mira. Allí mismo entre una violenta marea de créditos, deudas, imposiciones, cuentas de ahorro, pólizas y algún que otro velero, parece que algo, una figura extraña, pretende surgir de aquellas agitadas aguas del mar que salpican y nos ofrecen confusas visiones. Espera. La calma que sucede a toda tormenta, se ha apoderado de hasta los más profundos estratos de aquella inmensa masa de agua. La serenidad se hizo de repente para que Venus pudiese nacer ante el asombro de todos aquellos personajes: marineros, aventureros, viajeros.

Cameron se sentía centro de todas

las miradas, se encontraba inmóvil, justo en el centro de aquella inmensa sala, ante los rocosos acantilados que se agolpaban en la costa, formando una uniforme hilera de mostradores. Dentro de cada uno de ellos había sentado uno de esos trabajadores trajeados con una chaqueta azul oscuro y una corbata color hueso, dispuestos a atender a todo aquel que osara zambullirse en las reglas de aquel burocrático juego compuesto por claves, números de acceso secreto, datos personales, dígitos de cuenta, y el correspondiente manojito de fotocopias debidamente compulsadas. Estas reglas conformaban el núcleo de aquellas operaciones que se realizaban

indistintamente en uno o en otro mostrador.

Cameron había tomado la decisión más importante de su vida. ¿Qué es la vida sino un continuo caminar marcado por innumerables bifurcaciones que debemos resolver, de las que debemos escapar? Quizá no habría que preocuparse, pues nuestro camino puede hallarse ya escrito con letras de sangre. Quizá en algún lugar ya se sabía que Cameron acabaría por dirigirse a uno de aquellos mostradores para realizar una operación al margen de lo que con anterioridad había planeado con sus dos amigos. Y aquí se hallaba la bifurcación en el camino de la joven. Un sendero la

llevaba a ser fiel a sus compañeros Gabriel y Yann, y a toda la organización criminal de la que los tres formaban parte, concluyendo de esta manera una operación para robar el banco de la ciudad, con la ayuda de un pirata informático, que le había facilitado las claves de acceso a una millonaria cuenta abierta en dicha sucursal.

Cameron sólo tenía que presentarse como supuesta titular y retirar la ingente cantidad de dinero. Este plan había sido trazado sesudamente durante largos meses por el presidente de la organización y debía ser ejecutado por los tres compañeros. El otro camino era muy similar, Cameron recogería el

dinero según lo acordado, pero con la diferencia de que se llevaría una buena parte consigo, una cantidad lo suficientemente indecente como para empezar una nueva vida, alejada de su actividad delictiva y criminal. De este modo, tomado este camino, Cameron traicionaría a sus amigos y huiría del país aquel mismo día, horas después de haber retirado el dinero de la cuenta. La decisión era muy amarga para ella y su cabeza todavía le seguía girando sin parar sobre sus hombros.

Tras profundas meditaciones había acordado con ella misma que daría de lado a sus compañeros y que huiría con todo el dinero, dejando una vida al

margen de la ley, que ya no podía soportar.

Ahora sí, los ojos de la chica, afirmaban que hoy era el primer día del resto de esta vida, o como ella misma se decía, el día en que tomaría el camino que la condujese al cielo por la puerta de atrás.

Finalmente se aproximó hacia una de las ventanillas para retirar el dinero, haciéndose pasar por la titular de la cuenta, gracias a los códigos que el pirata informático le había conseguido.

—Buenos días señorita. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Bien, espere un momento.

—Perdone, pero ¿realmente está

segura de su petición? Eso es mucho dinero.

—Espero que no haya tomado esta decisión por algún motivo relacionado con el trato que esta entidad le ha prestado.

—Vaya, en ese caso me deja usted mucho más tranquilo.

—Voy a consultarlo con mi supervisor, le ruego no se impaciente.

—Tenga la bondad de esperar unos minutos.

—Bien. Tendrá que mostrar el certificado y entregarme los códigos de seguridad de la cuenta. El ordenador central se encargará de comprobarlos.

—Lo suponía. Muy bien, todo está

en orden. Por favor pase a esta sala y acomódese. Debido a la gran cantidad de dinero la operación puede alargarse durante varias horas.

¿Por qué nos vemos en la necesidad de decirlo todo? En el mundo en el que cada día nos desenvolvemos parece no tener cabida el silencio. ¿Acaso es que tiene mayor prestigio hablar que callar? En estos días en los que corruptos gobernantes se apoderan de fondos públicos, escasea de forma acuciante el trabajo, se consiguen altos niveles de precios y la obtención de desarrollos

insostenibles es una práctica común, parece que además debemos afrontar una creciente tasa de inflación lingüística que todo lo inunda. Puedo observar continuos alardes de enmascaramiento de la más profunda de las ignorancias a través de ataques incontrolables de perifrástica verborrea, charlatanes que se creen conocedores de la verdad absoluta la cual tratan de defender con endeble argumentos, parecen estar colonizando este querido planeta nuestro. Pero, ¿acaso no es todo relativo? La profundidad de una convicción es inversamente proporcional al número de razones que se esgrimen para defenderla, quizás

estos parlanchines incontrolados deberían dedicarse al recogimiento espiritual y eso quiere decir que no traten de chistar palabra, que traten de aprender a escuchar y consigan encontrar un verdadero conocimiento a través de la aceptación y asimilación de las opiniones de otras personas, o quizá por medio de la lectura que es por otro lado una de las manifestaciones más grandiosas del silencio. Es algo mágico el silencio que invade la sala en el momento justo antes de dar comienzo un gran concierto, un discurso o cualquier acontecimiento importante. ¿Por qué creemos que es necesario hablar aun cuando no se tiene nada que decir?

Sencillamente la opresión que se ejerce sobre una persona para exigirle unas palabras a pesar de que ésta no tenga nada que comentar roza la más fascista de las posturas intolerantes. Hay que acabar con el acto de hablar por el simple hecho de hablar, desde aquí reivindico la libertad para la inexpressión, hay que saber callar aunque posiblemente se plantee a veces como una tarea difícil de llevar a cabo, pero una vez conseguido se puede llegar a compartir el silencio con una persona y disfrutar de ese momento como algo especial; esto supone alcanzar un nivel máximo de confianza y complicidad con esa persona con la que no te ves en la

obligación de estar mentalmente y en actitud apresurada, buscando temas de conversación que sacar de forma más o menos ingeniosa a la luz, lo que supondría, en cierto modo, un verdadero ejercicio de esfuerzo mental.

LIBRO SEGUNDO

DRAKE

Daniel del Vico se hallaba sentado ante la pantalla de su potente ordenador, un Mac de ultimísima generación capaz

de derrocar con una tecla, al gobierno de todo un país, o por lo menos de un país pequeño, o por lo menos, eso le gustaba decir a Dani a todo el mundo que osaba preguntarle por ese ordenador, que llevaba normalmente en una mochila amarilla. Realmente Daniel no era Daniel, sino una persona totalmente diferente, al igual que la multitud de superhéroes que vivían hacinados entre las páginas de su amplia colección de cómics y novelas gráficas.

Su verdadero nombre era Drake y con él había estado navegando durante años por las profundas aguas de la red. Su capacidad de expolio y saqueo no parecía conocer límites, era un auténtico

azote para millones de servidores, redes y bases de datos. Su mejor faceta, la de descifrar cualquier sistema informático, burlando los complejos sistemas de seguridad que habían costado millones y millones a las empresas privadas o incluso a los departamentos estatales de muchos países.

Drake era un chico de treinta y cuatro años. Llevaba su pelonegro siempre alborotado, como si no le importase su aspecto físico. Pero en realidad pasaba bastante tiempo estudiando su vestimenta y la composición de sus colores, no le gustaba dejar nada al azar. Por ejemplo,

su ensayada barba de tres días era un canto a la improvisación estudiada y poco casual. Solía vestir con ropa sencilla, unos vaqueros, una camisa de cuadros ajustada y unas zapatillas de lona con colores vivos y grandes cinturones de cuero. Era delgado y en ocasiones se ponía unas gafas que realmente no necesitaba, pero que le daban un aspecto más intelectual; al fin y al cabo llevar gafas es lo que se esperaba de un informático tan brillante como era él. Daniel, a través de su alter ego Drake, se estaba ganando a pulso el incómodo honor de ser una de las personas más buscadas por agentes de distintas agencias gubernamentales. El

cercos parecía que se estaba estrechando en los últimos meses, sobre todo, tras la promulgación de una ley inter-nacional que daba luz verde a la colaboración interagencias, para capturar a todo tipo de delincuentes informáticos. No en vano, lo que empezó siendo una afición, se convirtió en Drake, en un modo de ganarse la vida, asumiendo cada vez trabajos más y más difíciles y comprometidos.

Drake pasaba mucho tiempo en su céntrico piso alquilado. En él se sentía como aislado, como en alta mar, era un perfecto enclave estratégico desde el que podía avistar tierra, un lugar privilegiado desde donde conseguía

observar sin ser observado. El domicilio era un grandioso galeón de madera, algo avejentado por las muchas batallas libradas en alta mar pero muy confortable, amplio y diáfano. Estaba dotado de grandes ventanales en todas las habitaciones para aprovechar las fantásticas vistas a la playa y al nuevo paseo marítimo construido en la ciudad. A nuestro pirata le gustaba pasar la mayor parte del tiempo en la estancia principal, la más grande y tranquila del galeón. Trabajaba de cara a uno de los grandes ventanales de proa, dejando que finos hilos de luz enhebraran con una atmósfera amarillenta, toda la estancia, al atravesar la persiana situada

normalmente a media altura. En ocasiones, le gustaba salir a la cubierta principal para respirar aire puro y soñar con surcar mil mares en busca de playas perdidas, playas de aguas transparentes color turquesa y de arena fina, casi blanca. Era ahí, en la cubierta, donde se le ocurrían los planes más ingeniosos y a donde solía acudir cuando no hallaba la vía para acceder a complicadas rutas marítimas. Pero en esta ocasión debía subir a la cubierta por motivos bien distintos; se podría decir que su vida dependía de ello y la cubierta se intuía como su única vía de escape.

Este asunto me va a traer problemas. Muchos problemas. Si no pudiera volver a ver el mar... ellos me dejarían. Nadie iría a buscarme a ese sitio. Tan lejano, tan oscuro. ¿Gachas? No podría alimentarme de esa forma. ¿Quién querría gachas existiendo las pizzas? No podría soportarlo. Quizá ha llegado el momento de dejarlo. Retirarme. Retirarme y vivir honestamente. Viajar por todo el mundo en busca de los lugares más increíbles, de las mejores puestas de sol. Tengo que buscar un vuelo. No lo puedo dejar más. Está demasiado lejos, allí no podrían llegar nunca. Me esfumo. Está allí. Ese es el camino. Mar adentro, pero esta vez a

miles y miles de kilómetros. Un largo viaje. El más largo pero merece la pena. Qué tontería. Mi vida nunca podrá cambiar de rumbo si no termino este trabajo. Es un círculo vicioso. Qué horror. Lo único que me puede dar la libertad absoluta también me la puede arrebatar. Para de pensar. Céntrate. Tengo que acabar cuanto antes. Podría subir a la azotea. Necesito despejarme. Encontrar el camino como otras tantas veces he hecho. Venga. Cuánto ruido. Subo. Un cigarro y lo demás vendrá solo. Sé que está ahí. La solución. Dos cigarros. Necesito despejarme. Por correr más no lo voy a conseguir antes. Qué ironía. En una media hora de aire

fresco. Subo, me despejo, un par de cigarrillos. Cuánto ruido, no puedo pensar. No es normal. ¿Y la tranquilidad? A estas horas de la mañana está todo el mundo en sus trabajos. Ni un alma. ¿Y mi alma? ¿Está salvada? No me fío de ellos, pero pagan bien. Me puedo retirar para el resto de mi vida. Me dicen: «No te preocuparás por nada el resto de tu vida, chico». Todo el día en la arena. El mar. Tengo que hacerlo ya o estoy perdido. Un cigarro. ¿Qué pasa? Como mucho dos. Ese sitio tan lejano, misterioso, me atrae. Dos cigarrillos. ¿Qué es eso? Alguien se acerca, el vecino no suele estar a estas horas. Tendría que huir ya.

Espera, estoy exagerando. Uno. Dos cigarros. No dejar que el miedo te atenace. ¿Pero quién es? El portero, seguro. Ruidos. Llaman a la puerta. ¡Dios mío estoy perdido! No hacer ruido. Seguro que se marchan por donde han venido. ¿Pero quién diablos será? Silencio. Vuelven a llamar. Oigo: «Somos la policía. ¿Puede abrir?». Se detiene el tiempo. Estoy perdido.

Cuando un peligro nos acecha o cuando sufrimos una situación inesperada, parece como si el tiempo se detuviese, o al menos, como si todo transcurriera a cámara lenta, muy lenta. Flotamos por la escena, que nos

envuelve como si no fuera con nosotros. Todo es muy lento, demasiado lento, como si ocurriera debajo del agua. Pero es en ese preciso instante en el que debemos reaccionar, nuestra vida está en juego y eso es algo demasiado valioso. Simplemente actuar correctamente, donde otros muchos hubieran fallado.

A Drake no le quedaban muchas salidas y lo sabía. Muchas veces había imaginado un momento como éste, pero parece que estas cosas nunca te van a alcanzar a ti. La sola idea de acudir a prisión, aunque sólo fuera durante unos instantes de su vida, le aterraba. Posiblemente fuera ese miedo el que le dio la energía suficiente para reaccionar,

o quizá las ganas por vivir los sueños que desde joven había perseguido y que estaba tan cerca de alcanzar.

La policía comenzó a golpear la puerta cada vez más fuerte, con más intensidad, como si a cada nuevo golpe se fuese a incrementar la probabilidad de que allí, en esa habitación alquilada junto al barrio costero de la ciudad, se fueran a confirmar las pesquisas por las cuales estaban siguiendo la pista de un sospechoso desde hacía varios meses. Y no era un sospechoso al uso, se trataba del más importante pirata informático de los últimos años, posiblemente, el último gran pirata; un tipo de delincuente al que el inspector Atalanta,

que en ese momento se encontraba aporreando la puerta de Drake, no estaba acostumbrado. Para él, los villanos tienen como aliada la espesura de la noche y como testigos las sombras alargadas de la ciudad, cómplice, convidada de piedra, que no puede hacer más que girar su mirada hacia otro callejón; ratas salidas de una cloaca que se precipitan a un agujero aún más negro y profundo, con la falsa convicción de que una nueva vida les mirará a los ojos y les sonreirá con una risa burlona.

Los nervios comenzaban a apoderarse de Atalanta. Lo notaba en su respiración, fatigada y entrecortada, más

aun al observar que su único refuerzo, era un pipiolo recién salido de la academia.

Lo notaba en sus piernas, que empezaban a sentir como un desfile de hormigas atravesaba las arterias más importantes. Lo notaba en la atmósfera que surgía en esas situaciones, una quietud única, misteriosa, allí en alta mar, frente a un galeón misterioso, era la calma mentirosa que precede a toda tormenta.

Atalanta era un hombre de avanzada edad, de buena estatura, de pelo canoso con unas arrugas en la cara que apenas dejaban intuir ya, lo que en el pasado había sido un rostro de lo más apuesto,

pero esos, sin duda, eran otros tiempos, buenos tiempos; una época en la que recién salido de la academia empezó a comerse el mundo, un pedazo bastante mugriento eso sí, pero su mundo al fin y al cabo. Enseguida comenzó a destacar entre sus compañeros y participó en las cacerías de los delincuentes más importantes de la ciudad, eso sí que eran auténticas investigaciones: largas horas haciendo vigilancias nocturnas, redadas desorganizadas en las que cada noche mirabas a la muerte a la cara, visitas a los más prestigiosos psicólogos de la ciudad para que trataran de arrojar algo de luz en el patrón de comportamiento de algunos de esos criminales, horas

deambulando por la ciudad en busca de informadores, soplones de poca monta, que no dudaban en dar cualquier indicio a cambio de algo caliente que echarse a la boca, actos que realmente hacían que el hecho de conseguir la placa de detective mereciera la pena, por más que tuviera que perderse varias fiestas de cumpleaños de su pequeña hija, o festivales escolares en los que los niños salen al escenario con toda la ilusión de un mundo, que estaba empezando a desplomarse bajo sus propios pies. Quizá de esa época sólo lamentase el no haber estado más tiempo acompañando a su mujer durante las largas noches en las que, la vida de ella, se fue apagando

como una vela por culpa de una enfermedad que le arrancó el alma, un triste premio al cruel juego de la vida, que te supera, te atraviesa y se esfuma sin darte cuenta.

Siempre se guardará para él algunas largas madrugadas en las que los primeros rayos de sol, a menudo, se colaban en la habitación, despacio, como para no hacer ruido, sin querer estropear ese momento mágico en que él se pasaba horas en vela observando el rostro pálido de su mujer, sin que ella, dormida, se diese cuenta. Mientras eran sorprendidos por un amanecer color últimos días, las flores que atrincheraban la cama, su refugio donde

ella pasó sus últimos meses de vida, creaban unas sombras alargadas que sorprendían a sus manos entrelazadas, un símbolo vivo del amor que el ahora viejo detective, profesaba por su difunta mujer. Pese a todo, Atalanta había seguido adelante y en cierto modo era feliz, encerrado en una rutina que le hacía la vida más llevadera. Vivía en una pequeña casa a las afueras junto con su hija de unos treinta años. Pasaba horas mirando retratos y fotografías de los viejos tiempos en los que llegó a ser toda una eminencia dentro de la jefatura. Las fotos, muchas de ellas en evocador blanco y negro, immortalizaban esas celebraciones en el Café Estigia, cuando

fue condecorado con varias medallas al valor, o cuando pudo lucir, orgulloso, su recién conseguida placa de detective junto con el alcalde de turno y otros peces gordos de la ciudad. Quizás ahora, él fuese un tipo gris, de los de entonces, sumergido en su particular mundo en blanco y negro, como el de sus fotografías, en una época que él no comprendía y que parecía haber sido coloreada, a la fuerza, por pigmentos artificiales.

En ello andaba pensando el detective Atalanta, cuando de repente, casi sin haberse dado cuenta, su inexperto compañero, posiblemente harto de tanto aporreo a una puerta, que

se le antojaba como un muro que le separaba del éxito y la fama por capturar a uno de los delincuentes más buscados, decidió derribarla con una soberbia patada y de un salto se adentró en la estancia. Atalanta no tuvo tiempo de reaccionar e impedirle tal arriesgado movimiento, por lo que no pudo preparar una maniobra que cubriese y diese respaldo a su compañero. El joven y envalentonado detective se encontraba, tras su entrada triunfal, en el centro de la sala principal del moderno galeón de Drake. Solo. Al descubierto. Era hombre muerto, poli muerto.

Atalanta no tardó en reaccionar más que unos segundos, unos segundos que le

parecieron toda una eternidad, como si se encontrase sumergido en las profundidades de un océano oscuro y solitario. El tiempo suficiente para desenfundar su arma reglamentaria y asomarse al interior de la estancia y comprobar que allí, por suerte, no había nadie más que su atolondrado y nervioso compañero, recién salido de la academia, es decir, ni rastro del temible corsario. Si alguna vez estuvo allí, se había esfumado entre la niebla del mar, que ahora empezada a subir su nivel. Tras unos días de un tiempo estupendo, la tormenta se acercaba.

Ambos agentes se quedaron, durante casi un minuto, inmóviles en la cubierta

del barco, cuyas maderas se teñían ahora de un color grisáceo por la espesura de la niebla que comenzaba a inundarlo todo desde la proa. Estaban alerta, al acecho de posibles ataques furtivos de piratas, que les aguardasen cobardemente escondidos en la retaguardia, entre alguno de esos viejos barriles de madera ocre, cargados de un licor de dudosa calidad, que ellos mismos destilaban y al que les gustaba llamar ron.

Tras ese minuto, los dos policías comenzaron a deambular por la cubierta de aquel loft, desarrollando un juego sincroniza-do de pasos casi idénticos, incluso graciosos si algún espectador

casual de la escena se fijara únicamente en sus pies, lo que hacía crujir las viejas maderas con las que aquel viejo galeón había sido construido. Con estos precisos movimientos trataban de comprobar que en la estancia ya no quedaba nadie, salvo ellos dos, en definitiva, que estaba vacía y fuera de peligro para acto seguido poder crear lo que en el argot policial se denominaba «un perímetro de seguridad», y a partir de ahí, buscar con calma alguna prueba que les confirmase que, al menos, Drake había estado viviendo allí durante un tiempo, el suficiente como para poder establecer un lugar de trabajo y cometer alguna de sus fechorías, pero sobre todo,

lo que más ansiaba encontrar Atalanta era algún indicio que les guiase al próximo paradero del pirata más buscado de todos los tiempos.

Una vez que se habían cerciorado de que estaban fuera de peligro, Atalanta cambió completamente su rostro y entró en una especie de trance, que le llevaba a una concentración máxima consigo mismo y con el entorno que le rodeaba. Buscaba algo, cualquier cosa, por insignificante que pudiera resultar a simple vista.

Segundos más tarde parecía haber realizado un minucioso estudio de toda la sala y en su rostro comenzó a dibujarse una sonrisa pícaro. Ahora más

relajado, comenzó a reprender a su compañero por la estúpida acción que había puesto en juego la misión y sus propias vidas.

—No debiste haber entrado de esa forma en la casa de un sospechoso —dijo el detective Atalanta en un tono serio y riguroso—. Sobre todo, si desconocemos si se encuentra armado o si era consciente de nuestra llegada. Has sido un imprudente.

—Tienes toda la razón, me parece que me he dejado llevar por un estúpido sentimiento de valentía, que no he podido controlar —dijo el joven policía.

—Lo que me parece a mí es que

ahora los jóvenes veis demasiadas películas en la tele.

—Es cierto, no volveré a repetirlo —respondió rápidamente y de forma ciertamente convincente.

—Eso espero hijo, o por lo menos, la próxima vez espera que tenga cubierta tu posición o que haya alguien como público, aparte de este viejo, para poder ver tus piruetitas —apostilló Atalanta, que mientras pronunciaba su sermón se guardaba para él la suposición de que con esa actitud nunca se ganaría una placa ni la correspondiente foto en el rincón de honor del Estigia.

—Bueno. ¿Qué opinas de la situación Atalanta?

—Por lo que he estado viendo, hay una taza de café caliente en la cocina, papeles por el suelo que probablemente se hayan deslizado de ese archivador a medio abrir o a medio cerrar, vete tú a saber. Pero sobre todo, mis esperanzas... —se detuvo un momento, lo justo para tomar aliento y agacharse a buscar algo debajo de un sillón granate que parecía de lo más confortable, situado junto al balcón—. Mis esperanzas están... en esta cosa. ¿Cómo lo llamáis? ¿Memoria USB?

Atalanta se levantó orgulloso, mostrando la memoria USB en su mano derecha y con una amplia sonrisa se la cedió a su compañero el cual la sostuvo

entre sus dedos durante unos instantes. Asiéndola con un cuidado casi enfermizo la levantó a la altura de sus ojos y se quedó observándola fijamente con una mirada penetrante, como si quisiera atravesarla con la vista y que sus ojos pudiesen observar lo que había detrás de ella, que no era otra cosa más que el amplio mar que se veía desde aquella estancia donde presumiblemente había vivido Drake durante varias semanas, un mar que empezaba a agitarse con fuerza y cuya marea, al subir, había perseguido a la cálida arena de la playa, la cual parecía avergonzada por haber perdido varios metros de su arrogancia característica.

—¿Crees que esta memoria informática nos puede ser de utilidad? —al fin se decidió a preguntar el joven policía, sin perder en un ápice la rigurosidad de su postura afilada sosteniendo el artilugio en su mano a la altura de su mirada—. Quiero decir, ¿crees que la información que contenga nos puede dar alguna pista del próximo paradero de Drake o darnos algún indicio de los trabajos que ha hecho durante su estancia aquí?

—Creo que sí, no me cabe ni la menor du...

El viejo detective no pudo terminar su frase, pues de repente su joven compañero se giró hacia él y le disparó

dos tiros certeros al pecho. Atalanta quedó desplomado en el suelo mientras un color rojo intensísimo comenzaba a mezclarse con el marrón de las maderas quebradizas con que estaba fabricado el galeón de Drake. Si hubiera habido una bodega en la planta de abajo de aquella cubierta, la sangre se hubiese filtrado como la lluvia, hasta alcanzar a los barriles de ese licor elaborado por los piratas, un licor de dudosa calidad y al que a ellos les gustaba llamar ron.

—Buenos días.

—¿Cómo prefiere que le llame?

—Entiendo

—He oído hablar mucho y muy bien

de usted.

—Tenía muchas ganas de conocerle en persona, sé que las negociaciones han sido duras pero al final todo ha llegado a buen puerto y me alegro mucho.

—Usted va a desempeñar un papel fundamental en nuestra organización. Me imagino que la señorita de abajo ya le habrá explicado en qué consistirá su trabajo.

—Sí, así es a grandes rasgos. Sobre todo, quería destacarle la importancia vital que tendrán sus acciones en la primera fase del plan, para que todo salga según lo previsto.

—Ya me lo imagino.

—Drake, estamos encantados de

tenerle entre nosotros, no se arrepentirá de su decisión.

La Organización constituía todo un entramado político, eco-nómico y social, un ente globalizado por encima del bien y del mal, un lugar donde las cosas no son ni blancas ni negras, donde los chicos buenos no son tan buenos y los malos no son tan malos; protectora incansable de la ciudad, del país y de todo aquel que se encontrara de forma directa o indirecta bajo su influjo. No cabían medias tintas, las cosas si se tenían que hacer, simplemente se hacían. Era un reino en el cual el fin siempre

justificaba los medios. Su fundación, allá por los años cincuenta, marcó el inicio de una nueva época, tiempos duros en los que se comenzaron a tomar decisiones drásticas, casi siempre fuera del alcance de la ley. Sin duda, eran otros tiempos, tiempos en los que una sola persona podía cambiar el rumbo y el devenir de todo un continente, incluso de todo el planeta.

Las primeras conexiones de esta *megaorganizacioncontrolalotodose* establecieron durante los inicios de la Guerra Fría, una vez terminada la II Guerra Mundial. En esos momentos de dudas y de temor generalizado empezó a gestarse un movimiento ideológico que

no apoyaba a una o a otra causa, pero que desde el inicio siempre se le tachó de estar más cerca de los comunistas. Eran tiempos de dualidad, de espionaje y misterio. Nada parecía ser lo que realmente era, y en eso, los primeros miembros de lo que a la postre sería la Gran Organización, eran unos auténticos maestros.

Una noche de julio de 1950 un grupo de personas con intereses comunes, con tanto dinero como para no mantener la cabeza lo suficientemente fría, tal y como requería la coyuntura política del momento, decidieron confabularse para hacer del mundo un sitio mejor, para no volver a repetir los errores del pasado.

¡Menudo aquelarre se celebró aquella calurosa noche de verano! Lo que empezó siendo un conjunto de reuniones esporádicas e informales entre un grupo de amigos, acabó por convertirse en lo que se conoce como la «Primera Gran Cita», una reunión que se estuvo planificando durante meses y que se celebró finalmente en la opulenta mansión de uno de ellos, a orillas del río Loira. A ella asistieron los que hoy se consideran como los padres o creadores de La Organización y durante dicho acto se establecieron las bases ideológicas y organizativas de lo que a la postre se convertiría en todo un maremágnum organizativo a lo largo y

ancho del planeta.

La reunión se prolongó durante varios días y sirvió, sobre todo, para elegir a cuatro de los asistentes, como los primeros líderes absolutos de La Organización. Las votaciones no fueron sencillas ni mucho menos. Era un tema de vital importancia el fijar una cabeza visible para ese movimiento que estaba empezando a fraguarse, y aunque todos compartían una misma idea básica, eran muchas las posturas al respecto. Se necesitaba por lo tanto una cúpula directiva que fuese capaz de comenzar a tomar decisiones a partir de ese mismo momento y a la que no le temblara la mano. Por lo tanto durante el transcurso

de aquellos días junto al Loira, se desarrolló un complejo juego de envidias de salón que dio lugar a todo tipo de conversaciones, pactos y alianzas. Los pasillos, habitaciones y jardines de la mansión se convirtieron en lugares con una actividad frenética, corrillos de gente andando de allá para acá, acaloradas discusiones sobre temas de toda índole, voces que se alzaban a favor de una tercera Guerra Mundial, pos-turas encontradas en lo referente a política, cultura, tecnología o medio ambiente.

Pese a todo, la última de las noches en aquel fastuoso pala-cete junto al río, se decidió convocar a todo aquel selecto

grupo de amigos que habían convivido juntos durante varios días, para que se dirigieran a las doce en punto de la medianoche al salón principal de la mansión. Allí se celebraría una votación de la que necesariamente tendrían que salir los primeros presidentes de La Organización. En esa votación, finalmente no hubo grandes sorpresas. Las cuatro personas que originariamente habían iniciado esos movimientos ideológicos, hacía ya varios meses, y que además eran las que contaban con un mayor patrimonio fueron las elegidas.

Una gran mesa rectangular acogió a todos los asistentes durante aquella larga noche de votaciones, mientras la

brisa nocturna se apoderaba de las papeletas donde cada persona debía escribir el nombre de sus candidatos a ocupar la máxima jerarquía.

Estas papeletas, de un color amarillento, se dedicaban a flotar libremente por la gran mesa, empujadas por el aire que se colaba por los grandes ventanales que flanqueaban el salón y que se mantuvieron abiertos durante toda la velada. Flotaban tranquilamente como ajenas a la importancia que iban a tener en el transcurso de la historia. El anfitrión de la reunión, dueño de la casa, hizo las veces de notario y decidió mantenerse al margen de dichas votaciones, en esos minutos de tensión

andaba más preocupado porque no se perdiera ninguna papeleta ni se apagaran los más de veinte candelabros con que estaba iluminada la estancia, que por el resultado de la importante votación que se estaba realizando.

Tras varias horas de diálogo intentando acercar posturas, se procedió a realizar una única votación que tuvo como resultado casi unánime, la elección de las cuatro personas que ocuparían a partir de esa misma noche la presidencia de La Organización de forma indefinida. La votación fue en cierto modo coherente y justa, ya que estas cuatro personas eran las que verdaderamente habían iniciado y

extendido los movimientos ideológicos y además se habían preocupado de captar potenciales simpatizantes. Si aquella mansión estaba llena de personas, sin duda, era gracias a estos cuatro individuos. Sus nombres: Ernesto Méndez, James Astor, John Sander y Victor Kendall.

«Los Cuatro», como así empezó a llamárseles, pronto comenzaron a tomar medidas. La primera, la captación de fondos para garantizar la subsistencia de La Organización, de modo que todas las personas presentes en la votación, un total de cuarenta, se convirtieron inmediatamente en socios fundadores al exigírseles un desembolso económico en

función del patrimonio personal de cada uno, lo que por otro lado les garantizaba derecho a voto en las reuniones periódicas que se celebrasen. A partir de ahí, se comenzó a diseñar una especie de organigrama funcional en el que se dejó constancia de las tareas que iban a empezar a desempeñar cada uno de los cuarenta miembros. Las funciones eran de lo más variopinto debido a la diversidad de personajes que formaban parte de esta Organización en estado germinal. Había políticos, economistas, banqueros, filósofos, científicos, escritores, militares; que se dedicarían a diversas materias relacionadas con su campo de actividad, pero sobre todo,

había una tarea común para todos ellos que sobresalía del resto: transmitir el mensaje ideológico de La Organización por todos los estratos de la sociedad.

Los primeros años de la década de los cincuenta pasaron rápido y el mensaje empezó a calar hondo en la vieja Europa y Estados Unidos. La Organización no era algo físico materializado en un edificio o conjunto de oficinas, era algo que iba más allá, mucho más, era un concepto abstracto, una forma de entender el mundo, un mundo que comenzaba a sacudirse temerosamente de un mal sueño del que no estás seguro si has despertado. Se comenzó a desarrollar una acción global

pero trabajando de forma local. Cada persona de cualquier rincón del mundo, seguidora del movimiento ideológico que había nacido con la fundación de La Organización, aunque no fuese una de esas cuarenta personas elegidas como miembros, estaba plenamente autorizada para esgrimir aquel mensaje como arma de lucha contra todo aquello que chocara frontalmente con esta nueva manera de pensar, de modo que un habitante de una remota aldea de Italia, por ejemplo, podría robar, secuestrar o incluso asesinar, al cacique que se estaba dedicando a extorsionar y hacer la vida imposible a toda la aldea. Sus actos estaban completamente

justificados, si se hacían a favor de limpiar toda la suciedad que estaba impregnando al mundo, si se hacían con el propósito de conseguir un mundo mejor, más justo e igualitario. Si ese aldeano fuese llevado ante la justicia, la condena nunca repercutiría directamente en La Organización, pues el aldeano estaba actuando por su propia cuenta y riesgo. Incluso es posible que saliese absuelto en un proceso judicial si el influjo de La Organización hubiese llegado hasta el juez de turno. De modo que los cuarenta miembros fundadores o los cuatro presidentes nunca se verían comprometidos ya que sus identidades permanecían ocultas para la gran

mayoría de la legión de seguidores con que ya contaban.

Sólo unos pocos afortunados, personas muy cercanas a La Organización pero que no formaban parte de los cuarenta miembros con derecho a voto, conocían realmente las identidades de alguno de ellos o los entresijos de las reuniones periódicas que se celebraban. El resto de confesos seguidores, se conformaba con idolatrar a un grupo de personas desconocidas cuyo único objetivo era el de cambiar el mundo.

Los incondicionales se contaban por cientos de miles al finalizar los años cincuenta, y surgió la idea popular de

denominar a La Organización y al movimiento social que surgió de ella como MASK, máscara en castellano, acrónimo formado por las primeras letras de los apellidos de los cuatro presidentes electos, también conocidos como Los Cuatro: Méndez, Astor, Sander y Kendall.

Las primeras misiones oficiales que se planearon estaban dedicadas principalmente a hacer un trasvase de personas de un lado a otro del muro de Berlín, sobre todo se ayudaba a personas interesadas en los principios de MASK, que podrían convertirse en potenciales colaboradores. Para este tipo de misiones, se debía contar con

infiltrados en aduanas, policía, médicos, transportistas, falsificadores y un sinnúmero de profesiones más, lo cual nunca llegó a ser un problema, pues desde los comienzos fueron muchas las personas que se identificaron con esta particular forma de pensar.

Del mismo modo que los seguidores se multiplicaban con el paso de los años, también comenzaron a salir un gran número de detractores que ponían en duda, los dudosos procedimientos que empleaba La Organización. Pensadores de la época observaron con recelo y cierto temor, la oleada de actos ilegales que se estaban cometiendo a lo largo y ancho de Europa y Estados

Unidos en nombre de MASK, es por ello, por lo que en algunos sectores se le comenzó a denominar también como «Máscara de Muerte», por la política de terror que estaban desarrollando. Del mismo modo, a los cuatro presidentes también se les empezó a conocer como «Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis».

Algunos de los seguidores de La Máscara de Muerte fueron perseguidos y a veces aniquilados, incluso aún lo son en nuestros días. Del mismo modo, muchos pensaban que la muerte en extrañas circunstancias de James Astor, uno de Los Cuatro Jinetes había sido un asesinato organizado por algunos de esos detractores que había conspirado

para pagarle con su misma moneda manchada de sangre.

MASK supo reponerse a la dura pérdida de Astor, uno de sus miembros fundadores, y su hueco en la presidencia pasó a ser ocupado por uno de los cuarenta socios con derecho a voto. La mayoría de los seguidores que La Organización tenía por todo el mundo ni siquiera sabía del cambio habido en la presidencia, ya que toda la información referida a La Organización o a Los Cuatro llegaba al ciudadano de a pie muy desdibujada. Nadie sabía realmente si aquella organización existía realmente o si no era más que un conjunto de teorías conspiratorias creadas por un

grupo de chalados.

Con el tiempo, MASK pasó a convertirse en un arma de doble filo, muchos desalmados cometían horribles fechorías en su nombre y la violencia se transformó en un medio de pago a fondo perdido. Los miembros de La Organización comenzaron a deber demasiados favores a demasiadas personas que cada vez exigían demasiado dinero por su colaboración o pedían sin remilgos un trozo de aquel pastel que se estaba volviendo cada vez más apetecible. El diablo se cansaba de expedir facturas a cambio de nada y decidió encarcelar a la bondad humana en la celda más profunda del infierno y

tirar la llave.

Las siguientes misiones se vieron superadas por un tráfico de influencias que llevaba a MASK a un callejón sin salida. Ya no se sabía si se colaboraba ayudando a comunistas a cruzar al lado capitalista o a capitalistas a cruzar al lado comunista, posiblemente las dos cosas a la vez. En definitiva, el movimiento ideológico con que había empezado todo había cobrado vida propia y era un gigante difícil de dominar. Pese a todo, las misiones seguían desarrollándose en distintos ámbitos. Se estaban realizando investigaciones científicas para controlar el sector de las nuevas

industrias farmacéuticas, así como para conseguir avances tecnológicos en el campo del armamento militar, que luego vendían a uno u otro bando sin consideración alguna. Si La Organización lograba apagar un fuego, apoyando un levantamiento social en alguna revuelta de sublevación contra el poder autoritario establecido en alguna zona, las armas vendidas en otras zonas encendían hogueras de muerte y destrucción, vacías de cualquier contenido político o social, era el terror por el terror, apagar el fuego con un barril de gasolina. Si la Guerra Fría se había denominado así porque oficialmente no se produjo ningún

conflicto bélico, el derramamiento de sangre que hubo en esa época acabó con la Paz, la cual tuvo que morir durante algún fuego cruzado, mientras la concordia miraba hacia otro lado con demasiada frecuencia.

Los Cuatro trataron de enderezar el rumbo de todo el movimiento que habían creado y comenzaron a medir meticulosamente sus intervenciones a partir de los años sesenta. Participaron activamente en la Crisis de los Misiles (la única vez que Estados Unidos estableció su nivel de alerta en DEFCON 2 y que provocó que el planeta entero se asomara al abismo de una auténtica guerra nuclear), en golpes

de estado por América del Sur y África. También se preocuparon más por tener asegurada su presencia en las esferas políticas y financieras de un gran número de países de todo el mundo. Para ello necesitaban que importantes políticos y personalidades se sintieran identificados con la causa de La Organización.

Durante estos años, la principal inquietud fue la de reconvertirse en un arma de diálogo dejando de ser una máquina atroz de guerra y devastación, se convirtieron en una eficaz herramienta de creación y generación de opinión asegurándose que su causa se extendiera en todos los ámbitos que

sustentan la estabilidad de un país.

Con el paso de las décadas, los seguidores de MASK alcanzaron el poder y se convirtieron en los líderes mundiales en la sombra, manejaban los hilos de unas marionetas a las que ponían nombres de Jefes de Estado, directores de empresas multinacionales, colectivos científicos, artistas, guerrilleros revolucionarios, etc. Si un país decidía bajar los tipos de interés, acudir a una guerra, subir los precios, desarrollar una vacuna o luchar a favor del medioambiente, posiblemente MASK estuviera detrás de aquellos actos. Su idea primigenia de hacer un mundo mejor seguía tan latente y viva

como el primer día, aunque para ello tuvieran que asesinar a un alto cargo político que se había vuelto corrupto, piratear sistemas de seguridad, robar planos y documentos clasificados, o tomarse la justicia por su mano a la hora de capturar terroristas internacionales.

Con la entrada del nuevo siglo, las historias que hablaban de un grupo de personas capaces de dominar el devenir del mundo, sonaban cada vez más lejanas, débiles eran los ecos que traían noticias de MASK o de alguno de los miembros de Los Cuatro y ciertamente la actividad frenética de los primeros años, dejó paso a un conjunto de acciones más puntuales, mucho más

concretas y muy bien estudiadas, si bien la influencia de La Organización en todos los estamentos de cualquier sociedad seguía muy vigente. Lo cierto es que MASK se tuvo que reponer de nuevo y casi reinventarse a sí misma (al igual que hizo tras la muerte de Astor) tras las sucesivas crisis económicas que comenzaron a principios de los años noventa y continuaron durante la nueva centuria. Por ello la obtención de fondos era una de las preocupaciones principales de Los Cuatro, en la actualidad.

Sin duda, Drake cobraba una vital importancia en este nuevo contexto al

que se enfrentaba La Organización. Él había sido el elegido para solucionar la acuciante necesidad de liquidez que se requería para poder acometer las nuevas acciones que hiciesen del mundo un lugar mejor.

—Drake, estamos encantados de tenerle entre nosotros, no se arrepentirá de su decisión —afirmó rotundamente el señor Khonton.

—Lo mismo digo —se apresuró en contestar Drake, para parecer lo más amable posible.

Ambos se estrecharon las manos con firmeza durante algunos segundos más de lo normal en estos casos. Se quedaron mirándose directamente a los

ojos a lo largo de unas fracciones de segundo que al final resultaron ser algo incómodas. Una vez se soltaron, ambos quedaron más relajados y se dejaron caer en los respectivos respaldos de sus sillones. Las formalidades habían concluido y el señor Khonton pretendía charlar con Drake de una forma mucho más distendida. Durante ese apretón lo había observado, se había asomado al interior de su alma y había visto en él alguien de confianza, una persona íntegra y responsable. La reunión se había realizado en el despacho del propio Khonton, en uno de los últimos pisos de un gigantesco edificio de la ciudad, que en su totalidad era

propiedad de La Organización. Desde aquel espacioso despacho, totalmente diáfano, pintado de un color azul claro, se tenían unas impresionantes vistas de toda la ciudad. Drake nunca había tenido la oportunidad de contemplar aquella ciudad desde un punto de vista tan privilegiado y se sentía algo maravillado. Necesitaba exclamar algún comentario al respecto pero decidió contenerse por respeto a la importante persona que se encontraba ante él, de espaldas a los grandes ventanales que remataban el despacho.

Khonton era un pez gordo dentro de La Organización, había entrado en ella hacía ya bastantes años y consiguió con

mucho trabajo y esfuerzo hacerse un hueco en los puestos más importantes del organigrama funcional. Si Los Cuatro eran una especie de dioses temidos y adorados por partes iguales, el señor Khonton era su enviado en la Tierra. Los Cuatro ya tenían una avanzada edad y no se prodigaban mucho en los actos de La Organización. Con el paso del tiempo vieron reducidas drásticamente sus apariciones públicas y fueron dejando la toma de decisiones y el trabajo duro en manos de personas de confianza. Khonton era una de esas personas, por ello ocupaba el segundo mejor despacho de todo el edificio sólo por detrás de la Gran Sala de Los

Cuatro, una enorme habitación que llenaba toda la planta del último piso. Desde allí se sentía alguien importante, intocable, un semidiós enviado al mundo, al que podía observar desde aquella torre de marfil, una mirada panóptica que llegaba a todos los rincones de la ciudad y que permitía ejercer su poder en todo el planeta.

Mientras el señor Khonton estaba acomodado en su gran sillón, la corbata de su camisa verde hacía posturas imposibles al descansar sobre su torso, algo rollizo y con signos inequívocos de que la edad comenzaba a exigirle ciertos sacrificios que por lo visto él no pensaba conceder. Sabía con certeza que

llevaba una sogá por corbata. Era un tipo bastante corpulento, con un profundo pelo canoso, que le hacía parecer más viejo de lo que en realidad era. Se consideraba una persona exigente consigo mismo y por ende también lo era con cualquier persona con la que tratase mínimamente; siempre esperaba mucho de los demás. Además tenía una gran capacidad de trabajo y de comunicación, lo que sin duda, lo había llevado a ocupar esa posición tan privilegiada en MASK. Por otro lado, era una persona de trato fácil, muy alegre y que inspiraba mucha confianza. «Un buen tipo», pensó Drake.

—Como le decía, su papel en La

Organización nos parece fundamental — afirmó con solemnidad el rollizo y orondo señor Khonton.

—Sí, eso tenía entendido —le respondió Drake. —Dígame. ¿Qué sabe acerca de MASK?

—Pues, la verdad, sólo conozco todas esas cosas que se dicen por ahí. Si le soy sincero señor Khonton ni siquiera sabía con seguridad que existiese realmente, dudaba de que todo se tratara de una gran leyenda urbana, alimentada por el paso de los años, pero... finalmente aquí estoy. Y la verdad es que ahora mismo me siento bastante afortunado e impresionado a partes iguales.

—Vaya Drake, sabe usted eludir una pregunta, espero que haga lo mismo con los sistemas rastreadores de Seguridad Nacional. ¿Impresionado? ¿Por qué?

—Bueno, si lo que he oído es cierto, se trata de algo más que una gran compañía con varios lustros de antigüedad, tengo entendido que es más bien todo un movimiento ideológico que surgió acabadas las dos guerras mundiales, y al que podemos achacarle algunas de las decisiones más importantes que se han tomado en los últimos años en torno a temas de la más diversa índole.

—Veo que ha hecho bien los deberes Drake, eso me agrada. La verdad es que

está usted en lo cierto. Nuestro poder y nuestra influencia copan las cotas más altas de la sociedad mundial y queremos hacer llegar nuestra influencia a los ámbitos que sustentan la civilización actual: economía, medio ambiente, finanzas, tecnología, política.

—Y ahí entro yo...

—Eso es, usted es la llave que nos permitirá entrar en una nueva época de esplendor. Tenemos muchos proyectos y esos proyectos necesitan financiación. No es que La Organización ande precisamente mal de dinero, pero los simpatizantes de nuestro movimiento están pasando por problemas económicos y eso hace que sus

aportaciones se estén viendo reducidas en los últimos años.

—Entiendo.

—La misión para la que se le ha contratado es sencilla. Usted debe descifrar la red informática de uno de los bancos más importantes del mundo —Khonton se incorporó sobre su sillón y se acercó algo más al borde de la mesa, como si quisiera susurrarle algo a Drake—. No se detenga con minucias, en esta ocasión no nos importan informes confidenciales, listas de clientes del banco, ni ninguna otra cosa. Sólo necesitamos las claves de acceso para retirar fondos de una de las cuentas más importantes del banco y

también una de las más manchadas de sangre. Nosotros señor Drake no robamos a nadie que no se lo merezca. Una vez haya conseguido esas claves, se las facilitará a su contacto en esta misión, Cameron.

—¿De quién se trata? —preguntó Drake con gran interés.

—Cameron es una chica de total confianza en La Organización, lleva muchos años trabajando para nosotros y además es una gran persona. Espero que tenga oportunidad de conocerla, le encantará.

—Entiendo —dijo Drake mientras esbozaba una sonrisa tímida y juguetona—. Pero me refería más bien a quién es

el titular de esa cuenta bancaria.

—Ah...se trata de la cuenta bancaria de una empresa fantasma, creada para blanquear dinero. La empresa es Century of Ilusión. Seguro que le suena, es la...

—Una de las organizaciones de la acaudalada empresaria Sara Armero, cabeza visible del partido político de ultraderecha Nuevo Horizonte — intervino Drake entrecortando las palabras de Khonton—. Creía que Century of Ilusion era una especie de ONG que ayudaba a proteger el medio ambiente y los derechos de los niños en África.

—Sí, los niños de África y de todo el planeta, pero lo cierto es que no es

más que una de las muchas empresas tapadera que Sandra Armero tiene abiertas por todo el mundo. Por ello, el objetivo de la misión es doble. No sólo estará consiguiendo una importante cifra de dinero para La Organización sino que además estaremos dando un golpe definitivo a esa maldita mujer a la que le tenemos muchas ganas. No podemos tolerar que se juegue con el destino de millones de niños ni con el medio ambiente.

—Así que es cierto, La Organización luchará a cualquier precio por conseguir un mundo mejor.

—Sí, de eso se ha tratado siempre, desde que MASK se creó hace ya

muchos años. En ocasiones, alguien tiene que remangarse y meterse de lleno en el lodo para sacar a una sociedad adelante. Tomar las decisiones que otros no se atreven a tomar. Y lo mejor, es que realmente lo estamos consiguiendo — afirmó Khonton con un tono más serio.

—O sea, que las cosas están marchando bien.

—No le voy a engañar, son tiempos difíciles. Más aún cuando por primera vez en la historia de La Organización estamos comenzando a tener serios problemas internos.

De repente el señor Khonton se puso de pie y se paseó muy despacio por su enorme despacho, para finalmente

detenerse junto a la gran puerta de cristal que servía de entrada y a la que todo el mundo debía golpear antes de entrar. Allí permaneció durante unos segundos, observando el ajetreo de la oficina contable que había al otro lado y que servía de antesala al despacho de Khonton. Finalmente, deshizo sus propios pasos, para volver a sentarse en su cómodo sillón y acercarse de nuevo al borde de la mesa. Allí volvió a hablar casi susurrando y pasó a emplear ahora un tono más solemne, cargado incluso de cierta preocupación.

—Drake, ¿puedo tutearte verdad? Veo en ti alguien de confianza y puesto que has sido el último en incorporarte a

nuestra gran familia, no veo inconveniente en contarte ciertas cosas de las que evidentemente no eres sospechoso.

—Agradezco tu confianza. ¿De qué se trata? —Drake observó por primera vez cómo el señor Khonton perdió su aura de todopoderoso y pareció, aunque sólo fuera por unos segundos, una persona normal y corriente, frágil y asustada.

—Bueno, es difícil de contar y no quisiera que te llevaras una mala primera impresión, pero parece que La Organización está comenzando a tambalearse desde sus propios cimientos. ¿Entiendes lo que te digo,

hijo? ¿Me sigues?

—Perdona, pero la verdad es que te sigo de lejos. —Empieza a correr como la pólvora, entre los mentideros de MASK, que puede que haya un topo dentro de La Organización.

—¿Un topo? —preguntó Drake realmente interesado—. ¿En qué os basáis para pensar eso?

—Son muchas las misiones que han fracasado en los últimos meses y no me refiero a pequeñas acciones puntuales, sino a misiones planificadas minuciosamente durante semanas, fruto del trabajo y del esfuerzo coordinado de muchos miembros de MASK.

—Entiendo.

—Pero lo que realmente ha disparado todas las alarmas ha sido...

—Khonton pasó a emplear un tono de voz casi inaudible, lo que hizo que inconscientemente ambos se acercaran el uno al otro, recostados sobre los extremos de la gran mesa que presidía el despacho, frente a frente, casi tocándose sus caras con la nariz— una serie de muertes misteriosas de varios miembros importantes de La Organización.

—¡Vaya! —exclamó Drake desesperanzado, mientras miraba fijamente a los ojos de Khonton sin pestañear.

—Al principio no se les dio importancia a esas muertes. No te voy a

engañar, en una guerra tan larga como ésta, siempre hay bajas, daños colaterales diría yo. Pero el rumor, se convirtió en un hecho fundado, cuando hace unos meses apareció muerto James Gill —la cara de Drake no tenía desperdicio, estaba realmente petrificado y parecía estar más sorprendido de lo normal.

—¿Qué le ocurrió?

—James Gill era una pieza clave en las relaciones exteriores de La Organización. Tenía su despacho varias plantas por debajo de éste, y allí fue donde lo asesinaron. Lo realmente importante no es el hecho de que fuera asesinado, sino el cómo fue asesinado.

—¿Cómo fue asesinado? —preguntó Drake mientras desplazaba su mirada a uno y otro lado del despacho, como si buscara fantasmas entre las sombras de aquellas cuatro paredes.

—Fue asesinado exactamente igual que lo fue James Astor, uno de los Cuatro Jinetes, uno de los cuatro miembros fundadores de MASK, que murió hace ya más de cuarenta años en extrañas circunstancias, lo que nos lleva a pensar que nuestro asesino es alguien que quiere acabar con toda La Organización, tal y como intentaron otras personas hace varias décadas.

—Sí, conozco la historia. Con James Astor se cometió el de-nominado crimen

perfecto.

—Una vez más, es correcto. Veo que conoces mejor a La Organización de lo que me has hecho creer hasta ahora.

—James Astor fue encontrado muerto en el interior de su despacho — continuó explicando Drake con avidez, con la mirada algo perdida, como absorto tratando de hacer memoria sobre algunas historias que había leído hacía mucho tiempo navegando por Internet, durante sus viajes de ultramar—. Lo fascinante del caso es que su despacho se encontraba cerrado con llave desde dentro y la estancia no tenía ninguna otra puerta ni ventana.

—Cierto. Por lo que sabemos, en el

asesinato de James se empleó algún tipo de veneno que provoca lo que a todas luces se asemeja a una muerte natural. Es exactamente lo mismo que los forenses de la época dictaminaron sobre el cadáver de Astor.

—¡Menuda historia!

—Sí. Todos estamos muy apenados. James era un miembro destacado.

—¿Cómo pudieron envenenar tanto a Astor como a James de la misma forma?

—Hay gran cantidad de venenos que pueden pasar desapercibidos en un examen forense. Cualquiera pudo acercarse a ellos e inocularles el veneno de alguna forma, con un ligero pinchazo, mezclándolo en su taza de café o vete tú

a saber. Lo que tengo claro es que el veneno suele ser un arma de mujer.

—Increíble. Desde luego parece que hay alguien que quiere derrocar a MASK tal y como se intentó hace años. Me imagino que una empresa como ésta siempre tendrá detractores de todo tipo.

—Puedes apostar por ello. Pues bien, como te decía, James Gill fue encontrado muerto en su despacho hace unos meses, del mismo modo que fue encontrado Astor: sentado en su sillón, en una habitación con una única puerta cerrada desde dentro y sin ventanas. El crimen perfecto ha vuelto a cometerse y de nuevo sobre un miembro muy destacado de La Organización. En

definitiva, tenemos un archienemigo que no va a descansar hasta vernos destruidos. Se dice que Gill era el heredero natural para sustituir a alguno de Los Cuatro en el futuro, debido a la avanzada edad con que éstos cuentan ya. No te voy a engañar, yo también estoy dentro de esas posibles quinielas.

—Y, ¿estás nervioso?

—Es un puesto que no me quita el sueño, me gusta más el trabajo de campo que realizo ahora mismo.

—Me refería más bien a si estás nervioso por las muertes de los miembros importantes de La Organización, no obstante... tú eres uno de ellos.

—No demasiado, no es algo que me quite el sueño. Además creo que las cosas van a cambiar, sé que Gabriel Caronte encontrará al topo y le dará su merecido. Pobre de aquel que se cruce con Gabriel —Khonton se levantó del sillón y puso su mano sobre el hombro de Drake, una vez había contado esos oscuros relatos, pareció recuperar su tono animado y desenfadado—. No te preocupes, tú eres un pirata que no se mete dentro del campo de batalla, tu trabajo es menos visible, así que no tienes nada de qué preocuparte.

—Eso espero. La verdad es que no me gusta estar en la línea visible del

campo de batalla.

—Una vez más me alegro de que estés entre nosotros, recuerda ponerte en contacto con Yann y Cameron, ellos te pondrán al día sobre tu misión. Yann es el encargado de preparar toda la logística y Cameron será la persona que visite en persona la sucursal del banco y extraiga el dinero gracias a los dígitos de seguridad que tú logres sabotear.

Disparos. ¿Son realmente disparos? Esto no me puede estar sucediendo a mí. ¿Me están apuntando? Estoy a cubierto aquí. No me ve nadie pero, ¿por qué la policía dispara? ¿A quién han

disparado? El piso estaba vacío. ¿Desde cuándo la policía entra a tiros en la casa de un sospechoso? No me imagino cómo me han podido descubrir. Es imposible. No he dejado ningún rastro y llevo pocos días en la ciudad a no ser que... el topo. El señor Khonton llevaba razón hay un topo. Ha debido de ser él. Alguien le ha soplado a la poli cual era mi ubicación. Pero, ¿quién me iba a delatar a mí, apenas he tenido roce con nadie. ¿Cameron? ¿Khonton? Sería estúpido que Khonton me pusiese en aviso de la existencia de un topo si él mismo fuese ese topo. ¿Estaría disimulando? Dios mío, ¿qué me habré dejado en el piso? Espero que nada

importante: llevo el portátil y la carpeta. ¿Estoy a cubierto? Entran a tiros en mi casa y no voy armado. Creo que esto se me ha ido de las manos. Tengo que dejarlo. No puedo. Éste es el último trabajo, el que siempre he estado esperando. Con este dinero puedo retirarme para el resto de mi vida. Me he dejado el paquete de tabaco, eso es seguro. Espera, ¿dónde está la memoria USB? Tiene que estar por aquí. No me jodas. Desde luego que sí. No. No está. Me la he dejado, ¿la habrán encontrado? Estoy perdido. Sabrán descryptar la información. Tendré que volver a empezar de cero para no correr riesgos. No voy a correr ni un maldito riesgo.

Todo seguro, a pequeños pasos. Esta misión me tiene que salir bien, por favor, me tiene que salir bien. ¿Se habrán ido ya? Tengo que bajar de aquí eso está claro. ¿Cómo bajo de aquí?

Drake se encontraba en lo alto de la azotea de su edificio, había tenido que abandonar su propio galeón a hurtadillas, como un ladrón cualquiera. Se había imaginado ese momento en muchas ocasiones, pero nunca estás realmente convencido de que ese momento vaya a llegar. Siempre piensas que eso no te va a pasar a ti. Pero todas las personas que se dedican al crimen organizado, tarde o temprano, se tienen

que enfrentar a una situación como ésta, a tener a la policía en tus talones, siguiéndote la pista. Y esta vez Drake los tuvo muy cerca. Por suerte, no le gustaba dejar nada al azar, y desde que adquirió aquel loft, situado junto al nuevo paseo marítimo de la ciudad, había ideado una y mil veces cuál sería su posible vía de escape, en caso de que se viera envuelto repentinamente en problemas tal y como le había ocurrido esta vez. El gran ventanal que tenía la habitación principal de Drake tenía unas vistas magníficas de la playa. Un día Drake se quedó horas observando el movimiento atrayente del mar. En ese momento fue cuando descubrió que un

par de metros bajo su ventana, había un saliente lo bastante grande como para que una persona pudiese estar de pie cómodamente. Ese saliente se comunicaba con las azoteas de los edificios adyacentes, por lo que a Drake se le ocurrió, mientras sostenía un cigarrillo entre sus largos dedos, que ese saliente sería su vía de escape, en caso de emergencia. Lo único que tenía que hacer era reunir el suficiente valor para saltar por la ventana y caer, un par de metros más abajo, con la suficiente gracia como para no romperse ningún hueso. De todos modos, Drake nunca le daba la suficiente importancia a ese salto pues, en lo más profundo de sus

pensamientos, sabía que nunca se vería en una situación de peligro tan grave que le hiciese ejecutar su plan de emergencia.

Pero ese día sí que llegó. Drake no contaba con que un sabueso de la vieja escuela como Atalanta diese con la vivienda donde se escondía y desde la que realizaba sus trabajos de piratería informática. Por lo que, una vez que oyó los gritos de la policía, sin pensárselo dos veces, abrió la ventana, cogió todo lo que pudo y saltó al vacío, hacia ese pequeño saliente que había descubierto días atrás. El salto resultó ser más fácil de lo que pensaba y una vez que estuvo bien colocado en el saliente, trepó con

facilidad hacia las azoteas de los edificios adyacentes. Drake se encontraba acalorado, sintiendo el aliento de la policía en su espalda, en un laberinto de azoteas, donde bosques de antenas se perdían entre sus paredes. Las gotas de sudor comenzaban a resbalar por su frente, pero Drake ni siquiera se percató de su presencia, estaba demasiado ensimismado en sus pensamientos, como para darse cuenta de que estaba empapado de sudor. Era un día caluroso y estaba solo, bajo un sol justiciero que por esta vez no quería darle la espalda. En ese momento hubiese dado cualquier cosa por encontrarse de nuevo en el despacho del

señor Khonton donde se sentía a salvo, intocable. Pero ahora no era momento de ponerse a soñar con momentos mejores, tenía muchas cosas en las que pensar. ¿Cómo bajaría de aquellas azoteas? ¿Quién lo habría delatado? ¿Desde qué punto volvería a retomar sus tareas para seguir ayudando a MASK a recaudar dinero?

Amanece un nuevo día mientras las estrellas comienzan a resbalarse del cielo. Hoy los líos no se quieren enredar. Los primeros coches toman la ciudad, parece que deambulan sin sentido. Es un día tan bueno como cualquier otro para empezar. Cameron

se ha levantado temprano, hay muchos temas que le dan vueltas dentro de su cabeza. Se encuentra en la pequeña tienda de una cafetería, comprando lo indispensable para pasar el día. Las contradicciones la invaden y sin darse cuenta ha permanecido en medio del pasillo de las bebidas alcohólicas más de dos minutos ensimismada en pensamientos que la aprietan con fuerza, las botellas que hay a uno y a otro lado, sobre los estantes, son cuchillas de afeitar. De repente el sonido hiriente de la megafonía, la rescata de un mundo lejano y Cameron sacude la cabeza a uno y a otro lado como para recuperar la cordura después de un sueño largo y

profundo. De vuelta a la realidad, dirige su mirada hacia su derecha y observa como una botella de bourbon *La Rosa Negra* la está mirando fijamente. «¿Es a mí? Demasiado pronto para empezar, ¿no crees?».

Gabriel Caronte duerme plácidamente, como si la ciudad no fuera con él, por suerte el letrero luminoso de un bar cercano al que da la ventana de su habitación, hace tiempo que se apagó, por lo que su habitación ha dejado de estar teñida de unos eléctricos tonos azules para quedar

inundada de unos suaves tonos anaranjados provocados por los rayos de sol que entran a través de una persiana, no lo suficientemente estropeada como para reunir el valor de arreglarla un día de éstos. Es como si alguien hubiese esclafado un enorme huevo en su habitación y la yema hubiera impregnado las penumbras entre las que Gabriel quería seguir aferrado, dando vueltas entre las sábanas de su cama, sin prisa por despertarse. La noche había sido larga, la luna no pareció haberle dado tregua. Casi inconscientemente empezó a despertarse y observó cómo su brazo derecho se dirigía al alfeizar de su ventana, para buscar algo, en ese

instante no sabía muy bien qué. A los pocos segundos, comprendió que se trababa de la botella de bourbon *La Rosa Negra* que siempre escondía en la zona exterior de la ventana para que se enfriase por las noches. Luego, de forma también inconsciente, dirigió su otro brazo a la parte de abajo de la cama. Atadas en la parte inferior del colchón, escondía sus dos pistolas. La nevera estaba vacía y estropeada. Sus armas, dos Magnum Colt, estaban cargadas.

Drake se halla en uno de los pocos cafés de la zona abiertos a una hora tan temprana, le espera un día importante y tiene que coger fuerzas, por eso ha pedido un café de gran tamaño, servido

en uno de esos vasos de papel que le será útil si decide terminárselo por el camino. Se encuentra sentado en una de las pocas mesas de las que dispone la cafetería, junto a una gran cristalera con vistas a la calle y a una gasolinera cercana. Lleva varios minutos ensimismado, mirando al infinito, pensando en lo que le deparará el futuro mientras va dando pequeños pellizcos a una magdalena servida de mala gana por una de las camareras del local, vestida con un ridículo uniforme diseñado por un modisto en horas bajas. En el reloj de su consciencia sólo han pasado un par de minutos, suficientes como para haber picoteado su magdalena en varias

ocasiones, pero, en realidad, no se da cuenta de que lleva casi una hora ahí, sentado junto a ese gran ventanal, mirando sin mirar, hipnotizado por el devenir ambulante de coches y personas que merodean por la ciudad pensando que este nuevo día que empieza, será el día.

Arena y sal, sudor y espuma para comenzar el día. A Marc Falco, siempre que su horario de policía se lo permitía, le encantaba despertarse temprano y salir a practicar footing, corriendo por la orilla de la playa. Tras recorrer varios kilómetros, normalmente se daba un baño refrescante y mientras se secaba

con los primeros rayos del sol, se quedaba contemplando la inmensidad del mar, calmado. Sus ojos prácticamente no parpadeaban, como si tuviese miedo de que al cerrarlos el mar fuese a desaparecer súbitamente y se rompiera el misterio que tanto le atraía. La luna hacía tiempo que había dejado de aullar y la ciudad estaba todavía demasiado adormecida como para preocuparse por los ladrones, delincuentes o mafiosos que día tras día intentaban derrumbar sus fastuosos muros.

Esa mañana, Marc se encontró asimismo algo distraído, y eso le molestaba. Necesitaba presentar a sus

superiores un informe que concretara una estrategia basada en acciones específicas para derrocar una amenaza que se cernía sobre la ciudad, una amenaza de la que no sabían nada, ni siquiera si se trataba de una amenaza real o ficticia; cabía la posibilidad de que se tratara de simples leyendas urbanas que habían ido creciendo como lo hace un cocodrilo en las profundas entrañas de la ciudad. Aunque de confirmarse sus peores temores, sabía que aquello que le rondaba la cabeza tenía nombre y apellidos: Máscara de Muerte.

El señor Khonton se encontraba en

su amplio despacho, ubicado en la última planta del edificio más alto de la ciudad. Se hallaba ensimismado, admirando cómo las calles comenzaban a iluminarse con la luz del sol y las sombras nocturnas se alejaban hacia las alcantarillas, esperando a que la noche, cómplice de sus perversidades, las volviese a cobijar. La ciudad a sus pies, y unos hilos salían de las cabezas de los escasos peatones que a esas horas comenzaban a invadir las calles y a arremolinarse entorno a los puestos ambulantes de café. Los hilos, conforme crecían en altura y alcanzaban las azoteas de los edificios, comenzaban a formar una compleja maraña que

terminaba en las manos de Khonton, enredándose todos entre sus gruesos dedos.

Atalanta salía pronto de su casa, había mucho trabajo en la comisaría, los jefes andaban estos últimos días alborotados y más nerviosos de lo normal. Había bajado descalzo cada uno de los peldaños de madera, de la escalera que conducía a la planta de arriba de su casa, en la que se encontraban los dormitorios. Trataba de no despertar a su hija, que a esas horas todavía seguía durmiendo ajena a los peligros a los que tendría que enfrentarse su padre. Se preparó un café

y se colocó la taza entre las manos durante un buen rato, mientras permanecía sentado inmóvil en la barra americana de su cocina. A lo largo de varios minutos estuvo repasando mentalmente varios de los informes y archivos criminalísticos con los que había estado atareado las últimas semanas. Una vez hubo terminado su repaso mental, se dirigió a la puerta y agarró una chaqueta marrón del perchero, su vieja chaqueta con la que había corrido tantas aventuras en la ciudad. Asió el pomo de la puerta con la mano derecha y antes de atravesar el dintel, echó una mirada a la escalera que minutos antes había bajado descalzo, su

mirada era evocadora y parecía estar atravesando las paredes de su casa para encontrar a su amada hija Sara.

Una extraña sensación recorrió el cuerpo del viejo detective y sintió la necesidad de subir corriendo las escaleras para darle un beso antes de marcharse, como si por una extraña razón quisiera despedirse de ella. Tras unos segundos, desistió de tal idea y se conformó con lanzarle un beso imaginario que recorrió el camino hasta la habitación de Sara, trepando a través de la escalera. Acto seguido, Atalanta atravesó la puerta y salió de su casa, se acomodó en su viejo automóvil y puso rumbo a la Comisaría Central de la

ciudad.

Sara se revolvió entre sus sábanas, algo parecido a una suave brisa la despertó momentáneamente, le encantaba esa sensación de despertarse de madrugada y comprobar que en el reloj, aún quedaban muchas horas para que saltase la alarma. Atalanta nunca le había dicho lo mucho que la quería.

En la gasolinera que se halla a escasos metros de la tranquila cafetería donde se encuentra Drake, un par de jóvenes tratan de sobrevivir comprando unas cuantas chocolatinas que harían las delicias del típico niño gordito y goloso que todos hemos visto alguna vez y que

posiblemente todos llevamos dentro. La noche ha sido larga: varios atracos a pequeños establecimientos de poca monta de la ciudad, el tortuoso incidente en el comercio de Fausto y un coche robado. Pero ahora no es tiempo de atracos ni problemas con tipos duros. Están en su momento de tranquilidad, de evadirse del mundo deambulando por los pasillos de la tienda veinticuatro horas de la gasolinera, como zombies paseando por los lúgubres pasillos de un cementerio. Durante la noche sacaron el suficiente dinero para permitirse buscar algún motel de carretera y dejar caer sus huesos en algún colchón de mala muerte, con rasguños suficientes en la colcha

como para pensar en la infinidad de personas que habían pasado ya por allí, en alguna noche tortuosa. Los dos chicos hacían gala de un extraño sentido de la justicia y seguían un estricto código a la hora de decidir a qué personas y comercios atracaban y a cuáles no. Por alguna extraña razón sujeta a ese código, la tienda de la gasolinera en la que se encontraban estaba a salvo de sus fechorías, por lo que se comportarían como ciudadanos ejemplares pagando todos los caprichos que se iban a permitir.

Tyen y Filip eran dos ladronzuelos con principios, con nombres inventados que habían conseguido interiorizar

completamente a base de repetírselos el uno al otro desde hacía varios años. Hoy era el primer día del resto de sus vidas, y parecía que esa vida les sonreía de nuevo, sobre todo al observar la montaña de chocolatinas y refrescos que habían amontonado sobre el mostrador metálico. El incidente con Fausto parecía quedar lejos en su memoria, como si hubiese ocurrido hacía una larga eternidad, cuando realmente sólo habían transcurrido unos minutos, apenas una hora. Así que durante una temporada habían pensado no meterse en más líos. Aunque la actitud arrogante del tendero, que también hacía las veces de responsable de la gasolinera, parecía

agotar la paciencia de Tyen a cada *beep* de la caja registradora, y al pasar con excesiva lentitud cada una de las chocolatinas que debían ser cobradas.

El tendero parecía haberse levantado no sólo con el pie izquierdo, sino incluso con el brazo y parte de la mano de ese lado del cuerpo, y mientras les cobraba soltó toda una sarta de sandeces y comentarios fascistas que hicieron enervar la sangre de Tyen, que comprobó como en varias ocasiones Filip le sujetaba su mano con un gesto paternal para impedir que sacase su revólver y le pegara allí mismo, cuatro tiros en la cabeza. Pero esos días quizás ya hubiesen pasado. La ajetreada

nochecita de ayer les había servido de escarmiento, quizás durante una larga temporada. Mientras el tendero les devolvía el cambio, Tyen lanzó una mirada pensativa a la calle, a través de la cristalera de la tienda. Estaba amaneciendo y el cielo presentaba un precioso color anaranjado. Sin darse cuenta se le dibujó una tenue sonrisa en su cara. No en vano, hoy era un nuevo día, el primer día del resto de su vida.

La mañana comenzaba despejada y a juego con el mar, pero unas insistentes nubes permanecían acechantes a las afueras de la ciudad. El mar seguía un uniforme vaivén.

LIBRO TERCERO

GABRIEL CARONTE

Mi ciudad. Me sirve de guía y me da cobijo entre sus callejones. De noche me

convierte en su aliado y miente a todos aquellos que sueñan con capturarme. Mi amante, me embelesa con sus canciones y susurros, besos robados entre la niebla espesa. Me asomo a su infinito abismo y ella me devuelve una sonrisa burlona. A mi paso, ella me mantiene despierto, me sacia con antros nocturnos que sirven gasolina en el mismísimo infierno; en mi ciudad siempre llueve sobre mojado. Su veneno impregna mis venas y me mantiene alerta, me busca, me persigue, me mantiene la mirada y me empuja a sus rincones para desvanecerme entre etílicos cantos de sirena. Las luces reinan durante el día y se esconden ahuyentadas por la noche. Los rayos que

nacen en las arenas de la playa se pierden cuando la luna lo ordena, cuando las bestias se apoderan de mi ciudad y ella las complace con su dulce susurro. Entre los edificios surgen historias de amor que terminan con promesas vacías al amanecer. Grandes caminos se zambullen en el asfalto mientras los peatones se amotinan en sus hogares. Crecen bares que acampan junto a mi corazón. Antes del amanecer la ciudad se hace más fría y su alma espera su turno asomada en las azoteas. El mar y una muralla de ladrillos y cristal la hacen infranqueable, solitaria. Por eso se escapa en ocasiones hasta el océano, lo toca, lo besa y vuelve

desconocida. Pero a mí no me engaña, la reconozco en todas sus facetas, y la adoro en sus luces y en sus sombras, en sus calles, en sus arterias, en el crisol de razas que la enraízan y arraigan haciéndola más fuerte, más joven. Ah, mi ciudad.

Gabriel Caronte era un joven de elevada estatura, delgado pero con una sobresaliente musculatura y corpulencia, tenía el pelo corto y grueso, con un color negro azabache que le confería un aspecto muy atractivo. Solía vestir camiseta y tejanos desgastados, de esos que han sido rasgados premeditadamente por las firmas de ropa. Algo muy

informal, nada que requiriese pasar más de dos minutos frente al espejo de la entrada de su casa. También lucía un enorme tatuaje negro con forma de tribal, que cubría los omóplatos de su espalda y que en ocasiones, incluso asomaba por las mangas de sus camisetas, llegando hasta los hombros. Vivía en un pequeño estudio, donde cocina, salón y dormitorio convivían sin aparente recelo; también contaba con una ventana junto al cabecero de su cama, que daba a una calle peatonal de la ciudad. La calle no era, ni mucho menos, una de las grandes avenidas principales, pero contaba con un tugurio de mala muerte que ostentaba un gran

letrero con luces de neón de color azul eléctrico, que casi se asomaba a la estancia donde vivía Gabriel para darle las buenas noches. La vivienda de Gabriel Caronte aunque era muy pequeña, tenía un encanto especial, sobre todo, por la azotea del edificio, que sin duda era la joya de la corona. Desde ella se tenían unas magníficas vistas de toda la metrópoli y del mar. Por la noche, prácticamente no había atisbos de contaminación lumínica por lo que también se podían observar todas las estrellas colgadas del firmamento. Parecía como si fuesen de juguete, como si pudieras apagarlas de repente, accionando un interruptor.

A los pies de la cama, había una pared donde estaba colocada una nevera de estilo retro que no funcionaba muy bien y en ocasiones se apagaba. Por eso, le gustaba tener siempre una botella de bourbon *La Rosa Negra* en el alfeizar de la ventana, para mantenerla siempre fría por las noches, ya que no se fiaba de su nevera color rojo metalizado. Muchas veces echaba mano de una de esas botellas de bourbon que mantenía al aire libre, cuando Cameron iba a visitarlo a su casa y ambos subían a la azotea del edificio.

En ocasiones, Cameron se dirigía a la ventana de la habitación y de forma casi inconsciente, agarraba ella misma

la botella con una mano, sin pedirle permiso a Gabriel, para acto seguido subir juntos a la azotea y pasar horas bebiendo bourbon directamente de la botella y quedarse mirando las estrellas mientras hablaban de temas trascendentales.

Gabriel Caronte, pese a su juventud, comenzó a trabajar para La Organización desde hacía ya varios años. Era un empleado de gran valor para MASK, muchos de los trabajos más complicados se le encargaban a él. Actuaba como sicario y en varias ocasiones había tenido que cometer asesinatos en nombre de MASK. Eso era algo que le atormentaba y posiblemente

por eso se entregaba al bourbon con una recurrente facilidad. Gabriel llevaba las almas del reino de los vivos a las profundidades del Infierno, del que la mayoría de esas almas no merecían escapar jamás. No era un matón sádico y sin escrúpulos, sino que realmente creía ciegamente en los principios que esgrimía La Organización. De no ser así nunca habría terminado trabajando para ellos. Y la verdad es que no se le daba nada mal, de hecho, era el mejor en lo que hacía y Los Cuatro lo sabían, por eso le hacían un especial seguimiento, sobre todo, tras observar que su relación con Cameron era algo más que lo simplemente profesional. Cada vez se

les veía más unidos y eso era algo que preocupaba en las altas esferas de MASK. En un principio, los trabajos que Caronte realizó para La Organización no fueron muy complicados ya que, como todos los nuevos trabajadores que pasaban a formar parte de MASK, tuvo que pasar un largo periodo de adaptación en el que se evaluaban sus características profesionales, pero sobre todo, su compromiso y lealtad con La Organización. Cada empleado es una pieza que siempre está al servicio del conjunto, nunca al revés. Poco a poco, los trabajos exigían un mayor sacrificio y Gabriel se convirtió en un soldado al

servicio de Máscara de Muerte. El mundo era un campo de batalla feroz y a Los Cuatro no les gustaba hacer prisioneros. Esto creó en Gabriel Caronte una especie de dualidad: en ningún momento dudó de las buenas intenciones de ese movimiento global en que se había convertido MASK, realmente estaba convencido de que ellos podían arreglar el mundo, pero por otro lado, sus manos se debían teñir de sangre con demasiada frecuencia y eso termina pasando factura. Su postura simplemente fue la de dejarse llevar por la corriente, ponerse una coraza y dejar sus sentimientos a un lado. Y la corriente lo había llevado hasta una

situación de privilegio dentro de los estamentos de La Organización, como una barca que flota serena en las aguas tranquilas de una gran laguna y donde los tragos de bourbon habían calmado las heridas de su alma ya condenada.

El corazón de Caronte era antibalas, estaba blindado, mucho más blindado de lo que lo estaban los furgones que solía asaltar cuando La Organización necesitaba recaudar fondos y obtener liquidez de forma rápida. Pero desde el primer día que entró a formar parte de MASK, conectó de una manera especial con Cameron, lo cual era un problema siendo la nieta de quién era. Los dos llevaban una relación muy estrecha, pero

nunca habían reunido el valor para expresar lo que sentía el uno por el otro, aunque ambos lo sabían pues se exclamaba a gritos en cada silencio que compartían. Cualquier desconocido que pasara frente a ellos se daría cuenta al instante de su especial complicidad, pero como ocurre muchas veces, ambos mantenían una especie de juego de ambigüedades, de dobles sentidos, que daba más efusión si cabe, a su relación. Por otro lado, nadie en MASK vería con buenos ojos una relación amorosa entre dos de los mejores profesionales con que contaba, más aún, si tenemos en cuenta los deseos de evasión que angustiaban a Cameron desde hacía

varios años, prácticamente desde toda su vida. Posiblemente ella era la única profesional de La Organización que trabajaba allí por obligación. Desde que era pequeña se había impregnado lentamente de las doctrinas ideológicas de MASK. Para ella era como el aire que respiraba, algo que siempre había hecho de manera inconsciente. Por eso se sentía atrapada en sí misma. Necesitaba escapar a algún lugar muy lejano, donde poder ser otra persona, empezar de cero.

Por eso Máscara de Muerte desconfiaba. Había un cierto miedo a que algún día Cameron huyera dejando todo tras de sí y arrastrara junto con ella

a Gabriel. Eran dos importantes bajas que La Organización no podía ni quería asumir. Además su abuelo nunca se lo permitiría, sabía demasiadas cosas sobre La Organización y ni siquiera sus vínculos familiares le aseguraban inmunidad una vez que reuniera el valor para abandonar La Organización, las personas que entraban en La Organización lo hacían para toda la vida, no era una especie de oficina en la que fichar de sol a sol, era algo más, un estilo de vida, una forma de entender el mundo y de entender los secretos que éste encierra. Además Cameron aunque contaba con un sueldo bastante elevado, como la mayor parte de los trabajadores

de MASK, no tenía la independencia económica suficiente para abandonar su vida y arrojar su ropa sucia al mar. Por lo tanto, ambos llevaban el suficiente tiempo trabajando al servicio de aquella Organización Criminal, como para tener grabadas a fuego las trabas que tenía una posible relación amorosa entre sus miembros. Con el paso del tiempo se habían acostumbrado a dejarse llevar por la corriente.

Caronte conocía las ansias de libertad de Cameron y soñaba en silencio con que un día ella reuniera el valor suficiente para abandonarlo todo y le pidiera que escapasen juntos hacia un lugar muy lejano. Cameron por su parte

soñaba en silencio con que, llegado el gran día, Caronte tuviera la valentía para abandonarlo todo y dejarse arrastrar junto a ella y vivir juntos para siempre dándole la espalda a un mundo que cada vez les era más desconocido. Caronte y Cameron incluso bromeaban sobre el asunto, en las innumerables ocasiones en las que se reunían en la azotea de Caronte, bebiendo bourbon y matando con sus pistolas a las horas que osaban pasarse por allí a hacerles compañía, antes de que el sol pusiera a cada uno en su sitio. Pero por ese juego ambiguo que mantenían desde hacía años, ninguno de los dos tenía la certeza absoluta de cuál sería la respuesta del

otro, en el caso de que decidieran dar el paso de abandonar juntos la ciudad y huir más allá del fin del mundo.

—Creo que podría acostumbrarme a esto, me encanta pasar aquí las horas muertas —soltó Cameron de repente tras varios minutos en silencio.

La joven observaba las estrellas que cubrían el cielo de una noche despejada. Recostada en el viejo sofá que una vez ambos instalaron en la azotea del edificio de Gabriel y desde el que se tenían unas inmejorables vistas de toda la ciudad.

—¿Las horas muertas? No sé cómo tomarme eso... —respondió Gabriel Caronte.

—¿Por qué dices eso? Sabes que me encanta subir a tu azotea a mirar a las estrellas, contemplar el ritmo suave del mar nocturno, dejarme llevar por el ruido de las olas. Podría estar aquí horas y horas.

—Horas y horas... muertas —espetó Gabriel con un tono socarrón, después de pegarle un buen trago a la botella de bourbon que ambos compartían y que tenían depositada en un hueco del viejo sofá.

—No me afectan tus ironías —exclamó Cameron entre risas. —Será por el bourbon.

—En serio, me encanta venir aquí simplemente a estar, ya sabes, estar por

estar, incluso sin decirnos nada. Mirando las estrellas. Compartiendo el silencio.

—Cada vez que subo, me asombran más, me siento tan... pequeño.

—Da vértigo pensar que estamos aquí y ahora, formando parte de algo tan increíblemente grande como es el universo. Y nosotros somos una pequeña parte de ese todo misterioso, que no logro llegar a entender.

—Algo que nunca comprenderemos —respondió Caronte—. Me siento vacío al pensar que nunca el ser humano, o al menos nuestra generación, comprenderá ni tan siquiera una milésima parte de los misterios que encierra el universo, la

vida.

—Sí, es increíble y estremecedor a la vez —le replicó Cameron—. Daría lo que fuese por viajar en el tiempo hacia el futuro y descubrir algún misterio por resolver. Aunque sólo fuese uno.

—Si se pudiera viajar en el tiempo, ya habría venido a visitar-nos algún científico loco y nos habría puesto al corriente.

—Qué tonterías dices —balbuceó Cameron entre risas, el alcohol comenzaba a hacer efecto y la conversación estaba en disposición de salir por cualquier lado.

—En serio, ¿no lo piensas? Si en un futuro muy lejano alguien hubiese

descubierto como viajar en el tiempo. ¿No crees que hubiese venido ya a contarnos como se hace?

—Sí, puede ser. —Claro que puede ser.

—Creo que estás loco de remate. Los marcianitos que estén observándonos desde su planeta, desde su propia azotea, seguro que también lo piensan.

—Sería increíble...

—¿El qué? —preguntó Cameron sin dejar de mirar al cielo, con su cuello ligeramente estirado, como si con esa posición su mirada pudiese llegar más lejos.

—Que hubiese alguien

observándonos en este momento. ¿Qué pensaría al observarnos?

—Que nos hemos vuelto todos locos. No entendería nada de nada, como cuando observas a los peces de un acuario o a las hormigas de un terrario, pensaría que cada uno va a lo suyo.

—Venga Cameron, el mundo no es un sitio tan malo como lo pintas.

—¿Estás seguro?

—Es un lugar complejo donde el bien y el mal caminan de la mano. El ser humano es capaz de hacer cosas horribles, pero también es capaz de hacer cosas increíbles. Los buenos momentos, aunque son menos en número, pueden vencer a la gran cantidad de

momentos difíciles de la vida y eso es lo verdaderamente importante.

—Momentos como éste... —
mientras Cameron pronunciaba estas palabras, ambos se miraron durante una eternidad y fueron capaces de observar el interior del otro—. Me siento tan...

—¿Qué?

—Atrapada —respondió Cameron, su tono sonaba ahora bastante abatido—. A veces tengo la sensación de no estar vi-viendo mi propia vida, es una sensación rara. Me siento como si pudiera observarme a mí misma haciendo cosas que no quiero hacer. Esa desde luego no soy yo. No me reconozco y quiero cambiar.

—¿No te reconoces ahora mismo?

—Ahora sí, tonto. Estos pequeños momentos son los que me dan la poca vida que siento por mis venas, los que me hacen resistir y mantenerme cuerda.

—Sé lo que quieres decir.

—Creo que estoy atravesando la vida sin ningún sentido, simplemente eso, la atravieso sin más, sin dejar ninguna huella y sin llevarme yo nada del camino. Me horroriza pensar que cuando muera no dejaré nada tras de mí, nadie me recordara y el mundo no se detendrá, al contrario, irá más rápido ahora que ha soltado mi lastre.

—Yo sí te recordaría —le soltó de repente Caronte—. Además si quieres

que la gente te recuerde... siempre puedes escribir un libro.

—Estás loco de remate —volvió a responder Cameron entre carcajadas.

Tras varios segundos riendo sin parar, los dos se calmaron como si hubiese pasado un tornado por allí y volvieron a mirarse profundamente. A partir de ahí estuvieron varios minutos en silencio, no se trataba de un silencio incómodo, pues ambos tenían la suficiente confianza y complicidad como para poder disfrutar de esos instantes mudos y sordos, «a veces es mejor no decir ni una sola palabra», pensó Cameron.

—Sólo espero que algún día pase

por tu casa y ya no estés allí, eso significará que te habrás marchado lejos, a cumplir tus sueños —dijo Caronte mirando fijamente a los preciosos ojos de Cameron.

Tras terminarse la botella de bourbon, ambos se levantaron automáticamente como aporreados por un resorte invisible y sin mediar palabra, se dirigieron hacia la puerta de la azotea que daba acceso a la escalera interior del edificio y a las viviendas. Era muy tarde y a lo lejos se podía adivinar cómo el sol comenzaba a rasgar el horizonte. Cameron bajaba las escaleras que les llevaban hacia el pequeño apartamento de Gabriel

pensando en las enigmáticas últimas palabras que se había atrevido a decirle hacía escasos minutos. «Sólo espero que algún día pase por tu casa y ya no estés allí, eso significará que te habrás marchado lejos, a cumplir tus sueños». La chica sólo esperaba que si llegaba ese momento, Gabriel Caronte se pudiese marchar con ella.

Mientras bajaban las viejas escaleras los peldaños de madera crujían a cada paso que daban, en un concierto de notas desafinadas al que ya estaban acostumbrados. Eran muchas las veces que subían a esa azotea a hablar durante horas, constituía su pequeño secreto, una válvula para escapar de la

rutina tediosa que los intentaba agarrar día a día. Por fin llegaron a la puerta de la casa de Caronte, allí en el rellano de la escalera solían despedirse sin más hasta el día siguiente, cuando de repente algo los sobresaltó. La puerta estaba forzada, y el picaporte que hasta entonces servía para abrir la portezuela estaba descansando sobre el suelo completamente destrozado. Un helor frío recorrió el cuerpo de Cameron en cuestión de segundos, estaba aterrorizada. Pero cuando se vino a dar cuenta y comenzaba a racionalizar la situación, Caronte ya la había separado de la puerta empujándola hacia un lado con uno de sus brazos, para acto

seguido, con un sorprendente giro, desenfundar sus dos Magnum y adentrarse sigilosamente dentro de su propio apartamento antes de que Cameron pudiese apenas reaccionar. Pasaron unos segundos que parecieron horas y Caronte volvió a asomarse al rellano para tranquilizar a Cameron, el que hubiese forzado la cerradura ya se había ido.

—Todo despejado —dijo Caronte con una voz fría que denotaba tranquilidad.

—¿Te han robado algo? ¿Tenías dinero escondido en algún lugar?

—Tenía y no lo han tocado. Creo que el que ha entrado no buscaba

robarme el dinero.

—Entonces...

—El piso está patas arriba, me han registrado todos los armarios y cajones. Sin duda, estaban buscando algo.

—¿El qué? —preguntó Cameron algo más calmada, sabía perfectamente que con Caronte a su lado no tenía nada que temer.

—Una pista, no sé, un indicio de algo. Seguramente para llegar hasta MASK.

—Pero...

—Cameron, corren malos tiempos. La guerra por hacer caer a MASK ha comenzado y tú y yo estamos en el ojo del huracán.

—Crees que ha podido ser...

—¿El topo? —se adelantó Caronte, robando las palabras de la boca de Cameron—. Creo que sí. Nadie sabe quién soy, donde vivo o cuáles son mis hábitos. Sólo alguien de dentro de MASK podría hacer algo así.

—¿Qué vamos a hacer?

—A partir de hoy nada es seguro, mañana mismo hablaré con tu abuelo, hay que doblar la guardia, debemos de estar alerta.

—¿Le contarás que estábamos juntos en tu piso a altas horas de la madrugada?

—No, no quiero que le dé un ataque al corazón al viejo Capriati. Ya me

inventaré algo, pero esto tiene que saberlo. Venga te llevo a casa...

—No hace falta, en el tren no me puede pasar nada.

—Al menos déjame que te acerque a la estación —respondió Caronte de forma convincente.

Sabía que Cameron era una cabezota que llevaba una coraza de chica dura y que no aceptaba ningún gesto que pudiera desvelar algún síntoma de debilidad.

Por suerte Cameron se mostraba ante Gabriel tal y como era, sin máscaras y aceptó a regañadientes que la llevase en su *Chevy Nova* hasta la estación. Durante el trayecto apenas abrieron la

boca, Cameron se limitó a observar por la ventanilla el paseo marítimo y las oscuras olas del mar bañadas todavía por la luz de la noche. Cameron no perdía ninguna oportunidad para dejar volar su imaginación y el hecho de ir de copiloto en un coche era una buena ocasión para ello. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y la amenaza de un infiltrado que quisiese acabar con MASK era una nueva variable en el rompecabezas en que se había convertido su mente.

Gabriel acompañó a Cameron hasta la taquilla, junto a la ventanilla había una indigente de unos veinte y pocos años, vestida con andrajosas ropas de

colores, que pedía dinero a todo el que se acercaba por la zona. Gabriel la observó mientras Cameron consultaba los horarios; le sorprendió comprobar cómo detrás de su mirada cansada y la suciedad de tener que vivir en la calle, se escondía un precioso rostro de ojos azules. Más le sorprendió que Cameron le diese sin pensar las vueltas de la compra del billete. Ambos avanzaron hacia el tren que ya se encontraba esperando en el andén. Gabriel se subió de un salto a uno de los vagones y echó un rápido vistazo por si había algo fuera de lo normal, algo que pudiese entrañar algún peligro. Todo estaba despejado.

—¿Quién era esa chica a la que le

has dado dinero? —preguntó con curiosidad Gabriel, mientras señalaba con su cabeza hacia el lugar donde se encontraba la indigente.

—Es una pobre chica con la que me cruzo todos los días en los andenes.

—Entiendo —soltó Caronte mientras en su rostro se dibujaba un gesto completamente distinto, de incomprensión absoluta.

—Bueno es la hora, debería irme.

—Ha sido una noche maravillosa. Como siempre. —¡Ha sido genial!

—Te veo mañana.

—Sí. Hasta mañana.

Gabriel se giró rumbo hacia la salida, inmerso en el absorbente juego

de miradas en el que participan todas las parejas cuando se despiden, ¿vuelvo a mirar? ¿Se habrá dado la vuelta? Había disfrutado de una noche mágica, algo que venía siendo habitual últimamente, sobre todo, cuando dejaban atrás el mundo que les rodeaba y subían a la azotea para charlar durante varias horas. En esos pensamientos estaba Gabriel absorto, cuando de repente oyó a Cameron llamarle mediante unos gritos que se acompasaban a la perfección con unas atolondradas pisadas.

—Espera... Menos mal que todavía no te has ido —pronunció con una respiración entrecortada—. Es muy tarde y ya no habrá más trenes esta

noche. El revisor me ha dicho que ese vagón no saldrá hasta dentro de unas horas.

—No te preocupes, esta noche dormirás en mi casa, además será más seguro después de lo que le ha ocurrido a mi apartamento. A partir de ahora toda precaución es poca.

Gabriel pronunció esas palabras con toda la apariencia de normalidad que pudo plasmar y poco a poco, casi sin darse cuenta, se le fue dibujando una sonrisa traviesa en su cara.

Al llegar al edificio central de La Organización, Gabriel pasó un amplio recibidor, saludó efusivamente a Lorena, la señora que trabajaba en recepción, y

mientras esperaba el ascensor, se descubrió a él mismo, más contento de lo habitual. Subiría directamente al último piso, para reunirse directamente con Los Cuatro y con el señor Khonton.

Por supuesto, Los Cuatro ya no eran los progenitores originales que fundaron MASK, pues ya llevaban bien muertos hacía varios años, pero cada vez que un miembro de Los Cuatro moría (nadie abandonaba ni se jubilaba del cargo) era reemplazado por otro miembro, a través de un sistema de votación en el que cada persona de La Organización, tenía un voto.

Mientras ascendía a lo más alto, Gabriel se limitó a contemplar la

inmensidad del mar azul que tenía a sus pies, y que podía contemplar gracias a las vistas que proporcionaba el ascensor exterior del edificio. Siempre que subía por él, se preguntaba cómo sería su vida sin Cameron. En lo más hondo de su blindado corazón, algo le decía que tarde o temprano, Cameron huiría muy lejos de aquella vida sin echar un último vistazo atrás.

Al llegar a la Gran Sala de Los Cuatro, el siempre afable y atento señor Khonton lo estaba esperando con un mano en el bolsillo de su traje azul oscuro, mientras que con la otra sujetaba el amplio pomo de la puerta, en un ademán claro de que podía pasar a la

sala.

—Te estábamos esperando —dijo con una amplia sonrisa el señor Khonton—. Hoy tenemos la visita del nuevo fichaje.

—¿De quién demonios se trata? Últimamente hemos metido a tanta gente nueva que he perdido la cuenta —respondió Gabriel.

—Te hablo de la incorporación más prometedora de los últimos años, el que...

—Drake —le interrumpió Gabriel sin dejarle terminar la frase—. Estaba deseando conocerle en persona. Me gustaría felicitarle por la misión en el Banco Central.

Los actuales Cuatro conformaban una de las cúpulas más estables y eficaces de las últimas décadas. Eran cuatro miembros que rondaban ya los setenta o incluso los ochenta años de edad, sus nombres: Pereira, Ingerman, Torres y Capriati.

Capriati era posiblemente el miembro más influyente y además era el abuelo paterno de Cameron. Era un hombre de frondoso pelo, en el que varias canas luchaban por abrirse camino entre la profundidad castaña que le cubría la cabeza. Su mirada era severa y profunda, lo que le daba siempre una apariencia altiva que incomodaba a la gente que osaba a

cruzar unas palabras con él. Además, su gran estatura y su complexión fuerte provocaban un sentimiento de inferioridad a todo aquel que tuviera que re-unirse para alguna cuestión de trabajo ante la mesa del opulento despacho de Los Cuatro. Pese a todo, Capriati era una persona afable y cercana, pero que sabía sacar partido a esa sensación de respeto que infringía al resto de personas. Le encantaba pasar largos ratos charlando con aquellos que más quería. Gabriel y Cameron eran unas de sus compañías favoritas sin lugar a dudas. También disfrutaba de pequeños placeres de la vida como jugar al golf alejado del ruido sordo de la ciudad,

dormir hasta tarde y estrujar el papelito verde y negro, en el que iban envueltos unos caramelos de menta que le apasionaban. Siempre llevaba uno de esos papelitos en su bolsillo, pues nunca se sabía cuándo podría ser un buen momento para jugar con él.

El salón de Los Cuatro era una amplia estancia acristalada y de forma ovoide, que ofrecía unas vistas preciosas para cualquier espectador que quisiera disfrutar de la panorámica del mar bañando a la ciudad.

Al final de la estancia, junto a una de esas cristaleras, había una gran mesa de madera de roble, rematada por los cuatro asientos de los más altos cargos

de La Organización. Era ahí donde se tomaban las decisiones más importantes y donde se recibía a cualquier persona que fuera llamada por Los Cuatro o que tuviera la suerte de haber sido aceptada a una audiencia privada con ellos.

Cuando Gabriel Caronte se aproximó a la gran mesa, Capriati se levantó efusivo para recibirlo. Sus casi dos metros de altura siempre impresionaban a Gabriel, por más que estuviera acostumbrado a sus enérgicos abrazos.

—¡Aquí estás Gabriel! Nos alegramos de que hayas podido venir tan rápido —dijo Capriati mientras paseaba su mano izquierda de un lado a otro,

como si sostuviera una bandeja de camarero—. Te presento a Drake, nuestro pirata informático.

—Hola Drake, he oído hablar mucho de ti, bienvenido a bordo.

—No creo que tanto como yo he oído hablar de ti. El placer es mío Gabriel.

—Estuviste brillante con aquellos códigos que conseguiste para asaltar el banco. Algún día me explicarás cómo mierda lo hiciste.

—Sólo hay que saber que tecla pulsar en cada momento. Una vez hechas las presentaciones, Gabriel se sentó en una silla, colocándose enfrente de Los Cuatro y manteniendo a cada uno de sus

lados a Drake y al señor Khonton, que una vez cerrada la puerta, había recuperado su sitio, andando hasta allí con sus habituales pasitos cortos, como si fuera flotando por el aire.

—¿Quieres tomar algo Gabriel? — le ofreció Capriati. —Tomaré un bourbon, *Rosa Negra*, si no es mucha molestia.

Drake miró perplejo a Gabriel Caronte, en ese momento no sabía que le llamaba más la atención, si el trato cordial que le dispensaban Los Cuatro a Gabriel, o el hecho de que se fuera a tomar un trago de bourbon a las diez de la mañana.

Capriati le sirvió una copa en un

vaso que posiblemente costara más que todo el apartamento de Caronte. Una vez servida, se quedó un instante quieto, observando a todos los asistentes, como si los estuviera volviendo a contar mentalmente por si faltara alguno. Después, de forma teatral compuso una expresión que dibujó un signo de exclamación en su rostro, en un claro ademán de que había recordado algo importante. Se humedeció los labios y empezó con su disertación.

—Gabriel, hay algo que debes saber. Me imagino que Yann ya te habrá adelantado los titulares por teléfono, pero quería que lo oyeras de nuestra boca. Antes de que entraras, Drake nos

estaba contando que ayer la policía asaltó su apartamento.

—Sí algo me ha comentado Yann. ¿Qué pasó?

—Por suerte los oyó llegar antes de que pudieran sorprender-lo. Tenía diseñado un meticuloso plan de escape, por lo que pudo recogerlo todo antes de huir por la ventana.

—Vale, entonces la cosa terminó bien.

—Drake logró hacer explotar su equipo informático a través de un sistema de control remoto. Un ligero chispazo y todos los discos duros y servidores se quedaron fritos.

—Bueno... está el asunto de la

memoria flash USB —interrumpió Drake cargado de una evidente sensación de incomodidad.

—Sí, Drake. Ahora iba a eso —respondió Capriati.

—¿Qué pasa con la memoria USB sigue desaparecida? —preguntó Caronte.

—Sí. Como sabes, Drake olvidó en su piso una memoria USB con información comprometedor, salió huyendo y...

—¿La hemos perdido?

—Es complicado. Al principio pensamos que no. Teníamos a un agente infiltrado acompañando a ese maldito detective. ¿Cómo se llamaba?

—Atalanta —sentenció el señor Khonton. Le encantaba dar respuesta a las preguntas que Capriati dejaba flotando en el aire.

—Exacto, Atalanta. Pero no te preocupes, ya está todo más o menos solucionado.

—¿Más o menos?

—Sí. Ya sabes. Cosas que pasan. De todas formas no tenemos tiempo de entrar en eso. Yann te pondrá al día de todo y te contará los detalles más escabrosos. El caso es que tienes que irte ahora mismo a casa de nuestro infiltrado para recuperar la memoria USB. Tenemos esperanzas de que esté allí guardada.

—Ningún problema. Confía en mí, recuperaré ese dispositivo USB.

—Lo sé. Por eso te encomiendo a ti esta misión. Bueno, ¿y qué es eso tan importante que querías contarnos?

—¡Ah sí! —exclamó Caronte—. Casi lo olvidaba. Esto hace que mi preocupación sea todavía más grande. En realidad el motivo de mi visita está relacionado con un incidente que ocurrió en mi apartamento anoche.

—¿Qué ocurrió? —preguntaron todos los asistentes casi al unísono.

—Bueno, veréis, alguien entró en mi apartamento y lo puso todo patas arriba, sin duda, estaban buscando algo. Así que ahora me viene a la cabeza esa

maldita memoria USB.

—Sí, cierto, pero no hay de qué preocuparse, tú no tenías la memoria USB así que no encontraron lo que anduvieron buscando en tu casa. De hecho, aunque dieran con ella, no creo que los incompetentes del cuartel de policía sepan como descriptar esa información. Mierda, ni siquiera creo que sepan enchufarla a un ordenador...

—Podría ser, pero, ¿cómo sabe la policía acerca de esa memoria? —inquirió Drake —. Quizá Atalanta informó por radio antes de que nuestro hombre interviniera.

—¿Interviniera? ¿Qué hizo?

—Bueno, tuvo que matarlo allí

mismo. En el piso de Drake.

—¿Qué? ¿Atalanta está muerto? —
Caronte sentía una especie de respeto por aquel viejo detective que más de una vez había desbaratado los planes de La Organización. Una especie de némesis, si bien es cierto que aún no había conocido al que sería su verdadero alter ego.

—Sí, nuestro infiltrado se deshizo de él. Lo que quiero decir es que la policía está cruzando la raya de nuevo, no es propio de ellos asaltar una de nuestras viviendas y ponerlo todo patas arriba, sobre todo sin ninguna orden judicial de por medio —añadió Capriati.

—Desde luego, es preocupante. Las reglas del juego están cambiando, no sabemos a qué nos enfrentamos. En cualquier caso no sabemos con seguridad quién estuvo registrando mi piso —concluyó pensativo Caronte que todavía estaba dándole vueltas a la muerte de aquel viejo detective.

—O quizás alguien de dentro ha informado a la policía —dijo el señor Khonton con un tono que mostraba duda y preocupación.

La pregunta resonó en la habitación, rebotando por todas las paredes de la amplia sala, para terminar cayendo sobre la gran mesa de juntas, como una lapidaria losa. Todos se miraron,

aguardando un prudente silencio, como si estuvieran cediendo el turno de palabra a los dos pesos pesados de la reunión Capriati y Caronte.

—Eso no lo sabemos —concluyó Caronte, asumiendo la responsabilidad de la conversación.

—Llegados a este punto, creo que es una opción a considerar —dijo Capriati con un tono de voz quebrado, que mezclaba nostalgia y pesar a partes iguales—. En toda la historia de MASK se pueden contar las traiciones con los dedos de una mano, pero hemos llegado a un momento en el que no debemos pasar nada por alto —de su bolsillo extrajo uno de esos papelitos que

envolvían sus caramelos favoritos y lo estrujo a un ritmo acompasado, deslizándolo de un dedo a otro.

—¡Tonterías! —intervino Caronte rápidamente, para intentar zanjar la posibilidad que flotaba en el ambiente como un gran signo de interrogación.

De repente se hizo un nuevo silencio. Nadie se atrevía o se decidía a intervenir. A nadie le gustaba la posibilidad de que un topo estuviera saboteando los planes de MASK y todos sabían que a partir de que esa posibilidad se convirtiera en una opción real, cualquiera estaría bajo sospecha.

—Creo que es evidente el hecho de que nos enfrentamos a un topo —dijo

Drake, dando un metafórico golpe de autoridad sobre la mesa que hizo saltar por los aires todos los absurdos adornos y accesorios de escritorio que había colocados sobre ella.

—¿Cómo dices? —preguntó Caronte con un tono de voz que mostraba algo más que desacuerdo.

—Sé que llevo poco tiempo aquí —comenzó argumentando Drake y poniendo de manifiesto que había captado el tono hi-riente de Caronte—, pero por eso mismo, la objetividad que me da la cierta distancia que guardo con vosotros, me está haciendo ver que a día de hoy, es la única posibilidad real. El asalto a mi apartamento, el robo del

USB...

—Querrás decir la pérdida del USB que tú mismo has provocado...

—interrumpió Caronte. Ante la mirada algo apenada de Drake.

—La pérdida del USB —rectificó Drake— el asalto a tu apartamento y los pequeños inconvenientes que me habéis estado comentando.

Era cierto, desde hacía varios meses parecía como si cualquier misión de MASK, por pequeña que fuera, se terminaba yendo al traste. Pequeñas derrotas que habían alimentado una cierta sensación de preocupación y derrotismo, que no hacía más que multiplicar la posibilidad de que alguien

traicionase a La Organización, harto de tanto fracaso y sinsentido.

—Quizá deberíamos empezar por indagar a las nuevas incorporaciones —volvió a interrumpir Caronte con una mirada desafiante. Sabía que había abierto una puerta, la de las acusaciones, difícil de cerrar.

—¿Sí? Y qué mierda ganaría yo con todo...

—¡Basta! —interrumpió con violencia Capriati—. Callad los dos.

Mientras la conversación subía de tono en una escalada peligrosa, abajo, en el mundo terrenal, el detective Marc Falco hacía su aparición, inesperada, al

juzgar por la cara de sorpresa y evidente preocupación de Yann.

Yann que en ese momento se encontraba solucionando unos tediosos *asuntosburocráticos/papeleos* con Lorena, una de las secretarias de la recepción. Se detuvo de golpe y comenzó a escudriñar a través de las majestuosas cristaleras de la puerta del edificio, a la persona que se acercaba hacia ellos. Por sus andares, la evidente pistola que llevaba bajo la cazadora de cuero marrón y el cartel que sobresalía de su cuello exclamando a gritos: ¡Soy poli! Yann entendió que esa visita iba a ser muy poco cordial, y que posiblemente debía interrumpir la reunión que

se estaba llevando a cabo varios metros más arriba. Pero en el último momento, algo cruzó su mente de lado a lado y decidió que no.

—No te preocupes, yo me encargo de éste —le susurró a la secretaria mientras su mano le marcaba un claro gesto para que se detuviera en seco.

Una vez que el detective atravesó la puerta principal, se dirigió directamente hacia la mesa de la recepción, donde Yann se encontraba preparado para salir a su encuentro.

—Buenos días, soy Marc Falco detective del departamento de la ciudad —pronunció mientras sacaba su placa de un bolsillo, en un movimiento que

parecía que había ensayado muchas veces—. Me gustaría hablar con el señor Khonton si es tan amable.

—Sí que lo soy —contestó Yann en tono socarrón— pero des-de luego no con la poli. El señor Khonton ha salido de la ciudad por un asunto urgente, así que si no tiene ninguna orden judicial puede salir por donde ha venido.

—Vaya eso es tratar bien a un cliente, sea lo que sea a lo que os dediquéis aquí —dijo mientras sacaba una tarjeta de visita del bolsillo—. Dígale que le estoy buscando.

—Créame que lo haré.

Marc Falco se quedó un tanto dubitativo, desde luego no esperaba ese

recibimiento, ni tan siquiera viniendo de un grupo de gánsteres como eran aquéllos. Pero cuando sus pies ya se habían dado la vuelta para empezar el camino de regreso a su coche patrulla, de repente, algo se articuló en su boca, casi sin saber por qué, como si no fuera dueño de sus palabras.

—Yann, hoy me voy, pero de ahora en adelante voy a encargarme de que vuestra vida sea un auténtico infierno.

Ajenos a toda esa conversación que estaba teniendo lugar en el piso de abajo, en la gran sala de Los Cuatro, Caronte empezaba a sentir como la ira que muchas veces se apoderaba de él,

estaba comenzando a hacer acto de aparición.

Lo cierto es que había mil motivos para preocuparse sobre la existencia de un traidor. La pérdida del USB, la aparición por sorpresa de la poli en el piso de Drake, el allanamiento a la casa de Caronte y sobre todo un incidente durante el robo del dinero en el Banco Central. El dinero se había conseguido extraer de la cuenta bancaria de Nuevo Horizonte gracias a los códigos des-criptados que facilitó Drake y a la actuación de Cameron con los empleados del banco, pero a los pocos días, la alegría por el éxito de la operación se convirtió en decepción

cuándo por arte de magia, el dinero no había ido a parar a la cuenta elegida por MASK. El dinero había desaparecido, robado delante de sus narices y todavía hoy seguían intentando encontrar el rastro y el paradero definitivo.

Tras un silencio ensordecedor, motivado por la reprimenda de Capriati a los asistentes, Drake empezó a concebir una idea que no le hacía ninguna gracia. En el caso en que comenzasen las sospechas sobre un posible topo dentro de La Organización, todas las miradas irían a parar a él, puesto que simplemente era el que acaba de entrar y todavía no se había ganado la confianza de nadie. Así pues, una nueva

idea surgió en su mente (esta era la particular forma de razonar que tenía Drake, formular hipótesis que implicaban otras hipótesis que finalmente, motivaban sus actos; era como si estuviera jugando una partida continua de ajedrez consigo mismo) la idea de que tenía que lanzar sobre la sala un chivo expiatorio que distrajera a los miembros de MASK y desviara sus miradas hacia él.

—Pensadlo bien —dijo de repente Drake— ella es la única que tenía acceso a toda esa información y al código encriptado del dinero que yo mismo le proporcioné.

—¿Qué?! Pero serás... —Caronte

se calló de repente como si alguien le hubiera ajustado una mordaza que el mismo se había impuesto, por respeto a Los Cuatro.

—No abras esa puerta, hijo —le soltó Capriati con condescendencia mientras miraba fijamente a Drake y arrugaba con movimientos calmados uno de los papelitos de caramelo.

—Sé que es duro de imaginar, pero pensadlo bien. Yo le di los códigos de acceso a ella, pero el dinero nunca llegó a nuestra cuenta bancaria.

—No abras esa maldita puerta, hijo —replicó Capriati algo más que acalorado mientras estrujaba el papelito cada vez con más fuerza.

—Lo siento, pero es una opción que debéis contemplar. Si ella realizó el traspaso en el banco, pero la pasta nunca llegó a nuestra cuenta. ¿Dónde demonios está todo el dinero?

—Cameron es mi nieta por el amor de Dios —esta vez el tono se convirtió en un grito que inundó la sala de reuniones, mientras el envoltorio se hacía añicos entre sus gruesos dedos.

Aire, necesito aire para respirar. Para poder subir a la superficie y vivir una vida que ahora mismo se me antoja vacía, una vida sin ti. Sin esos días

color naranja que me dabas. Sin tu sonrisa y sin tus labios, me he convertido en un esclavo de tus besos. El agujero que hay en mi corazón lo intento cubrir con una placa que siento más pesada que antes, a la que miro y ya no reconozco.

Aire, necesito aire. A donde fueron todas esas cosas que nos dijimos, las promesas rotas van a parar a mi mente para golpear-me una y otra vez, y me atrapan por el cuello y no me dejan respirar. Me quitan el aire, ese bien tanpreciado que necesito para la vida. Me quedo bloqueado y no puedo pensar, me anula y no quiero volver a sentir esa sensación, no se lo deseo ni a mis

peores enemigos, no, a ellos sí, se lo merecen. Aire, que me falta y que me empuja hacia él, hacia un abismo al que miro desde arriba, y recibiendo una carcajada diabólica como propina de todos mis malos pensamientos. Si al menos, pudiera...respirar. Bailar con el diablo es llover siempre sobre mojado, pero me da el oxígeno que necesito para respirar, el aire que no tengo. Al menos calma el dolor de una existencia que se escapa entre mis dedos, entre sus dedos, los que acariciaba y veneraba, los que algún día besé. ¿Eso ocurrió? ¿Era real? Porque no valoramos lo que nos sucede en el presente, lo tenía todo, y ahora nada. Ahora no tengo aire para respirar

y me falta la vida. Si lo hago, me estaré convirtiendo en él, de eso no hay duda. Estaré apagando el fuego que llamea en el infierno con gasolina. Pero no me tiene que importar, ahora lo primero es recuperar el aliento, respirar. Quizá con una mala mano, también se puede ganar. No te preocupes, si te está gustando esta sensación, si la curiosidad está llamando a tu puerta, tú también me acompañarás. Echar sólo un vistazo atrás y permitirme sólo un último susurro. Estoy cansado de andar sobre mis pies, ahora sí quiero ver al sol caer, si me encuentro al diablo le venderé mi alma.

A través de la portezuela acristalada de uno de los principales despachos del banco de la ciudad se podía intuir la media melena de Cameron rojiza cayendo sobre sus hombros. Llevaba varias horas en esa habitación, esperando a que la agente bancaria terminase de tramitar la compleja operación financiera que Cameron había solicitado. El montante de la operación que Cameron había activado, proporcionando unos códigos de seguridad encriptados, era por así decirlo, indecente. Podría acabar con las penurias eco-nómicas de toda una ciudad de África, posiblemente de todo un país en depresión. Y es que en eso se

había convertido el mundo, en un ir y venir de capitales que circulaban libremente sin frontera aparente, un devenir de dinero que acaudalaba a unos y empobrecía a otros, mientras las personas pagaban los platos rotos de los burócratas y de los bancos. Bueno, eso era otra historia, las personas nunca han tenido la libertad que alguien les garantizó un día. Siempre se han debido de conformar con perseguir sus sueños desde la limitación impuesta por su partida de nacimiento, sin poder alcanzar libremente un lugar que también les pertenece por ser nada y más y nada menos que habitantes del mundo, sin poder alcanzar libremente su tierra

prometida.

—Parece que ya está todo en orden señorita.

—El dinero aparecerá en la cuenta que nos ha facilitado en unos horas, quizás días. Si tiene algún problema no dude en ponerse en contacto conmigo directamente. Pero no se preocupe, estas cosas suelen demorarse bastante tiempo.

—No todas las mañanas alguien retira tal cantidad de dinero para llevarlo a otra cuenta.

—Encantada de conocerla, ha sido un verdadero placer atenderla y gracias por confiar en nosotros.

Cameron se levantó de la silla, en la que había estado sentada tanto tiempo,

con una sensación extraña, como si se sintiera mucho más ligera después de haber soltado un gran lastre que la sujetaba al suelo con una fuerza férrea y determinante. Cogió su bolso rematado por unos flecos de cuero y salió del edificio recorriendo el mismo camino que había realizado al entrar, observando todos aquellos barcos y a todos aquellos marineros de trajes azules y corbatas color hueso. De pronto, sin saber casi por qué, se observó así misma reflejada en una ventana, componiendo una sonrisa.

Las ideas que hacía unas horas la atormentaban en el coche, habían desaparecido, lo que no hizo más que

confirmarle que la idea que había tomado había sido la correcta. Salió a la calle y observó a la ciudad detenidamente, como si no la reconociera, como si alguien hubiese cambiado las calles y los edificios de sitio. El sol lucía tranquilo en lo alto del cielo y de él colgaban unos rayos de luz que rozaban el bello rostro de Cameron, dorando tímidamente sus rasgos y su blanca piel.

Mientras tanto, la agente bancaria que había asistido a Cameron, cerraba su portátil de un plumazo, bajando la pantalla sin pulsar el interruptor de apagado. Cogió su chaqueta y chasqueó las luces para dejar la estancia

completamente a oscuras, salvo por los tímidos rayos de sol que intentaban colarse por su persiana. Antes de salir, miró a todos lados varias veces, como si alguien inapropiado pudiera reparar en lo que estaba haciendo. Descolgó el teléfono, marcó un número con la seguridad de alguien que lo había memorizado a conciencia y pronunció con firmeza, un escueto: «Ya está hecho. Acaba de irse».

Cameron se dirigió hacia el coche en el que seguían esperando Caronte y Yann, sus inseparables compañeros de fatigas. Llevaban varias horas vigilando cualquier movimiento sospechoso. En ese momento le hacía gracia imaginar la

de conversaciones triviales que habrían tenido y la de temas trascendentales que habrían surgido de repente. En pocos minutos se reuniría con ellos, pero a Cameron le restaban un par de manzanas para poder alcanzar el viejo *Chevy* de importación de Caronte.

Cameron, pese a lo formal de la reunión que acaba de tener, iba vestida con unas cómodas sandalias y unos vaqueros gastados, no por ella, sino por los patrones de la industria de la moda. Además llevaba una camisa blanca remangada hasta los codos, pues empezaba a apretar el calor y el sol comenzaba a sentirse con fuerza. El cielo seguía ofreciendo un color azul

casi blanquecino, a juego con los colores del mar que se reflejaban a todas horas en los ojos de la chica.

En ese momento algo llamó la atención de la joven. En la acera por la que iba andando observó algo extraño, una especie de agujero en la base de uno de los pequeños edificios de la zona. Cameron se acercó con curiosidad hacia el agujero hasta colocar-se a escasos palmos de distancia. Desde ese lugar, no había ninguna duda. Estaba convencida de que ese agujero recién hallado no era un agujero cualquiera. Era una madriguera. Casi sin saber por qué, Cameron sintió un impulso ajeno a ella, movido por una insaciable curiosidad.

¿Qué hacía una madriguera en uno de los edificios de la ciudad? Posiblemente, la felicidad que sentía desde que había abandonado el banco, le hizo no dudar ni un instante en adentrarse por aquella madriguera. Al principio tuvo que agacharse y arrastrarse para poder entrar, ya que el hueco del edificio no era lo suficientemente grande para dejar pasar las curvas de Cameron, pero con un poco de esfuerzo lo consiguió y de hecho, sintió como si la madriguera se ampliase a su paso, como si estuviera invitándola a entrar.

El decorado que adornaba aquella noche era perfecto, todo encajaba en su

sitio y las estrellas sabían perfectamente qué papel debían desempeñar, como tramoyistas de aquel mágico teatro que era la vida. Hasta la suave brisa parecía haberse confabulado con la luna llena para refrescar una noche que a priori se planteaba calurosa. Las carcajadas que se originaban en la azotea de Gabriel Caronte se oían a varios metros de distancia y recorrían, con la emoción de dos amantes que se escapan a hurtadillas, las calles colindantes a la casa donde se encontraban Cameron y Caronte.

Desde que la sospecha sobre un posible topo amenazara sus vidas, las visitas nocturnas a la azotea eran más

frecuentes. Allí ambos se sentían alejados del mundo, fuera de todo peligro, y les servía a modo de antifaz para negar una realidad que cada vez les estaba volviendo más la espalda.

Por la frecuencia de las risas y el tono cada vez más distendido, cualquiera que hubiese asistido ajeno a ese momento, se habría dado cuenta que la dosis de alcohol era algo tan evidente como la botella de bourbon que ambos estaban compartiendo.

—¿Mundos paralelos? ¿Otras dimensiones? Creo que esta vez nos han vendido una botella caducada —aseveró Cameron entre risas.

—¿En serio no te convenzo? ¿No lo

ves? Yo creo. No. Estoy convencido de la existencia de otras realidades paralelas a la nuestra —Caronte comenzó su discurso con un gran entusiasmo mientras ensimismado se iba perdiendo en el interior de los ojos verdes de su oyente—. Nuestra visión del mundo, de la vida, es lineal, pero no tiene por qué ser así, es absurdo. El tiempo puede ser algo cíclico, ¡qué digo cíclico! Algo complejísimo formado por otras dimensiones, otros niveles de percepción. El pasado, el presente y el futuro no son lineales sino que están mezclados entre sí sin ningún borde que los delimite. Somos un...todo, es algo tan obvio. Posiblemente en este

momento, hay otros nosotros en algún lugar del universo bebiendo de otra botella...

—¿También en esta azotea?

—Puede que sí o puede que no, Cameron. Quizá estén en la playa, o estén en otro país o en otro mundo con otras personas —Cameron sintió que su rostro se ensombrecía un poco al pensar que alguna de sus alter ego no estuviera en ese momento con Gabriel, en esa misma azotea, por una razón incompresible que no se atrevió a confesarle. Sintió pena de cualquiera de sus desafortunadas proyecciones metafísicas de las que estaban hablando, sobre todo de las que no pudieran

disfrutar esos instantes.

—Obviamente estás delirando... Aunque, y creo que me arrepentiré toda mi vida de esto, me estás convenciendo, y ahora mismo, ahora que nadie me oye, te doy la razón —tras la contestación de Cameron, ambos rieron sin parar durante varios segundos, sus miradas se cruzaban peligrosamente, inundadas por las lágrimas ruidosas de sus carcajadas.

—En algún lugar del infinito se está recreando ésta y otras conversaciones que hemos tenido aquí, en mi azotea, al igual que se estarán recreando otras situaciones pasadas y futuras de nuestra vida; o incluso aquellas cosas que no hemos vivido y que sólo existen en

nuestro subconsciente más profundo. Los pensamientos son materia, luego forman parte de la vida y del universo, luego tienen cabida en una concepción terrenal.

—Me dejas sin palabras...

—Cameron estaba dejándose llevar por el apasionado discurso y no podía evitar preguntarse algo muy concreto. ¿A dónde irían a parar todos sus sueños?

—Entenderás, por tanto, que creo firmemente en la vida en otros lugares del universo. Pero no en la ofuscación que tienen los científicos en buscar vida bajo las mismas condiciones que la humana, si no en otras formas de vida, completamente distintas. No siempre

tienen que ser formas humanoides basadas en el oxígeno y el agua, si existe vida lejos de la tierra, posiblemente sea algo que respire azufre o helio. ¡Vete tú a saber! O ni siquiera que res-pire, sino que esté estructurado de una forma que ahora mismo, ni siquiera podemos imaginarnos. Joder, ni siquiera tienen que tener una apariencia física, sino que se puede dar vida en otros niveles completamente distintos, que posiblemente no hayamos descubierto todavía.

—No me lo puedo creer, ¿has perdido la cabeza del todo? — contestó Cameron ante la alocada disertación que Caronte estaba comenzando, empujado

posiblemente, por la sensación del bourbon mezclándose con su sangre.

—No te rías más. Es lo que pienso —replicó Caronte en tono de broma.

—¡Pues estás completamente loco!

—Creo que el ser humano está limitado por su propia condición física, por nuestra propia condición de ser seres finitos. Es imposible que entendamos la grandiosidad del universo, su carácter infinito, puesto que nosotros tenemos fecha de caducidad en este mundo y no entendemos el concepto de eternidad.

—Vale te concederé eso. Sigue intentando convencerme. —Parece claro que el universo, en su definición, es

infinito. ¿Te imaginas? Infinito. Es decir, no tuvo un inicio ni tendrá un final, ha existido siempre y lo seguirá haciendo... Cierra los ojos —le soltó de repente Caronte a Cameron, mientras que con una gran delicadeza (incomprensible para alguien acostumbrado a empuñar pistolas casi a diario) llevó su mano hasta los ojos de Cameron, en un claro ademán para que la joven se dejará llevar por aquel juego que le estaba planteando—. Concéntrate. No abras los ojos y piensa en esa idea durante unos segundos.

—Vale.

—El universo es infinito, un concepto que nosotros no llegamos a

entender ni en una millonésima parte.

—Va...le —volvió a pronunciar Cameron pero esta vez sus palabras se convirtieron casi en un susurro.

—Piensa en ello con lo más profundo de tu alma. ¿Qué sientes?

Cameron quedó sumida en un profundo pensamiento acerca de las maravillas del universo, parecía cierto que era algo infinito, algo que ha existido siempre, que no tenía ni principio ni final, sino todo lo contrario. Siempre ha estado allí. Aunque receptiva al principio, Cameron comenzó a entender el juego que le planteaba Caronte y realmente empezó a

sentir la solemnidad de sus palabras. Una sensación de paz invadió a la chica, mientras su cabeza giraba en pequeños círculos concéntricos fruto de aquella botella de bourbon de la marca *La Rosa Negra*. Poco a poco, la paz fue dejando paso a una nueva sensación más contradictoria, de angustia, de soledad. Se estaba empezando a sentir tan sumamente pequeña que, si hubiera podido, se habría colado en el bolsillo que la camisa de Gabriel lucía en el pecho. Así que decidió abandonar esa situación que tenía visos de convertirse en cada vez más incómoda y comenzó a abrir los ojos lentamente, como si despertara de un largo sueño.

Ante ella se encontraba Gabriel, que la observaba muy atento, con sus grandes ojos negros que enmarcaban una mirada dura y cargada de seguridad; esos ojos que durante tanto tiempo, Cameron había anhelado.

—¿Y bien...? ¿Lo has sentido?
—preguntó Caronte con unas palabras sordas, como si le estuviera desvelando el más importante de los secretos a los oídos de Cameron.

—Creo que sí —afirmó Cameron mientras componía una de las mejores sonrisas que Gabriel había visto nunca.

—Es la inmensidad, el secreto mejor guardado de la vida. Si algo así puede existir, que más nos puede deparar este

mundo

—Caronte realizó una pausa cargada de efectismo, sin duda sabía expresarse y meterse a su audiencia en el bolsillo—. Entiendes ahora por qué creo que no vemos el mundo tal cual es. Estamos sesgados por nuestra condición humana y nuestra mente no está preparada para entender los misterios de la vida.

—Entiendo.

—Hasta hace poco la gente ni se imaginaba que todo estaba rodeado de materia, de átomos invisibles al ojo humano pero que forman parte de nuestro mundo. Todas las cosas están formadas por átomos, algo impensable

hace unos años. Y esos átomos se encuentran separados unos de otros por una distancia enorme, sideral, en una escala parecida a la distancia que nos separa ahora mismo de esas estrellas que están sobre nuestras cabezas. ¿Y si estamos rodeados de otras cosas que ahora mismo ni tan siquiera podemos imaginarnos? ¿Confiarías plenamente en lo que te dicen tus sentidos?

Marc Falco se subió al coche decidido a no mirar a Yann mientras se alejaba, pero de nuevo volvió a actuar como si no fuera dueño de sus actos, y

mientras arrancaba y se alejaba de allí, lanzó una mirada retadora a Yann que permanecía todavía inmóvil, como decidido a no moverse hasta que las palabras de aquel policía se asentaran en su consciencia, resbalando por todas las paredes de su cerebro.

Lo que más desquiciaba a aquel buen policía era el juego hipócrita que la ciudad mantenía con MASK. Todos sabían de la actividad ilegal que La Organización desempeñaba, todos sabían que aquel edificio de oficinas que supuestamente pertenecía a una importante inmobiliaria, era en realidad el cuartel general de Más-cara de Muerte. Pero no había nada que pudiera

atar legalmente a ningún miembro de la organización con cualquier actividad delictiva. Aquella empresa del terror estaba estructurada a partir de una compleja red de negocios legales que se entremezclaban con capitales internacionales y con un intrincado tamiz de empresas fantasma.

En ese gran edificio de la ciudad en el que MASK tenía su cuartel general, se podían realizar transacciones inmobiliarias completamente legales, y de hecho, tenían clientes auténticos que servían para mejorar la tapadera que MASK se había preocupado de establecer durante tantos años, y que por lo tanto eran completamente ajenos a la

actividad delictiva que se hacía tras aquellos muros acristalados. A parte, los clientes eran de gran utilidad ya que sin saberlo se ponían a su disposición como una fuente de financiación legal perfecta.

Falco empezaba a pensar que las cosas tenían que empezar a cambiar. Para detener a aquellos delincuentes habría que bajar al barro y pelear con ellos de igual a igual, pero nadie en su sano juicio estaría dispuesto a sacrificar tanto para ello. Atalanta así se lo había explicado cientos y cientos de veces, durante sus largas charlas en la cafetería Estigia, tomando unas cervezas que anesthesiaban sus doloridos corazones, después de largas jornadas de trabajo.

En ello andaba pensando Marc mientras conducía, cuando se chocó de bruces con la realidad. Aquel coche patrulla le estaba jugando una nueva mala pasada y se había quedado totalmente parado en mitad de una de las avenidas de la ciudad. No era la primera vez que le ocurría, y en ese momento Marc visualizó la partida presupuestaria que denegaba la compra de una nueva flota de coches más modernos. En cuestión de segundos un enjambre de coches empezó a formar una nube entorno a él. Su zumbido era intenso y comenzaba a crecer mediante la fuerza del claxon de los vehículos que intentaban sortearlo mientras que le

escupían improperios de todo tipo. El coche patrulla de los detectives de la jefatura era como el de cualquier ciudadano y no tenía ningún distintivo que lo delatase como tal, de lo contrario nadie se habría atrevido a dedicarle las lindeces que estaba sufriendo en ese momento.

Como por arte de magia, el vehículo volvió a la vida arrojando un agónico gemido, Marc se recompuso en su asiento, agarró el volante y la palanca de cambios con fuerza y salió de allí lo más rápido que le fue posible, abrumado por haber sido el centro de las iras de unos ciudadanos que pagaban su amargura con el primero que les diese

una mínima excusa.

Aunque tenía pensado dirigirse directamente hacia la comisaría y dar parte de la conversación que había tenido con Yann, de repente sintió como si las fuerzas le abandonaran, cansadas de luchar siempre en el bando perdedor. Era una sensación demasiado habitual en los últimos años y comenzaba a estar harto consigo mismo de sentirse de esa forma. Así que decidió hacer una parada en su casa para cambiarse de ropa y salir a correr por la playa. Era una de las ventajas de ser detective, y es que no tenían que rendir cuentas a nadie sobre lo que hacían durante las jornadas de trabajo.

Correr descalzo junto al mar, sintiendo la suave arena bajo sus pies era una de las pocas sensaciones que le permitían abstraerse del tormento en el que se estaba convirtiendo su vida desde hacía unos años. Cuando naces nadie te prepara para sentir una serie de sentimientos ni para responder ante algunas situaciones que te plantea la vida. Y la vida le había arrebatado todo a Marc, todo su mundo giraba en torno a Irina Palma, su novia, su amante, su confidente, su razón de estar en el mundo.

Hacía ya casi cinco años que Irina había abandonado el mundo de los vivos y se había adentrado en el laberinto de

la laguna de la que nunca se vuelve. Eso había abierto una brecha en la consciencia de Marc que ni todo el alcohol del mundo podría cerrar jamás. La echaba de menos y la seguía añorando a cada segundo de su maltrecha vida. Quizás lo que más le atormentaba era la extraña seguridad de saber que nunca encontraría a nadie como ella. Desde el día de su muerte, la vida de Marc era sin duda, menos vida. Todo le irritaba y se sentía como si anduviera por un bosque de afiladas cuchillas que le iban cortando pedacitos de su ser a cada paso que daba. Nada lo consolaba, ni las largas charlas con Atalanta, el único verdadero amigo que

tenía en el cuerpo de policía, ni sus interminables timbas de póker en casa de sus compañeros, ni sus esporádicas escapadas al cine Monumental, al que le gustaba acercarse en los pases más trasnochados que encontraba. Al fin y al cabo, llevaba casi cinco años que no dormía bien. Ya no recordaba lo que era dormir una noche entera del tirón, quizá desde que se separara de los brazos de Irina ya nunca lo volvería a conseguir.

El trabajo policial y sus carreras por la playa eran lo único que aplacaba mínimamente su dolor, pero cada vez se estaba volviendo más ajeno al mundo, y una sombra oscura empezó a acechar-le con cada vez mayor frecuencia.

Prácticamente no recordaba cuándo había comenzado a ser consciente de que esa sombra lo acompaña a cada paso. Ya no recordaba si había sido ella la que le salió a su encuentro, o fue él el que se dejó atrapar. Lo que estaba claro es que Marc Falco, detective de policía de una ciudad podrida, nunca volvería a ser feliz ni a ver con los mismos ojos la luz del día. Su mente sólo recordaba ya un nombre, el de Irina Palma, la novia asesinada en lo que ahora parecían vestigios derruidos de otra vida, una vida mejor.

Tras observar que el coche del detective Falco se alejaba lo suficiente,

Yann no dudó ni un minuto en subir hacia el gran despacho de Los Cuatro para relatar la amenaza que La Organización al completo acababa de recibir. Las palabras del detective seguían resonando en la cabeza de Yann como la música de un viejo vinilo que alguien ha abandonado en el tocadiscos. «De ahora en adelante voy a encargarme de que vuestra vida sea un auténtico infierno».

Mientras tanto, en el despacho de la última planta, Drake seguía buscando algún lugar en el que esconder la cabeza tras arrojar la acusación sobre Cameron a la cara de Capriati. Estaba acostumbrado a esas meteduras de pata pero posiblemente aquella se llevaba la

palma. ¿Por qué nadie le había dicho que Cameron era la nieta de uno de los tipos más importantes de La Organización?

Pese a todo, Drake no podía mostrarse dubitativo y una vez metida la pata, decidió meterla hasta el fondo. Al fin y al cabo la vida es de los que se arriesgan.

—Entiendo la situación perfectamente, pero sólo digo que Cameron era la única que tenía acceso al montante total de la cuenta bancaria —se atrevió Drake a decir.

—Maldito hijo de puta, te juro que si sigues por ahí te voy a arrancar la...
—Caronte se contuvo a sí mismo,

asombrando por su propia capacidad de autocontrol.

—¡Bueno creo que ya es suficiente por hoy! —se adelantó a decir Capriati antes de que aquella conversación se fuese completamente de las manos.

Su templanza era conocida como una de sus mejores virtudes, sobre todo en reuniones como aquella en que los asistentes van cargados de armas hasta los dientes.

Los asistentes fueron abandonando poco a poco la sala. Ya en la puerta, Capriati puso el brazo sobre el pecho de Gabriel Caronte, en un gesto claro de que la reunión entre ellos dos todavía no había terminado.

—Espera, no te vayas todavía tengo que hablar contigo Gabriel.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabriel con un gesto no exento de cierta preocupación.

—Tengo una nueva misión para ti.

—¿De qué se trata?

—Se ha activado la operación de la representante de Nuevo Horizonte.

—Sandra Armero —dijo Caronte como para confirmarse a sí mismo que sabía de lo que estaban hablando.

—Exacto, después de que recuperes la memoria USB, Yann te dará todos los detalles.

—Ningún problema. ¿Alguna cosa más?

—De hecho sí, ya sabes que no me gusta meterme en tus asuntos —aquella frase indicaba precisamente todo lo contrario, y marcaba claramente la capacidad que Capriati tenía para inmiscuirse en los asuntos de Gabriel, sobre todo, los que tenían que ver con su nieta Cameron— pero estoy preocupado por Cameron. Sé que los dos tenéis una relación muy especial, así que te pido que cuides de ella. Estamos atravesando momentos difíciles y no quiero que le pase nada.

—No te preocupes, sabes que la protegería con mi vida.

—Lo sé. Y Gabriel... —Capriati comenzó a entrar de nuevo al despacho

cerrando la puerta, dejando claro que él era el que mandaba y el que decidía cuando se terminaban las reuniones—. No tengas en cuenta las acusaciones de Drake sobre ella, está nervioso como todos, y todavía no la conoce lo suficiente. Es un buen chico.

—De eso no te prometo nada...

Caronte comenzó a marcharse dejando unas palabras en la boca de Capriati que nunca llegaron a pronunciarse, sólo el aire sabe lo que el abuelo de Cameron hubiera querido decir. Si Caronte quería también marcar su terreno, lo había conseguido.

Sandra Armero era la líder de un

nuevo partido político que estaba dando mucho que hablar. El despertar de antiguos fantasmas del viejo continente era evidente a través de una marcada ideología de extrema derecha que no engañaba a nadie. Su meteórico ascenso en el panorama político de aquella ciudad había puesto a Sandra en el punto de mira de La Organización. Eran muchos los grupos de presión que habían visto con buenos ojos una rápida intervención que frenara el ascenso de Nuevo Horizonte en el entramado social y electoral. Si alguien tenía que ensuciarse las manos, era MASK.

Al principio Los Cuatro eran reacios a emprender medidas severas sobre

Sandra, una política de unos cuarenta años de edad y que como solía decir la prensa «daba muy bien en cámara», debido a su atractivo físico. Pero unas recientes indagaciones de la llamada Sección de Investigación de MASK habían sacado a la luz algunos asuntos muy sucios en los que Sandra estaba involucrada hasta el cuello: trata de blancas en Indonesia, explotación infantil en algunas regiones de África, compra de votos en Grecia y todo bajo la aprobación de Nuevo Horizonte, un grupo político internacional que basaba su financiación en estas prácticas repugnantes.

Con la actual coyuntura económica

internacional, en muchos países habían proliferado este tipo de ideologías que parecían olvidadas en el tiempo. En días de crisis moral, el mundo busca con su mirada modelos autoritarios en los que un líder asume la responsabilidad de cargar sobre sus espaldas el peso del mundo.

El slogan de Nuevo Horizonte: «La ley del más fuerte» ratificaba punto por punto, un programa electoral que parecía salido de otras épocas de la sociedad, más oscuras y tenebrosas. Veredicto: culpable. Castigo: la muerte.

Caronte, tras despedirse de Capriati, charló durante unos minutos con su gran

amigo Yann. Ambos se encontraron en el vestíbulo del edificio que hacía las veces de cuartel general y centro neurálgico de La Organización. Yann le pasó a Gabriel un gran sobre marrón que contenía toda la información necesaria para liquidar a Sandra Armero. Y además le contó la pequeña visita que el detective Marc Falco acababa de realizar en tono de amenaza. Gabriel no le dio mucha importancia a la historia con el policía y sin más, abandonó el edificio y se subió a su viejo *Chevy* en dirección al punto de control que Yann le había comunicado para ir a recuperar la dichosa memoria USB. La misión para liquidar a Sandra Armero tendría

que esperar unos días, si bien es cierto que desde hacía semanas estaba temiendo ese encargo, y no le apetecía para nada completar esta misión. Acabar con la vida de alguien no es nada gratuito, y siempre marcaba una muesca más en el maltrecho corazón de Caronte. Además en esta ocasión se trataba de una mujer.

Subió al coche descapotable, agarró el volante con sus dos manos y se quedó pensativo antes de arrancar. Luego se relajó y encendió un cigarro que había encontrado en su guantera. Volvió a agarrar el volante con firmeza, esta vez con la mano que no sujetaba el cigarro y se sorprendió a sí mismo pensando en

otra mujer que no era Sandra Armero. Se trataba de una mujer que lo atormentaba y cuya sombra lo perseguía en sus pesadillas de forma recurrente. No podía evitar pensar en ella siempre que le encargaban asesinar a alguien. Pero hoy el pensamiento era más latente, pensaba en esa mujer con más fuerza debido a que su objetivo actual también era del sexo femenino. De repente una sensación de angustia recorrió todo su cuerpo como un rayo que hace presencia en un cielo de tormenta. Algo le recordó de forma muy intensa a esa chica; a ese momento en que asesinó a la que hasta hoy, había sido su única víctima femenina. La asesinó hacía ya unos

cinco años a sangre fría y su muerte marcó para siempre a Caronte. Desde ese día nunca volvió a ser el mismo. El nombre de aquella mujer que siempre estaba presente durante sus sueños era el de Irina Palma.

Conforme Cameron se iba adentrando en la profundidad de la madriguera, se iba sintiendo más y más cómoda, su cuerpo pesaba mucho menos, como si hubiera dejado atrás una mochila llena de vestigios y reminiscencias de otra vida anterior. De repente, todo se volvió negro, lo que significaba que Cameron había llegado a un punto muy profundo de aquella

misteriosa madriguera, un punto de no retorno. Continuó arrastrándose y gateando durante unos metros más. No sabía si eran alucinaciones suyas, pero tuvo la impresión de que estaba descendiendo de forma más pronunciada, y cuando menos esperaba, de forma súbita las palmas de sus manos acariciaban el vacío. Estaba cayendo, eso era seguro, pero ¿hacia dónde?

La caída duró una eternidad, lo suficiente para que Cameron se relajara y compusiera una sonrisa, para que al poco, ante la in-gravidez de su situación, se tornara en una carcajada de verdadera alegría.

Cayó y cayó y finalmente se

introdujo en una enorme botella de cristal transparente que atravesó por la abertura superior de una forma algo más ajustada de lo que a Cameron le hubiera gustado. Por suerte la botella no contaba con ningún tapón, por lo que pudo introducirse en ella sin el mayor problema. Antes de caer a la base, la joven resbaló por las paredes frías de la botella hasta que finalmente cayó boca arriba. Sin duda Cameron Capriati sabía caer en la vida con cierta gracia.

La botella al notar el impacto de aquella chica, comenzó a balancearse poco a poco, describiendo círculos concéntricos sobre su base. El movimiento se volvía más y más

cadencioso, por lo que al poco tiempo se volvió más y más veloz lo que produjo a su vez que la botella comenzara a ser más inestable. El roce de aquella estructura de cristal sobre el suelo, describía una especie de música, una melodía a la que Cameron era familiar, pero que en ese momento, no acertaba a recordar. Además en esos momentos, se sorprendió a ella misma en un estado de cierta preocupación debido a la cada vez mayor inestabilidad del enorme frasco en el que se hallaba atrapada. Finalmente, la botella dio un último giro sobre sí misma y terminó por caerse y chocar contra el suelo, no se rompió pero

emitió un sonido metálico y azulado que se sintió a lo largo y ancho de aquella ingente madriguera.

Cameron aprovechó esa situación para salir gateando del recipiente, por el mismo orificio por el que había entrado hacía sólo unos instantes. Estaba fuera y sólo en ese momento sintió como su cuerpo se estremecía llevado por una sensación extraña. Se sentía insignificante ante la inmensidad de aquella guarida, que ahora más que nunca, le parecía una cueva. Un escalofrío se originó en los dedos de sus pies y recorrió su cuerpo hasta la cabeza, por donde finalmente salió disparado hacia el techo de aquella

oquedad. En realidad se sentía bien, incluso diría que feliz, así que sin pensarlo dos veces, como el barco que se lanza al mar en mitad de una tormenta, se echó a andar y a andar. Notó que algo caía sobre su cabeza y le resbalaba por las perfectas y marcadas facciones de su cara, otra vez y otra. Eran gotas, gotas de lluvia salada que caían del cielo. Pero, ¿cómo? Es imposible que pudiera llover dentro de una cueva, por muy grande que fuera.

Las gotas se volvieron más grandes, y esas gotas se tornaron en lluvia fina, y la lluvia fina se convirtió en un chaparrón suave, que en realidad acariciaba con dulzura, el cuerpo de

Cameron a cada latido de su corazón. Allí en aquella cueva, la lluvia de agua salada se estaba meciendo entre las paredes rocosas. Las primeras gotas luchaban por adentrarse a través del suelo terroso sobre el que pisaba Cameron. Sin saber muy bien por qué, extendió sus brazos todo lo que pudo y cerró los ojos de forma relajada, tan relajada que su cuerpo comenzó como a flotar y a bailar de forma suave entre las fracciones de agua que ajenas a aquella danza, caían lentamente sonriendo.

Una vez que la lluvia había cesado su representación, Cameron siguió andando hasta llegar a un angosto y

oscuro pasillo desde el que se veía una luz lejana que jugueteaba entre las sombras. Sin dudarlo ni un instante, avanzó decidida hacia esa luz y se encontró atravesando un espacio luminoso cargado de una luz eléctricamente blanca.

Estaba fuera de la cueva y fue a parar a una ciudad que le resultaba familiar, era su ciudad, pero con un aspecto diferente. Desde luego, aquellos edificios y aquellas calles no eran las de su ciudad, pero en cierto modo sí las reconocía, se sentía como dentro de un interminable *dejavu* en el que todo te resulta familiar, pero en el que cada uno se sorprende a sí mismo como un

extraño, como un espectador de su propia vida. ¿Alguna vez te ha ocurrido? Piénsalo. ¿No estarás recordando en esos instantes en los que tu cerebro abandona toda lógica, momentos de otras vidas pasadas, susurros de otras vidas que están por llegar o situaciones que estás viviendo ahora mismo en otras coincidencias paralelas?

De repente, Cameron sí reconoció su ciudad como tal y comenzó a dibujar en su consciencia elementos que le eran familiares: el espectacular paseo marítimo, el banco de la ciudad que había abandonado hacía ya una eternidad, el cine Monumental al que tantas noches había asistido con

Caronte, mientras devoraban palomitas y ella lo miraba de soslayo con miradas furtivas sin que él se diera cuenta. Pero esos lugares estaban cambiados, de eso no había ninguna duda. ¡Claro que estaban cambiados! Estaban avejentados, como si a la ciudad le hubiera atravesado un siglo de repente, partiéndola en dos desde sus entrañas. Los edificios no eran diferentes sino que se mostraban derruidos, abandonados por el tiempo que les volvía la espalda de forma despechada.

Cameron aminoró el paso y caminó confundida por aquella ciudad destruida, apocalíptica y distópica, corrupta por las miserias de la condición humana,

con una sensación de desasosiego que comenzaba a acumularse en su pecho, como al que se le acumulan las malas noticias en un mal día.

Aprovechando el alterado estado de ánimo de Cameron, el viento comenzó a jugar con la arena de la playa para depositarla sobre aquellos edificios destruidos. En poco tiempo todo se tornó amarillo y el mar comenzó a rugir con más fuerza.

La chica comprendió que no merecía ni una pizca de su tiempo parar a preocuparse por el futuro de su ciudad. La vida es demasiado corta como para auto-inculparnos ataduras que nos aferran a un mundo que no es nuestro,

que no nos pertenece ni del que queremos formar parte. Disfruta cada momento de la vida que tú hayas elegido, sin importarte los demás. Ese es el camino al verdadero sentido de nuestras vidas. Echar tan sólo una mirada, un ligero vistazo atrás, para sorprenderte a ti mismo en una vida que no has elegido. Si piensas continuamente en que cambiarías eso o aquello, si te repites una y otra vez que deberías haber hecho aquellas cosas que no te atreviste a hacer, si piensas en las cosas que harías cuando vuelvas a existir es que no eres dueño del tiempo que vives. Hay un lugar donde los sueños llegan paseando por tu mente, donde podrás ser libertad

y volar sin miedo a la realidad; un mundo con un billete de ida y vuelta. Tranquilo, si lo intentas de verdad, si lanzas tu imaginación, podrás llegar a tiempo para la cena. Sólo tienes que pulsar el botón que te lleve a ese mágico lugar. No lo busques. Ya has llegado. Lo tienes dentro, en tu interior.

Cameron presionó con fuerza ese botón y volvió a sentirse libre. De repente se encontraba de nuevo en la calle, atestada por los coches que se movían cadenciosos hacia el infinito. Se encontró de nuevo ante aquella misteriosa madriguera por la que se había introducido. ¿Había sido real? Se quedó unos instantes inmóvil, sacudió su

cabeza con un gesto teatral y continuó su camino hacia el automóvil de Caronte, que seguramente seguía enzarzado en alguna conversación con Yann, su inseparable amigo.

Entre el tráfico de la ciudad, y los peatones que a esas horas inundaban la calle, le pareció ver algo extraño. Un conejo con chistera que avanzaba acelerado hacia el centro de la ciudad, ajeno a la aburrida realidad de la que muchos ciudadanos eran presos. Cameron dio un respingo. Miró hacia todos lados y volvió a re-anudar su marcha, avanzando hacia su destino. La conversación en el banco se le antojaba muy lejana. Casi se le había olvidado

todo lo que había presenciado allí. Estaba fuera de aquel banco y estaba segura de que nunca traicionaría a sus amigos, ni mucho menos a Caronte, al que amaba desde lo más profundo de su corazón. Este podía ser un buen día. Por primera vez en mucho tiempo, Cameron estaba decidida a atreverse a vivir.

LIBRO CUARTO

YANN

Sé que en una vida sólo tienes la

suerte de cruzarte con tres o cuatro personas especiales con las que te sientes realmente conectado al mundo. Sé que la vida funciona de esa forma, y que mis días son ese espacio de tiempo en el que espero el momento para volver a ser feliz. El problema viene cuando tu vida está ante ti, esperándote con mirada desafiante, y tú ya has gastado esas oportunidades, ya te has cruzado con esas personas y no volverán a formar parte de tu vida. ¿Qué me depara el futuro entonces? No puedes dejar escapar los trenes que pasan ante ti. Las oportunidades que te ofrece la vida son únicas y hay que atraparlas sin miedo porque esa ocasión, esa encrucijada

nunca volverá. Este segundo que acaba de pasar nunca más regresará. Las estaciones de tren son un lugar romántico, en el sentido más literario de la palabra; lugares donde la gente confía sus sueños a la espera de que alguien los recoja y los transporte hacia ese lugar donde los deseos se cumplen. Es un lugar de despedidas, de bienvenidas, de abrazos y besos cargados de nostalgia, de amor, incluso de odio, ¿por qué no? Yo sé que la vida no me dio buenas cartas, pero con una mala mano también se puede ganar la partida. Pero creo que ya he sido todo lo feliz que me correspondía y que la vida no me aguarda ninguna sorpresa más. El resto

de mis días los pasaré esperando algo que nunca llegará, recordando tiempos pasados con la sensación de que cualquier vistazo atrás siempre será mejor que lo que tengo ahora mismo. ¿No es la vida una continua sala de espera en la que gente aguarda impaciente por algo, capaz de sorprendernos en cualquier instante, cuando menos te lo esperas? Que pase el siguiente. Es tu turno. Cualquier día te levantas, como una mañana más, una de esas que nunca volverás a recordar. Pero a la vuelta de la esquina, en un instante, respiras el nuevo aliento que te conduce a una situación inesperada. Una casualidad. Si no se me hubiese

escapado aquel ascensor quizá no hubiera tenido aquel accidente. Si no hubiera vuelto a por aquel paraguas, en aquel destartado restaurante, no hubiera coincidido con ella, la chica que mis sueños anhelaban. Aquella estrella fugaz que huía del firmamento, nunca volverá y se llevará ese deseo para siempre, al lugar en el que se cumplen los sueños.

Yann era un chico atractivo, de rasgos angulosos y unos ojos tan azules que se confundían con un tono de violeta cuyo código de tonalidad nadie recordaba. Tenía el pelo castaño y un flequillo que ascendía como una ola que,

transportada por el océano, se acercaba a una solitaria playa. En realidad, era un chico del montón, ni demasiado alto, ni demasiado bajo. Ni en tan buena forma como el torso de su amigo Caronte, ni tan abandonado a su suerte, como el orondo Señor Khonton.

Si algo le gustaba a Yann era quedarse en la cama medio despierto mientras observaba los detalles de su techo, reflexionando sobre los últimos acontecimientos de su vida o imaginando situaciones imposibles que muy rara vez se hacían realidad. Su debilidad eran los helados de vainilla. Una vez se comió cuatro de una tacada, ante la mirada estupefacta del hombre

que se los vendió. Trabajaba para MASK desde que tenía uso de razón, lo que le permitía disfrutar de una estabilidad económica, por encima del resto de gente de su edad, edad que siempre le costaba recordar. «¿Tengo veintinueve o treinta años?». Esa capacidad adquisitiva le permitía dedicarse a una de sus grandes pasiones: navegar durante horas por alta mar con un pequeño bote que había comprado a un pescador tan viejo que ya no sentía la llamada del océano. Al igual que Caronte le gustaba vestir de forma muy informal, unos *jeans* y una vieja camiseta eran sus principales normas de etiqueta. Aunque cuando la ocasión lo

merecía le gustaba colgarse del cuello una estrecha corbata color negro que llevaba de forma casual, es decir, la corbata nunca ensortijaba el cuello del muchacho, y bailaba sobre su camisa al caminar, como si la cosa no fuera con ella. Era un fanático del cine clásico y todavía se sorprendía a si mismo viendo viejas cintas de Bergman, Hitchcock o Truffaut. Por eso muchas veces acudía a hurtadillas al pase de los jueves del cine Monumental, donde se proyectaban viejas películas que huían de los canales comerciales. Eso sí, nunca dejaba pasar la oportunidad de comerse una caja gigante de aquellas blancas palomitas, que se apelotaban frente a su boca como

los copos de nieve que se depositan en las ramas de los viejos árboles. Claro que en su ciudad nunca nevaba. Tenía un clima perfecto que le permitía disfrutar de su barco durante una gran cantidad de días al año.

Sus fracasos con las mujeres habían dejado maltrecha a su confianza, que ahogaba las penas sumergiéndose en cualquier vaso de ron de algún local de carretera. Porque si algo le gustaba a Yann, aparte de navegar con su barco, era sentir la libertad del viento subido en su motocicleta estilo chopper, desde la que sentía el silencio ahogado de los gritos que se agolpaban en sus pensamientos. Cuando volaba sobre

ella, todo lo demás no importaba. Así que a las chicas lo primero que le llamaba la atención era su moto y después, en las distancias cortas, el extraño color de sus ojos, cuyas pupilas recordaban a las de los protagonistas de las pelis de vampiros que solía ver a oscuras. Sus recientes rupturas sentimentales le estaban haciendo plantearse la vida desde una perspectiva nueva. ¿Habría agotado los segundos de felicidad que la vida le tenía reservados?

Cameron se acercaba con paso firme hacia el viejo *Chevy* de Caronte que

estaba estacionado a escasas manzanas del banco que ella misma había saboteado con la ayuda, en la distancia, de Drake. Algo había cambiado en Cameron, la vida de una persona puede cambiar en cuestión de segundos, cuando menos te lo esperas. Sólo hay que saber mantener el tipo y esperar.

«Si Gabriel está sosteniendo el cigarro con una mano y agarrando el volante con la otra, se lo contaré todo durante nuestra próxima conversación en su azotea». En ello iba pensando Cameron mientras se dirigía al coche. De repente había decidido no abandonar a sus amigos y seguir con ellos hasta el final, por más que quisiera abandonar

esa ciudad. Pertener a MASK es más que un trabajo, es una forma de vida que no todo el mundo está dispuesto a asumir, es un precio demasiado alto que no siempre la sensatez está dispuesta a pagar. Pero había tomado la decisión. Y durante las horas que había estado esperando en el banco a que se formalizase la transacción, se había dado cuenta de que no merecía la pena huir sin más, sin echar un último vistazo a sus amigos. Si quería huir y abandonar esa vida tenía que ser valiente y contárselo a su abuelo, pero sobre todo a él, a Gabriel Caronte.

—¡Ya estoy aquí chicos! —dijo efusivamente mientras agarraba la

palanca de la puerta trasera y comenzaba a subir al coche.

—¡Cuánto has tardado! ¿Ha ido todo bien? Estábamos a punto de entrar a *pistolazos* en el banco para sacarte de allí —exclamó en tono cómico Yann, mientras todos reían liberando la calma tensa de las últimas horas.

—Todo ha ido bien, no os preocupéis. Sácanos de aquí Gabriel —contestó Cameron.

—Me alegro —le dijo Caronte a Cameron mirándola con dulzura y zambulléndose en los maravillosos ojos de ella. Gabriel la observaba una y otra vez por el espejo retrovisor como si no hubiera nadie más en aquel coche, como

si no hubiera nadie más en el mundo.

Caronte arrojó el cigarro que tenía a medio, arrancó el coche y abandonó aquel sitio metiendo una marcha lo suficientemente decidida, como para dejar atrás aquel robo que a todo el mundo le estaba comenzando a dar malas vibraciones.

—Bueno y contadme chicos, ¿qué me he perdido? ¿De qué habéis estado hablando? —curioseó Cameron con una voz exultante que reflejaba tranquilidad.

—Querrás decir, de qué no hemos estado hablando —se apresuró a mediar Caronte.

—Ya nos conoces Cameron, de la vida, de esto y aquello, de todo y nada

—concluyó Yann.

—Oye Yann, he pensado mejor lo de mi prima Alicia... Sabes, creo que haríais muy buena pareja. Aquí tengo su número —dijo Cameron al tiempo que le pasaba a Yann un trocito de papel con lo que parecía un número de teléfono.

Pasarle aquel esbozo de papel hizo sentir a Cameron quitarse una pesada carga que llevaba consigo, si Yann estaba empezando a sentir algo por su prima, quién era ella para interponerse en una posible relación. Yann recogió el obsequio con la mano izquierda, desde el asiento del copiloto, sin darse la vuelta atrás, es por ello por lo que Cameron no pudo contemplar la enorme

sonrisa que Yann dibujó con sus labios y que se reflejó en sus expresivos ojos.

Yann se quedó mirando aquellas cifras durante unos segundos eternos, como si los números le estuvieran hablando en cábalas y vaticinando un futuro esperanzador.

—No hace falta que los memorices —dijo Caronte entre carcajadas.

—Gracias Cameron —dijo Yann mientras se volvía, ahora sí, hacia Cameron, que comenzaba a recostarse sobre el asiento trasero de aquel viejo descapotable. Mientras, el viento comenzaba a asir sus cabellos para jugar despreocupadamente con ellos, al ritmo cadencioso del

carburador. En eso, Cameron cayó en la cuenta de que efectivamente Gabriel había estado sujetando el cigarro con la mano derecha cuando ella se aproximaba al coche. Aquella noche iría a su azotea, se lo contaría todo.

Lejos, como huyendo del mundanal ruido de la ciudad, de sus fechorías y de sus envidias, de su doble juego y su alargada sombra, de sus conspiraciones y envidias de salón, se encontraba un recóndito lugar que remataba el paseo marítimo, orgullo de la ciudad durante tantos años, en una suerte de escondite que pocas personas conocían. Hacía muchos meses que Yann no paseaba por

allí, posiblemente desde el día en que el gran amor de su vida se alejó de él para siempre, sin echar la vista atrás. ¿Por qué elegiría ese preciso lugar para arrojar a su cara aquellas tristes palabras? Ese era su lugar favorito de la ciudad, y desde ese preciso instante, lento, eterno, quedó corrupto para siempre, triste metáfora de una ciudad a la que ya no reconocía y que le había vuelto la espalda. ¿Por qué de repente es todo y de pronto, es nada? ¿Algún día el ser humano sabrá valorar lo que tiene en cada momento?

El océano, inmenso, atesoraba quietud y sus aguas rebosa-van calma, desbordando de sus límites y

acariciando las rocas de aquel lugar mágico, de ese rincón que para Yann era único en el universo. Nunca había reunido el valor suficiente para volver a él.

Y quizá nunca lo reuniera.

Su primera cita con Alicia, la joven y atractiva prima de Cameron, iba bastante bien. Cameron siempre intentaba hacer de *reunidor de almas perdidas* con sus amigos, y Yann, sin duda, era uno de los mejores, posiblemente el mejor si no se tuviese en cuenta a Caronte aunque Caronte hacía tiempo que se había convertido en algo más que un amigo.

Yann contaba, por lo tanto, con

cierta ventaja estratégica gracias a los consejos de Cameron. Como las tropas chinas de antaño, que en su guerra de guerrillas aprovechaban el conocimiento de las características orográficas para sacar ventaja del enemigo. Si SunTzu pudiera mirar a Yann, sin duda se mostraría orgulloso del apuesto chico. Yann estaba aprovechando la oportunidad que el destino le había querido brindar. Desde el día en que abandonaron victoriosos el banco, en el anticuado *Chevyde* Gabriel Caronte, Cameron y Yann habían disfrutado de unos agradables encuentros en los que las confesiones correteaban de la boca de Cameron al oído de Yann. Cameron

le había contado en los últimos días todo lo que necesitaba saber de su prima: gustos, aficiones, sueños, temores.

Alicia era una chica espigada, cuya melena color azabache res-balaba hasta más allá de sus hombros, jugueteando alegremente con sus pequeñas orejas. Era muy morena ya que su piel se teñía todos los días de unos reconfortantes baños de sol, desde la terraza de su pequeña casita con vistas a la playa. Pero si algo había llamado la atención de Yann, era la profundidad de unos ojos maravillosos, negros como la noche que se vuelve más oscura antes de un inolvidable amanecer.

Yann no podía parar de mirarlos y en ocasiones se sentía estúpido cuando Alicia lo sorprendía observándolos ensimismado. Por lo visto a ella no le molestaba e incluso lo encontraba de lo más enternecedor por su parte. En una ocasión Yann se quedó tan atento que la mitad de su cuerpo terminó dentro de la pupila de Alicia, por lo que el chico pudo observar sin remilgos, asomado desde aquella preciosa balconada que eran sus córneas, la profundidad del alma de su joven compañera de paseo.

Alicia amaba el sol por encima de todas las cosas, y desde luego parecía que era una hija legítima del mismísimo astro rey. Podía pasar horas tumbada

bajo el sol sin hacer nada. Bueno en realidad sí que hacía: dejaba su mente divagar por los universos más lejanos para encontrar una paz interior que a menudo le sorprendía. Era una buena forma de meditación que aprovechaba siempre que podía, sin tener que gastarse una fortuna en cualquier tipo de terapia. Otra de sus pasiones era pasar largas horas frente a su vieja televisión, disfrutando de una sesión de comedias románticas del cine clásico, embutida en un viejo pijama de pingüinos que había encontrado la perfecta suavidad, gracias a los miles de lavados a los que había sido sometido. La mayoría de las veces no faltaba un gran cuenco de helado o

una caja desbordante de chucherías y gominolas de azúcar. A menudo, cuando desayunaba en su pequeña terraza sentada en una vieja silla metálica de color azul, que no era lo suficientemente incómoda como para des-hacerse de ella, se descubría a ella misma ensimismada, leyendo durante largo tiempo las tonterías que suelen escribirse en los paquetes de cereales. Su gran pasión era gozar de lo que ella llamaba

«Dolce Niente», que era una elegante y sofisticada forma de decir que le encantaba pasar las horas muertas tumbada en la cama o en el sofá, disfrutando del caer de los segundos en

el gran reloj de arena en que se estaba convirtiendo su vida. Por supuesto este término no se lo había inventado, sino que era una palabra que recordaba de uno de sus múltiples visionados de la película *La Dolce Vita*.

Entre risas y conversaciones arquetípicas que bien podrían haber salido del tema uno del manual de primeras citas, Yann y Alicia disfrutaban de un alegre paseo por la ciudad, la cual los iba arrastrando poco a poco hacia el paseo marítimo, que a esas horas estaba plagado de gente y de alegres terrazas donde poder disfrutar del buen tiempo o de una agradable compañía.

—Bueno Yann, cuéntame a qué te

dedicas exactamente —preguntó Alicia mientras se le escapaba una mirada de soslayo a su acompañante, cargada de una juguetona curiosidad.

Yann se quedó helado por un momento, petrificado ante aquella pregunta tan directa, al fin y al cabo él era un sicario al servicio de MASK. Al parecer Alicia, comprendió inmediatamente la situación e intentó tranquilizar a su cita

—¡Venga Yann! No pongas esa cara de susto, pareces un pájaro que acaba de caerse de su nido. Sé perfectamente que trabajas para MASK.

—Eeeeh... —fue lo único que el cerebro de Yann pudo articular

trabajando a pleno rendimiento. ¡Qué don de palabra tenía el chico!

—Soy... la prima... de Cameron. ¿Recuerdas? —siguió jugueteando Alicia.

—Eeeeeh... —continuó Yann.

—Eeeeeh... ¡Vamos! Probemos ahora con otra vocal. Aaaaaah —le soltó Alicia a punto de desternillarse de risa.

—Me has matado... —dijo por fin Yann, momento que sirvió para que ambos, ya más relajados, rieran a carcajadas durante largos minutos.

Las risas alcanzaron un clímax máximo de diversión, cuando Alicia simuló con los dedos de su pequeña

mano, un revólver que disparaba directamente sobre Yann. El disparo, como por arte de magia y con la dulzura de esas cosas que ocurren sin que lo esperes, fue a parar directamente al corazón del chico.

—Bueno, pues si ya lo sabes. ¿Por qué preguntas? —pudo contestar al fin Yann, todavía con la respiración entrecortada por efecto de las largas risotadas.

—No sé, curiosidad. Tranquilo que no me voy a asustar. —Sí, creo que a esa conclusión había llegado yo solito.

—Ya sabes que estoy muy cercana a las ideologías que tenéis, aunque no sea un miembro en activo. ¿Es así como nos

llamáis? Mi abuelo siempre nos ha contado historias y ha tratado de inculcarnos pensamientos a Cameron y a mí. En realidad no lo culpo por ello, pero me pregunto si entendería todo lo que rodea a La Organización si no lo hubiera visto desde pequeña.

—Bueno, estoy al servicio de ellos para cualquier cosa que puedan necesitar. Pero sobre todo me dedico a temas de logística, si es que se puede llamar así. Ya sabes, preparo el terreno para las misiones, lo que básicamente se traduce en largas horas de vigilancia enclaustrado en mi coche.

—Comiendo helados... —le interrumpió Alicia. —Comiendo

helados —repitió Yann como para burlarse de ella y de la propia situación—. Sobre todo, sirvo de apoyo a Gabriel. Es mi mejor amigo, así que eso es fácil.

—¿Qué tal es Caronte? Apenas he tenido la oportunidad de cruzar dos palabras con él.

—Bueno, Gabriel puede ser bastante distante cuando se lo propone. Siempre tiene algo en la cabeza que le hace abstraerse del mundo. Aunque cuando le apetece, y con la gente que él quiere, te sorprende con conversaciones fabulosas. Además es la persona más divertida, fiel y comprensiva que conozco. Es bueno tenerlo cerca. Nos

protege a todos.

—Se nota que lo quieres y lo admiras.

—Sí. Sin duda. Lo acompañaría hasta las mismísimas puertas del infierno si él me lo pidiera.

—No me extraña que a veces esté como en otro planeta, sus espaldas soportan todo el peso de La Organización.

—Hace tiempo que decidió que alguien debe cargar con los sentimientos de culpabilidad de MASK. Es un líder natural y no dudó en asumir el tormento que supone ser un asesino, si eso consigue el bien común —la conversación había pasado a un tono

mucho más serio, que unió a la pareja en un momento mágico, más si cabe que lo que hicieron las risas de hacía unos instantes.

—Y tú... —comenzó a preguntar Alicia con un tono dubitativo que mostraba la importancia de la pregunta que iba a formular—. ¿Has tenido que matar a alguien alguna vez?

—Sí. No estoy orgulloso de ello, y sé que algún día me encontraré con mis fantasmas en la otra vida. Sólo...a tres personas. Y no hay ni un sólo día en que no piense en ellas.

—¿Se lo merecían? —Sí.

Durante un largo rato ambos siguieron paseando en silencio,

disfrutando simplemente de la compañía del otro. Saber que la otra persona permanecía allí, cerca, callada, les bastaba para disfrutar de un instante único. Aquella había sido una gran cita. El escritor del manual de primeras citas, sin duda estaría encantado con aquella pareja.

Poco a poco, se comenzó a acabar el camino de baldositas del paseo marítimo, como en la película del Mago de Oz que Alicia tantas veces había visto embutida en su pijama de pingüinos. Ambos casi sin saberlo, llegaron hasta un enclave cargado de encanto. Se palpaba en el ambiente, silencioso y sosegado. Se palpaba en la

atmósfera, quieta y cargada de sal. Una suerte de escondite que pocas personas conocían. Sin haberlo planeado, Yann había conducido a Alicia hacia aquel lugar al que no se había atrevido a pasear desde hacía muchos meses. El lugar donde, un día, Yann se separó de la mujer que había amado. Al darse cuenta de la situación, el chico no pudo más que esbozar una débil sonrisa, que casi se tornó en alegría al darse cuenta de que tenía la mano de Alicia entrelazada con la suya ¿cuándo había ocurrido?

Sin más, se detuvo y abrazó a la chica con fuerza mientras observaba como el agua acariciaba a las rocas

cercanas. Había llegado por el camino de baldosas al lugar en el que estaban escondidos sus sueños. Ensimismado, se preguntó cuántas lágrimas harían falta para llenar aquel océano.

Llegó el momento de la verdad, un último vistazo atrás, exhalar un aliento infinito y agarrar con fuerza el volante de aquel magullado Chevy estacionado estratégicamente. ¿Sería ese el último día de su vida? ¿Sería aquel cigarrillo el último que le robara un pedazo más de su existencia? ¿Había sido realmente feliz? ¿Quién recordaría a Gabriel Caronte si terminaba derrotado en aquella misión? Una última bocanada de

humo salió de la boca de Gabriel y fue a estrellarse en el parabrisas de su coche, un ritual que siempre acostumbraba a hacer antes de enfrentarse a la muerte, de mirarla a la cara y gritarle: «¡Hoy gano yo!». El humo se desvanecía tras el choque con el cristal, como los recuerdos que se agolpaban en su memoria y que poco a poco iban quedando atrás desdibujados. Por encima de todos, un nombre resonaba en su cabeza, el nombre de la primera mujer que asesinó a sangre fría: Irina Palma.

Gabriel Caronte se encontraba dentro de su coche, esperando a que Sandra Armero, la líder del nuevo

partido político de ultra derecha, Nuevo Horizonte, apareciera en escena como pasajera de un vehículo oficial, tal y como Yann le había informado.

Yann le había preparado el terreno a su buen amigo Gabriel. Como de costumbre le había pasado un documento muy completo con toda la información que Caronte debía conocer sobre su nuevo objetivo: sus datos personales, cualidades físicas, aspecto, medidas, horario, número de guardaespaldas, planes de evacuación, medidas de emergencia, planos de esa zona, rutas alternativas de escape.

Mientras Gabriel esperaba el momento preciso para actuar, la ciudad

se asomaba curiosa para presenciar un nuevo asesinato, si algo le gustaba era observar atenta cómo sus calles se teñían del color oscuro de la sangre.

La reciente incorporación de Drake al equipo de MASK había hecho que los informes fueran mucho más detallados, ya que había asaltado los sistemas informáticos de seguridad de Nuevo Horizonte, para acceder a información confidencial que a Caronte le resultaba de lo más valioso. Además Drake, durante las largas sesiones de trabajo que realizaba desde su imponente galeón, había creado un sistema de alteración del tráfico de la zona, por lo que todo estaba preparado para que los

semáforos bailasen al son de la música que Drake iba a interpretar.

El plan era sencillo, un semáforo se pondría en rojo justo en el momento en el que la comitiva de Sandra Armero apareciera por la esquina de la calle Arenal. El semáforo se demoraría varios segundos más de lo habitual para darle tiempo a Caronte a aproximarse a la ventanilla trasera del coche y disparar a quemarropa a la joven y atractiva política. La comitiva solía ir acompañada de cuatro personas de seguridad, contando al propio chófer de Sandra y al copiloto, por lo que las otras dos personas que componían el equipo de seguridad, solían acompañar al coche

principal desde un vehículo de apoyo, que circulaba siempre detrás, a escasos metros del coche de Sandra. Si la cosa se ponía fea, Gabriel contaba con una ruta de escape, a través del sótano de varios edificios contiguos, que lo llevaría hacia uno de los muchos pisos francos que MASK guardaba entre las mandíbulas sedientas de muerte de la ciudad.

Llegó el momento del adiós, dejar la mente en blanco y no pensar que aquel instante, podía ser el último de su vida. Era la hora señalada. Gabriel apagó el motor, descendió del coche, y rozó con sus dos manos el par de pistolas que guardaba en una especie de cinturón que

le colgaba por los hombros hasta llegar al contorno de sus caderas. Las tocó con fuerza, sin cogerlas, como para comprobar que seguían allí. La comitiva se acercó y el semáforo continuaba en un inquietante color verde. Quizá la esperanza había cambiado de bando y se había desentendido del tema, volviendo la cabeza hacia otro lado. De repente, una preocupación atravesó la cabeza de Gabriel Caronte: «Drake me la ha jugado, Drake es el topo».

No le dio tiempo a darle muchas más vueltas a aquella pre-ocupación, ya que de pronto, el semáforo se tornó en rojo de forma extraña, un color que ahora sí, se ponía de su lado; un rojo que clamaba

sangre.

Sin saber cómo, el tiempo se detuvo, se ralentizó. Gabriel se sorprendió a él mismo colocado justo delante de la ventanilla trasera de Sandra Armero, como si no recordara como había llegado allí. El cristal del vehículo estaba prácticamente bajado pero en el pequeño segmento que quedaba subido, Caronte se pudo ver reflejado a sí mismo y empuñando sus dos pistolas Magnum, que apuntaban directamente a la cabeza de Sandra. En ese momento, vio algo, un bulto junto a la atractiva política. ¿Qué era aquello? ¡No podía ser cierto! Caronte al fin pudo distinguir la figura de un niño pequeño, de unos

cuatro años de edad, recortado en torno a la figura de su madre, a la que se agarraba con fuerza. Con una mirada de terror, el niño miraba entre sollozos a Gabriel, pudiendo ver la profundidad de su alma negra. Gabriel nunca olvidaría aquella cara. De repente, el tiempo cambió de nuevo su cadencia, para tornarse ahora frenética y exasperante. Todo iba deprisa, como a cámara rápida, oía los sollozos del niño, los gritos de Sandra, el ruido del motor del coche y del tráfico circundante. No podía disparar a Sandra, ningún niño merecía presenciar cómo alguien asesina a su madre a sangre fría. La inocencia era un bien que escaseaba y

Caronte no estaba dispuesto a dejar que desapareciera. Los segundos pasaban y Gabriel permanecía impertérrito apuntando con sus dos pistolas, una a cada mano, a la cabeza de Sandra. El tiempo pasaba, los instantes volaban, tenía que tomar una decisión ya. Lo único que tenía claro Gabriel es que ese leve momento de duda le costaría la vida.

Cameron disfrutaba de una cálida tarde en la pequeña terraza de su prima Alicia. Había estado buscando durante varios minutos alguna excusa para pasarse por allí, como quien no quiere la cosa, y recabar información acerca de

la reciente cita que Alicia había tenido con Yann.

La primera impresión fue mucho más que buena, y aunque al principio la reciente novia no quería soltar prenda, le dio algunas pistas que le hicieron pensar que todo había sido un éxito. Poco a poco, el alcohol de los cócteles que estaban paladeando hizo el resto, conforme se iba mezclando rápidamente y con decisión con su sangre.

—Me alegro muchísimo prima —se atrevió a decir finalmente Cameron.

—Yo también, lo cierto es que es un chico genial, mucho mejor de lo que me habías contado, desde el primer momento sentí... no sé... que

conectábamos.

—Y bueno, hubo... —comenzó a preguntar Cameron entre risas sugerentes, cargadas de complicidad.

—Beso. Sí. Hubo beso —terminó por aclarar Alicia riendo estrepitosamente, antes de que la conversación se saliera de madre—. Bueno, ¿y tú qué tal? No creas que te vas a escapar de aquí sin soltar prenda, como de costumbre.

—Vas a necesitar muchos más cócteles si quieres que te hable de mí —soltó Cameron avergonzada. Sus marcados pómulos empezaron a enrojecerse y unos hoyuelos aparecieron, como por arte de magia

justo al lado de la comisura de sus labios, rebosantes de sensualidad.

Si alguien pudiera observarlas a escondidas, como un invitado invisible, quedaría absorto ante una imagen tan bella, y rápidamente se impregnaría de la felicidad que en aquel momento irradiaba aquella terraza con vistas al océano. Era como contemplar un eclipse de sol y de luna al mismo tiempo, una escena que cualquier cámara de fotos querría congelar en el recuerdo, las dos chicas recortadas frente al sol, mientras que los rayos competían entre ellos por acariciarlas primero.

—¿Tienes algo de vodka? Voy a improvisar un nuevo cóctel —dijo

Cameron de repente, como para ganar tiempo ante la indiscreta pregunta de su prima. «Si dice que tiene vodka, le contaré algunas cosas», pensó.

—¡Creo que me queda algo por algún sitio! —gritó Alicia desde la cocina, haciendo oír su voz entre el jaleo de cacharros y armarios de cocina—. Aquí está. No es mucho pero servirá para sonsacarte alguna cosa...

—Vale... ¿Qué quieres saber?

Cameron tenía la mirada un tanto perdida, observaba distraída la etiqueta de la botella de Vodka, que parecía llevar a sus espaldas tantos kilómetros como si acabara de llegar de un largo viaje desde la propia Rusia. En la

etiqueta destacaba una cómica figurita que sin duda imitaba a un soldado ruso, sobre un fondo rojo. El muñeco se giró hacia Cameron y la animó a hablar con su prima. «¡Venga Cameron! Habla con Alicia».

—No sé, ¿Gabriel Caronte? Yo te he contado toda mi cita con Yann, creo que lo justo es...

—Vale, vale —Cameron la interrumpió antes de que su prima le diera mil y un argumentos para hablar de Gabriel. Acto seguido, presa de un latente nerviosismo que le atenazaba el pecho, se mordió con dulzura su labio inferior—. Pues... con Caronte... no sé...

—Yo sí que no sé... —Alicia estalló en una sonora risa.

—Ya sabes lo que siento por él, es la persona más especial de mi vida. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Ya sabes, él está ligado a esta ciudad, a MASK, mi abuelo nunca lo dejara alejarse de aquí, y yo me sigo sintiendo atrapada. Sin él, toda La Organización... no lo soportarían, no lo... conseguirían.

—Ya. Sigues teniendo esas ganas locas de salir, de vivir una nueva vida... de escapar...

—Sí, siempre irán conmigo, hasta que algún día me atreva a vivir...

—Díselo. No pierdas más tiempo. No te engañes a ti misma y aférrate a tus sueños. El tiempo vuela, hoy estamos aquí, mañana...

—Y si él dice que no...

—Sabes que él te dirá que sí, sabes que te seguiría al fin del mundo...

—Quizás... —Cameron volvió la mirada al océano y entrecerró los ojos como si quisiera divisar un barco lejano perdido en el horizonte, comenzó a jugar con su rojiza melena y sin darse cuenta, volvió a morderse su labio inferior.

—Sigues pensando huir a Australia. ¿Cómo se llamaba aquella playa?

—Sí, por supuesto. Cada día. Se

llamaba Manly Beach. Sabes que desde que el abuelo me llevó allí de pequeña, siempre he querido volver, una parte de mi supongo que no regresó nunca de aquella playa.

—Lo sé perfectamente —le susurró Alicia lentamente, con una voz suave que estaba mecida por el vaivén de las olas, mientras acariciaba el brazo de su prima.

—Australia era como... como estar en otro mundo, en otro planeta, allí todo es posible...

—Cameron, sólo espero que algún día pase por tu casa a recogerte y ya no estés, te hayas ido sin despedirte de nadie, sin echar la vista atrás.

Gabriel Caronte sostenía sus dos pistolas, una en cada mano apuntando a la cabeza de Sandra Armero, aquel maldito niño no paraba de gritar. Por primera vez en su vida estaba... petrificado.

Sin saber muy bien por qué, la imagen de Cameron, bellísima y mirándolo de frente desde sus preciosos ojos verdes, le pasó por su mente como un rayo. Lo tenía claro, no podía disparar a Sandra, no con su hijo observando el crimen. En un instante comprendió que no quería convertirse en aquella clase de hombre. ¿Estaba a tiempo de salvar su propia alma?

Pero en una situación de máximo riesgo, cada segundo cuenta, y el precioso tiempo que había perdido debatiendo entre si matar o no aquella mujerzuela, podía ser la excusa perfecta que necesitaba la Muerte para llevárselo a la oscura laguna de la que nunca regresa nadie. Tenía que escapar de allí.

De repente, bajó los brazos, dejó de apuntar a aquella mujer y dio un salto sobre el capó del vehículo negro en el que viajaba la comitiva, para poner tierra de por medio y huir de aquella calle que lo amargaría para siempre. Del coche que escoltaba a la joven política, salieron los dos matones que velaban por su seguridad. Ellos no

dudaron ni un momento en desenfundar sus revólveres y disparar varias veces a Caronte, que ya se había alejado unos metros del coche principal y había tocado la acera de enfrente. Cuando oyó el primer disparo, se puso a cubierto tras un poste de luz, volvió a agarrar con fuerza sus dos pistolas y con dos únicos disparos, acertó en la cabeza de sus oponentes. ¡Bam! ¡Bam! Y los dos cayeron a plomo sobre el abrasador asfalto de la calle, la sangre salía lentamente de sus cabezas y comenzó a forjar un pequeño río que se movía sin rumbo fijo, sin intención de detenerse.

Caronte salió corriendo calle abajo, siguiendo mentalmente la ruta de escape

que Yann le había pasado horas antes en aquel meticuloso documento. Mientras tanto, Drake estaba en el piso franco observando atónito la escena desde las pantallas de sus ordenadores. Decidió mantener el semáforo en rojo y centrarse ahora en ayudar a Caronte a escapar. De repente, se sobrecogió sobre su silla al observar que los dos pasajeros que iban en el coche principal de la comitiva, el conductor y el copiloto de Sandra Armero, habían abandonado el vehículo rápidamente y se disponían a perseguir a Caronte a toda velocidad con sus armas en mano. El hecho de que sus dos compañeros hubieran sido abatidos en cuestión de segundos no parecía haber

desanimado su espíritu de venganza.

Caronte se movía desesperado, por la acera, esquivando a los pocos peatones que aún no se habían percatado de que allí estaba ocurriendo algo. Corría y corría mientras su frente y sus axilas se empañaban con el sudor de la urgencia. El tatuaje que desde su espalda asomaba por su hombro, relucía ante los rayos de sol que caían a plomo sobre la ciudad.

Recordó que tenía que girar hacia su izquierda, después a pocos metros hacia su derecha y cruzar finalmente una amplia avenida formada por cuatro carriles. La posibilidad de sufrir un atropello no era una opción en aquel

plan de escape, así que como le explicó Yann, tendría que abalanzarse sin dudar hacia los carriles, sin ni siquiera echar un vistazo a los coches que a buen seguro se lanzarían sobre él. Correr, correr, esa era su única preocupación. Drake dirigía el tráfico de la ciudad en aquel momento, había saboteado el entramado de la seguridad y podía activar o apagar los semáforos a su antojo. Así que cuando vio que Caronte se disponía a cruzar aquella amplia avenida, puso en rojo todos los semáforos para que ningún vehículo le cortara el paso.

Caronte cruzó y no pudo evitar sonreír mientras corría. «¿Quién estaba

jugando con las luces de la ciudad? Drake. No podía ser otro». Quizá había juzgado demasiado rápido a aquel chico. Si salía vivo de allí intentaría comenzar de cero con él. En eso andaba pensando Caronte cuando una bala pasó canturreando canciones de muerte junto a su oreja, un silbido estremecedor y metálico que paró en seco el corazón de Caronte. 1, 2, 3... todo quedó en silencio, su mente en blanco. La bala le había pasado cerca pero no le tocó. No estaba herido, así que Caronte se giró para buscar con sus profundos ojos negros a sus perseguidores. Estaban a unos escasos metros de él y comenzaban también a cruzar los carriles.

«¡Mierda!».

Apuntó y ¡Bam! Otro disparo certero sobre uno de ellos. Esta vez no buscó la cabeza sino el pecho. Durante una persecución interminable, era la opción más segura. Se disponía a disparar sobre el último de sus enemigos cuando de repente las luces de los semáforos se encendieron y en un momento de duda, un coche atropelló violentamente a aquel tipo desconocido, haciendo saltar por los aires su cuerpo ya inerte. El barquero enviaba al inframundo a un nuevo huésped.

El agresor que había recibido el disparo en el pecho se levantó con movimientos espasmódicos, como

víctima de una posesión. Sin duda llevaba un chaleco antibalas que había salvado su vida. Se dedicó unos segundos a reconocer su propio cuerpo, exhaló un suspiro cargado de vida y volvió a salir corriendo tras Gabriel. Éste asistió estupefacto a aquel espectáculo dantesco y se maldijo una y mil veces por no haberle disparado a la cabeza. Tendría que haber arriesgado más. «La vida es de los que se arriesgan, Caronte» pensó.

Así que ahí estaba de nuevo, corriendo como alma que lleva el diablo calle abajo. Algo hizo que un gesto de preocupación se dibujara en el rostro de Caronte. Se dio cuenta de que iba

directo hacia un callejón sin salida. La calle terminaba de forma estrepitosa en una enorme puerta metálica de aspecto robusto, demasiado alta para saltarla por encima, demasiado gruesa para derribarla. Aun así corrió y corrió hasta alcanzarla, topándose con ella de forma violenta.

—No, no, no, no, no, no. No puede ser. Abre... abre... ábrete. ¡Ábrete!

—Caronte terminó su soliloquio con un grito desgarrador cargado de ira, mientras con su mano buscaba, como atientas, algún tipo de mecanismo de apertura. No encontró nada. Su perseguidor estaba a escasos metros y se detuvo de golpe. Se quedó inmóvil y se

concentró durante un interminable segundo, como siguiendo un ritual. Apuntó a Caronte y cuando estaba dispuesto a disparar, un chasquido electrónico se oyó y la puerta se entreabrió. Drake también tenía el control de aquella apertura y dio acceso a Caronte en el momento preciso. Un instante más tarde y el joven hubiera mirado a la Parca con ojos desafiantes. Caronte, sorprendido, se deslizó hacia al interior del edificio al que daba acceso la puerta y la cerró de golpe con un estruendoso golpe. Era un viejo almacén abandonado que La Organización usaba como zona segura. Además Drake había trasladado allí sus

equipos informáticos, desde el día en que la Atalanta entró en su casa. Por su parte, Caronte estaba a salvo... al menos de momento.

Tyen y Filip, dos ladronzuelos que siempre buscan el cobijo de la ciudad, observaban desde una prudente distancia la persecución de Gabriel Caronte. No se sabe cuál de los dos se sorprendió más con la brillantez de la puntería de aquel sicario. Máscara de

Muerte poseía una red de vagabundos e indigentes por toda la ciudad, era su forma de hacer de buen samaritano al tiempo que usaba a este cuerpo de élite para tener ojos allá

donde otros sólo conseguían ver oscuridad. Además MASK contaba entre sus ideales el hacer que cada persona de la ciudad, y por ende del mundo, tuviera derecho a desempeñar un trabajo digno. Así que la guardia de vagabundos aparte de ser los ojos de MASK, solían desempeñar pequeños trabajos que les ayudaban a salir a flote; por ejemplo trabajos de jardinería, mantenimiento de instalaciones, recaderos o cosas así, trabajos altamente cualificados para tal alta alcurnia.

—¡Vaya! Eso sí que es puntería, señor Tyen —dijo con pomposidad impostada Filip, mientras encendía lentamente un cigarro.

—Ya lo creo señor Filip. Debemos de dar parte a MASK de que todo ha ido bien, estarán contentos de saberlo —continuó Tyen entrando en el juego de su amigo y compañero.

—Parece un buen tipo ese Caronte, tú que llevas más tiempo dentro de los entresijos de MASK ¿qué sabes de él?

Drake y Yann continuaban esperando en aquel viejo almacén a que Gabriel Caronte subiera las escaleras y terminara por reunirse con ellos, sano y salvo, tras aquella emocionante persecución. Ambos habían observado toda la escena desde el sistema de red de cámaras que Drake había saboteado,

no sin cierto nerviosismo, pero con la certeza de que Caronte saldría airoso. Ahora que había terminado, y más relajados, brindaron efusivamente con unos desvencijados vasos cargados de buenas esperanzas y que hicieron saltar miles de moléculas de polvo cuando los chocaron para celebrar el éxito de la operación. Mientras Caronte subía y tomaba aliento, estaban teniendo una interesante conversación.

—¿De qué estábamos hablando?
—preguntó Yann con la mente en otra parte, como si el tintineo de los vasos al chocar lo hubiera despertado de una sesión de hipnosis de la que ya no recordaba nada. Se había sorprendido a

él mismo charlando distendidamente con Drake, que al fin y al cabo era la incorporación más reciente de MASK y que había tenido sus más y sus menos con Caronte, por las insinuaciones de que Cameron era el topo más plausible.

—Te estaba preguntando por Caronte. ¿Cómo es él? —respondió Drake.

Atalanta tenía unos gustos refinados, y desde el principio de sus años en la comisaría había preferido andar unas cuantas manzanas más para arrastrarse hasta la barra del Café Estigia y ahogar sus tormentos en un vaso que no era lo suficientemente profundo para enterrar a

sus fantasmas. La mayoría de policías y detectives se dejaban caer, con demasiada asiduidad, por el Bar Última Llamada, un local mucho más cercano a la comisaria, por lo que siempre se hallaba infestado de viejos sabuesos y del que no se podía encontrar una conversación que no tuviera que ver con algún asunto de la jefatura. Además el nombre «Última Llamada» era un chiste demasiado manido, que hacía tiempo que había dejado de tener gracia. Un slogan convertido en cliché de la propia vida del detective Atalanta. Ahora, su apoderado Marc Falco, también estaba cogiéndole el gusto al Café Estigia y solía decirle a sus compañeros que se

pasaran por allí, por lo que a determinadas horas, varios policías habían tomado el hábito de abandonar el Última Llamada por este nuevo café, donde la conversación rivalizaba de tú a tú, con la calidad del alcohol que se servía.

Últimamente, Atalanta y Marc habían acercado posturas. Para Marc, el viejo detective era lo más parecido a un amigo que podía encontrar, y le venía muy bien su compañía. Desde que a Marc le asignaron como tutor de un joven pipiolo del cuerpo, éste también se dejaba caer por el Estigia, e intentaba seguir, aunque fuera de lejos, las profundas conversaciones teñidas de

gris y marrón roble que Atalanta y Marc Falco sostenían hasta altas horas de la madrugada.

—Quizá en algún momento MASK tuviera sentido, en sus orígenes, durante la Guerra Fría. ¡Maldita sea! ¿Quién no podría estar de acuerdo con una justicia global, fuera de cualquier institución o gobierno? El mundo se había convertido en una maldita cloaca y MASK era la luz al final del túnel. Pero los tiempos han cambiado y ahora ya no tienen razón de ser, ahora hay unas leyes, unas instituciones internacionales que velan por los derechos e intereses de la humanidad, el fin no siempre justifica los medios... —Atalanta llevaba horas

disertando sobre La Organización, sobre sus orígenes y sobre sus funciones, su voz se había ido convirtiendo en un constante repiqueteo que se difuminaba junto con el humo que buscaba una escapatoria por el conducto de extracción.

—Entiendo, no sabía que tenías tal conocimiento de La Organización —contestó Marc, haciendo un ademán con la mano para que Atalanta siguiera su discurso.

—Si no conoces a tu enemigo, si no conoces sus motivaciones y sus miedos, no podrás enfrentarte a él jamás —sentenció Atalanta, al que le gustaba lanzar de vez en cuando alguna de esas

frases lapidarias, sabedor de que sus años de experiencia le daban carta blanca para argumentar con vehemencia casi cualquier asunto.

—¿Y qué sabes de su recurso más valioso? ¿Qué sabes de Gabriel Caronte?

Gabriel Caronte era un alma atormentada, perseguida por los recuerdos de aquéllos a los que había enviado al otro barrio y que solían ir a buscarlo hasta su puerta con demasiada frecuencia. De entre todas esas almas que cruzaron la laguna hacia el más allá, Irina Palma era la que normalmente centraba sus pensamientos. No es que Irina no mereciera la muerte, según

MASK y el propio

Caronte. En vida Irina Palma había conseguido reunir suficientes monedas como para hacer al barquero de la muerte, el hombre más desdichado del mundo. Pero aquella chica fue una de sus primeras víctimas, además se trataba de una mujer y estaba indefensa. Irina Palma era la novia de uno de los policías más prometedores de la ciudad, Marc Falco. Pero llevaba una doble vida, una vida que su novio no conocía. Desde su elevada posición política había recortado derechos a las personas más desfavorecidas y había iniciado guerras internacionales en países de África movida por el vil destello del

dinero y las minas de oro. De este modo, su partido político financiaba a dictadores para promover revoluciones y golpes de estado con el único pretexto de engrosar sus bolsillos. Pero esos hechos que Caronte había tenido como evidentes, ya eran muy lejanos y difusos, y casi no acariciaban más que algún recóndito lugar de su memoria, castigada por largas incursiones éticas a través de incontables botellas de bourbon, *La Rosa Negra*.

Caronte, era un chico, como a él le gustaba referirse las contadas ocasiones en que hablaba de sí mismo, de treinta y cinco años. Con el cabello muy corto y oscuro, rematando una cara angulosa

pero redondeada, enmarcada dentro de una profunda mirada de ojos negros que hubiera sido la envidia de la mismísima Parca. Su trabajo era sencillo, transportar a determinadas personas desde el mundo de los vivos hacia el mundo de los muertos, a través de su barca que cruzaba con ritmo firme la laguna del más allá. Como remos solía llevar dos Magnum automáticas atadas y ajustadas a su musculoso torso por una cartuchera marrón que le envolvía el cuello y le acariciaba el cuerpo.

De forma habitual vestía con unos tejanos y alguna camiseta que mostrara parte del gran tatuaje en forma de tribal que comenzaba en la espalda, le cubría

parte del pecho y terminaba en su hombro y cuello.

Desde muy pequeño fue acogido por MASK, ya que quedó huérfano y abandonado a su suerte a través de los entresijos que marcaba la burocracia del sistema de protección de menores del Estado. Una presa fácil para MASK, que solía reclutar a este tipo de niños problemáticos para motivarlos desde pequeños. A cambio recibían una educación formidable, un hogar y una familia de la que no se separarían jamás.

Era uno de los activos más antiguos y valiosos de La Organización y aunque siempre había rechazado cualquier puesto directivo, su palabra era siempre

tenida en cuenta. No se tomaba ninguna decisión importante sin su visto bueno, o al menos sin habérsela notificado a él previamente.

Su amplia cultura, enraizada por sus largos años en centros educativos apadrinados por MASK, le había hecho valorar la belleza invisible de la vida: el arte, la fotografía, el teatro, y sobre todo la literatura. Devoraba libros y libros en sus ratos libres, matando las horas como hacía cuando alguien se ponía entre él y sus dos revólveres. Podía con todo, cualquier género o autor, modernos o clásicos, toda obra es digna de leerse y merece el respeto de cualquier persona. Siempre pensaba que

la vida es algo demasiado efímero como para pasar por ella de puntillas y no dejar ningún retazo de nuestra existencia, por lo que desde hacía unos años iba escribiendo pequeñas notas, pequeñas cartas dirigidas normalmente a nadie, a todos, a cualquier persona que quisiera leerlas, su pequeño legado en el mundo que estaba por venir, y del que cada vez entendía menos.

No obstante, era una persona complicada, poco dada a mantener conversaciones banales con la gente, desconocidos o no, si no había algo importante e interesante de que hablar, mejor callar. No le interesaba llenar el vacío con palabras a las que se les ha

arrancado el sentido. Había aceptado ser un alma solitaria a cambio de cargar sobre sus espaldas el peso ejecutor de La Organización, en cuyos principios creía firmemente. En épocas vacías de esperanza, el fin siempre debe justificar los medios para lograr el bien común.

Quizá por todo ello, le encantaba pasar largas horas charlando con su gran amigo Yann, algo más joven que él, pero que también llevaba mucho tiempo en La Organización, pues también fue un niño abandonado al sistema que fagocita los sueños de la infancia, escupiendo juguetes rotos que se abandonan en una estantería demasiado pronto. Con Yann podía hablar de casi cualquier cosa, de

la cotidianeidad que encierra la vida, de cine o teatro, de música, de mujeres. Pero sobre todo le gustaba divagar durante horas sobre el universo, la condición humana o la historia del ser humano.

A Caronte le encantaba la música folk y country americana, las viejas películas en blanco y negro o las películas francesas. Era un entusiasta de la fotografía y de los retratistas de la revolución obrera de Estados Unidos, le gustaba conducir su vieja *Harley* durante horas sin más rumbo que el que marcara el salitre de la brisa marina. Muchas noches se acercaba a la playa en su *Chevy* y se acostaba sobre el capó

mirando las estrellas durante horas. El sueño era un bien demasiadopreciado como para gastarlo absurdamente en su cama y prefería guardarlo para cuando sus ojos no se volvieran a abrir jamás, aunque en los contados días que dormía profundamente, cayendo por el abismo que lleva al *Reino de Insomnia*, donde todo es posible, se sorprendía con sueños maravillosos en los que todo podía suceder. A la mañana siguiente de tener esos sueños tan bonitos, intentaba escribirlos en una libreta que tenía al lado de su cama, en una pequeña mesita marrón colocada estratégicamente cerca de su almohada. Esos días se deleitaba durante horas recordando esos dulces

sueños que acababa de tener, lo que hacía que su jornada fuera incomprensiblemente más real, más sincera, más plena.

Le encantaban, como a cualquier persona del mundo, los pequeños placeres de la vida como atiborrarse a helado de fresa, masticar durante horas gominolas de cualquier color o sabor, estrenar ropa interior nueva, despertarse a media noche por culpa de una leve brisa que entra en la cama, y a la que calmas arremolinándote con fuerza a las sábanas. También le gustaba acariciar al perro de cualquier desconocido, ya que él no tenía tiempo para tener uno, o más bien la causa fuera su excesivo egoísmo

con la vida, lo que hacía que nunca hubiera tenido tiempo para nadie más que no fuera él. Le encantaba andar por encima de las hojas secas del otoño oyendo el crepitar que desprendían las hojas a su paso, o buscar una respuesta en el cielo mientras una fina capa de lluvia mojaba su rostro en los días de invierno, hundir sus manos en la arena fina de la playa o mojarlas siempre, antes de zambullir-se en las aguas de la inmensidad que cubría el océano. Disfrutaba llegando temprano a los sitios, a sus citas, para así poder sentarse tranquilamente en algún banco y observar a la gente que deambulaba ante él yendo de un sitio a otro como

autómatas dotados de inteligencia artificial, preguntándose a dónde irían, quiénes serían, con quién irían a reunirse o como serían sus vidas. ¿Al menos serían ellos felices?

Desde hacía unos años algo le había cambiado. Lo que empezó siendo un rumor en su cabeza, demasiado pasajero como para ser verdad, terminó por convertirse en una pasión desmedida por Cameron, a la que amaba desde la distancia del silencio ensordecedor que aturdiría sus vidas. Ninguno daba el paso, ninguno daba una pista más que el otro. Era su juego y nada ni nadie podría cambiar eso. Una mágica atracción los envolvía en una relación demasiado

romántica y perfecta como para pertenecer a este mundo. Una de las cosas que más le gustaba era pasar largas horas de la noche en la azotea de su céntrico piso junto a ella, adoraba esos pequeños momentos que van marcando el ritmo de una vida, esos pequeños momentos de felicidad. Esos lugares comunes que todos necesitamos a veces.

En ocasiones, durante las frecuentes noches en las que Gabriel no encontraba el escondite a donde iban a parar sus sueños, permanecía largas horas tumbado boca arriba en su cama, mirando fijamente el techo como si pudiera ver algo a través de su

desconchada pintura, siempre con las dos manos apoyadas en su cabeza, y con la luz de neón de un pub próximo actuando como testigo de cargo. Una luz que se asomaba curiosa por su ventana, inundando la habitación de tonos eléctricos: rosas y azules, rosas y azules, rosas y azules, marcando el ritmo de los pensamientos de Caronte. Casi siempre la misma pregunta colgaba del techo del salón, que también hacía las veces de cocina, comedor y habitación. «¿Por qué ha elegido a Cameron?»

Porque Cameron era la persona más especial que jamás hubiera conocido, su corazón estaba desconchado al igual que el viejo techo que ahora mismo miraba

embelesado. Era dulce y frágil y llena de pequeños defectos que la hacían la mujer más hermosa del universo. Aunque Cameron nunca mostraba su fragilidad al mundo exterior, sólo Caronte era digno de entrar en su alma. Cameron perteneció a MASK casi desde el momento en que nació. Desde que su madre murió de amor por culpa de una historia que la abandonó demasiado pronto, así que desde pequeña, su abuelo Capriati, uno de los actuales cuatro dirigentes de la cúpula, la acogió entre sus brazos, fue su padre, su abuelo, su referente, su ser más querido y la persona que finalmente la inició en los movimientos de La Organización. Sus

tareas eran menos explícitas que las de Caronte y normalmente se dedicaba a pequeñas misiones: investigaciones, control de sospechosos, informes o rutinas de seguimiento; si bien es cierto que había desenfundado un arma más veces de las que habría querido. A sus recién cumplidos treinta años, su mundo se había empezado a desmoronar y como las huellas que abandonan la caverna platónica, su treintena parecía haber extraído de su alma treinta razones por las que plantearse los cimientos de su existencia. Ya no creía tan firmemente en los principios morales de Máscara de Muerte, ya no se sentía cómoda en aquella ciudad corrupta como el resto

del planeta, sentía que tenía que salir de allí y empezar otra vida, pero para comenzar una nueva vida en libertad, necesitaba una cosa, una maldita única cosa, a Caronte.

Cameron tenía un físico espectacular y una belleza extraordinaria, su cuerpo rezumaba sensualidad aunque siempre fuese ataviada con ropa de poco glamour, y aunque siempre fuese desprovista de ningún tipo de maquillaje. Sus labios rosados y su tez blanca y perfecta, no necesitaban engañar a nadie.

Su melena rojiza envolvía su rostro con dulzura y enmarcaba una mirada felina, que pocos en el mundo podían

sostenerla sin perder la respiración o morir en el intento. Esos ojos verdes, transparentes, si se detenían en ti, te exprimían y te consumían hasta hacerte enloquecer.

Sus pequeños placeres cotidianos, soltarse de la lengua con cócteles afrutados, oler con fuerza la ropa recién salida de la lavadora, deslizar la palma de sus manos por la hierba bañada de rocío, mirar al mar durante horas, escuchar desde su cama como el sonido de las olas la mecen hasta quedarse completamente dormida, recordar un sueño hermoso durante horas, retar su propia suerte con pequeñas casualidades de la vida, ¿o no son casualidades?, y

sobre todo expresar la vida al máximo como si fuera el último momento.

Caronte mira al techo y se pregunta todo lo que tenga que ver con Cameron. Eso la mantiene viva en sus pensamientos y la siente más cerca de él, ¿por qué no está con nadie? ¿Por qué es tan divertida y tan preciosa? ¿Por qué es tan dulce? ¿Por qué sólo me deja a mí entrar en su mundo? ¿Por qué es tan solitaria? ¿Por qué es tan misteriosa? ¿La gente no se le acerca porque su belleza desarma a cualquiera? ¿Por qué es la mujer más maravillosa que existe sobre la faz de la tierra?

Las preguntas salían disparadas de su cabeza mientras permanecía tumbado

sobre su cama, boca arriba y con las manos bajo su cuello. Extrañamente el sueño comenzó a asaltarle, él no se hizo de rogar y por esta vez, sólo por esta vez, se dejó llevar ante él. Había sido un día duro y necesitaba descansar. Había un topo en La Organización y eso requería tener sus cinco sentidos más afilados que nunca. Los párpados se le cerraban, estaba listo para soñar y descansar, pero antes, con el último aliento de realidad, unas palabras se escaparon de sus labios: «Buenas noches Cameron».

Aunque era ya tarde, Cameron continuaba despierta y sumida en

pensamientos que tenían a Gabriel como protagonista. Las olas se oían cada vez más lejanas. Ante la improbabilidad de que el agua hubiese detenido su eterno baile sobre la orilla, Cameron comprendió que por fin se estaba quedando dormida, quizá soñase con algo divertido o algo que la hiciera ser más feliz al día siguiente, ojalá soñase con él, si así ocurría, le diría de ir a la azotea a charlar y beber bourbon durante horas, siempre y cuando el trabajo se lo permitiera. Una última cosa antes de dormir, un último pensamiento... «Buenas noches Caronte».

Caronte comenzaba a subir las

escaleras del almacén que MASK tenía como uno de los puntos seguros de la ciudad, con un peso más sobre sus maltrechas espaldas. Cada escalón se le hacía más duro y lejano que el anterior y una sensación de culpa pendía con un hilo de voz sobre su garganta. Era la primera misión que fallaba y realmente no encontraba las palabras que pudieran explicar la situación a los dirigentes de MASK. Su moral disparaba con más sensatez que sus manos, y pese a todo, comenzaba a convencerse de que había hecho lo correcto. Asesinar a una mujer a sangre fría tenía un precio, pero asesinarla frente a la mirada inocente de su hijo era otro precio bien distinto que

no estaba dispuesto a pagar. En cualquier caso le había fallado a su Organización, la misión había fracasado y él mismo quedaba claramente comprometido ante todos. Un asesino no puede mostrar duda, o cualquier día su reputación, o lo que es peor, su vida, podrían abandonarlo.

Drake y Yann lo esperaban impacientes en el piso superior, unas cuatro plantas por encima de la puerta que Caronte logró abrir en el último momento antes de que ésta se cerrara súbita-mente. Mientras oían los crujidos que las botas de Caronte provocaban en los huesos de aquel viejo esqueleto metálico, mantenían una distendida

conversación sobre MASK, Caronte y otros miembros de La Organización.

—Bueno, Caronte es mi mejor amigo y quizás la única persona en quien confío, la única a la que le confiaría mi vida en esta maldita ciudad —comentó Yann mirando fijamente a los ojos de Drake.

—Entiendo lo que me quieres decir. Lleváis muchos años de amistad —sentenció Drake mientras movía la cabeza instintivamente de arriba abajo en un claro gesto de aprobación, su mente quería mostrar más convicción que la que expresaba el débil tono de su VOZ.

—Mira Drake, sé que Caronte y tú

comenzasteis con mal pie, por esa discusión en el despacho de Los Cuatro.

—¿Cómo sabes qué...?

Drake interrumpió el mismo sus palabras conforme iban saliendo de su boca, al darse cuenta de lo obvio de la situación. En MASK, en esas esferas de confianza, no había secretos. Yann soltó una risita mientras golpeaba con varias palmadas, la espalda de Drake con cariño.

—Caronte me lo cuenta todo, y con Los Cuatro o con el señor Khonton no hay ningún tipo de secretos. Nuestro éxito radica en la confianza plena de nuestros miembros, por eso te escogimos con sumo cuidado y por eso

han provocado tanto alboroto las suposiciones de que alguien, un topo, haya traicionado nuestro círculo de confianza.

—Lo entiendo, respecto al topo, quería comentaros algo a Caronte y a ti cuando...

Drake interrumpió su discurso al comprobar que Gabriel Caronte finalmente entraba en la habitación. Su presencia llenaba los espacios vacíos de la oscura sala, cargándola de una solemnidad fuera de toda duda. De hecho, ambos acallaron su conversación con unos rostros que denotaban sorpresa y admiración a partes iguales. Caronte provocaba eso en las personas,

admiración y res-peto.

—Hola chicos —dijo en cuanto los vio a ambos, mirándolos con un cierto tono que delataba un alma alicaída.

—¡Gabriel! ¡Lo has conseguido! Por los pelos, pero lo has con-seguido —Yann se apresuró a ponerse de pie y a fundirse con su amigo en un cariñoso abrazo.

—Gracias Yann, aunque todavía no sé muy bien qué he conseguido —dijo mientras se desanudaba de los brazos de Yann y se dirigía a saludar a Drake, todo cordialidad y educación algo impostada.

—Lo hemos visto todo Caronte. Si te sirve de algo nosotros hubiésemos hecho lo mismo, esa mujer no merecía morir

hoy — las palabras sorprendieron a Caronte como una brisa de aire fresco en una habitación de ambiente viciado, y miró a Drake como reconociendo sus rasgos por primera vez.

—Gracias. No sé muy bien qué decir a eso —dijo Caronte con gran sinceridad.

Los tres se sentaron en las sillas y se pusieron a mirar los monitores en silencio, como si sus vidas estuvieran pasando ante ellos, observando aquellas pantallas se sentían con la fuerza que otorga una mirada panóptica que controla la ciudad, desde ahí uno tenía la impresión de que podía solucionar cualquier cosa, curar la maltrecha

metrópoli de la que todos se sentían responsables.

Tras unos minutos sin decir nada, en los que los tres estuvieron oyendo a los fantasmas que aparecen en la fragilidad de la mente, Yann, como no podía ser menos y como solía ser habitual, intentaba transmitir su optimismo y sus ganas de exprimir la vida.

—Bueno, creo que Drake tiene noticias sobre el topo... ¿verdad Drake?

—Um, bueno...sí. Así es. Pero...

—Pero... nada, algo me dice que tienes buenas noticias ¿verdad?

—Bueno Yann, no exactamente. He estado investigando tras la reunión que

tuvimos con Los Cuatro y tengo conclusiones... interesantes —Caronte apartó la mirada del monitor y comenzó a lanzarle una mirada de soslayo que precavía a cualquiera de andar-se con cuidado en aquellos *asuntos pantanosos llenos de barro*.

—¿Y bien? Tienes toda nuestra atención hasta que nos autoricen a salir de este edificio abandonado de la mano de Dios —in-tentó animarlo Yann, al tiempo que quitaba algo de la tensión que se había generado con las miradas furtivas de Drake.

—Pues veréis, tal y como me pidió Capriati, he seguido el rastro del dinero que robasteis del Banco Central, bueno

que de hecho Cameron robó.

—¿Y? —preguntaron nerviosamente Yann y Gabriel casi al unísono.

La pregunta requería toda la atención de los oyentes. La cuenta bancaria que habían saboteado pertenecía a la organización Nuevo Horizonte. Pero desde el día en que Cameron entró al banco y extrajo el dinero, suplantando la identidad de una de las personas autorizadas a mover el efectivo de esa cuenta bancaria, habían perdido el rastro del dinero completamente, que nunca llegó hasta las arcas de MASK. El paradero del mismo era una incógnita y nadie sabía nada, sólo alguien con el talento innato de Drake podría seguir el

rastro.

—Pues que tengo noticias, el dinero al que perdimos el rastro ha ido a parar a una cuenta bancaria cuyo domicilio está en una paraíso fiscal de una isla del Caribe.

—Sorprendente. ¿Y quién es el titular de esa cuenta? ¿Algún mal nacido de Nuevo Horizonte? —preguntó Yann para desenlazar la trabada lengua de Drake y hacérsela estirar varios metros fuera de su boca.

—Pues veréis, la titular de la cuenta es Cameron —sentenció Drake.

Esperar lo inesperado. Cuanto tiempo he de buscar lo prometido,

intentando que el silencio clame a gritos lo que el infierno me arrancó hace ya tanto tiempo. Irina. Esperando que el mundo se detenga para que me vuelva a subir a su frenético ritmo que no espera a nadie, dejando atrás los sueños que una vez viví. No habrá victoria sin la justa medida de sacrificio, aunque el alma fugaz tenga que marchar a ese lugar del que nunca volverá. Nunca oí hablar de él, salvo en mis pesadillas, pero merece la pena intentar buscar un sueño a base de renunciar a dormir para el resto de mi vida. No habrá descanso para los malvados, aunque el fin último esté justificado y rompa en mil gritos a quienes alguna vez desearon la ruina de

mi ser más profundo.

Pero llega el día en que todo cambia, un día te levantas y el mundo está al revés, ahora sí, ofreciéndote la oportunidad que no puedes dejar escapar. No lo intentes si no estás preparado. Sólo puedes enfrentarte a lo que más deseas una vez, se acaba el aire, y tendrás que salir a la superficie a por más, es tu momento, arriésgalo todo a una única vida, no tendrás más oportunidades. Que los medios se pongan al servicio de tu fin, aprovecha la noche como si fuera el único día que vas a disfrutar. Si puedes vivir así, estarás rozando el cielo que el infierno ahora mismo, no te permite ver. No lo

pienses más. Espera siempre lo inesperado.

Corrían las semanas y con ellas el amor entre Alicia y Yann se iba haciendo más y más fuerte. Desde su primera cita en la que recorrieron el muelle y el paseo marítimo. Sus encuentros se habían hecho más frecuentes y apasionados. Resulta increíble cómo una mañana te despiertas sin esperar nada a cambio y el destino te sorprende con una serie de acontecimientos inesperados que te cambian la vida: una llamada, una noticia, cruzarte con una persona a la que no ves desde hace tiempo. Para que

esos acontecimientos inesperados concurren se deben desatar una serie de pequeñas acciones y casualidades que los desencadenen. Para bien y para mal, ahí reside la magia de la vida y de las pequeñas cosas. Un mínimo detalle puede hacer surgir los hechos más impensables. La vida es una suerte de pequeñas coincidencias que te marcan para siempre. Nada más y nada menos.

Así pues, la vida había vuelto de nuevo su mirada traviesa y misteriosa sobre Yann, el cual trataba de corresponderle con una felicidad digna de tal acontecimiento. No todos los días podías mirar al universo a la cara y sonreírle desafiante. Había encontrado

un nuevo amor, justo cuando la arena del reloj hacía tiempo que ya había caído completamente. Así que la resignación y la indiferencia hacía unas semanas que habían hecho las maletas hacia lugares olvidados en la mente de Yann.

Con Alicia, Yann sentía que podía hablar de todo, que podía escoger la personalidad que más le gustaba de todas las que le mostraba al resto de personas, en pocas palabras, que podía ser el mismo, sin necesidad de interponer la máscara que colgaba de su rostro y que reservaba para el mundo. Hacía varios meses que una sonrisa asomaba por la comisura de sus labios, a Alicia y sólo a ella, podía mostrarle la

inmensidad de su felicidad.

Solían seguir paseando por la playa, como si tuvieran la necesidad de homenajear continuamente los lugares por los que transcurrió esa primera cita perfecta. Pero también salían a hacer ejercicio, a cenar, como por ejemplo a un nuevo restaurante asiático que habían inaugurado cerca del muelle. O en ocasiones, esquivaban al aburrimiento dándole esquinazo y entrando a ver cualquier buena película que proyectaran en el cine. Incluso se permitieron el lujo de hacer alguna escapada a la montaña para observar desde arriba y con mirada despreocupada, a la ciudad que había

sido testigo de tantas cosas. Algunas buenas, como su noviazgo, pero sobre todo malas.

Aquella noche, una brisa comenzó a batir sus alas y a arrebujarse entre el drapeado de las faldas de las valientes mujeres, que habían decidido ignorar un latente descenso de las temperaturas. El mar comenzaba a rugir con más fuerza y empapaba con decisión a la arena que descansaba sobre la bahía. Se estaba empezando a teñir de un color oscuro, que no se parecía en nada al de los días anteriores. Yann y Alicia deambulaban por las calles de la ciudad después de haber disfrutado de una plácida cena en uno de los restaurantes italianos que se

agolpaban en el centro de la ciudad. El local gozaba de mejor reputación que la calidad de los platos que habían sido pintados en la pizarra de su terraza, y que a esas últimas horas de la noche, comenzaban a perder la intensidad del color blanco de la tiza con que habían sido grabados desde tempranas horas de la mañana. La ciudad comenzaba a remolonear entre las sábanas y cada vez había menos movimiento por las calles. Instintivamente y sin decir nada, ambos comenzaron a dirigir sus pasos hacia la casa de Alicia.

—Se acerca una tormenta —dijo Yann de repente tras varios minutos de silencio. Su mirada inquisitiva al cielo

exigía una res-puesta que éste nunca le daría.

—Sería tan romántico caminar bajo la lluvia —acertó a decir Alicia.

—Claro, siempre y cuando no sea una tormenta violenta que nos cale hasta los huesos. Llámame loco pero prefiero no mojar-me en ese caso, gracias.

—Que tonto, sabes que lo digo para provocarte —soltó entre carcajadas Alicia.

—Por un momento pensé... creo que ves demasiadas pelis románticas, sabía que no podía ser bueno —continuó riendo Yann.

—Como empiece a llover, la primera que va a salir corriendo voy a

ser yo. Además, no quiero que me veas con los pelos encrespados —mientras contestaba a Yann notaba que, aunque riendo, el joven estaba algo más ausente de lo normal desde hacía unos minutos.

—¿Te he dicho alguna vez que estás loca de remate? —le preguntó cariñosamente Yann, si bien es cierto que su voz realmente denotaba cierto nerviosismo y un tono impostado que buscaba normalidad.

—Pues no. No me lo has dicho nunca —rió entre dientes Alicia.

—Bueno... recuérdame que lo haga algún día. —Lo haré.

—Sé que lo harás.

—En fin, ya hemos llegado y la

lluvia no nos ha sorprendido. Mañana recuerda que vamos a la playa a ver la lluvia de estrellas. Espero que no te empapes de camino a casa.

—No te preocupes, a mí no me preocupa lo que le pueda suceder a mi pelo.

—Muchas gracias por acompañarme, lo he pasado, bueno...

—¿Cómo que bueno?

—No ha estado mal —dijo Alicia con tono burlón.

—¿No ha estado mal? ¡Vaya! Muchas gracias Ali. Si lo sé te dejo en la puerta del restaurante —conforme terminaba la frase ambos estallaron a reír mirándose a los ojos el uno al otro.

—No puedo engañarte, lo he pasado muy bien. Eres genial —le soltó Alicia, ahora ya más seria aunque una tímida sonrisa se dibujaba en su hermoso rostro.

—¿Sabes? Jamás creí que encontraría a alguien como tú, el mundo esconde muy bien sus cartas pero al final siempre puede sorprenderte. Hay que saber esperar.

—¡Qué bonito! —le susurró Alicia directamente al oído de

Yann, el cual recogía sus palabras embriagado por una sensación que jamás hubiera creído que iba a volver a sentir.

Durante unos minutos ambos se fundieron en un baile cadencioso de

besos coordinados, caricias y miradas furtivas. Empezaba a llover levemente.

—Que pases buena noche Alicia.

—Mañana nos vemos Yann.

Yann comenzaba a retirarse, caminando de espaldas sin dejar de mirar a Alicia que lo observaba alejarse. Unos instantes después realizó el ademán de sacar las llaves de su bolso y comenzar a abrir la puerta. Antes de que desapareciera por el oscuro umbral de su casa, Yann se paró en mitad de la calle y le dijo en un susurro que se terminó convirtiendo en grito: «Te quiero». A lo que Alicia le respondió con una de sus mejores sonrisas cargadas de amor. Yann no

olvidaría esa sonrisa el resto de su vida.

Una vez que Alicia se adentró en su casa, Yann se puso firme y su rostro se agitó como si acabara de salir de una ensoñación, como si estuviera buscando un pedazo de realidad al que aferrarse.

Se encontraba en mitad de la carretera y se dirigió con paso decidido hacia una de las aceras mirando, sin saber por qué, hacia uno y otro lado. Una vez que abandonó la calzada, emprendió el camino hacia su casa, pero sus pasos eran lentos y suaves, como si quisiera escrutar cada sonido que arrojaba la noche compinchada con la ciudad. Siguió andando unos metros, unos pasos y un escalofrío recorrió su

cuerpo; ya no había dudas le estaban siguiendo.

La lluvia hizo, ahora sí, acto de presencia y comenzó a caer con fuerza, lo que ayudó a su perseguidor a esconderse en los sonidos del agua repiqueteando sobre el asfalto. Yann pausó su marcha y se quedó inmóvil bajo la lluvia, lanzó una mirada desafiante al cielo oscuro y recordó la sonrisa que Alicia le había arrojado tan sólo hacía unos minutos, una de las imágenes más bonitas de su vida. Con decisión, suspiró y se dio completamente la vuelta. Allí estaba su perseguidor, a unos escasos metros de él y sujetando con firmeza un arma. Unos

truenos ahogaron el sonido del primer disparo, y del segundo, y casi del tercero, el cual salió silbando hacia el pecho de Yann. Antes de notar el ardor que le quemaba todo el cuerpo, Yann reconoció a su asesino mientras lograba que de su propia boca saliera un escueto e incrédulo. «¡No puede ser! ¿Tú?». Antes de que su cuerpo cayera inerte sobre la calle, ante la mirada cómplice de la ciudad nocturna.

LIBRO QUINTO

MARC FALCO (DAEMONII IRA)

Aquella mañana la ciudad amaneció con aire melancólico y el cielo lloraba

desconsoladamente una lluvia fina pero constante, que inundaba de rabia todas las calles. En aquella ciudad siempre llovía sobre mojado. El mar ofrecía un tono oscuro y extraño, casi parecía rojizo, era su muestra de respeto. El sol se había quedado rezagado con la luna, la noche había sido muy larga y el aire tarareaba una sonata demente, acompañada por las gotas de agua al caer sobre el vil asfalto. Como si un piano destartado hubiera tocado su última canción, las pocas teclas que se mantenían firmes, susurraban las notas discordantes que caían sobre el parque Arcadia en el que se estaba celebrando el entierro de Yann. El resto de teclas,

blancas y negras, esparcidas por las praderas verdosas del promontorio sobre el que descansaba la tumba.

Dos colores: blanco y negro, blanco y negro. Un sacerdote, acompañado de varios monjes y monaguillos, presidía el acto y oficiaba una ceremonia austera. Era la imposición de un lejano y tal vez único familiar de Yann que había exigido que se celebrara aquel rito. Posiblemente a Yann no le hubiera importado, veía en los entierros cristianos un toque de romanticismo que le embriagaba, aunque posiblemente hubiera preferido que arrojaran sus cenizas al océano.

Los pocos asistentes vestían de

riguroso negro y esgrimían con fuerza el asa de sus paraguas, todos negros recortados sobre la silueta del cielo gris, que lloraba y lloraba. Desde las alturas, sólo un paraguas desentonaba en un inoportuno granate oscuro, discreto pero diferente. Era el paraguas de Cameron que cobijaba también a Caronte. Tan cerca pero tan distanciados. Caronte tenía la mirada perdida en ninguna parte y en sus profundos ojos negros no se adivinaba ninguna lágrima. El agua que manaba de su alma hacía tiempo que se había secado, nunca en su vida volvería a soltar una, por lo que el blanco que rodeaba sus pupilas parecía mucho más

blanco, casi inhumano. Gabriel mantenía una de sus viejas camisetas blancas, arremolinada sobre su torso, pero tocada con una elegante chaqueta negra que encajaba perfectamente en los protocolos pictóricos de estas ocasiones.

Cuando el cura, vestido de riguroso negro, comenzó su discurso, la mano libre que le quedaba a Cameron, la sorprendió a ella misma agarrando con firmeza la de Gabriel. Estaba tan lejos. Le diría tantas cosas.

El resto de asistentes también atendían absortos a la oración, la mayoría no escuchó las bonitas palabras del sacerdote y casi todos se dejaron

llevar por sus pensamientos, el plano físico inter-conectaba con el plano más espiritual. Todo era silencio, excepto las notas discordantes que las pocas teclas de aquel piano se empeñaban en reproducir de manera macabra una y otra vez.

A lo lejos, una figura mantenía una misteriosa distancia, se trataba del detective Marc Falco, que embutido en una elegante chaqueta negra miraba uno a uno a todos los asistentes. Aunque el grupo de personas no era muy amplio, no siempre se tenía la oportunidad de observar al natural, a los miembros más importantes de La Organización MASK. Falco escrutaba las miradas vacías de

los que habían ido a dar el último adiós a Yann. Siempre había pensado que tenía un sexto sentido para analizar a la gente con simplemente observarla con detenimiento. Enseguida se percató de la relación especial que Cameron y Gabriel mantenían en un secreto que gritaba a voces auxilio. Y que del grupo de Los Cuatro, los cuales habían asistido en su totalidad, Capriati era el que mayor respeto e incluso miedo, infería al resto de trabajadores.

Cuando el sacerdote hubo terminado su intervención, observó con perpleja tristeza como los amigos de Yann no habían encontrado consuelo en sus palabras; la promesa de una vida mejor

había pasado de soslayo entre el repiqueteo constante de la fina lluvia. Una pequeña fosa hundida en el suelo esperaba con la mandíbula abierta, el ataúd negro de Yann, que fue introducido por uno de los operarios del cementerio, que vestía un mono blanco de trabajo. Acto seguido, algunos miembros de La Organización, como el señor Khonton, comenzaron a echar tierra sobre el ataúd. Caronte se aproximó a ellos y antes de que la tierra cubriera completamente el féretro, lanzó decidido una nota escrita de su puño y letra. Posiblemente se trataba de una de las cartas que Gabriel Caronte solía enviar a ninguna parte y con la que, en ese

caso, se despedía en secreto del que siempre sería su mejor amigo. Era su forma de decirle adiós. Alicia no encontró el valor para asistir y se quedó esperando en la playa a que el entierro terminase, sentada sobre la arena y agarrándose sus piernas con fuerza, esperaba con ansia despertar de aquella pesadilla.

Cuando terminó la ceremonia, todos fueron abandonando la lápida de Yann en busca de sus coches o de algún refugio que les protegiera de la lluvia. Las piezas del piano, blancas y negras, comenzaban a dispersarse.

Capriati dio una palmada en la espalda al resto de miembros de la

cúpula que formaban Los Cuatro y comenzó a palpar con nerviosismo el papel del caramelo de menta que acababa de introducirse en la boca. Ese fue el primer ruido que rompió la monotonía de aquel triste entierro.

Caronte se quedó petrificado junto a Cameron. Seguían manteniendo sus manos entrelazadas, como dibujando un símbolo de infinito. Ambos se miraron durante una eternidad, con el agua cayendo por los extremos del paraguas granate, y descansando finalmente sobre los hombros de Caronte. Se conocían perfectamente y sus ojos estaban expresando todo lo que cada uno de ellos sentía en ese momento. Sólo

Cameron sabía el dolor que Caronte estaba sufriendo, solitario, en silencio. Finalmente, una vez que Gabriel dio por finalizada esa profunda conversación atrapada entre gestos y miradas, se soltó de Cameron y dio medio vuelta, sin echar la vista atrás ni hacia ella, ni hacia la lápida de su amigo, la cual no volvería a visitar jamás.

Antes de abandonar el cementerio, Gabriel se dirigió hacia el último asistente que aún permanecía inmóvil, ante el lugar donde Yann acababa de ser enterrado. Era Drake, que ni siquiera portaba un paraguas. Su carácter despreocupado e incluso caótico para algunas situaciones, le facilitaba poder

olvidarse de esas cosas que, para el resto de personas, son necesidades autoimpuestas. Gabriel se acercó al pirata y le pasó su brazo por la espalda de forma cariñosa. Ambos se observaron durante un instante y por fin Caronte se atrevió a hablar.

—Drake, sólo tú puedes encontrar al que ha hecho esto. Yann te tomó bastante aprecio durante el tiempo que estuviste con él. Así que eso es motivo más que suficiente para confiar en ti.

—Gabriel, yo...

—Tú y yo sabemos que Cameron es inocente, encuentra al que ha desviado el dinero hacia su cuenta bancaria y encontraremos al asesino de Yann.

Drake miró fijamente a los ojos negros de Caronte y asintió con seguridad mientras le respondía.

—Nuestra victoria se escribirá con venganza.

Aquella noche Cameron fue a casa de Caronte sin avisar, deambulaba por las calles que había recorrido tantas veces sin la certeza de que Gabriel ni siquiera le fuese a abrir la puerta. Estaba tan abatido después del entierro de Yann que conforme se aproximaba a su casa estaba más segura de que no había sido una buena idea. Pero por otro lado, era un momento muy difícil en sus vidas y prefería no dejarlo a solas. De hecho ella misma también necesitaba su

compañía para tratar de superar aquella dolorosa pérdida.

De camino se había parado a comprar una botella de bourbon *La Rosa Negra*. El vendedor la había envuelto con cariño en una bolsa de papel marrón, otra de tantas hipocresías de aquella ciudad absurda. Finalmente llegó ante su edificio. La luz de neón del letrero de un bar próximo se pegaba a las ropas de Cameron y la envolvía en una luz espectral, azul y rosa. Llamó al timbre una sola vez, con la suficiente firmeza para que Gabriel oyera el sonido, pero sin parecer pesada o impaciente. Esperó unos segundos, nadie abría, más y más segundos. Al fin una

voz sonó por el comunicador. Era Gabriel.

—Cameron ¿Eres tú?

—Sí. Soy yo...

Cameron subió las escaleras con la mirada baja, mirando los escalones como si tuviera miedo a tropezar. La vida le había hecho aprender a caer con gracia ante las zancadillas que recibía, pero resbalarse delante de Gabriel habría sido demasiado. Junto al umbral de la puerta le esperaba Gabriel, algo desaliñado y con una camiseta sin mangas, como no, de color blanco.

—¡Has venido! —le soltó Gabriel con un evidente gesto de entusiasmo.

—Sí, después de lo que ha pasado

me apetecía estar...

—Ha sido una gran idea, subamos a la azotea.

La noche estaba algo más despejada, aunque unas dramáticas nubes negras seguían perfilándose en el horizonte, como esperando una señal para finalmente llevar a cabo su amenaza. Algunos rayos furtivos se divisaban correteando entre aquellas nubes cargadas de agua y de temores. La noche escondía el extraño tono rojizo que el mar estaba adoptando poco a poco, parecía estar teñido de sangre.

Ambos siguieron al pie de la letra el ritual tácito que tenían previsto para todas las ocasiones, cada vez más

frecuentes, en que subían a la azotea. Gabriel cerraba la puerta que comunicaba con el interior del edificio, para que nadie los molestara, mientras Cameron se acomodaba en el viejo sofá de color verdoso y abría la botella de bourbon. Antes de que Gabriel se sentara en el sofá junto a ella, ya había encendido un cigarro para Cameron y había hecho lo propio con el suyo, el cual ya descansaba sobre su boca. Antes de sentarse, se aseguraba de que llevaba consigo, perfecta-mente colocada, una de sus pistolas. Finalmente los dos se quedaban unos minutos mirando al cielo, esperando a que uno de los dos rompiera el silencio que para nada les

resultaba incómodo.

—Esta mañana, he estado...

—No te preocupes, Gabriel.

—Lo siento. Sólo tú entiendes lo que realmente sentía por Yann. Era mi...

—Lo sé. Ha sido un duro golpe para todos, pero lo superaremos, como tantas otras cosas.

Gabriel le robó la botella de las manos a Cameron, mientras le dedicaba lo más parecido a lo que podía llegar a ser una sonrisa, teniendo en cuenta las difíciles circunstancias que estaban viviendo. Volvió a mirar al cielo y le dio un largo trago bebiendo directamente de la botella, la cual en algún momento se había desnudado de

su atadura de papel marrón. Cuando hubo terminado, le pasó la botella a Cameron manteniendo su mirada fija en los nubarrones. Tras un escandaloso silencio de varios minutos, Gabriel volvió a iniciar la conversación.

—Nunca me has contado cómo murieron tus padres —preguntó Gabriel. Sabía que era un tema que ya no incomodaba a Cameron, pues de ese triste episodio de su vida había pasado mucho tiempo.

—¿Nunca?

—No que yo recuerde...

—Bueno ya sabes, yo era sólo una niña así que apenas tengo recuerdos de ellos. Para mí, mi abuelo Capriati ha

hecho las veces de padre y madre.

—Bueno ya sabes, yo era sólo una niña así que apenas tengo recuerdos de ellos. Para mí, mi abuelo Capriati ha hecho las veces de padre y madre.

—Lo sé... él fue quién te llevo a Australia cuando eras pequeña, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cómo se llamaba aquella playa a la que fuiste?

—Manly Beach. Tendrías que verla...

—Creo que ha llegado el momento de que abandonemos esta vida. He visto demasiados fantasmas en esta ciudad. Cada vez me atan menos cosas a ella.

—¿Lo dices en serio? Ya sabes que mi abuelo...

—En MASK no hay nadie imprescindible. La Organización está por encima de cualquier persona. El día en que los dos huyamos hacia otra nueva vida está más cerca que lejos, aunque antes tengo que encontrar al que mató a Yann.

—Sabes que te esperaría toda una eternidad —soltó con decisión Cameron, aunque su voz se había convertido casi en un susurro.

Ambos se miraron fijamente, ojos verdes enfrentados a ojos oscuros. Cameron deslizó su mano por el rostro de Gabriel y lo acarició con suavidad.

Su mano se movía como si tuviera vida propia y no hacía caso a los lejanos destellos de su razón. Su abuelo era una de las personas más importantes de su vida, y sin duda no aprobaba una relación entre los dos. Además Gabriel Caronte era al fin de cuentas un asesino a sueldo. ¿Qué tipo de futuro le esperaba al lado de alguien que lleva la palabra muerte tatuada en su cuerpo?

—Eres increíble, nunca conoceré a nadie como tú —le respondió Gabriel.

De nuevo, la botella de bourbon bailó de mano en mano varias veces. Necesitaban un buen trago para pasar lo que había ocurrido hacía tan sólo unas horas. La tormenta se aproximaba y el

ritual de rayos y truenos se hizo más violento y evidente. Una brisa fría comenzó a subir desde la calle hacia aquel sofá, lo que hizo que casi de forma automática, Cameron se abrazara ella misma con sus dos brazos, sentada en cuclillas sobre el sofá y frotándose con las manos para conseguir reunir algo de calor. Caronte no tardó en echar su brazo derecho por encima de ella.

—Mi madre murió en un accidente de coche —dijo Cameron con un hilo de voz, retomando la conversación.

—Vaya, cuanto lo siento...

—Desde aquel día, mi padre nunca volvió a ser el mismo, o al menos eso me dicen, yo ya casi no lo recuerdo. Se

sumió en una oscuridad muy profunda, se dejó llevar por las tinieblas y nunca volvió a encontrar el camino de vuelta. A las pocas semanas enfermó, pasó por unas extrañas fiebres y las fuerzas le abandonaron dejándolo en un estado deplorable. Cada día que pasaba estaba peor. Era como observar a una vela consumirse, perder su esencia, aunque luchó hasta el final. Era un hombre muy fuerte y extraordinario.

—¿Enfermó sin más? ¿Pero entonces de qué murió?

—Gabriel, murió de pena...
—respondió Cameron mientras sus caricias se convirtieron en un abrazo.

El viejo galeón pirata de Drake estaba en una calma silenciosa, interrumpida solamente por el ligero balanceo de sus tablones descansando sobre el mar, se mecía tranquilo sobre unas aguas mansas que lo acogían sin recelo en su inmensidad.

Habían pasado unos minutos desde que Drake tuvo que abandonarlo para salir huyendo por la ventana, pero parecía toda una eternidad teñida de negro. Drake saltó precipitado de su silla al oír unas pisadas junto a su puerta, y tuvo que dejar atrás sus temores anclados en el fondo del mar, por lo que la precipitación le hizo dejar

olvidada tras de sí la memoria flash USB que contenía información valiosa sobre MASK y sobre el desvío de dinero que la organización criminal había planeado realizar desde el Banco Central de la ciudad.

Las pisadas y el ajetreo que inundaron el loft minutos antes, con la irrupción de Atalanta y el pipiolo que le disparó por sorpresa, habían arrancado de la estancia la quietud reinante hasta entonces, dejando paso a un débil ajetreo que mecía las aguas sobre las que descansaba el barco.

Drake no tenía por qué preocuparse de sus ordenadores y el resto de su equipo informático ya que éstos se

hallaban encriptados bajo un potente algoritmo informático, de tal manera que cualquiera, a excepción de él, que quisiera acceder a ellos no podría conseguirlo ni aunque lo intentara durante mil años.

Atrás, junto a los temores de Drake, quedó el maltrecho y desgastado cuerpo del detective Atalanta, que yacía boca arriba en el suelo de parqué de la estancia. Inmóvil y centrado respecto al resto de los muebles de diseño que Drake poseía, componía una escena grotesca y dramática.

El recuerdo de su difunta esposa era una mancha tenue que se filtraba por las rendijas de aquel suelo de madera

ennegrecida. En cambio, su hija Sara a la que sentía haber abandonado sin despedirse aquella mañana, era una imagen que se había grabado a fuego en su mente. Fue su recuerdo el que apareció al exhalar el último suspiro de vida, justo antes de recibir el impacto de aquella maldita bala.

Había experimentado el horror de ver morir a su mujer lenta-mente. Cada minuto de sus últimos días junto a ella se convirtió en una despedida a medias que nunca cerraba las heridas que hacía mucho tiempo que estaban abiertas.

Al recibir aquellos disparos inesperados sobre el pecho sintió una sensación extraña, no carente de cierto

alivio. Estaba preparado para la muerte y deseaba más que nada volver a reencontrarse con su esposa, con su amor, en el más allá. ¿Existen almas conectadas para toda la eternidad? Atalanta se había formulado esa pregunta muchas veces, durante las largas noches en aquel sanatorio, dejado hacía mucho tiempo por la mano de Dios. El viejo detective, tan científico y riguroso en sus pesquisas policiales, se había dejado llevar por un sentimiento más espiritual y se aferraba con fuerza a unas promesas que nadie podía garantizar que se cumplieran.

El pipiolo abandonó el cuerpo de Atalanta y salió del edificio como alma

que lleva el diablo, sin mirar atrás. Al llegar a la calle se frotó con fuerza su rostro valiéndose de sus manos, como para despertar de una pesadilla bizarra a la que no creía que fuera a enfrentarse nunca. Había sido adoctrinado en MASK sobre aquella posible situación, pero nadie está preparado nunca para asesinar a alguien, sobre todo a una persona como Atalanta, a la que había comenzado a respetar y admirar al mismo tiempo. Al fin y al cabo, su pasión por entrar en el cuerpo de policía había llegado antes que su curiosidad por aquella organización de la que tanta gente hablaba en la ciudad. Primero se convirtió en policía y luego vendió su

alma a la organización, abandonando unos principios que en aquel momento ya no veía tan nítidos y claros. Los principios de MASK eran lícitos y válidos y no distaban tanto de los preceptos que proponía el cuerpo del orden de la ley.

Cuando oyó por radio que Atalanta había encontrado la posible ubicación del famoso pirata informático Drake, archienemigo de las bases de datos de cualquier país, se reunió con el viejo policía para ofrecerse como acompañante en aquella operación. Por supuesto, lo hizo fuera de los canales y registros oficiales, por lo que nadie, a excepción del propio Atalanta, sabía

que aquel novato de primer año se encontraba en el piso del delincuente acompañando al viejo sabueso.

El día estaba despejado y el sonido de las olas del mar le ató de nuevo a la realidad. Miró a ambos lados de la calle y volvió andando hacia la comisaría ya que no podía conducir el vehículo que había traído Atalanta. Fue pan comido. Al llegar a la comisaría solamente tenía que disimular y volver al burocrático aburrimiento de su pequeño escritorio de trabajo lleno de denuncias, papeleo de otros detectives y multas de tráfico.

La ciudad se sentía sucia por haber presenciado ese acto de traición. Atalanta era un buen hombre que

disfrutaba haciendo su trabajo. Muchas veces le habían ofrecido otros puestos en la comisaría, alejados del ruido y de las fauces voraces de las calles, pero él los había rechazado todos con una elegante negativa cargada de pomposa educación. Su sangre corría unida a las arterias de aquellas avenidas y oscuros rincones, los conocía a la perfección y no sentía el aliento malvado que emanaba de sus alcantarillas. Aunque los últimos años habían sido distintos, la muerte de su mujer y las promesas incumplidas a su hija habían hecho que Atalanta girase la mirada hacia otro lado, se sentía atrapado en un mundo que ya no entendía, donde los malhechores

cometían sus delitos a golpe de teclado desde un ordenador, y donde los ladrones y asesinos cometían sus actos movidos por unos principios políticos, buscando una libertad y una justicia enmascarada de muerte y sangre. No podía perseguir a los malos si éstos no se comportaban de acuerdo a los manuales de psicología que estudió durante sus años en la academia de policía.

El silencio del piso de Drake quedó roto repentinamente por unos pitidos que emitía uno de sus ordenadores. *Beep beep beep*. Drake había llegado sano y salvo a otro de los pisos francos que MASK tenía en la ciudad, un viejo

almacén desvencijado, de aspecto abandonado por fuera pero que por dentro contenía un sinfín de material informático valorado en varios millones, además estaba dotado de un sistema de vigilancia que controlaba todas las cámaras de seguridad de la ciudad. Desde allí Drake podía controlar cualquier movimiento y disfrutar de la mirada maliciosa de la ciudad, su cómplice leal.

Beep beep beep. Drake estaba accediendo de forma remota a los ordenadores de su casa para descargar rápidamente cualquier contenido importante y para terminar de ejecutar una aplicación que en caso de

emergencia, soltaba una descarga eléctrica que quemaba y destruía los discos duros. Desde el almacén tecleaba códigos y más códigos a una velocidad vertiginosa, sus dedos resbalaban por las teclas con la soltura con la que un pianista acaricia una partitura durante un concierto. *Beep beep beep*. El pitido intenso resonaba sobre la estancia con un eco nítido. Al cabo de unos minutos ya había descargado toda la información relevante y acababa de terminar de ejecutar el código que destruiría los ordenadores. Un último suspiro antes de pulsar la tecla de ejecución. Drake se quedó con la mirada fija en la pantalla durante unos segundos, como repasando

que no hubiera cometido ningún error en la línea de código. Instantes después cerró sus ojos.

No pudo comprobar que su rostro se reflejaba sobre la superficie de la pantalla del gran ordenador que estaba manejando. Giró el cuello hacia ambos lados haciendo crujir sus cervicales de forma estrepitosa; era un ritual que le gustaba cumplir de forma supersticiosa antes de terminar tareas importantes. Drake se quedó inmóvil definitivamente, volvió a abrir sus ojos y con decisión pulso la tecla ENTER.

A escasos kilómetros del almacén donde se encontraba Drake, en la casa que hacía unos minutos había

abandonado, los ordenadores se apagaron súbitamente y soltaron una pequeña explosión que terminó en una débil columna de humo que luchaba con valentía por escapar hacia el techo. Un grito ahogado sonó de repente. Atalanta abrió los ojos de par en par clavando una mirada desubicada sobre el techo. Estaba vivo.

¿Qué he hecho? No podré mirarlos a la cara... ¿Por qué ahora? Se supone que no tendría que matar a nadie. Me lo dijeron. Él me lo dijo: «tranquilo hijo». Yo no soy su hijo. ¡Joder! ¿Por quién me toman? ¿Por qué desde el principio han

intentado tomar esas confianzas? No soy su maldito hijo. «Tranquilo hijo nosotros no matamos a nadie, a no ser que sea por una necesidad». ¿Necesidad? ¿Por quién me toman? Él no se lo merecía, pero les juré lealtad y tienen razón. Debemos cambiar el mundo. Pequeños cambios marcarán la diferencia. No nos podemos quedar en casa, no con la situación actual. Las grandes revoluciones surgen en algún lugar. En lugares como éste. Sin duda. Es lo mejor. Pero él no lo merecía. ¿Por qué no se habrá estado quieto? ¿Habré dejado alguna pista, alguna huella? Creo que no. ¿He cerrado la puerta? ¿El pomo? No, está limpio. La cara... la tengo roja. Tranquilo. Un

momento. No pienses. Tranquilo. Mejor él que nosotros. Estábamos perdidos. Era una causa de necesidad. Sin lugar a dudas. Subo a mi piso y lo escondo. Como ellos me enseñaron. En el hueco del libro. Nunca lo encontrarán. Me va a dar algo subiendo estas escaleras. Tranquilo. Me falta el aire. ¿Por qué se habrá entrometido de esa manera? ¿En qué estaba pensando? Maldito viejo vete a casa de una vez. Ya está. Te encontré. Aquí no la encontrará nadie. Estas memorias USB cada vez las hacen más pequeñas y potentes. Ahora a la comisaría. Rápido. Tengo que llegar antes de que me echen en falta. ¿He tocado el pomo? Creo que no. Vuelvo.

Si vuelvo estoy perdido. Ellos me ayudarán. No tengo que preocuparme. No tengo que preocuparme. Me arde la cara. ¿Estaré rojo? Así no puedo entrar. Sospecharán. Les digo que he salido a correr. Da igual. Allí nadie se fija en nada. Qué tontería. Lo siento. No debías ser tú. Pero eras el mejor. El momento tendría que llegar tarde o temprano. Lo siento viejo. Ya estoy aquí. Tranquilo. Pregunta por el partido. Pregunta a alguien. Mejor no digas nada. Allí está. Lo siento Atalanta. Viene hacia aquí. Tranquilo. Le digo: «¡Ey! ¿Qué tal estás?» No se me nota nada. La voz firme. Tranquilo. Le pregunto por el partido. Me dice: «Ven. Te invito a

cenar»).

Atalanta se incorporó de repente, con un golpe súbito de cadera. Tenía los ojos abiertos y miraba hacia un infinito que jamás pensó que encontraría. Su primer contacto con su consciencia fue su hija. Su imagen se colocó sutilmente sobre su mente y le dio una tranquilidad extraña. Al siguiente instante giró su cabeza hacia cada rincón de la habitación de Drake para comprobar que no había ningún peligro inminente. Todo estaba calmado y en orden. Ni rastro del pirata informático. El viejo detective permanecía sentado sobre el suelo, exhausto. Los siguientes segundos su

cerebro trabajó a marchas forzadas remontando con dificultad las turbulentas aguas de aquel río onírico en que se había ahogado. Poco a poco, se dio cuenta de la gravedad de la situación y empezó a ponerse tenso al tiempo que un escalofrío recorría su maltrecho cuerpo de detective. Tomó aire con dificultad cuando recordó que aquel maldito novato de primer año le había disparado a quemarropa varias veces. Todos los balazos sobre el pecho. En ese momento, como si su cuerpo tuviera recuerdos guardados entre sus huesos, un punzante dolor le sobrecogió. Se miró su brazo izquierdo y vio que una mancha granate distorsionaba los

colores amarillentos de su camisa. La mancha de sangre era densa y sintió que agarraba su brazo con crueldad, y lo lastraba con un peso que lo hundía aún más si cabe, bajo el mar desazonado en que se había convertido su vida. Recordó a su mujer y por primera vez no lo hizo con imágenes grises de aquella habitación de hospital. La recordó joven y alegre, llena de vitalidad como era ella, con su sonrisa que de repente se tornaba en carcajadas, y con la que él se contagiaba rápidamente ante aquel derroche de ternura y de pasión. Algo se dibujó en su cara, lo más parecido a una sonrisa que había tenido en los últimos años. No sabía por qué, pero allí

sentado, en el suelo, disparado por otro policía, se sentía bien, como si su amada mujer lo estuviera observando desde otro mundo lejano, orgullosa. Se imaginó llamándola apresurado para contarle lo sucedido. Ella se hubiera alarmado como solía hacer. Pero él la hubiera consolado con palabras cálidas llenas de notas amarillas y rojas. «Estoy bien mi amor, no te preocupes». En las contadas ocasiones en que Atalanta sufrió verdadero peligro, el encuentro posterior con su mujer fue apasionado y lleno de dulzura. Sin mediar palabra ella lo recibía en la puerta de su casa y se enroscaba entre sus brazos con fuerza, la misma fuerza con la que se agarró a la

vida hasta el último instante de su existencia. ¿Había dejado de existir? En ese momento, Atalanta se imaginó contándole lo sucedido por teléfono. Su mujer estaba muy orgullosa de él pese haber sido abatido, derrotado. Y en sus pensamientos, esa conversación imaginaria le sirvió para ordenar sus ideas y refrescar los hechos ocurridos. Aquel maldito niño le había disparado, con el imperdonable error de haber sacudido todos los disparos sobre el chaleco antibalas. El imperdonable error de no haberse asegurado que había matado a su víctima ni haber disparado directamente sobre la cabeza. Se sintió molesto por no haber sido mejor

profesor para él, aunque eso le hubiera costado la vida. Luego, tras respirar profundamente de nuevo, se dio cuenta de que posiblemente el chico no se había atrevido a matarlo, era obvio que le había cogido cariño y veía en él, una figura paternal. «Maldito chico. ¿Qué has hecho?». Si realmente hubiera estado decidido a arrancarle su vida, lo hubiera hecho. Algo de bondad quedaba en él, de eso no había ninguna duda.

Se incorporó poniéndose de pie. De forma inconsciente, su mano derecha se dirigió hacia la radio que tenía en su bolsillo, obviando por completo los pensamientos que se agolpaban en su cerebro, peleando por salir de forma

lógica. Enseguida cayó en el error. Si llamaba por radio, todo quedaría registrado y era demasiado arriesgado. Necesitaba saber por qué aquel chaval les había traicionado y qué relación tenía exactamente con MASK, si es que realmente trabajaba para ellos. Además no quería que otro *poli* lo encontrara primero y echara por tierra el caso que llevaba persiguiendo, como el que persigue fantasmas, durante hacía tantos años. Y lo que era peor, cabía la posibilidad de que otros policías hubieran sido corrompidos por aquella ciudad que acaba con todo. Así que cambió de idea y hurgó en el bolsillo de su chaqueta. Sacó su teléfono móvil para

llamar a la única persona en la que confiaba: Marc Falco.

Falco estaba en la jefatura de policía recostado sobre su silla. Los pies sobre la mesa de madera de su despacho, aquél que había conseguido desde el mismo día en que fue ascendido a detective. Observaba absorto la pizarra colocada sobre una de las blancas paredes, mientras su mente escapaba por la ventana, levemente abierta, hacia mundos más allá de la razón. Miraba las fotos que todos los miembros de MASK habían tenido el honor de tener en aquel muro policial, en el que unas cuerdas de color rojo recreaban burdamente las vidas de aquellas personas que le eran

tan desconocidas y que no lograba entender. El sol invadía la habitación por lo que unas sombras comenzaron a proyectarse sobre las fotos de Caronte, Drake, o la propia Cameron. Sin darse cuenta, sus ojos se desengancharon de su alma y se aproximaron a la foto de Cameron. Su rostro era tan profundo, se podían leer en él todas las arrugas de su espíritu. Era de una belleza que nunca había visto. ¿Cómo una chica como Cameron había llegado a formar parte de una organización criminal como aquella? De repente, se percató que no sabía nada de ellos y que si iba a destruirlos, tenía que ahondar más en sus pensamientos, en su historia y en sus

motivaciones.

En eso andaba pensando Marc cuando repentinamente el sonido intenso de su teléfono móvil le devolvió a la realidad que tanto detestaba. Se obligó a parpadear varias veces como para regresar a toda prisa del lugar lejano al que había viajado desde hacía unos minutos. Era Atalanta.

— ¿Qué ocurre viejo sabueso?

—¿Qué? Espera Atalanta. ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—No... No me lo puedo creer.

—Maldito hijo de puta. —No, espera...

—Has hecho bien. —Entiendo.

Claro es lo mejor.

—Déjame a mí. Yo me encargo.

—¿Qué, qué voy a hacer? Voy a invitarlo a cenar.

Drake se había tomado muy en serio el encargo que Caronte le había hecho. Tenía que encontrar al presunto topo o a la persona que estaba intentando crear el caos en el seno interno de La Organización. Caronte había dejado claro su punto de vista: Cameron era inocente y Drake sabía bien que a Gabriel Caronte era difícil llevarle la contraria, sobre todo, con los temas relacionados con Cameron. Era evidente que había un *algo* entre ellos, una relación demasiado compleja y profunda

que arrasaba a cual-quiera que osara entrometerse en ese juego de miradas y caricias implícitas.

Desde que abandonó su lujoso loft cerca de la costa, al que a él le gustaba referirse como su «viejo galeón», no se había decidido a volver por temor a que la policía lo estuviera vigilando. Así que ahora tenía instalado su equipo de trabajo en el viejo almacén que cobijó a Caronte durante su huida tras el intento de asesinato de Sandra Armero, una de las máximas dirigentes de Nuevo Horizonte, la nueva formación política de extrema derecha, apegada a las viejas reminiscencias fascistas de Europa, que estaba comenzando a subir en

popularidad entre las más altas esferas sociales de varias ciudades importantes del mundo.

Drake se sentía en deuda con el fallecido Yann. No se permitía ni el más mínimo descanso, e incluso llevaba varios días sin dormir más de tres horas seguidas. Sentía la presencia del que había sido su único amigo real dentro de La Organización, en aquella amplia sala llena de trastos, ordenadores, servidores y aparatos informáticos, que convivían con el utillaje de albañilería que los antiguos operarios que trabajaban en la remodelación de la nave industrial, habían abandonado de repente cuando MASK compró las instalaciones; no

quisieron ni volver a recoger sus utensilios y todo permanecía intacto tal y como lo habían dejado durante su último día de trabajo. Todos en la ciudad conocían a MASK y nadie quería correr el riesgo de permanecer en la misma habitación que ellos ni durante un mínimo segundo de inseguridad y miedo.

Drake tecleaba y tecleaba, surcaba los mares de la información a un ritmo vertiginoso y asaltaba sin consuelo las bases de datos de países de cualquier parte del mundo. Drake tecleaba y tecleaba mientras su alma se separaba de su mente, siempre despierta y atenta a cualquier indicio que le indicara quién había movido el dinero robado en el

Banco Central de la ciudad y lo había depositado en la cuenta bancaria de Cameron. Drake tecleaba y tecleaba y no podía quitarse de la cabeza las imágenes confusas del entierro de Yann, aquel chico amable y atractivo que tenía ganas de exprimir la vida al máximo. ¿Acaso se puede vivir de otra forma?

En eso, algo llamó la atención del hacker. Se detuvo un momento ante una de las múltiples pantallas de ordenador y cerró los ojos. Giró su cuello bruscamente haciendo crujir los cansados huesos de sus cervicales. Respiró profundamente como la persona que prepara su alma antes de realizar un importante acto de fe. Había encontrado

una brecha en el rastro que el dinero había dejado por todos los circuitos financieros del mundo. «Que no haya sido Cameron. Que no haya sido Cameron».

Drake se giró sobre sí mismo a través de las ruedecitas de su silla de despacho y le pegó un grito a Caronte que dormitaba tumbado sobre un antiguo y opulento sofá ocre, que había sido olvidado hacía varios años en aquel edificio antiguo y destartalado, en que Drake había montado su base de operaciones. Caronte no re-accionó y Drake observó perplejo como un cigarrillo colgaba de su boca, lanzando un hilillo de humo que encajaba a la

perfección con la decoración de aquella habitación lúgubre y polvorienta.

—¡Caronte! ¡Caronte! ¡Despierta, creo que tengo algo! —se apuró a gritar Drake con una intensidad mayor de la que en un primer momento pretendía imprimir a sus palabras. Tampoco quería sobresaltar a su compañero.

Caronte abrió los ojos manteniendo su postura hirsuta y movió sus ojos lentamente hacia el cigarrillo que apuraba sus últimos instantes de vida. Sin quitar su mirada sobre él, exhaló una última gran calada y antes de que el cigarrillo se consumiera por completo, lo agarró con dos dedos y lo arrojó al polvoriento suelo de la estancia. De un

brinco se recompuso y se puso de pie, y se dirigió con paso firme hacia la mesa de Drake, que lo esperaba ansioso, como el niño inquieto que espera a su madre para darle una buena noticia. Antes de alcanzar la mesa, pisoteó, sin inmutarse y con fuerza, el cigarro que luchaba en el suelo por mantenerse encendido, como si con aquel pisotón se quitara de encima los fantasmas y tormentos que la muerte de su mejor amigo le había traído.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gabriel Caronte golpeando la espalda de Drake con un golpe cariñoso que implicaba una camaradería implícita.

—¡Creo que tengo algo!

—¿El qué?

—Bueno. Ves estas líneas rojas de allí, dijo señalando a un mapa del mundo y colocando su dedo sobre Francia. El dinero salió de nuestra ciudad, de nuestra cuenta bancaria y fue viajando por numerosos países a través de diversas proxys seguras y encriptadas. Pero en Francia, en un banco parisino, he encontrado una brecha de seguridad y he podido rastrear el recorrido. El dinero que robamos fue movido originariamente a través de una empresa fantasma denominada BABEL.

—Interesante. O sea, que esa empresa nos robó el dinero de las manos cuando estábamos a punto de recibirlo y

lo hizo llegar a una de las cuentas que Cameron tiene en un paraíso fiscal.

—Exacto.

—¿Pero quiénes son esos tal BABEL?

—He estado rastreando sus portales y webs que tienen en algunos países, y el rastro me ha llevado por varias decenas de empresas falsas, creadas posiblemente para blanquear dinero o financiar proyectos fuera de los límites de la ley.

—Entiendo...

—Lo curioso es que todas esas empresas tienen un denominador común que he descubierto gracias a un algoritmo informático que he

desarrollado junto con otros colegas.

—Drake, ya sabes que no puedes hablar con nadie de las operaciones de MASK.

—Lo sé, no te preocupes. Pero casi todos los hackers del mundo pertenecemos y participamos en pequeñas comunidades y foros, en los que encontramos ayuda sobre diversas cuestiones, algo fundamental cuando nos quedamos estancados en aguas poco profundas.

—Ya veo.

—Personalmente, colaboro con otros tres piratas a los que suelo recurrir en momentos de necesidad. Así que ellos me han ayudado a desarrollar este

algoritmo que me ha permitido asaltar la proxy del banco francés.

—¿Cómo se llama esa comunidad que has formado?

—Nosotros la llamamos SION y sin ellos no podría haberlo conseguido. No te preocupes, realmente no saben quién soy ni a qué me dedico. Aunque se imaginan que a algo muy turbio.

—Y bien, ¿qué denominador común has encontrado? —Pues resulta que todas esas empresas han participado o colaborado al menos una vez en la vida con el partido político Nuevo Horizonte.

—¡Buen trabajo Drake! Nuevo Horizonte... ¿Me pregunto si Sandra Armero estará detrás de todo éste

entramado?

—Pues de hecho, gracias a un software que un compañero de SION desarrolló hace años he podido detectar dos direcciones IP recurrentes en todas las operaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Que te puedo decir exactamente qué personas están detrás de este intencionado desvío de nuestro dinero al banco de Cameron.

—¿Me vas a hacer preguntarlo?
¡Vamos dime quiénes fueron!

—Pues como bien dices, una de ellas es Sandra Armero. La otra no la conozco. Es un tal Marc Falco.

—Marc Falco... No lo conozco.

¿Podrías...?

—¿Saber quién es? Creo que sí, espera un momento...

Drake le terminó la frase a Caronte antes de que sus palabras abandonaran su boca. En un instante, volvió la mirada que hasta entonces tenía fijada en Caronte, hacia la pantalla de su ordenador. Volvió a teclear y teclear a toda velocidad. A los pocos segundos asaltó una base de datos de la policía y encontró información sobre Marc Falco. Pasó de puntillas por la ingente cantidad de texto que tenía frente a él. Leía y filtraba la información mentalmente casi sin parpadear.

—¡Drake eres un genio! ¿Qué has

encontrado?

—Marc Falco. Es... un detective de policía.

—¿Detective?

—Pero lo curioso es que reside y pertenece a la jefatura de policía de nuestra ciudad.

—¿Vive aquí? ¿Pero desde cuando la policía se inmiscuye en estos asuntos?

—Da la impresión que este desvío de dinero lo ha hecho él por su cuenta y riesgo. Si la policía hubiera tenido algo que ver ya estaríamos todo en prisión.

Drake se quedó unos segundos en silencio. La sola idea de imaginarse arrestado le creó una convulsión momentánea. Al poco, la respuesta de

Caronte lo condujo de nuevo a la realidad.

—Tienes razón. Cuéntame más cosas de este Falco.

—Poco más, parece ser un policía brillante, varios premios y menciones honoríficas...

—¿Qué más? —preguntó Caronte mientras Drake leía para sí mismo párrafos y párrafos articulando unas palabras ininteligibles.

—Al parecer hace unos años su esposa fue asesinada a sangre fría, pertenecía a un grupo político cercano ideológicamente a Nuevo Horizonte. Algunas bajas temporales por depresión y una excedencia de varios meses. Dudo

de que el *poli* supiera las actividades inmorales que su esposa llevaba a cabo en África. Se le asocian varios escándalos relacionados con la extracción de oro y usurpación de minas. La esposa, se llamaba... Irina Palma.

La cara de Caronte palideció de repente al oír de boca de otro, las palabras que le habían estado persiguiendo tanto tiempo: Irina Palma. La sala pareció tornarse de una oscuridad súbita que abrazaba todo lo que se ponía a su paso. Sólo el brillo relampagueante de las pantallas de ordenador mantenía a Caronte anclado con la realidad. Su mente quería echar a volar para gritarle directamente a su

corazón: «La mataste. Tú la mataste».

Drake se percató rápidamente de la situación y entendió que algo no iba bien. Si la cara es el reflejo del alma, la de Gabriel Caronte debía ser pálida y llena de suplicios.

—¿Qué te ocurre Caronte?

—Yo asesiné a Irina Palma hace mucho tiempo. Fue un objetivo de MASK. Su marido Marc Falco debe buscar venganza... Espera ¡Dios mío! ¡Cameron! ¡Está en peligro!

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—preguntó Drake que poco a poco notó como comenzaba a contagiarse de la sensación de pánico y preocupación de Caronte.

—Si yo le arrebaté a él lo que más amaba. Él podría... —no necesitó concluir la frase. Drake comprendía perfectamente lo que Caronte sentía por Cameron aunque no reuniera el valor de expresarlo públicamente, y así se lo quiso demostrar asintiendo varias veces con la cabeza—. Drake, llama a Los Cuatro, debemos controlar la seguridad de todos nuestros miembros, que localicen a Cameron. ¡Que la localicen ya!

El novato de primer año de policía caminaba junto con Marc Falco, con la vista distraída, sin mirar realmente nada.

Su mente, en cambio, se detenía en cada detalle que se agolpaba sobre su cabeza. Tenía que aclarar sus ideas y no soltar ninguna pista que comprometiera la traición a Atalanta, el viejo detective al que el pipiolo consideraba muerto. Pero nada más lejos de la realidad, Atalanta había sobrevivido al ataque, gracias a su chaleco antibalas y había puesto en alerta a su buen compañero y amigo Marc Falco.

El novato se llamaba Roberto y se quedó petrificado cuando en la comisaría Marc se le acercó y lo invitó a cenar. ¿Qué buscaba con esa cena? ¿Sospecharía algo? Realmente era imposible que Marc recelara sobre

nada, no había ningún registro oficial que indicara que tanto Atalanta como él habían entrado en el loft de Drake. Además no había surgido ninguna alerta para buscar al viejo *poli*, ni había llegado ninguna denuncia sobre su desaparición o su muerte. Así que ahora tocaba relajarse, disfrutar de aquella cena y planificar sus próximos movimientos, pero sobre todo, tratar de reportar cuanto antes las noticias a los miembros de La Organización.

Y es que hacía tiempo que Roberto no había podido informar a MASK sobre los movimientos de la policía. Cada día estaban más pendientes de él y su reciente amistad con Atalanta y Falco

dificultaba aún más las cosas. Realmente todo estaba bastante calmado, a parte de los muchos *polis* que estaban en la nómina de La Organización Criminal, lo cual aseguraba que se mirara hacia otro lado ante las actividades ilegales; la jefatura en general hacía la vista gorda en torno a los actos ilícitos de MASK. Sabían que existían sí, pero mientras no causaran un daño grave a los ciudadanos o la comunidad, no había de que preocuparse.

Roberto el novato había conocido a Falco hacía unos meses y comenzó a coger confianza con él y con Atalanta.

No obstante no se imaginaba la obsesión de Falco por acabar con aquellos delincuentes y no tenía ni idea del mural que Marc tenía en su oficina y de la operación que estaba montando entorno a ellos.

Tras caminar varias manzanas, Marc y Roberto llegaron a un edificio un poco alejado del centro, en cuya azotea se había montado uno de los restaurantes de sushi más importantes. No era muy glamuroso, ni muy grande, pero se decía que era el lugar donde se podía comer el mejor pescado crudo de toda la ciudad. Posiblemente su aspecto tradicional y algo destartalado encajaba con la imagen mental que muchos tenían de lo

que sería un restaurante de sushi en pleno corazón de Japón. Además desde aquella azotea se tenían unas vistas privilegiadas de la bahía y del océano, por lo que el sitio era un imán para los devoradores de este tipo de comida. No obstante, el olor a pescado se entremezclaba con otros olores más característicos y menos agradables de las periferias urbanas, una mezcla de miedo y polvo.

Subieron las escaleras que llevaban al restaurante, agarrándose al pasamanos de madera que facilitaba la subida y evitaba algún posible resbalón debido a la estrechez irregular de los peldaños. Una vez arriba, el dueño del local

saludó efusivamente a Marc, lo conocía desde hacía bastante tiempo y lo consideraba un cliente asiduo de sus elaborados platos. El restaurante contaba con muy pocas mesas, desperdigadas de forma desordenada por la amplia azotea. El ambiente era una extraña mezcla de refinamiento y tradicionalismo cultural japonés. Como Roberto había imaginado, todo evocaba a un lúgubre local ubicado en una intransitada barriada japonesa, pero con el regusto altivo de saberse uno de los rincones con más prestigio y encanto de la ciudad.

Uno de los japoneses que atendía varias mesas de forma despreocupada,

les cantó los platos que el cocinero había querido preparar aquella noche. Todo era improvisación y trato cercano. Una vez que decidieron qué pedir, ambos se recostaron sobre sus sillas y miraron distraídamente a su alrededor.

—¿Y bien, que tal todo? —preguntó Marc decidido a romper el hielo.

—Ya sabes... todo lo bien que se puede estar en esta ciudad dejada de la mano de Dios. Me ha sorprendido que me invitaras...

—Bueno no es la primera vez que cenamos juntos fuera de la oficina.

—Lo sé. Lo decía porque siempre se nos unía... Atalanta —la voz sonó más

titubeante de lo que hubiera querido. Pronto notó cómo su cara se coloreaba al estilo de la bandera japonesa. Quizá había sido una idiotez sacar tan pronto el nombre de Atalanta.

—Bueno, al viejo Atalanta no lo puedo traer a esta clase de sitios. Su vieja chapa no está preparada para esto —ambos rieron ante la observación acertada de Marc Falco.

—¿Qué tal en la oficina? He oído que andas detrás de un nuevo caso.

—Bueno, más bien se trata de un hobby. Estoy trabajando un poco en un caso complementario, fuera de las horas de oficina. El jefe no me dejaría inmiscuirme a jornada completa en un

caso como éste.

—¿Por qué?

—Bueno, digamos que es un caso para solucionar a medio o largo plazo.

—Ya, entiendo.

—¿Sabes? Ya llevas tiempo en la ciudad, así que estarás familiarizado con ello.

—¿Con qué? —preguntó Roberto, sabedor perfectamente de a que se estaba refiriendo. No sabía por qué, la conversación estaba derivando en una situación incómoda.

—Con Máscara de Muerte. Estoy investigándolos, quiero meter entre rejas a todos los miembros de su cúpula.

—Uuuuf...

—suspiró

exageradamente Roberto el novato—.
Suenan bastante complicado. Si necesitas
ayuda...

—No te preocupes Atalanta y yo
llevamos algo entre manos. Aunque bien
pensado, tú recorres las calles en mayor
medida que nosotros. ¿Qué sabes de
ellos? ¿Qué se dice en la calle?

—Bueno... son como una leyenda.
Nadie los ha visto jamás, pero todo el
mundo sabe que existen. Les temen. Son
como las viejas historias que las abuelas
les cuentan a sus nietos para tenerlos
atemorizados y conseguir que se
comporten adecuadamente.

—Dicho así parece que son ellos los
que salvaguardan el orden en las calles.

—Bueno... en cierto modo así es. Nadie intenta nada contra ellos, ni planea nada si piensan que están en el territorio de Más-cara de Muerte.

—¿Cómo se han propagado esos rumores y se han mitificado esas hazañas?

—Bueno... ya sabes, ellos tienen toda una red de vagabundos e indigentes que constituyen sus ojos y sus oídos en la ciudad. Nada pasa sin que ellos se enteren.

—Interesante... así que es así como siempre están al tanto de todo —sin saberlo, el pipiolo había dado una información interesante a Marc Falco.

—Sí, así es.

—¿Y tú qué piensas de ellos?

—preguntó Marc, con gesto interesado.

—¿Yo? Creo que sus orígenes fueron nobles —se atrevió a responder Roberto.

Los continuos vasos de vino que llegaban a su mesa, estaban bañando sus palabras con cierta valentía malinterpretada.

—Así que apoyas su... causa.

—¿Yo? Bueno, yo no he dicho eso, o sea no diría tanto, soy policía.

—Yo también soy *poli* y supongo que en el fondo MASK es un mal necesario.

—Exacto, ellos llegan a donde la ley no puede alcanzar sin mancharse de

sangre.

Aquella última frase partió la mesa en dos y creó una cierta distancia entre los dos comensales. Ambos levantaron la cabeza y volvieron a mirar a su alrededor. Se sorprendieron al observar que eran la única mesa ocupada que permanecía en el restaurante, de hecho no se veía ni a los camareros. No era la primera vez que el dueño del local, un japonés un tanto histriónico llamado Khuy, cerraba el local cuando estaba cansado, dejando a los clientes que terminaran de cenar ellos solos. Sabía que eran de confianza, que no robarían nada y que cualquier otro día se acercarían a pagar la cuenta. Para Khuy

aquel restaurante era una forma de vida, y obviamente no le quitaba el sueño una estrategia de negocio.

Marc Falco se acercó a la cocina y desapareció de la vista del pipiolo enmarañándose en un laberinto de cacerolas, sartenes y utensilios de cocina. Habló con el dueño, le dio una buena propina y volvió a reunirse con Roberto, dejando tras de sí unas vallas de madera que indicaban que el restaurante estaba cerrado y que protegían el local de cualquier intruso. Marc recogió una botella que aún lograba retener algo de vino y con un claro ademán, invitó al novato a que se levantara y lo acompañase hacia uno de

los extremos de la azotea, desde el que se tenían unas de las mejores vistas de la ciudad.

—¿Sabes? A menudo venía aquí con mi esposa Irina. Simplemente hablábamos y esperábamos a que el amanecer nos sorprendiera. Desde aquí se tienen algunas de las mejores vistas que he visto nunca.

—Ya lo creo, nunca había estado en un sitio como éste.

—Roberto, ¿por qué lo has hecho? —preguntó de repente Marc, sin mirar a su acompañante, la mirada fija en el horizonte, donde agua y cielo se amaban a esas horas de la noche.

—¿Qué? —el rostro de Roberto

estaba desencajado y componía una macabra sonrisa de temor y miedo.

Los dos policías se encontraban recostados sobre la barandilla de seguridad de la azotea. Una sombra jugueteaba con la luz roja de los farolillos que inundaban el restaurante ya cerrado, y que teñían la escena con unas luces titilantes. La noche era cada vez más y más profunda, y la sombra comenzaba a huir de aquellas luces para aproximarse a Marc, que permanecía en silencio, un silencio que estaba desgarrando las entrañas del joven muchacho. Al fin Marc se decidió a hablar, mirando ahora sí, a su joven pupilo.

—Roberto... Atalanta me ha llamado. Está vivo. Me lo ha contado todo.

—¿Qué? ¡No puede ser...! —la expresión de Roberto denotaba auténtico pánico y estaba teñida de un blanco agónico y espectral.

Marc Falco pasó su mano por la espalda del chico, como buscando la complicidad de su consuelo. Echó un vistazo al horizonte y arrojó al vacío a Roberto, cuyo cuerpo cayó desplomado hacia la calle perezosa, que esperaba varios metros más abajo y en silencio al cuerpo inerte del joven, para atraparlo para siempre entre sus sombras.

Drake descansaba tranquilo en la oficina en que se había convertido el viejo almacén abandonado; polvoriento y con escasa iluminación natural, mezclaba la decadencia de un lugar desatendido y en proceso de reconversión, con la tecnología punta que reunía el ejército de ordenadores del hacker. Se hallaba recostado sobre su sillón de oficina, con los pies sobre una de las viejas mesas de madera, mientras ojeaba distraído una de las novelas gráficas que siempre tenía a mano. En este caso, se relajaba leyendo las peripecias de la humanidad ante un apocalipsis zombie. Siempre le había

llamado la atención cómo se comporta la raza humana ante situaciones límite, en las que las reglas del juego y de la civilización cambian por completo. En momentos de crisis moral parece que la propia raza humana es, en sí misma, su peor ene-miga y el ser humano vuelve sus ojos a los modelos sociales más autoritarios. Cualquier cosa que no sea la supervivencia, resulta superfluo y cada persona se vuelve obstinadamente individualista para protegerse de cualquier amenaza. No importa a quién se tenga que llevar por delante o a quién tenga que sacrificar para conseguir sus objetivos, cuando la sociedad como la conocemos hoy en día, se viene abajo.

El fin siempre justifica los medios y los más débiles buscan ansiosos un líder natural que los guíe hacia la supervivencia. Nunca se sabe dónde se puede hallar a esa persona especial, capaz de guiar a los suyos a través de la oscuridad. Drake pensaba, mientras se dejaba llevar por un mundo de imaginación, que esa persona, ese líder natural, sería alguien como Gabriel Caronte.

Un *beep* salió despedido de una de sus computadoras, llamando por completo la atención de Drake. Sin variar apenas su posición, dejó su novela sobre la mesa, no sin antes pasar la mano sobre la superficie de forma

precavida para evitar que ésta se cubriera de polvo. Algún miembro de SION, la comunidad online de hackers a la que pertenecía, se había puesto en contacto con él.

—Drake ¿Estás ahí? _

—Sí _

—Ya he terminado lo que me pediste, mi software de intrusión funciona a las mil maravillas _

—¡Genial! Muchas gracias. ¿Qué has conseguido? _

—He conseguido acceder a varias bases de datos del Gobierno y de la *poli*. Al parecer tu rastro sigue intacto, así que supongo que son buenas noticias para ti, ¿verdad? _

—No lo sabes bien. Te lo agradezco de verdad. Has hecho un buen trabajo_

—De nada, también he accedido a los ficheros informáticos de esa tal Cameron. Está limpia. Ni rastro del dinero que me comentaste. Parece que alguien lo colocó en su cuenta bancaria intencionadamente_

—Entendido_

—Ojalá alguien depositara dinero en mi cuenta sin yo pedirlo_

—Créeme, en este caso no querrías. Gracias de nuevo, te debo una_

—De nada. Pero sí, me debes una. Cuídate y no te metas en líos_

La transmisión se cortó súbitamente, de la misma forma en que había

comenzado. Durante una eternidad Drake se quedó mirando fijamente el monitor de su ordenador, con la mirada perdida en el color negro que escondía tras de sí millones de bytes de información. Se preguntaba por qué tenía la necesidad de pertenecer a esa comunidad, sentía una extraña necesidad de estar conectado con alguien, personas afines a él, hackers. Aunque le resultaba curioso que no supiera en realidad quienes eran, sólo conocía de ellos sus nicks, ni sus nombres reales, ni su procedencia, ni su nacionalidad ni país de residencia. Se imaginó la graciosa paradoja de que alguno de ellos viviera a escasas calles de donde él se

encontraba. Sería del todo absurdo estar hablando con alguien de manera online teniéndolo tan cerca. Tampoco estaba exento de gracia que conociera a aquellas personas de SION mucho mejor que a sus propios vecinos, de los que en su mayoría no conocía ni su nombre. Resultaba curioso pensar si los inventores y desarrolladores de Internet habían pensado en algún momento que su invento constituiría una nueva forma de comunicación mundial, que cambiaría las reglas del juego para siempre.

El futuro a corto plazo no será de coches voladores ni luces de neón. El futuro ya está aquí y deja al ser humano

muy mal parado. El individuo está atrapado bajo las fauces de un movimiento globalizador, atrapado en un mundo que siempre ha sido tan local como lo es uno mismo. La teoría del retraso genómico promueve que la moderna alienación del hombre, se debe a que nuestro estilo de vida avanza más rápido que nuestra genética. No está tan lejos pues de la desgarradora e irónica visión que Chaplin mostró al mundo en *Tiempos Modernos*. Nuestra necesidad de estar conectados a nivel mundial avanza más rápida que nuestra condición para vivir en pequeños grupos, lo que nos lleva a una angustia vital sin precedentes. El ser humano se aísla del

mundo de forma paradójica para satisfacer así unas necesidades de comunicación que van más allá de los individuos que le rodean. El futuro ¿o es el presente? deja al ser humano marcado con una carencia de afecto que provoca buscar más allá de la gente de nuestro alrededor, el amor o la amistad.

La sociedad contiene de forma implícita una terrorífica sensación de soledad, en la que el hombre tiene una necesidad imperiosa de comunicarse a nivel global, despreciando lo que tiene cerca. Es tan grande esa angustia existencial, esa necesidad vital, que ella misma fagocita las relaciones humanas. El hombre está empezando a jugar a ser

Dios, los sistemas de inteligencia artificial son cada vez más potentes y empiezan a calmar el ansia del ser humano por crear la perfección, por recrear la vida humana que no es capaz de encontrar en otros lados del universo.

Pero si estamos ante algo tan real, tan perfecto, los miedos, miserias y bajezas de la condición humana también deben aparecer en esa réplica del ser humano. Y en ese caso, estaremos creando vida, en el sentido más amplio y filosófico de la palabra. ¿Acaso sueñan los sistemas operativos con ovejas eléctricas?

A Drake le recorrió una extraña sensación por el cuerpo, como un vacío

que le golpeaba el corazón. ¿Quizás pasaba demasiado tiempo frente a SION? De repente pensó que todos deberíamos hacer examen de conciencia, quizás deberíamos mirar alrededor, un simple vistazo para ver lo que tenemos a nuestro lado, quizás haya alguien que siempre te está buscando aunque tú no te des cuenta.

Tras estar ensimismado en esos pensamientos, su mirada se volvió a detener en los dibujos de la novela gráfica que volvía a estar entre sus manos. Ni siquiera recordaba cómo aquel libro había llegado a ellas. Recorrió algunas de las viñetas con su mirada y se sorprendió a el mismo

componiendo una sonrisa, cuando uno de aquellos zombies devoraba el cerebro de uno de sus protagonistas favoritos.

La noticia de la muerte de Roberto corría rápida como la sangre derramada por el cuerpo del joven al estrellarse contra el as-falto. La comisaría estaba teñida de un color negro soledad y era un flujo continuo de idas y venidas, todos se echaban las manos a la cabeza al oír la noticia. El teléfono no paraba de sonar, mensajes de condolencia, flores a las que les había tocado jugar un triste papel bien distinto al que les debería corresponder por su propia

naturaleza, invadían el desolado escritorio sobre el que Roberto, se deshacía con cierta soltura del papeleo diario. La burocracia y la rutina todavía permanecían presentes en su mesa de madera, haciéndose paso entre gerberas y orquídeas de colores, mientras que los sueños de aquel joven policía permanecían cerrados bajo llave en el fondo del último cajón de su puesto de trabajo.

Entre esa multitud de uniformados, Atalanta llegó a la comisaría. Hacía menos de veinticuatro horas que había sido disparado a bocajarro por ese pipiolo al que ahora todo el mundo lloraba. Eso le producía un nudo en el

estómago, por lo que notaba que el primer café de la mañana ardía aún en su garganta y no acertaba a digerirse del todo. Entre los ojos vidriosos del gentío, buscaba como un sabueso, cruzarse con la mirada de su compañero y amigo Marc. Las palabras que le dijo el día anterior aún resonaban en su cabeza y luchaban por encajar en una trama que cada vez tenía peor pinta. «Voy a invitarlo a cenar». Era obvio que el bueno de Marc había sido la última persona en verlo con vida. «¿Qué había ocurrido durante esa cena?» Atalanta, acostumbrado a un pensamiento científico y ordenado, necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

Aunque la palabra *suicidio* comenzaba a aparecer con más frecuencia en los corrillos y mentideros de la jefatura y de las cafeterías colindantes, como en el caso del café Estigia, no todos los días moría un agente de policía, y mucho menos de esa manera. Sin duda se abriría una investigación y se analizarían las causas de la muerte. Si Roberto el «Novato» había sido asesinado, la policía olvidaría sus rencillas diarias y rutinarias para hacer causa común y hallar al culpable. Atalanta se encontraba ante un dilema moral. De momento, aunque su corazón le exigía a golpe de latidos que contara toda la

verdad, que había sido disparado por Roberto y que éste pertenecía a MASK, su cerebro determinó que no podía decir nada.

En las discusiones atormentadas que Atalanta había tenido consigo mismo durante toda su vida, su corazón rara vez ganaba una disputa. Si Roberto estaba trabajando de incógnito para MASK, a saber cuántos miembros de la policía también estaban en la nómina de esa organización criminal que parecía tener oídos en cualquier oscuro rincón de la ciudad. De momento, era aconsejable seguir las indicaciones de Falco y mantenerlo todo en secreto. Además, si la noticia trascendía a la prensa, la

comisaría que en los últimos años ya estaba en tela de juicio por sus mediáticos escándalos de corrupción y uso excesivo de la fuerza, podría recibir un golpe definitivo, un golpe de gracia que justificara el cierre de aquella unidad de policía, o lo que es peor el despido masivo de gran cantidad de compañeros. Que los *polis* escondieran la mierda bajo la misma alfombra no era algo nuevo en aquella ciudad.

Entre el alboroto y la tensión se abrió paso Marc Falco. Su físico envidiable sobresalía por encima del resto de personas y su aspecto de chico duro y comprometido por la causa atraía de soslayo miradas de todos sus

compañeros. Con un giro sutil de cabeza, le ordenó a Atalanta que lo siguiera hacia un callejón trasero de la comisaría, una calle que los *polis* usaban para hablar en secreto sobre sus investigaciones, sus confidentes o simplemente sobre sus líos amorosos mientras compartían unos cigarrillos y algún que otro trago furtivo a las petacas de bourbon que prácticamente formaban parte del mobiliario de la oficina. Marc Falco tenía esa cualidad, con un giro de su cabeza era capaz de poner en solfa a todo el departamento. Sus órdenes rara vez podían ser ignoradas, su distanciamiento melancólico motivado tras la muerte de su esposa, había puesto

aún más de manifiesto que se trataba de una persona diferente, un líder natural.

Una vez en el callejón, ambos se saludaron con una efusiva palmada sobre las espaldas y arrojaron una mirada de complicidad con las sombras que se cernían sobre aquella calle desierta. No quería correr el riesgo de que nadie los oyera. Atalanta no pudo evitar fijarse en los vidriosos ojos de Marc, inyectados en sangre y transparentes, arrojaban al que los miraba todo el dolor que aún retenía en su corazón. Parecía como si Marc fuese a romper a llorar en cualquier momento, pero en realidad nunca lo hacía, nunca desde que vio el cuerpo sin vida de su

mujer.

—Me alegra ver que estás bien, viejo —soltó de repente Marc Falco mientras seguía mirando hacia todos lados como buscando a los fantasmas que sólo estaban en su cabeza— ¿Qué tal ese brazo?

—¿El brazo? Eeeh... bien, bien. No te preocupes, la bala simplemente me rozó. No es más que un rasguño. Dime Marc. ¿Qué le pasó a ese pobre chico?

—¿Pobre? Te recuerdo que si hubiera sido más espabilado y hubiera vaciado su cargador sobre tu cabeza, no habrías vuelto a ver a tu hija nunca más.

—Sí, pero no lo hizo. Creo que en el fondo no pudo matar-me...

—Tonterías.

—¿Y bien? ¿Qué ocurrió?

—Ya sabes lo que ocurrió, eres un detective de la vieja escuela, no necesitas que te explique lo que ocurrió anoche...

—¡Dios mío! No te creía capaz de...
¿Qué has hecho?

—Atalanta, he hecho lo que había que hacer, lo que nadie se atreve a hacer en esta ciudad. Ese chico casi te mata y posible-mente haya informado a MASK de todos nuestros adelantos en la operación que estamos montando contra ellos. ¿Quién sabe si a estas horas no se ha ido todo al traste?

—No... no entiendo. Lo podríamos

haber arrestado simple-mente, haberlo asustado —Atalanta se quedó pensativo duran-te unos segundos con la mirada clavada en el suelo, parecía que intentaba buscar a Roberto, ardiendo en las profundidades del infierno que había bajo sus pies—. Creo que podríamos haber conseguido que se cambiara de bando. ¿Quién sabe la valiosa información que nos hubiera dado de MASK? Además era...

—Tonterías —lo interrumpió Marc—. Esta ciudad se está muriendo, Atalanta. Necesita alguien que se atreva a hacer lo necesario para limpiarla. Todos los delincuentes, todos los miembros de MASK lo saben y juegan

con eso. De nada nos hubiera servido arrestar al pobre pipiolo más que para enterrarlo en una montaña de papeleo y que un juez, comprado por La Organización, lo hubiera puesto en la calle a los pocos meses.

—Pero... —Atalanta parecía reflexionar sobre aquel discurso, en su cabeza se sopesaban miles de hipótesis por segundo. Era evidente que MASK operaba en los límites legales y que siempre se salía con la suya, la ciudad estaba podrida como una manzana que cuelga del árbol, pendiendo de un pequeño hilo antes de caer al suelo finalmente.

—Yo puedo ser esa persona. La

persona que marque una diferencia. Y si para ello tengo que romper algunas reglas, sin duda que lo haré. La muerte de mi esposa me ha hecho una persona diferente. Ya no me queda nada que perder así que no le tengo miedo a nada ni a nadie. Yo salvaré esta ciudad o seré arrastrado cuando ella... cuando todos caigamos.

—Dios mío hijo, no sabía que guardabas ese rencor dentro de ti. ¿Te estás oyendo? Estás intentando apagar un fuego con gasolina. Eso nunca saldrá bien. Ellos te destruirán, son demasiado poderosos.

—Sabía que no lo entenderías, pero espero que respetes mi decisión y me

apoyes en mis próximas acciones. Lo tengo todo pensado. Van a caer. Voy a destruir a MASK.

—Pero... yo... ¿Qué tienes planeado?

—Iré uno por uno hasta llegar al máximo responsable de todo: Gabriel Caronte. No quiero que formes parte de esto, pero sí que me ayudes en cierta medida. Tus investigaciones y el conocimiento que tienes de ellos serán vitales en mi misión.

—Quisiera ayudarte, pero ese no es el camino, el fin nunca justifica los medios.

—En estos tiempos de todo o nada,

vale casi cualquier cosa. Dentro de unos días voy a ir a por uno de los hombres de con-fianza de Caronte. Acabaré con Yann.

—Hijo... —soltó Atalanta con un hilo de voz que quedó a escasos centímetros de su boca. Aquella decisión era demasiado para él, casi no reconocía al Marc Falco con el que mantenía largas conversaciones en el Estigia. Aquella forma de pensar, aquella implacable furia le había pillado muy viejo y desgastado, de repente se sintió envejecer varias décadas y veía imposible detener la determinación de aquel joven y apuesto detective en que se había convertido Marc. Se sintió

desplazado y fuera de lugar, la ciudad se alejaba más y más de él y se sintió sólo y abatido en un callejón sin salida.

—Atalanta... —soltó de repente Marc para desenfrascar el tapón en que se había convertido la mente del viejo sabueso—. En esta ciudad el fin siempre justifica los medios. Lo primero que tenemos que hacer es recuperar la información de esos ordenadores que tenía el hacker Drake.

—Los ordenadores están fritos. Al parecer alguien los destruyó por control remoto —soltó Atalanta titubeante—. Aunque cuando me disparó, vi como Roberto cogió una memoria USB del escritorio de Drake, posiblemente

contenga la información más relevante de MASK y de sus próximas misiones, ya que todo lo demás lo dejó abandonado tras de sí.

—Perfecto. Comenzaremos por recuperar esa memoria. Enviaré a unos hombres a su domicilio para que la recuperen de inmediato.

Tras unos días en que el departamento de policía continuó con su rutina, llegó la hora que marcaba el final de una nueva jornada laboral. Marc Falco abandonó la comisaría. Había sido un día largo e intenso. Tenía que ordenar sus ideas y nada mejor que

dirigirse a su casa en la que había montado su cuartel general. En su salón donde otrora lo recibía su mujer cuando llegaba cansado y trasnochado de perseguir malhechores por las calles de la ciudad, había establecido una pizarra idéntica a la que tenía en su despacho de la comisaría. En aquel mural de fotos y líneas de hilo de color rojo venganza, podía sentirse más cerca de MASK, podía sentirlos y comprobar cómo sus pensamientos viajaban hasta meterse en la mente de aquellos asesinos. Todo cobraba sentido cuando se colocaba en frente de ese mural blanco que a cada poco le devolvía una risa burlona.

Cogió su viejo coche y callejeó sin

rumbo por las avenidas de la ciudad. No siempre tomaba la misma ruta para llegar a su casa, eso le permitía que nadie supiera sus rutinas y que por lo tanto fuera más complicado seguirle. Además era la excusa perfecta para dejar durante unos minutos su mente en blanco, lejos de sufrimientos o historias del pasado.

Cuando llevaba unos diez minutos dentro del coche, detuvo el vehículo ante la señal roja de un semáforo, se detuvo casi de forma inconsciente. Muchas veces se sorprendía a él mismo conduciendo sin recordar prácticamente que acaba de hacer en los últimos instantes, sin saber qué calles había

tomado o qué coches había adelantado. El cerebro es un órgano sorprendente del que aún desconocemos la mayoría de sus mecanismos. Sin duda, el de Marc era una maquinaria que trabajaba a toda prisa y sin descanso.

Algo lo rescató de sus pensamientos, al principio no sabía muy bien lo que era, hasta que su mente se focalizó en los so-nidos estridentes que venían desde fuera de su coche. Toda su atención se centró en ellos, y de repente se percató de que el viejo vehículo se había roto de nuevo, quedándose completamente inmovilizado. Hasta que no se enfriara, transcurridos unos segundos, no podría avanzar más y un

coche colocado justo detrás del suyo hacía sonar el claxon de forma desesperada, una y otra vez, una y otra vez.

Marc se quedó unos segundos pensativo, asiendo con ambas manos el volante. Colocó las luces intermitentes de emergencia. Clac. Clac. Clac. Y se quedó inmóvil mientras el sonido del claxon del vehículo trasero penetraba en su cerebro de forma violenta y punzante. No lo aguantaba más, ese sonido era capaz de romper los cristales con que estaban fabricados sus recuerdos. Clac. Clac. Clac. En eso abrió la puerta y pudo comprobar que el pito se hacía aún más evidente. ¿Qué ganaba aquel tipo

haciendo sonar el claxon? ¿Por qué la gente piensa que haciendo sonar el pito se arreglarían todos los problemas de tráfico del mundo? Sin duda, estaría pagando la frustración contenida de su día a día haciendo sonar aquel estridente ruido. Clac. Clac. Clac.

Cuando se dio cuenta, Marc había salido de su viejo coche casi por voluntad ajena, abandonando la puerta del piloto y dejándola abierta completamente. Se sorprendió a sí mismo verse colocado junto al coche que hacía sonar el claxon. Se situó junto a la ventanilla del desesperado conductor y se agachó para que sus cabezas coincidieran en altura. Echó un

vistazo al interior del coche. Era un auténtico desastre, el caos reinaba en cualquier hueco y el polvo peleaba con una multitud de papeles para hacerse con un sitio. Facturas, latas de cerveza vacías y un maletín entreabierto del que escapaban unos documentos y lo que parecían ser unos contratos. Sin más, Falco abrió la puerta del vehículo de aquel desconocido ante la mirada estupefacta del piloto. Mal día para hacer sonar el claxon como un loco. Lo agarró del cuello con fuerza y sin mediar palabra estampó la cabeza de aquel hombre contra el volante. Una vez. Y otra. Y otra. Cada zarandeo era más rápido y violento que el anterior. La

sangre comenzó a salpicar sobre la luna delantera. De repente, como si hubiera recibido una orden de alguien, Marc dejó de golpearle no sin antes darle un último zarandeo que dejó al hombre malherido sobre su asiento, como el boxeador que acaba de ser noqueado y busca consuelo entre las cuerdas. Marc regresó a su coche, cerró la puerta que había dejado abierta y volvió a sentarse en el asiento del piloto. Los intermitentes de emergencia seguían marcando el ritmo de sus latidos. Volvió a intentar a arrancar el coche, que asustado por los actos violentos de Marc, esta vez se encendió sin rechistar como por arte de magia. Clac. Clac.

Clac. Clac. Arrancó y ante la atenta mirada del semáforo que arrojaba una luz verde desesperanza, continuó con su camino hacia casa.

Al día siguiente tras la muerte de Roberto el cielo apareció limpio como de costumbre. Los primeros rayos de luz se comenzaban a colar sin hacer ruido, casi a hurtadillas, en la habitación donde Caronte descansaba. El cartel luminoso que inundaba con su luz eléctrica toda la sala, hacía sólo unos minutos que se había apagado. En la casa de Caronte todo tenía un lugar y un sitio, y todas las habitaciones estaban mezcladas en una misma estancia: la cocina, el salón y su

dormitorio convivían en un mismo espacio que asemejaba la acumulación de sentimientos que Caronte sentía dentro de sí mismo. Amor, miedo, culpa, ira. Eran sentimientos demasiado importantes como para tratar de ahogarlos con una botella de bourbon. Aquella noche había sido diferente y Caronte había descansado profundamente, se sentía renovado pese a que sólo había dormido unas pocas horas. Quizá no siempre es necesario dormir para soñar con una vida mejor.

Un ruido estridente lo despertó. Al principio no lo oyó pero sintió cómo un zumbido se introducía en ese mundo misterioso que son los sueños, esa

realidad paralela con la que todos ansiamos conectar y de la que jamás queremos huir. En aquel país de las maravillas podemos ser lo que queramos ser: un pirata, un escritor famoso, un vampiro. Podemos volar, nadar o hundirnos en las profundidades del océano. Podemos ser cualquier cosa. En Oniria somos quiénes realmente somos sin miedo a la mirada oscura de los demás. En los sueños tomamos las decisiones que nuestro corazón exige, evitando la mirada de nuestra razón. ¿Y si esa otra realidad paralela que encierra todos nuestros miedos y anhelos fuera realmente la verdadera realidad? ¿Y si nuestra vida tal y como

la conocemos no es más que una realidad paralela, una realidad falsa en la que estamos limitados por absurdas leyes físicas y químicas? ¿Acaso no es más fuerte el poder de la mente, la desesperación de nuestra alma clamando libertad? Pasamos una tercera parte de nuestras vidas soñando, o mejor dicho viviendo una vida alternativa que no deja de ser otra forma de vida perfectamente lícita y plausible. Cada ser humano tiene una doble identidad, una doble realidad, aquella que vive y disfruta a través de los sentidos físicos y las reglas del universo, y otra, igualmente válida e importante, que vivimos a través de nuestro

subconsciente, que no deja de ser parte de nosotros, de nuestro cerebro, de nuestra alma. ¿Qué vida es más válida, la onírica o la física? No estamos en disposición de saberlo con plenas garantías. Yo soy yo, pero también mis deseos más profundos, más secretos, todas y cada una de las máscaras que le enseño a la gente. Yo existo junto con mis miedos, mis sueños, los tormentos que salen a cazarme cuando cierro los ojos y vivo esa otra vida secreta.

No hay que olvidar que la fuerza de la mente es un elemento muy poderoso. Hay personas que se han curado de enfermedades simplemente con dar rienda suelta a la voluntad de sus deseos

locos por recuperarse. La mente es una herramienta poderosa, que ahora comienza a ser estudiada por ciencias como la Noética, que pretende demostrar que los pensamientos humanos son una fuerza real, física y medible, que de hecho pueden influir en la materia.

El sonido estridente era el de su teléfono móvil. Alguien lo estaba llamando. Inundaba la habitación y rompía el silencio con la precisión de un cuchillo. Perturbaba el descanso de Caronte de tal modo que el ruido se incorporó a su propio sueño como un elemento extraño e inverosímil que nada tenía que ver con lo que estaba soñando

en ese momento; tal es el poder de la mente mientras estamos durmiendo. Lógicamente, tanto alboroto terminó por despertar a Gabriel de súbito. Abrió los ojos de par en par y reconoció cada rincón de su apartamento. Se incorporó y quedó sentado sobre su cama, con su torso desnudo recibiendo las primeras caricias de la brisa marina.

Era Yann el que llamaba sin parar. Al parecer la noche había sido bastante ajetreada y en unos segundos puso al día a Gabriel Caronte de las últimas noticias. Roberto, un miembro que

La Organización mantenía infiltrado dentro de la comisaría de policía había sido asesinado brutalmente. Lo último

de lo que había informado a MASK era que había tenido que ejecutar al detective Atalanta y que había logrado recuperar la memoria USB que Drake había olvidado en su piso al salir huyendo. Al parecer la memoria USB no había sido encontrada junto al cadáver del joven, lo que hacía pensar que Roberto habría seguido las directrices de seguridad de La Organización y la habría guardado en algún lugar seguro de su domicilio. Si alguien había asesinado a aquel pipiolo de primer año, era porque sabía que trabajaba para MASK y posiblemente supiera de la existencia de ese *pen drive* con información valiosa. Había que

recuperarlo a toda costa antes que nadie y Caronte había sido el elegido para aquella misión. Yann como de costumbre, le había preparado un completo dossier con todos los datos de la misión: dirección de Roberto, sistema de seguridad del edificio, cámaras de vigilancia de los alrededores, descripción de esa memoria USB. Además le había confirmado que Drake sería sus ojos en todo momento, le vigilaría desde su nuevo lugar de trabajo (un viejo almacén abandonado de la ciudad) y le ayudaría a entrar en la vivienda de Roberto, cubriendo sus espaldas por si algo salía mal.

Caronte se despidió de Yann y notó

cómo su cuerpo empezaba a desentumecerse al tiempo que su consciencia también se despertaba. Había tenido sueños agradables aquella noche y aun-que recién despertado, estaba de muy buen humor. Solía ocurrirle que cuando dormía tenía sueños bonitos, el resto del día lo pasaba con un estado de ánimo formidable, como si parte de ese sueño hubiera trascendido a la realidad y ahora formara parte de su vida. Hoy era uno de esos días. Era como si todo cobrara sentido y se sintiera más cómodo consigo mismo, como si sus sueños se hubieran organizado de tal modo que hubieran provocado un nuevo

orden en su caos.

Caronte se puso una camiseta blanca que hasta entonces des-cansaba en el respaldo de una vieja silla de madera. Cogió sus pistolas y se las aseguró en la cartuchera de cuero negro que rodeaban su espalda. Se puso una delgada chaqueta negra que disimulaba el arsenal que llevaba junto a su pecho y se precipitó hacia la puerta, no sin antes abrir la nevera y echar un largo trago de le-che bebiendo directamente desde el cartón. La misión era urgente y salió a toda prisa de la habitación. Cuando ya estaba junto a la puerta con su mano sujetando el pomo, echó un último vistazo atrás, hacia su cama que

permanecía revuelta con una marea de arrugas blancas sobre la sábana. Era como si buscara a alguien en ella. De repente, compuso una sonrisa pícaro y salió dejando tras de sí los ecos de un portazo.

El día sería largo, primero había visitado las oficinas de Mask, después debía recuperar la memoria USB, más adelante, encargarse de Sandra Armero, una cosa tras otra, una misión tras otra. Mientras Caronte se dirigía a la que había sido la vivienda de Roberto, una mueca feliz y oportunista seguía colgada de su cara como un cartel que cuelga en el salpicadero de un coche de ocasión.

La noche había sido simplemente maravillosa y además le había acompañado un sueño de esos que te acompaña el resto del día como una sombra cosida a tus talones.

Mientras esperaba a la hora señalada por Yann, seguía dándole vueltas al misterioso mundo de los sueños. Una vez, Yann le contó que hubo un vietnamita llamado Thai Ngoc que llevaba desde 1973 sin dormir ni una sola hora. Una noche el hombre sufrió unas extrañas fiebres y desde ese día no había podido conciliar el sueño. Caronte no daba crédito a aquella historia cuando se la contaba su gran amigo, y no pudo más que sentir una inmensa pena

cuando de repente comprendió que aquel hombre no sólo no podía dormir, sino lo que es más importante, no podía soñar.

Durante la espera de una nueva llamada de Yann para autorizarle a entrar al edificio a buscar la dichosa memoria USB, Gabriel Caronte sacó un cigarrillo de su chaqueta negra y lo encendió mientras contemplaba las ventanas exteriores de la vivienda de Roberto. Seguía pensando en aquel asiático. Y no paraba de preguntarse cómo aprovecharía él su tiempo si no pudiera dormir. Sin duda sería un buen momento para sorprender a sus víctimas o quizá aprendería a cocinar o estudiaría una carrera universitaria. Siempre había

sentido debilidad por estudiar Psicología o Historia Contemporánea. Según recordaba de la historia de Yann, Thai Ngoc dedicaba sus horas de insomnio a trabajar en su campo, cuidar de su ganado o ayudar a sus vecinos mientras el resto de su aldea dormía plácidamente.

No se podía quitar a aquel maldito vietnamita de la cabeza cuando de repente sonó su teléfono, con el mismo tono de llama-da que lo había despertado hacía tan sólo unas horas. Era Yann. Había llegado la hora.

Caronte arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisoteó con una de sus botas mientras descolgaba el teléfono y

hablaba con Yann.

—Hola Yann, acabo de hablar con Drake y los Cuatro. Me han puesto al día de todo.

—Hola Gabriel. Perfecto Veo que estás aprovechando bien la mañana. ¿Has llegado ya al punto de encuentro?

—Sí. Ya estoy aquí. Junto al edificio del chaval. ¿Está todo preparado?

—Sí, está todo listo. Drake te está observando desde una de las cámaras de tráfico que tienes a tu derecha. A las cinco en punto.

—Ok. Ya veo la cámara.

—Debe ser fácil. Entrás. Subes al sexto piso. Buscas la memoria USB y sales pitando de allí. Si hay algún

problema Drake te avisará por el transmisor.

—Perfecto. Entendido. Entro, la cojo y salgo pitando —repitió Caronte mientras instintivamente se llevaba la mano con la que no sujetaba el teléfono al pinganillo casi imperceptible que llevaba colocado en su oreja.

—«Hola Caronte. Soy Drake. ¿Me recibes?»

—¡Te recibo Drake!

—«Hoy seré tus ojos. Antes que nada, perdona por la discusión anterior».

—Olvidado. Voy para adentro.

Aunque Caronte y Drake se comunicaban a distancia, la tensión entre

ambos aún era latente tras tener sus más y sus menos en la oficina de Los Cuatro, acodados en aquella gran mesa de roble. Caronte no había perdonado que Drake dejara caer el nombre de Cameron como la posible traidora de La Organización.

—Buena suerte amigo —dijo en un tono cálido Yann.

—Gracias ¡Oye, Yann! —soltó de repente Drake saltándose el protocolo de la misión. Se notaba que estaba de muy buen humor y una misión que para cualquiera sería motivo de preocupación, él la veía como algo rutinario.

—¿Qué pasa Gabriel?

—¿Cómo vas con Alicia? ¿Has

vuelto a quedar con ella?

—¡Vete al infierno Caronte! —los tres ejecutivos rieron sin parar durante un buen rato. Incluso Drake no pudo reprimir las carcajadas que llegaron al trasmisor que Caronte llevaba—. Venga, entra de una vez, antes de que venga alguien a husmear al edificio. Nos vemos al otro lado.

Gabriel Caronte colgó el teléfono, volvió a ajustarse el pinganillo y observó como todo quedó en silencio. Ahora sí se encontraba completamente a solas. Respiró profundamente. Se aseguró, palpándose con sus manos, que llevaba sus dos pistolas con él y sintió esa soledad que siempre le perseguía en

sus misiones, por más que Yann fuera a recogerlo en un coche nada más terminar la misión o por más que Drake estuviera al otro lado vigilándole las espaldas. Era él y nadie más. Él contra el mundo buscando su propio destino.

Cruzó la calle mirando varias veces para ambos lados para asegurarse de que no había nadie vigilándolo y que no venía ningún coche en ninguno de los dos sentidos. Abrió la puerta principal del edificio, forzando levemente la cerradura con una facilidad pasmosa y entró a un pequeño recibidor decorado con unos cuadros que querían imitar vagamente el impresionismo francés. Llamó al ascensor para asegurarse de

que no había nadie dentro y después subió por las escaleras hasta la sexta planta del edificio donde se encontraba el piso de Roberto; de este modo comprobaba que tampoco había ninguna persona escondida. Una vez arriba, sacó una copia de la llave del apartamento que Caronte guardaba en su casa. Tenía las llaves de casi todas las viviendas que MASK usaba para sus trabajadores o que mantenía como pisos seguros para algún caso de urgente necesidad. Abrió muy despacio, con el sigilo de un gato que se cuela en una casa. Sacó una de sus pistolas de su funda y quitó el seguro. No quería llevarse ninguna sorpresa. Primero realizó un barrido

visual de la estancia principal, un salón amplio con grandes ventanales. Una vez que verificó que no había nadie, recorrió una a una todas las habitaciones de la casa incluyendo el cuarto de baño. Siempre recordaba cómo una vez un enemigo lo estuvo esperando escondido dentro del cuarto de baño sentado en el váter, lo cual a parte de un enorme susto, casi le cuesta la vida.

La casa estaba vacía, no había duda. Más tranquilo, se dirigió a la nevera y comprobó que estaba bastante completa con todo tipo de alimentos. No pudo resistir la tentación de coger un cartón de leche y darle un buen trago bebiendo directamente de él sin usar un vaso. Al

fin y al cabo Roberto estaba muerto, bien muerto y nunca más podría disfrutar de aquella leche.

Una vez paladeada la bebida, se secó la boca con el dorso de la mano y comenzó a buscar algún sitio donde Roberto podría haber escondido el *pen drive*. Si había seguido las recomendaciones de MASK, debería haber usado un viejo libro como escondite. Para ello, debería haber recortado algunas páginas centrales y en el hueco creado, esconder lo que tuviera que esconder. Era una táctica habitual, que se remontaba a los inicios de La Organización durante la Guerra Fría.

La mala noticia es que la casa de

aquel novato estaba llena de libros, no se había dado cuenta hasta ese momento, pero aquella casa parecía una maldita biblioteca. De repente, un sonido rugoso sacó a Caronte de su búsqueda e instintivamente se llevó su mano a la oreja. Era el transmisor de Drake. Había problemas.

—«Gabriel. Gabriel. ¿Me recibes?»

—Sí, te recibo. ¿Qué pasa Drake?

—«¡Gabriel tienes que salir de ahí!»

—¿Cuántos son? —dijo Caronte con

un tono de voz que iba creciendo en preocupación, pero sin mostrar miedo. Al fin y al cabo era un asesino que llevaba años enfrentándose a ese tipo de situaciones.

—«Son cinco y van corriendo hacia la entrada del edificio. Creo que te estaban esperando».

—Recibido.

—«¿Tienes el dispositivo USB?»

—No todavía no. Pero si fue listo y nos hizo caso lo tuvo que esconder en algún libro —Caronte hablaba mientras buscaba entre todas las estanterías y libros de la casa.

—«Déjalo».

—No puedo. Ese USB contiene muchos datos sobre MASK, no podemos correr ese riesgo.

—«Maldita sea, fue mi culpa. No tendría que haberlo olvidado cuando huí».

—No te preocupes Drake, esas cosas pasan —aunque Caronte quería mostrar un tono de voz calmado por el bien de la misión, su voz sonaba cada vez más quebrada y nerviosa.

—«¡Caronte! ¡Caronte! ¡Sal de ahí echando leches!»

Caronte se dirigió a malas penas hacia la última biblioteca que le quedaba por examinar. Era la más grande y ocupaba por completo una de las paredes del salón, desde el suelo hasta casi el techo. Había centenares de libros apelotonados. Miró por encima los títulos y las cubiertas de los libros. Libros. Libros. Libros y más libros. En eso se oyeron unos ruidos que venían de

la escalera de la sexta planta. No había duda. Estaban allí. Libros. Libros y más libros. Un momento. Un gran libro con una cubierta blanca le llamó la atención. Parecía muy grande y en el lomo pudo leer el título, entre sudores fríos: *Ulysses*, de James Joyce. Caronte tuvo una corazonada. Tenía que ser ése. ¿Qué hacía un novato mafioso como ése leyendo literatura tan complicada? Los ruidos se hicieron cada vez más próximos y se tornaron en claras pisadas de personas diferentes. Agarró el libro y lo arrancó de las fauces de aquella biblioteca. Lo abrió y pasó varias páginas a toda velocidad. Era ése. Encontró un gran hueco formado por las

páginas agujereadas. Dentro encontró la memoria USB, la cogió y se la metió en uno de los bolsillos de sus desgastados vaqueros. Estaban allí. Las pisadas se tornaron en gritos y los inconfundibles sonidos que sólo un arma de gran calibre puede emitir. Caronte se dio la vuelta y dirigió una mirada atonadora hacia la puerta.

Arrojó el libro por los aires. Desenfundó su segundo revolver y la puerta se abrió. Entraron dos enemigos al mismo tiempo. Caronte dio un gran salto hacia atrás y sin perder la visión de la puerta, lanzó dos disparos certeros a sendas cabezas de sus perseguidores. Bam. Bam. Todavía estaba en el aire

cuando un tercero entró por la puerta disparando a todo lo que se movía. Caronte cayó de espaldas en el suelo. Boca arriba y dolorido por el golpe, pero manteniendo sus vigorosos brazos perfectamente alineados y apuntando hacia la puerta. Bam. Bam. Bam. Bam. Soltó una oleada salvaje de disparos que acertaron sobre el pecho de aquel tipo al que pudo ver pinta de ruso al mirarlo de soslayo. Sin perder tiempo, se incorporó. Según Drake eran cinco individuos, así que si las explicaciones de matemáticas de su maestra de primaria eran ciertas, quedaban dos más. Dio un nuevo salto por encima de un sofá próximo y se colocó detrás de él

para usarlo como trinchera. Por unos segundos tomó aire y valoró la situación. Recargó sus dos Magnum. Dio un suspiro y pegó otro respingo hacia uno de los extremos del sofá, pero en esta ocasión no había ninguna diana andante. Volvió a colocar su espalda junto al respaldo del sofá para mantenerse completamente a cubierto. De repente oyó unas voces que susurraban expresiones incomprensibles para Gabriel. Los dos matones que quedaban estaban hablando en ruso o en alguna lengua del este. Lo que quedaba claro es que estaban tramando algo y Caronte volvió a notar como su corazón luchaba a toda costa por salir disparado

de su pecho. Oyó unos pasos. Caronte se aproximó acucillado a uno de los extremos del sofá e intento acertar a ver la posición de sus atacantes. Ni rastro de ellos. Ante él, sólo había un pequeño rellano que hacía las veces de pasillo, con dos habitaciones a sus lados. Le quedaba poco tiempo, no podía seguir allí agazapado esperando a que la Parca viniera a buscarlo en forma de encolerizados rusos. Tenía que tomar la iniciativa. Así que se incorporó levemente y salió del sofá sosteniendo una pistola en cada mano, marcando con sus brazos extendidos la amplia envergadura de su cuerpo. Cada brazo apuntaba a un extremo de la casa y

dirigía la mirilla a sendas habitaciones. Allí estaban los dos rusos. Ahora eran ellos los que esperaban agazapados de rodillas. Así que Gabriel en un movimiento inesperado dio una voltereta sobre sí mismo para situar sus brazos a ras del suelo y desde allí disparar varios tiros certeros sobre sus agresores. Bam. Bam. Bam. Bam. Bam. En cuestión de segundos había liquidado a sus dos últimos perseguidores. No tenía ni idea de quiénes eran, pero no era momento para quedarse en aquella casa a averiguarlo. Recargó sus pistolas, se palpó el bolsillo del pantalón para asegurarse que la memoria USB seguía a buen recaudo y salió de nuevo al pasillo

de la sexta planta.

Al caminar por aquel rellano, Gabriel Caronte se quedó petrificado. Otro ruso con una enorme ametralladora permanecía inmóvil en mitad del pasillo, paralizado como si un gorrión desorientado acabara de caerse del nido. El tiempo se detuvo de repente, se congeló y dejó a las dos siluetas encaradas. Frente a frente. Ambos se miraron a los ojos durante una eternidad. Estaba claro que ninguno de los dos quería estar en ese lugar en ese preciso momento. Mal día para morir.

Caronte examinó con detenimiento a su oponente. Era un chaval, posiblemente no llegaba a los veinte

años de edad, y su frente estaba perlada de un sudor que a Gabriel se le antojó como frío, quizá sentía lo mismo que él. Quizás ambos no eran tan diferentes. Sin saber por qué, sus pies comenzaron a dar pequeños pasos hacia aquel joven pertrechado con una enorme ametralladora, ni él mismo sabía qué diablos estaba haciendo. Sintió que el cuerpo de aquel joven se estremecía y las manos que sujetaban el arma temblaban a cada paso de Caronte. Sin más decidió bajar sus armas poco a poco, lentamente, y mirando fijamente a los ojos azules de aquel chico. Estaba ya muy próximo a él. Sólo unos pasos más. Lentamente. Muy lentamente, hasta que

ambos estuvieron prácticamente hombro con hombro. Caronte le mantuvo la mirada, teniendo que girar suavemente su cabeza. Su enemigo permanecía completamente inmóvil salvo por los pequeños balanceos de sus extremidades provocados por el miedo. Así permanecieron unos instantes mientras sus miradas firmaban un pacto tácito de no agresión. Finalmente Gabriel comprendió que aquel ruso aceptaba la oferta de paz. Tomó aliento y comenzó a andar hacia el ascensor a un ritmo mucho más rápido. Cuando las puertas se abrieron, echó un último vistazo a la silueta impertérrita del chaval. Allí permanecía, en la misma posición. El

pobre estaba cagado de miedo. Las puertas se cerraron y Caronte comenzó a bajar hacia el hall principal del edificio exhalando un nuevo suspiro cargado de vida. Por poco...

Ya en la calle, Caronte miró hacia todas direcciones, como reconociendo por primera vez la ciudad que lo arropaba. El sol comenzaba a despuntar hacia lo alto del cielo y el trasiego de las calles empezaría a ser evidente en unos segundos. Caronte se preguntó qué acababa de ocurrir. Quizá la suerte no le era tan esquiva. Algo estaba cambiando en su interior. De repente, el chirriar de unos neumáticos de un coche que circulaba a toda velocidad le arrancó de

sus pensamientos. El coche se detuvo frente a él. Era Yann que le gritaba desde su asiento.

—¿Qué coño ha pasado ahí dentro?

—¿Estás bien?

—Sube al coche. Larguémonos de aquí.

Era tarde, ese mágico momento justo antes de que salga el sol. La ciudad seguía meciendo a todos y cada uno de sus habitantes en sueños profundos con la esperanza de encontrar al amanecer, un día mejor. Todos no. El señor Khonton permanecía despierto, y bien despierto al juzgar por la expresión de su cara. Desde esa posición en las

alturas, podía observar toda la urbe que descansaba a sus pies y las playas que adornaban la ciudad junto con el mar. Podía ver todo. Pero ya no controlaba nada. Se aferraba con fuerza a los recuerdos de otros tiempos que ahora le parecían tan lejanos. Tiempos en los que él tenía el poder de decisión sobre lo que ocurría en la ciudad, a la que ahora veía diferente, sin duda motivado por observarla desde esa posición tan inesperada y terrorífica, pero no ausente de cierta belleza. La situación tenía bastante gracia, una gracia un tanto siniestra pero gracia al fin y al cabo. El señor Khonton siempre había soñado con volar algún día, por pasearse entre

las nubes observando con su mirada panóptica los tejados desvencijados y las vergüenzas que se esconden en los lugares donde la gente no suele mirar. Ahora estaba volando sí, pero de otra forma bien distinta. Sentía esa sensación de ingravidez y vacío de la que tantas veces había oído hablar, salvo que en su caso la ingravidez no era tal y su cuerpo estaba siendo atraído por la Tierra a una velocidad vertiginosa. Caía. Pero a la vez volaba y durante unos segundos se sintió aliviado, como renovado y en paz consigo mismo. Estaba preparado. Pero caía precipitándose más y más, dejando atrás tantos fantasmas. Paradójicamente se alejaba de ellos y eso le daba cierta

calidez y bienestar. Menudas vistas tenía desde allí, jamás volvería a contemplar algo tan bello y tan macabro. El sol rasgaba el horizonte con la paciencia de una gota de agua que resbala a través de una ventana. Ese sería su último amanecer. Volaba. Volaba y volaba pero le quedaban pocos segundos. De repente, sus pensamientos agolpados y enajenados por culpa de la adrenalina dejaron paso a unos sudores fríos y a una rabia como nunca antes había sentido. Se olvidó de aquellas magníficas vistas de la ciudad y por unas últimas fracciones de segundo el señor Khonton se centró en su agresor. Su asesino. En la persona que lo había

asaltado en su propio despacho y lo había arrojado al vacío, desde lo más alto del edificio en el que MASK tenía su cuartel general, haciendo romper su maravillosa cristalera en mil pedazos. Antes de estrellarse con violencia contra el suelo y ver cómo su vida se terminaba de repente, tuvo un pensamiento de ira y venganza contra su asesino, su condenado asesino. Aquel *poli* que ya no discernía el bien del mal: Marc Falco.

Aquella mañana el cielo volvió a despertar completamente roto y resquebrajado por varios sitios. Seguía

llorando desconsoladamente y no había parado de hacerlo desde el entierro de Yann. La lluvia no era algo a lo que estuvieran acostumbrados en aquella ciudad, debido al cálido clima de aquella zona, por lo que los ánimos de todo el mundo estaban por los suelos.

El abuelo de Cameron, Capriati, había decidido reunir a un selecto grupo en su despacho. Por supuesto, a la cita no faltaron Cameron y Caronte. Pero en esta ocasión también se les unió Drake, que con sus últimas exitosas acciones se había ganado un pequeño hueco en el círculo de confianza de aquella empresa criminal. Atrás quedaban ya los días en que su despiste al olvidar la memoria

USB atraía miradas rencorosas hacia su persona y hacia su valía. No en vano, Caronte la había recuperado del piso franco en que se alojaba Roberto y él mismo había ayudado al propio Gabriel, ojito derecho de La Organización, en varias de sus misiones. Pero sobre todo, a Drake se le reconocía su labor por conseguir desviar el dinero del Banco Central y además detectar que el dinero que se había depositado en una cuenta bancaria de Cameron, no era más que un burdo intento de hacerla parecer un topo. Una artimaña para generar presión y desconfianza en el seno de MASK, algo que ocurrió durante unos días, sí, pero finalmente el plan no había tenido

éxito.

Gabriel Caronte, al asesinar a Irina Palma hace años, había desencadenado una serie de acontecimientos, una suerte de destino cambiante que había propiciado un antes y un después en su vida y en la de los que le rodeaban. Cualquier acción tiene su consecuencia, cualquier frágil acto puede desencadenar un huracán. Y Caronte había introducido en el universo una variable fatal que estaba cambiando el orden establecido de las cosas. Durante estos últimos días, al enterarse de las noticias de Drake sobre que Marc Falco estaba detrás de todo, Caronte pensaba en volver atrás en el tiempo para

cambiar las cosas. Si no hubiera acabado con la vida de Irina, todo hubiera sido más fácil y Yann... estaría vivo. Y el señor Khonton, y Roberto, y tantos otros. Pero pronto comprendió que aquello era un ejercicio inútil. De nada sirve obsesionarse con el pasado. En todos los escenarios posibles, en todas las realidades el destino estaba marcado. Yann moriría, al igual que morirían Roberto o el señor Khonton. En el continuo del espacio-tiempo Gabriel apretaría el gatillo una y otra vez. Caronte se imaginaba ese instante crucial de su pasado en el que se encontraba frente a frente a Irina apuntándola firmemente con una de sus

Magnum. Se lo imaginaba una y otra vez y no siempre disparaba sobre su pecho. Un día finalmente comprendió que no tenía que darle más vueltas al pasado. Pues en ese justo momento de su pasado, colocado frente a Irina, sin que él lo supiera, ya la había asesinado. Y así sucedería mil y una veces.

Sentados todos sobre la gran mesa de madera del despacho principal de MASK, Drake comenzó a explicar a todos los asistentes los recientes acontecimientos y las pesquisas que había realizado gracias a la información que le había facilitado su colaborador en SION. Como si lo repasara

mentalmente para ordenar sus propios pensamientos, expuso punto por punto todos los hechos.

—Como todos sabéis a estas alturas, Gabriel asesinó a Irina Palma hace unos años debido a la importante influencia política y a la creciente influencia en el poder que su organización, Nuevo Horizonte, estaba consiguiendo. Irina Palma era una persona despreciable pero que a su vez estaba completamente enamorada del detective de policía Marc Falco, al que presumiblemente tenía engañado y no mantenía al tanto de sus turbios asuntos relacionados con dictaduras militares en África, trata de blancas, golpes de estado y otras

lindeces. La muerte de Irina provocó que Marc Falco destrozado por la pérdida, comenzase a buscar al asesino de Irina día y noche, hasta el punto de llegar a convertirse en una obsesión para él. Esto desencadena en que el propio Falco traspasara los límites de la ley y asesinara a Yann, a Roberto el «Novato» y al señor Khonton.

Drake tras exponer esos argumentos bebió un poco del agua que contenía un vaso que había sido colocado con mimo, por uno de los asistentes de MASK minutos antes de que comenzara la reunión. Además, cada sorbo que daba mientras miraba a su audiencia creaba

una pausa dramática que comenzó a impacientar a Capriati.

—Continúa por favor —ordenó finalmente Capriati.

—OK. Por otro lado, una vez que conseguimos los fondos necesarios para las futuras misiones, con el robo electrónico en el Banco Central. Una parte de ese dinero nos fue robado a su vez y depositado en una de las cuentas bancarias de Cameron.

—¿Quién hizo eso Drake? —volvió a inquirir Capriati, que sostenía entre sus dedos nerviosos e inquietos un papelito de uno de sus caramelos.

—Según uno de mis colaboradores, el desvío del dinero se hizo a través de

una serie de empresas fantasma. Tras una ardua tarea de investigación pude rastrear ese desvío de dinero y encontré un patrón común en todas esas operaciones...

—BABEL —Cameron le robó la palabra de la boca a Drake con una medio sonrisa.

—Exacto. BABEL es un holding empresarial que enmascara y lava el dinero de Nuevo Horizonte al que pertenecía Irina Palma y del que cuya cabeza visible es ahora Sandra Armero, a la que Caronte finalmente no pudo liquidar por encontrarse con su hijo dentro del coche.

—Eso qué tiene que ver ahora con...

—se apresuró a interrumpir Gabriel.

—Tranquilo Gabriel. Nadie pone en duda tu actuación, de hecho creo que fue algo muy noble por tu parte.

—¡Un momento! —ahora era Cameron la que interrumpía el proceso discursivo de Drake—. No entiendo cómo Marc Falco y el desvío que BABEL hizo hacia mi cuenta pueden estar relacionados. Desde luego Marc Falco no haría negocios con ese tipo de gente.

—Buena pregunta Cameron. De hecho yo también me la hice, así que decidí rastrear la cuenta de email de Sandra Armero y he encontrado un hallazgo sorprendente. Sandra envió

unos correos electrónicos anónimos a Marc Falco, ofreciéndose para ayudarlo en su cruzada personal para derrocar a MASK. Así que de repente, Marc se encontró con una ayuda inesperada por parte de Nuevo Horizonte. Es más, Sandra fue la que facilitó a Marc Falco toda la información sobre el asesino de su mujer. Es decir, información sobre MASK y sobre Gabriel y sobre cómo desviar el dinero hacia la cuenta bancaria de Cameron.

—¿Qué ganaba ese tal Marc Falco con esa ayuda? —preguntó

Capriati que de repente se notó algo perdido, como un náufrago que sólo ve agua alrededor de su isla desierta.

—Ganaba caos e incertidumbre —respondió Gabriel Caronte con la mirada perdida en el infinito.

—¡Exacto! —exclamó Drake—. De esa forma, Marc Falco pudo sembrar algo de incertidumbre en nuestra Organización, intentando crear dudas entre nosotros mismos por la existencia de un supuesto topo...

—Topo que intentó que recayera sobre mí —expuso Cameron—. Pero hay otra cosa que no me cuadra. Según hemos investigado, en sus primeros años de detective Marc Falco encerró a varios miembros de Nuevo Horizonte por conductas violentas y a menudo condenó sus actos públicamente. ¿Cómo

pudo ser novio de esa tal Irina y colaborar ahora con ellos para desarrollar ese desvío de dinero hacia mi cuenta?

—Según mi contacto en SION, al principio Irina se acercó a Marc como un objetivo más, era una misión de infiltración. De esta forma Nuevo Horizonte se aseguraba estrechar el cerco sobre Marc y tenerlo controlado, además de esta forma siempre estarían un paso por delante de la policía. Pero al parecer, final-mente Irina se enamoró realmente de Marc Falco y pese a todo le mantuvo en secreto su verdadera identidad y sus relaciones con Nuevo Horizonte.

—¡Menudo detective! Su chica haciendo trabajillos sucios para esos retrógrados en frente de sus propias narices —interrumpió Caronte.

—A veces el amor puede desvirtuar tu propia realidad... — apostilló Drake.

—Y como os decía antes, el desvió de dinero se hizo desde una serie de emails anónimos de Sandra Armero, así que aunque Marc ha aceptado la ayuda, no sabe realmente con quién está colaborando, no sabe quién es su extraño compañero de cama.

—Marc Falco ha firmado un pacto con el diablo, sin importar-le el precio de su alma —afirmó pensativa Cameron, en un tono casi inaudible para los

demás, que más bien parecía un pensamiento escapado de su cabeza.

—Además, su pobre intento de hacerte parecer como el topo no ha tenido mucho éxito. En ningún momento desde que descubrimos que el dinero había sido transferido a tu cuenta, dudamos de ti, Cameron.

—Lo sé...

—Gracias por tu argumentación —interrumpió de repente Capriati, que no estaba acostumbrado a guardar tanto silencio durante las reuniones que al fin y al cabo el presidía —. Entonces, ¿en qué situación nos deja esto?

—Muy sencillo —dijo Caronte decidido a tomar las riendas de la

conversación a partir de ese momento—ese tal Marc Falco está obsesionado en destruir a MASK y en destruirme a mí. Conoce todo sobre nosotros por lo que nos contó Roberto antes de morir. Ahora sabemos que Marc Falco tiene una pizarra y un archivo en su casa con toda la información relacionada con nosotros. Así que no parará hasta destruirnos. Yo le arrebaté a su novia Irina, así que...

De repente dejó la frase a medias, al darse cuenta de que Cameron era la respuesta lógica de aquella implicación. De momento no quería reconocer públicamente su amor hacia Cameron ni dejar entrever cuál podría ser su único punto débil.

—Está bien —dijo Capriati para salvar aquel momento de tensión y dejando que el nombre de Cameron flotara por aquella gran sala de reuniones, del último piso del edificio que servía de oficina principal de MASK—. A partir de ahora doblaremos la seguridad y pondremos especial vigilancia en Caronte y Cameron. Sin duda, son los principales objetivos de ese Falco.

—Yo no necesito esas mierdas de seguridad, puedes destinarlas a Drake y sobre todo a Cameron. Es ella la que más me preocupa —concluyó Caronte.

—Gabriel, no peques de arrogancia ni subestimes a ese pobre desesperado.

Aquél que no tiene nada que perder es el peor de todos los enemigos. Recuerda que el mejor truco del diablo es hacer creer que no existe —dijo Capriati en un tono grave que denotaba una gran preocupación.

—De acuerdo, lo que tú digas...
—rectificó rápidamente Caronte.

—Gabriel, a partir de ahora quiero que estés atento y no le quites ni un ojo de encima a mi nieta Cameron, ella es lo que más quiero en este mundo
—continuó Capriati mirando con ternura a su nieta.

—Así lo haré, te doy mi palabra...
—concluyó Caronte, mirando él ahora fijamente a aquellos maravillosos ojos

que tenía Cameron y fundiéndose ambos en una mirada cargada de pasión.

Al fin el infierno me abrió las puertas para que pudiera entrar. El Diablo me acogió como uno más y no quiso preguntarme nada. No le tuve que contar mis motivos porque evaluarlo no está entre sus intenciones. Posiblemente ya lo sabía todo sobre mí, me habría estudiado y observado con detenimiento. Con él puedo mostrarme tal y como soy, no tengo que esconderme en los suburbios de mi alma ni aparentar lo que no quiero volver a ser. Cuanto más le pido más me atrae hacia él. Cuanto más

me sincero más poder me brinda. Ha estado tanto tiempo oculto entre las sombras que su fría mirada me pilló por sorpresa pero ahora me cautiva, sobre todo, cuando me narra los horrores del mundo y la condición humana, cuando me doy cuenta que de nada sirve ser un niño bueno, un *poli* bueno. La vida es demasiado corta para algunas personas como para estar atado a dilemas morales y a una conciencia que nos limita y nos obliga. Él me da la libertad que tanto ansiaba. Él me ve como realmente he querido ser, se acabaron las medias tintas. Ya no creo en la justicia divina, la justicia se la debe buscar cada uno mismo. En mis sueños siempre he

sabido que el diablo me hablaba. Ha llegado el momento de que deje de esconderme junto con los monstruos que viven agolpados en mi armario y debajo de mi cama. ¡Ya podéis salir todos! Nada hay alrededor que me tenga que decir lo que hacer o cómo comportarme. ¡Cómo he sido tan idiota! A partir de ahora puedo ser yo. Lo que ves es lo que hay, nada más y nada menos. Acéptame u olvídate. Ahora él me ha hecho sentir que estoy por encima de esta ciudad, que tengo todo lo que necesito para poder empezar de cero, una nueva vida. Mezclarme entre la gente que deambula sonámbula sobre los alambres de las azoteas, con miradas perdidas en el qué

será. El espejo de la vieja habitación me muestra mi rostro, por primera vez en mucho tiempo, quizás desde la muerte de Irina. El diablo sabía que haría cualquier cosa por recuperarla de aquel oscuro túnel por el que había caído. La sentía tan cerca. Y él es mi guía de almas, el faro que dirige todos y cada uno de mis pensamientos. Por más que queramos escondernos de las tinieblas, de la oscuridad, somos uno. Con nuestras cosas buenas y nuestras cosas malas. Por fin he visto la vida como en un sueño real. O el reloj ha vuelto a funcionar o el agujero que tenía en mi pecho se ha cubierto con una vieja tapadera que tenía arrumbada en la

cocina.

Soy el Diablo y él era una presa fácil. Un negocio fraudulento pero rápido y seguro. A escondidas y lejos de miradas curiosas, a espaldas de esta ciudad que tan bien me sienta. Un objeto más para mi colección de almas que se agolpan, se hunden y se ahogan en los charcos de una fábrica de sueños abandonada. El bien y el mal ahora se llevan a la perfección. Sigue a tu intuición. Donde el corazón te lleve es el lugar que estabas buscando, donde nadie te juzgará, donde los columpios ya no chirriarán los nombres de los seres que has perdido. ¡Me encuentro tan bien,

escondido entre crisis financieras, hambre, contaminación, corrupción política y desastres naturales que nadie me ha encontrado! Pero tranquilo, sé quién eres, sólo tienes que buscarme y decirme las palabras mágicas. Leo tus pensamientos y entiendo cuánto me necesitas. No te preocupes por tus actos, te aseguro que no hay reprimendas al final del camino. Esta es tu vida, no hay nada más al otro lado del espejo, no lo busques porque sólo encontrarás al gato de las tres patas que está demasiado viejo y cansado para seguirte. Véndeme tu alma y te saciaré de monedas de felicidad, pero no olvides dejar una para el barquero. *Carpe noctem*. Acepta tu

lado más oscuro. Sal a divertirte, la ciudad te espera...

Si los monstruos que se escondían y danzaban en el armario de la habitación de Marc Falco no estaban muertos, lo estaba él. Pero no era así. Marc estaba vivo, posiblemente se sentía más vivo que nunca desde que murió Irina. Su casa se encontraba muy cerca de la playa donde cada mañana salía a correr para estar en plena forma. Era una vivienda agradable y sencilla, sin objetos ni muebles innecesarios, decorada con un estilo muy discreto y minimalista. En el salón donde tantas

veces se había encontrada con la sonrisa de Irina había un enorme panel en el que había anotado toda la información de los miembros de MASK. Caronte, Cameron, Yann, Drake, Capriati, Khonton... todos tenían su pequeña estrella en ese extraño mural de la fama. Cada uno estaba representado con una foto para poder identificarlos rápidamente de un vistazo, y de cada foto fluían unos hilos rojos que los interconectaban a todos demás y a su vez a los principales acontecimientos y misiones de MASK que Marc debía tener en cuenta. En el centro, a mayor tamaño y más visibles que cualquiera, estaban las fotografías de Caronte y

Cameron. Cameron y Caronte. Desde que comenzó a recibir unos misteriosos emails anónimos con información sobre ellos, se habían convertido en su objetivo principal. Antes de esos emails su investigación se encontraba encallada como un barco aturdido en alta mar. Estaba completamente perdido. Pero ahora las cosas eran muy diferentes, por fin su suerte comenzaba a cambiar y había encontrado el leitmotiv que hacía su vida más fácil. Acabar con Caronte y arrancarle lo que más amaba en su vida: Cameron, esa chica misteriosa y preciosa que encandilaba a todos con su mirada verde paraíso, con su piel blanca de porcelana y su pelo rojizo.

A menudo, cuando Marc deambulaba por su casa a altas horas de la mañana buscando una manera de aniquilar a MASK, recordaba escenas de su vida con Irina. Aquel jarrón horroroso que compraron durante un viaje a Tailandia, aquellas risas mientras desayunaban su habitual café con leche, sus largas noches devorando películas antiguas vestidos únicamente con una manta ligera de color burdeos. Algunas veces incluso oía los ecos de su risa filtrándose por los escondites de las paredes.

Estaba decidido, iba a acabar con la vida de Caronte y Cameron, e iba a destruir por completo a MASK. Iba a

hacer aquello que nadie se atrevía a hacer en aquella ciudad. Pero antes sembraría una duda interna en La Organización que llevaría a que unos dudaran de los otros. Hacía unos días que había recibido un nuevo email anónimo en el que le explicaban un complejo plan para hacer desviar un dinero hacia la cuenta de Cameron. Eso sería el principio del fin y aunque al recibirlo, Marc albergaba serias dudas, aquella noche decidió que aceptaría los consejos de ese extraño confidente y ejecutaría el plan siguiendo las instrucciones de aquel informante anónimo.

Aquella noche, mientras la ciudad

dormitaba intranquila con un ojo abierto, Mar Falco estaba sentado a una mesa llena de papeles e informes policiales sobre las últimas misiones que MASK había realizado en la zona y otras partes del mundo. Se estaba tomando un merecido descanso y observaba distraído el gran mural que tenía ante él, en el que se diseccionaba a los miembros de aquella Organización Criminal, instalado sobre una amplia pared blanca en la que antes Irina y él tenían un gran cuadro con el que habían enmarcado una fotografía de ellos dos, abrazados y recostados sobre la arena de la playa, en un día demasiado feliz para ser recordado.

De repente, un tono rojizo inundó la habitación y unas llamas comenzaron a brotar de aquella mesa sobre la que estaba trabajando. Rápidamente unas columnas de fuego comenzaron a brotar con más fuerza y arrastraron sus dedos incandescentes hasta el techo. Su rostro cambió de color y se ensombreció, coloreado por los colores vivos de aquel espectáculo de fuego. Pero paradójicamente sentía frío. Un frío que salía directamente del interior de su cuerpo, al tiempo que esas llamas sonrosadas se comenzaron a teñir con el terrible color del hielo.

Lo que más me llamó la atención

cuando el Diablo atravesó la puerta de mi apartamento, fue el frío que emanaba de su cuerpo y que irradiaba a toda la estancia con su sola presencia.

Acostumbrado a asociarlo con el fuego, me vi sorprendido por una sensación de gelidez y vacío, que se apoderó de cada músculo de mi ser. Era una sensación extraña, en la que mi alma luchaba por salir fuera de mi cuerpo, de tal modo que podía presenciar toda la escena de la que yo era protagonista, como un espectador ajeno a través de mis propios ojos; un extranjero en mi propio yo, como si contemplara una fotografía compuesta de retazos de vida, una vida mejor.

Cuando se acercó a mí, silenciosamente, un ruido mudo inundó toda la habitación, y ya de vuelta en mi propio cuerpo, pude acercarme a él, a una distancia lo suficientemente imprudente para que el miedo me atenazara de arriba abajo, sintiendo como un rayo agónico partía mi existencia en dos.

Su rostro estaba desdibujado, y al aproximarme un poco más, y ahogarme en su mirada, pude observar un abismo de oscura eternidad.

—Por fin te has decidido a venir — le dije con toda la seguridad que pude reunir —. Te he estado esperando en mis sueños.

LIBRO SEXTO

FILIP Y TYEN

Cuando faltan los manjares exquisitos de cada día debes hacer de la

calle tu guarida y buscar entre desechos el menú más apetecible; esperar al acecho, al cajero andante o expendedor de dinero más factible que en ese momento transite descuidadamente ante las puertas de tu improvisada morada, tu majestuoso palacio flanqueado por grandes y maravillosas almenas que inundan tu tierra, virtuosas construcciones que despuntan hasta rasgar el cielo formando inmensas colmenas. Puedes observar la eternidad de la noche y la luna desde cualquiera de los amplios ventanales de los que dispones. Puedes descansar en opulentos tálamos de madera de roble o, incluso mejor, en unos suntuosos cartones que

favorecen como ningún otro material el aislamiento del frío. Dos desvalidos jóvenes siembran el terror en la ciudad con un inofensivo revólver que es muy probable que ni tan siquiera estuviera cargado. Sólo buscan desesperadamente ese manjar que llevarse a la boca y tener así una consideración hacia su leal mayordomo, el cual se verá liberado de su rutinaria tarea, de ser él quien les proporcione los alimentos con los que diariamente deben alimentarse. De este modo son ellos mismos, estos audaces muchachos, los que se dignan a asaltar al poco original grito de: «Esto es un atraco», las diferentes superficies comerciales de abastecimiento situadas

en la costa, a lo largo de la vía principal que acompaña al risueño paseo marítimo de la ciudad. Así que de este modo, es como cada jornada abandonan sus lúgubres hogares para tratar de atracar las tiendas/despensas de la zona. Naturalmente que esta labor no es tarea fácil. A pesar de que siempre se hallan muy bien acompañados en sus aventuras, por su inseparable compañero *Nueve Milímetros*, los comercios cada vez constan de mejores medios y dispositivos de alarma de modo que, el globalizado progreso tecnológico se puede observar también en estas pequeñas empresas, la mayoría de tipo familiar. Estos complicados sistemas

antirrobo permiten a Fausto abandonar cada noche su establecimiento con una mayor tranquilidad, por lo que este humilde trabajador logra regresar a su hogar con el suficiente grado de serenidad y paz, lo que le posibilita descansar en su cama hasta el comienzo del siguiente día no sin antes desear los mejores sueños a su esposa y alabar el trabajo realizado por el avispaado roedor de biblioteca que en un momento de máxima lucidez engendró la idea de las alarmas electrónicas.

Filip y Tyen eran dos matones del tres al cuarto que como tantos otros,

inundaban las calles de la ciudad. De día se dejaban ver por los grandes parques que decoraban las avenidas grises o por las canchas de baloncesto que algunos edificios tenían en sus azoteas. De noche, como los animales nocturnos de muchos exóticos países, comenzaban su verdadera actividad, que no era otra que ganarse el pan de cada día: atracos, estraperlo, secuestros, pequeños hurtos, buscar tuberías de cobre, comercio de droga y materiales robados, entre otras *lindecestipicasdecualquierciudad*.

MASK hacía tiempo que había echado el ojo a varios de estos tramposos de poca monta para que

fueran sus ojos y oídos en aquellos sitios de la calle, donde la burocracia de la organización no podía llegar. De este modo, constituyó una red de informadores asociados a MASK cuya lealtad se medía por la cantidad de dinero que recibían por cada soplo. Filip y Tyen eran unos habituales desde hacía varios años e incluso podían vanagloriarse frente a otros de haber ascendido de rango. Se podría decir que ambos estaban en la nómina de MASK y recibían algo de dinero no sólo por cada trabajillo, sino un sueldo fijo al mes. Esto mismo les ocurría a agentes de policía, jueces, fiscales, periodistas o políticos. Todos estaban untados con el

dulce néctar de la codicia que MASK les proporcionaba. Muchos de ellos, sólo se movían por el olor verdoso del dinero. Atrás habían quedado los tiempos en que la mayoría de afines a la organización, se afiliaban por sus firmes creencias políticas de crear entre todos un mundo mejor a cualquier precio.

El caso de Filip y Tyen era algo distinto. Ellos eran dos personajes de otro tiempo, descatalogados por un mundo que no les entendía. Si malvivían en las calles o en algún motel de piscina comunitaria era porque ellos lo habían elegido así. Además eran firmes defensores de los preceptos más originales de MASK, es decir, estaban

solidarizados con la causa. A los dos amigos y compañeros de fatiga, les encantaba sentirse vivos atracando algún pequeño supermercado o licorería; solamente cogían lo que necesitaban, nada más. Se sentían vivos durmiendo en la playa o viendo el amanecer pertrechados en algún banco del parque. Si hubieran nacido varios siglos antes, la gente los hubiera llamado bohemios. Hoy en día ese concepto de vida que se escapa de los límites impuestos por la sociedad de consumo es inimaginable, así que la gente se refiere a ellos como indigentes, homeless, okupas o simplemente locos.

En una ocasión el propio Capriati

los recibió en su lujoso des-pacho de la sede central de La Organización para encomendarle su nueva misión y ofrecerles su contrato fijo a tiempo completo. Así que desde ese día vivían sumergidos en algo más de lujo. Alquilaron un pequeño piso a las afueras de la ciudad y compraron un coche que había pasado por demasiadas manos como para ser recordadas. Su nueva misión era la de ser los vigilantes de algunos miembros de la organización, como por ejemplo de Caronte, Cameron y Yann. Capriati no quería correr el riesgo de perder a sus mejores activos en MASK, a sus mejores soldados que a la vez se habían convertido casi en su

única familia. Así que Filip y Tyen tenían que observar de cerca todos los movimientos de los tres chicos, sobre todo los de Caronte, ya que sus misiones eran más frecuentes y peligrosas que las de Cameron y Yann. De este modo, deberían informar si la policía había abierto alguna investigación sobre ellos, si algún detective tenía alguna pista que los incriminara, si alguien tenía motivos para acabar con sus vidas, si alguien los estaba siguiendo o simplemente, servir de refuerzo si las cosas se ponían realmente feas. Hasta la fecha no habían tenido que intervenir nunca para ayudar a Caronte, y eso que en muchas ocasiones había estado rodeado por

situaciones de verdadero peligro, aunque Gabriel finalmente siempre salía airoso. Así era él, un superviviente dentro del caos.

Fausto se dirigió hacia su comercio andando como alma en pena por las oscuras calles de la ciudad. Antes de abrir la persiana de su pequeña tienda de comestibles, del tipo veinticuatro horas en las que el cliente podía encontrar bebidas y todo tipo de bienes de conveniencia, echó un vistazo a los periódicos que la compañía de reparto le había dejado junto a la puerta para que pudiera venderlos desde bien temprano. En los titulares de varios

diarios locales hablaban de un nuevo hallazgo de peces muertos, cuyos cadáveres se agolpaban junto a la orilla del mar y del paseo marítimo de la ciudad. Era la cuarta vez que encontraban una gran cantidad de peces muertos en lo que iba de semana. Fausto pensó que el mundo se estaba volviendo loco, de eso no había duda. El planeta no paraba de enviarnos señales de auxilio que quedaban ahogadas en algún lugar de las profundidades del océano. Según rezaba el artículo, investigadores de todo el país estaban indagando la misteriosa muerte de aquellos peces, pero de momento no encontraban respuesta.

Unas luces iluminaron la figura de Fausto desde la carretera, eran las luces del coche de Marc Falco, que conducía su coche de aquí para allá deambulando como un sonámbulo sobre cuatro ruedas. Desde que murió Irina no tenía a dónde ir, ni ninguna razón por la que acostarse temprano. Al menos esos paseos le relajaban y le permitían a sus atormentados pensamientos huir lejos de la celda en que se había convertido su mente. Marc Falco siguió su trayecto calle abajo y su mirada se detuvo juguetona sobre un hombre que fumaba un cigarro mientras observaba absorto el gran escaparate de una tienda de moda femenina. La mirada de aquel hombre

era toda desolación y tristeza, como la de los recuerdos que luchan por ser olvidados de una vez. Quizá estuviera observando alguno de aquellos trajes para regalárselo a su novia para su próximo cumpleaños, o quizá sólo añoraba los días en que ambos paseaban por la calle y su mujer siempre se detenía durante horas en aquel escaparate para fantasear con los vestidos que nunca podría comprar. Quizá esas paradas le sacaban de quicio en aquella época de días felices y ahora que su mujer no estaba, las echaba de menos. O quizá aquel hombre solamente estaba disfrutando de su cigarrillo mientras miraba unos trajes de señora

sin más. Marc Falco intentó dejar su mente en blanco pero pronto volvió a centrarse en idear un plan para estrechar el cerco sobre Yann, al que llevaba observando desde hacía días con el fin de estudiar a fondo sus rutinas.

Yann aquella noche dormía plácidamente junto con Alicia, la prima de Cameron con la que estaba empezando a salir desde hacía poco tiempo. Eran algo más de las cinco de la madrugada y una sed difícil de calmar le hizo levantarse a hurtadillas de la cama para dirigirse al frigorífico a servirse un buen vaso de agua fría. Le encantaba despertarse en mitad de la noche para ese tipo de cosas, pues sabía que luego

tenía el premio de volver a la cama y seguir disfrutando de varias horas más de sueño. Tras beber agua y volver al dormitorio se quedó plantado en el umbral de la puerta. Allí permaneció durante unos minutos observando a Alicia. Le encantaba observarla a escondidas cuando ella no se daba cuenta. Le encantaba oír unos ruiditos que hacía cuando dormía profundamente, como los que hace un bebé cuando está cogiendo el sueño. Era tan dulce. Tan bella. Durante ese instante de tiempo se sintió el hombre más afortunado del mundo. Finalmente se dirigió hacia la cama e intentó acomodarse casi como un funambulista que guarda el equilibrio a

cien metros de altura. No quería despertar a Alicia. Una vez dentro, se tapó ligeramente con la sábana y sonrió de pensar las horas de sueño que aún le faltaban a la noche. De repente, entre sueños, Alicia se giró sobre sí misma y pasó unos de sus preciosos brazos sobre su cintura.

Atalanta estaba en la cocina de su gran casa sentado sobre un taburete y apoyado sobre una encimera que hacía las veces de barra americana. Se acababa de servir un café caliente y ojeaba distraído las noticias del día desde su viejo y anquilosado ordenador. Siempre estaba al acecho de una noticia

que pudiese serle útil en alguna de sus investigaciones. A parte de comprobar aburrido las noticias de política que hablaban sobre la ascensión en el poder del partido Nuevo Horizonte, hubo algo que sí le llamó la atención Acababan de encontrar un nuevo banco de peces muertos a orillas de la playa. La noticia enlazaba hacia otro artículo de opinión de un reputado científico que alertaba a quién quisiera oírle, de los efectos devastadores del cambio climático. Una cierta sensación de desazón le invadió y pensó cómo el ser humano estaba acabando con la vida en el planeta. Sus acciones se propagaban cada vez más rápido y no le era raro pensar que quizá

dentro de cinco o seis generaciones nuestros descendientes se encontrarían con un planeta yermo e inservible. «El ser humano es el peor de todos los virus», pensó. Casi de forma inconsciente dirigió su mirada hacia la escalera que conducía hasta el dormitorio de su hija. Le apenó pensar que casi nunca coincidían juntos en el desayuno. Atalanta se levantaba muy temprano para comenzar su turno en la comisaría y ella tenía un horario muy flexible en una agencia de publicidad, lo que le permitía despertarse a unas horas impensables para el resto de personas trabajadoras. Agarró con fuerza el café con sus dos manos, como si con ello

fuera a calentar su viejo y cansado cuerpo, y dejó volar sus pensamientos hacia otros días en los que las cosas eran bien distintas, mejores; aquellos días en los que su mujer aún seguía con vida llenando de alegría y sueños aquella casa que ahora estaba incompleta, días en los que no había piratas informáticos ni organizaciones mundiales como MASK o Nuevo Horizonte, días en que todo era más fácil, cuando los malos eran muy malos y los buenos eran muy buenos, días en que los peces no morían a orillas de la playa.

Cameron no podía conciliar el sueño pese a que eran más de las cinco de la

mañana. Había dormido algo pero se había despertado súbitamente, asustada por algún mal sueño que ya no recordaba. Así que mientras el sueño volvía a buscarla, jugueteaba mirándose en el espejo que tenía frente a su cama. Estaba tumbada y cerraba con un ritmo cadencioso cada uno de sus ojos profundamente verdes. Cuando sólo mantenía el ojo izquierdo abierto veía las cosas de una forma. Cuando el que abría era el derecho, veía las cosas de forma bien distinta. Tras unos minutos jugueteando abrió los dos a la vez y observó su rostro durante largo tiempo. Lo miraba tan profundamente que casi tuvo la sensación de introducirse a

través de aquel espejo. ¿Por qué son tan misteriosos los espejos? ¿Hacia dónde van? Dejando volar su imaginación se imaginó viajando hacia otros países del mundo junto a Caronte. Quería escapar de aquella ciudad corrupta y condenada a una muerte segura. Se imaginó andando por las playas de Manly en Australia, aquel pequeño barrio al que su abuelo la llevo cuando era pequeña y donde las cosas parecían ser más fáciles. Era como otra vida, incluso un planeta diferente al que ella estaba acostumbrada. De repente no reconoció el rostro que veía ante el espejo. Era ella, sí, pero se notaba distinta. Un sentimiento de vergüenza se apoderó de

la joven al recordar cómo incluso se atrevió a plantearse abandonar aquella ciudad sin Yann y sin Caronte, e incluso extrayendo algo del dinero que habían robado hacía pocos días del Banco Central de la ciudad. Por suerte ese sentimiento de angustia se le pasó en el instante mismo en que puso sus pies sobre las oficinas del banco; había sido un sentimiento estúpido y cobarde. Ahora lo sabía. Pero le atormentaba pensar por qué la Cameron de hacía unos días no lo había visto con tanta claridad. Se maldijo una y mil veces. «¿En qué estaría pensando?». Cómo podemos creer ciegamente una cosa un día y después darnos cuenta del

tremendo error que íbamos a cometer. Hay errores que se pagan. Por suerte ella pudo rectificar a tiempo y nadie se enteraría jamás de aquellos pensamientos. Casi sin darse cuenta, una sensación de paz y tranquilidad se apoderó de Cameron mientras que la imagen reflejada en el espejo se desvanecía poco a poco, huyendo hacia ese lugar en el que se encuentran escondidos los sueños. Se había quedado dormida.

Las paredes del Café Estigia habían recibido con el paso de los años varias capas de pintura para impedir que los

secretos que guardaban no salieran a la luz jamás. Era un local amplio y a media luz, quizá demasiado oscuro para la gente que no venía a charlar de los disimulos que se escapaban a hurtadillas de la comisaría. Quizá demasiado luminoso, para las decenas de *polis* que acostumbraban a refugiarse en aquella cueva recóndita, después de una jornada de trabajo excesivamente sobria y estresante. El Estigia era una suerte de cafetería y restaurante donde se podían pedir unos pocos platos que hacían las delicias de su parroquia más fiel: hamburguesas con un toque gourmet, lasañas de ver-duras o algún plato de carne con salsas exóticas, poco más.

Tenía una gran barra de madera de roble desde la que el dueño de unos sesenta años, se atrincheraba entre miles de botellas de whisky y serpentines de cerveza de importación, algunas traídas desde los lugares más recónditos del mundo. Abraham, que así se llamaba el dueño, tenía el pelo canoso y ralo, su aspecto orondo se asemejaba a la idea mental que todos tenemos de un fraile o un obispo.

Una de las mesas más alejadas de esa opulenta barra que presidía el local era la que habitualmente ocupaban Marc Falco y Atalanta. Se habían acostumbrado a pasar allí largas horas peleándose con un mundo cambiante que

cada vez entendían menos. Marc Falco era joven, se acercaba peligrosamente a la cuarentena pero su espíritu, como le solía recordar tantas veces Atalanta, era el de un veterano en mil batallas, jubilado ya de las oportunidades que la vida brinda en algunas ocasiones. Por eso, aunque la diferencia de edad entre Atalanta y Marc era evidente, a ambos les había unido una gran amistad acrecentada por las burbujas de la cerveza de importación y las horas que pasaban entre las paredes del Estigia. Aquellas paredes se hallaban tabicadas por las miles de páginas y aventuras de un sinfín de libros que ocupaban las estanterías que estaban hechas del

mismo material elegante de la gran barra. Los libros estaban tan en desuso que casi se habían convertido en un *atrezzo* de cartón piedra. Los policías que terminaban su turno no se demoraban con cualquier excusa en el Estigia, antes de acudir a su hogar, para sentarse a leer un libro. Lo hacían para buscar compañía y unas buenas orejas a las que contarle los temores y preocupaciones que les atormentaban. A menudo Abraham era el receptor de esas historias de *polis* que a nadie en la ciudad parecía importar. Una vez, un cliente se sentó en un rincón apartado y tras varios minutos mirando absorto aquella ingente biblioteca, decidió sacar

un libro y ponerse a leer durante horas sin más compañía que un buen vaso de cerveza. Abraham nunca supo si ese cliente era policía, pero fue un día feliz que siempre recordaba con cariño.

Los policías que asiduamente acudían allí no sólo habían conseguido unos precios especiales sino que contaban con miles de privilegios. Allí se realizaban reuniones importantes, demasiado informales y secretas como para realizarlas en la comisaría que estaba varias manzanas más allá. Muchos *polis* citaban a sus informantes en aquellas mesas que olían a madera y a whisky escocés de pura malta. Incluso en más de una ocasión, con motivo de

alguna fiesta privada, habían cerrado el local de cara al público y lo habían convertido en un reservado exclusivo para policías, donde los pecados capitales campaban a sus anchas sirviendo alcohol hasta que el amanecer los sorprendía. En esos casos, Abraham no tenía más remedio que dejarles las llaves y marcharse a casa para que sus ojos no vieran lo que su corazón temía. Por suerte, la Jefatura de Policía era buena pagadora y siempre dejaba un cheque excesivo para cubrir los desperfectos.

Aquella noche Atalanta y Marc charlaban acaloradamente sobre diversos temas. Siempre comenzaban

por alguna situación que había ocurrido en la comisaría, pero poco a poco, con cada cerveza, los temas iban tocando las más diversas temáticas. Esa noche, como casi siempre ocurría en los últimos meses, se les había unido el pipiolo que ambos tenían bajo su protección. Había demostrado un gran interés por los temas relacionados con MASK y eso le agradaba a Marc Falco. El pipiolo aún no tenía suficientes galones para dirigir o participar todo lo que le gustaría en la conversación, así que la mayor parte del tiempo se limitaba a escuchar embelesado.

—¡Ese tío es un auténtico inútil!
¿Cuántos formularios tengo que

rellenarle para que me autorice a disponer del maldito GPS? —Marc Falcó mostraba su desagrado con uno de sus compañeros de oficina, con la vehemencia que sólo el alcohol provoca en los argumentos.

—Lo sé Marc, lo sé. Pero ese tío lleva allí más años que la puerta. No te creas que el gran jefe lo va a echar de allí así como así... —le replicó Atalanta que sentía una gran admiración por las cosas que llevaban en la comisaría mucho tiempo.

—Pues deberían echarlo. Yo mismo rellenaré un formulario que ponga su viejo culo en la calle. ¡A ver qué cara pondrá! — ambos estallaron en unas

sonoras carcajadas que arrancaron una sonrisa en el rostro de Roberto, que por su cara de póker no tenía ni idea de lo que estaban hablando.

—¡Pobre hombre! No sé dónde podría ir si lo despidiesen del cuerpo...

—Podría terminar aquí, sirviendo copas, o limpiando los baños... Su cerebro le ofrece lo justo para pasar el día —bromeó de nuevo Marc entre más y más risas—. Hablando de copas. ¿Queréis otra ronda?

—Es tarde ya, Marc...

—¡Venga! La última... esta vez invito yo... no tengo nada que me reclame en mi casa...

—¡Maldición! ¡Está bien! Mi hija

está unos días fuera de la ciudad por un congreso... me tomaré una más —aceptó Atalanta como si aquella decisión hubiera sido la más arriesgada que había tomado en toda su vida.

—¿Tú qué dices novato? ¿Te apuntas?

—No. Creo que por una vez y sin que sirva de precedente me voy a ir. Mañana me toca patrulla temprano. ¡Pasadlo bien chicos!

—¡Hasta mañana! —corearon al unísono Marc y Atalanta, con tono tabernario.

—Otra ronda Abraham —ordenó Marc mientras describía círculos con su mano

—Gracias Marc, Dios sabe que dentro de poco sólo me quedará mi escasa pensión de *poli* retirado, así que toda invitación es bienvenida. Por cierto, ¿cómo llevas tu investigación paralela sobre Máscara de Muerte?

—Muy avanzada. ¿Sabes? Se está convirtiendo en toda una cruzada personal. Creo que nadie en esta ciudad está preocupado por los negocios de esa gente. A menudo todos miramos hacia otro lado, somos egoístas y complacientes mientras no nos afecte a nosotros. Pero eso debe cambiar.

—Te entiendo, eres joven, tienes ideales. Yo en algún momento también quise cambiar esta ciudad, aunque ya no

recuerdo cuando fue... —de repente el tono de voz de Atalanta sonó anciano y depresivo, como si hubiera sido atravesado por mil años de vejez.

—No tiene nada que ver con la edad. Es querer cambiar las cosas, hacer de esta ciudad un lugar mejor...

—Hay quien piensa que MASK está haciendo del mundo en-tero un lugar mejor, tienen ideales.

—¡Vaya! ¿Ahora estás con ellos?

—No. Sólo digo que defienden unos ideales. Si eres objetivo e investigas todas las aristas de este prisma verás luces y sombras, pero también gran cantidad de tonos grises. Si algo me ha enseñado esta ciudad es que las cosas

no son o blancas o negras.

—No sé...

—Si te fijas, nadie perteneciente a MASK ha realizado nunca ningún acto delictivo sobre esta ciudad, no ha puesto en peligro a ningún ciudadano corriente, ni ha amenazado a nadie. ¡Joder! Ni siquiera han intentado nada contra nosotros los policías, sólo víctimas políticas o mafiosos de medio pelo que están oxidando la ciudad con sus malos aires. En el fondo MASK nos protege de eso, o no... La verdad es que yo tampoco lo tengo claro.

—Te entiendo.

—Sólo digo que antes de juzgar a algo o a alguien hay que molestarse en

entender su historia, sus antecedentes y sus motivaciones. Por lo que sé, MASK es un movimiento global que surgió tras las guerras mundiales durante la Guerra Fría. El siglo XX ha sido un siglo aterrador lleno de sombras, MASK no es más que un mal necesario que ha surgido de la conciencia colectiva de un montón de personas. Actualmente estamos en un periodo de paz, el más largo que se recuerda. Pero posiblemente una nueva guerra vuelva a estallar antes o después, a nadie le extrañaría si analizas la tensión política en Oriente Medio o las fechorías que se están cometiendo en África. Estamos pues, en un nuevo periodo de entre

guerras y la civilización moderna y acomodada no está preparada para volver a las armas.

—En eso... en eso tienes toda la razón —Marc contemplaba absorto a Atalanta mientras argumentaba toda su exposición. Desde luego el viejo *poli* sabía cómo hablar y explicarse, así que Marc pensó que no podía ponerle ningún pero a su disertación, sostenida por la seguridad que sólo el alcohol sabe inferir en las personas que lo han tenido todo, y ahora no les queda nada—. Atalanta... te tengo que pedir un último favor.

Filip y Tyen compartían una mesa, a escasos metros de dónde Atalanta y Marc solían charlar durante largas horas sobre Mask, aunque aquella noche ninguno de los dos detectives había hecho acto de presencia. El Estigia se había convertido en un lugar habitual durante sus largas noches espiando los movimientos de aquellos dos policías, que parecían haberse obsesionado con La Organización y más concretamente con todo lo relativo a Caronte y Cameron. Sin duda era osado adentrarse en las aguas poco profundas del Estigia, una cafetería infestada de policías.

Desde siempre habían mantenido un perfil bajo y solían entrar ligeramente

disfrazados para no ser reconocidos: gorras, gafas, pañuelos constituían algunos de sus adornos, pero quizá la propia embriaguez de aquellos policías era su mejor disfraz. Entre un mar de jarras de cerveza que no calmaban la sed de su interior, oían y analizaban toda la conversación que los detectives a los que vigilaban desde hacía semanas iban teniendo. Pero aquella noche no había nada que escuchar, así que Filip y Tyen acordaron levantarse de la mesa a golpe de miradas. La complicidad de unos ojos que se entendían a la perfección desde hacía años. Extraños compañeros de viaje. La conexión entre una pareja surge por la particular forma de ver el

mundo que ambos tienen común, el hecho de romper a reír por las mismas cosas o por situaciones que al resto de gente le importan menos que nada.

Dejaron el dinero para pagar la cuenta sobre la mesa manchada con los posos de todas las cervezas que se habían tomado, y se largaron sin mirar atrás. Al salir comprobaron que el cielo estaba cambiante, como si la lluvia peleara con las nubes para hacerse notar; ella tenía algo que decir aquella noche que se antojaba cada vez más fría y solitaria.

Los dos jóvenes no habían alcanzado la treintena. Filip era un chico espigado, mulato y con la cabeza completamente

afeitada al cero, cara redondeada como una luna llena y una nariz casi tan gruesa como sus labios. Sus orígenes eran difusos, formados por un crisol de culturas que se extendía durante varias generaciones. Ni el mejor experto en heráldica tendría la paciencia suficiente para desenmarañar las raíces de su árbol genealógico. El color de sus ojos era verdoso y resaltaban luminosos en su piel oscura. Tyen en cambio era de una piel muy blanca; su pelo ralo y castaño encuadraba una cara de facciones extrañas, pero que le confería un aspecto de belleza misteriosa. Ambos estaban en muy buena forma, solían vestir camisetas sin mangas para lucir

unos brazos esculpidos por largas jornadas de trabajos en la calle.

Caminaban dejándose llevar por la corriente de las calles sonámbulas de la ciudad y hablaban sobre las conversaciones que habían estado escuchando últimamente relacionadas con Cameron, Caronte y el resto de La Organización, como si quisieran repasar mentalmente y ordenar en voz alta todas aquellas ideas que se esfumaban como el humo de un cigarro que descansa solitario sobre un cenicero abandonado.

De repente, la ligera brisa nocturna se tornó en un viento incómodo y las nubes se convirtieron en agua por uno de

esos misteriosos encantos que tiene la naturaleza. Empezaba a diluviar, parecía que la Madre Tierra gemía desde lo más hondo de su refugio. Así que Filip y Tyen se afanaron en buscar rápido algún refugio donde cobijarse. Si algo les había enseñado aquella ciudad es que las lluvias eran repentinas y efímeras, como el amor que te sorprende y te deja con tanta facilidad, pero igual de intensas. Las calles estaban desoladas y cada vez parecían más y más estrechas.

A escasos metros divisaron una pequeña tienda que ocupaba una esquina en la intersección de dos calles que hacía tiempo que habían olvidado sus propios nombres. Ambos amigos se

miraron y asintieron como dando entender el uno al otro, que aquella tienda sería el mejor refugio que podrían encontrar a aquellas horas de la madrugada.

—Creo que es una buena noche para coger algunos víveres. ¿Qué te parece Tyen? —preguntó Filip a su compañero de fatigas, haciendo oír su voz entre el repiqueteo de la lluvia.

—Creo que es una noche perfecta, Filip. No hay ni un alma en las calles.

—Podemos esperar a que pase la tormenta y darle un buen palo al dueño. Ni siquiera lo verá venir.

—¿Lo hacemos como siempre?

—Sí, tú dirígete al mostrador y yo

cubriré la salida.

Tyen apretó el paso y se puso por delante de su amigo Filip. Quería entrar el primero en la pequeña tienda de comestibles para que el tendero centrara toda su atención en él y se olvidara por completo de Filip. Para asaltar aquella tienda sólo contaba con una pequeña pistola desgastada que ni siquiera estaba cargada. Pero por si acaso, con un movimiento automático se la introdujo en la parte de atrás de sus vaqueros para impedir que fuera advertida a primera vista.

La lluvia caía sin consuelo y empapaba las calles con ideas frescas y nuevas. Antes de entrar, Tyen observó

cómo el agua se filtraba por el asfalto y se hundía sin remedio por una de las alcantarillas. Le encantaba detenerse en pequeños detalles, efímeras fotografías que poca gente percibía, pero estaban allí. En la carretera, junto a la puerta de aquel establecimiento, había restos de gasolina de algún coche que seguro tenía una buena historia que contar. Al caer la lluvia sobre aquel charco de combustible se dibujaron unos extraños colores parecidos a los del arcoíris. Tyen no pudo más que observarlos durante unas fracciones de segundo y se sorprendió pensando en la belleza que encierra el mundo cuando sabes hacia dónde mirar.

Ambos entraron finalmente en la pequeña tienda que parecía desierta. Unas luces de neón escupían un ruido cadencioso e irritante como el de un insecto perdido. El comercio constaba de cinco hileras de estantes con toda clase de artículos de conveniencia: comestibles, revistas, golosinas, refrescos, herramientas y algún paraguas. Las bebidas alcohólicas y el tabaco se encontraban a buen recaudo tras la barra del mostrador desde la que el tendero despachaba a sus clientes. Todo estaba como en penumbra, como bañado por una luz ocre que caía derramada de aquellos ruidosos neones. Tyen divisó desde la puerta al tendero,

una figura hirsuta a la que sin duda la vida no había tratado muy bien. Después de observarlo durante unos segundos, se dirigió hacia él a toda prisa con paso decidido. Filip desde la retaguardia aprovechó para cerrar la puerta de la tienda y girar la parte del letrero que indicaba que el comercio estaba abierto, por el otro lado del cartelito que sin duda espantaba a los clientes con un escueto y estricto «Cerrado».

Cuando Tyen estaba cara a cara frente a aquel comerciante de sombra triste y alargada, le espetó sin más: «Esto es un atraco». De repente el tipo que estaba detrás del mostrador cambió su rostro y se convirtió en pura furia.

Buscó a algo a tientas por debajo del mostrador, mientras Tyen lo observaba con desconfianza y recelo. Finalmente, justo de debajo de la caja registradora sacó un arma. No era un arma cualquiera, era un Kalashnikov. Un mítico rifle AK-47.

Caronte andaba sigiloso arrastrando su sombra por una de las calles vacías de la ciudad. La reciente lluvia había borrado sus huellas que hoy tenían un leve color naranja recuerdo. Además el agua caída había terminado con cualquier posible rastro de aje-treo, así que andaba con aire distraído mientras

fumaba un cigarrillo y su mirada se detenía para jugar con los diversos edificios y escaparates de la ciudad. Era tarde y no conseguía dormir, algo habitual en los últimos días. Aún se sorprendía preguntándose a sí mismo por qué había perdonado la vida a dos personas. Primero fue aquel asesino de medio pelo al que salvó su existencia cuando consiguió recuperar el disco extraíble USB de Drake, lo había mirado a la cara y había sentido compasión por él. Al fin y al cabo no era más que un jovenzuelo explotado por una mafia rusa. Después a Sandra Amero, aquella líder de Nuevo Horizonte a la que había permitido vivir

un día más para encontrarse con su hijo, con el que se hallaba dentro del coche en el momento en que iba a asesinarla. Las cosas estaban cambiando y eso le atormentaba. ¿Estaría transformando su actitud? ¿Ya no era un profesional al servicio de la muerte? ¿Qué clase de asesino a sueldo perdona la vida de sus víctimas? En eso andaba pensando, cuando, ansioso por encender otro cigarrillo, se percató con frustración de que no tenía más tabaco. Se palpó nervioso por todos los bolsillos de su pantalón y de su ligera chaqueta marrón. Nada. No le quedaba ni uno. Por un momento sus pensamientos se esfumaron por una de las chimeneas de su cabeza y

su mente detuvo toda su maquinaria para focalizarse en una única cosa: encontrar tabaco a esas horas de la madrugada, en una ciudad que parecía desierta. Sus pies siguieron arrastrándose durante unos metros más como si tuvieran vida propia y las gotas de lluvia se resbalaban por sus hombros filtrándose por los poros de su amplio tatuaje negro que le asomaba por el cuello. Había perdido toda esperanza de encontrar algún comercio abierto, así que la idea de dejarse vencer y volver a casa paseando por la playa e intentar encontrar sus sueños en la comodidad de su cama, había cobrado fuerza. Pero en eso, su mirada se detuvo en una pequeña

esquina en la que parecía haber una pequeña tienda abierta. Anduvo un poco más para cerciorarse que realmente era una tienda y que estaba de servicio, que no era como uno de esos espejismos en los que los dibujos animados divisan un oasis en medio del desierto. Al confirmarlo visualmente en su rostro se dibujó una sonrisa burlona, casi traviesa. Se dirigió hacia allí con decisión, cruzó la calle sin mirar a ambos lados pues estaba seguro que ningún coche le saldría al paso en una noche tan solitaria, y finalmente logró alcanzar la puerta del establecimiento. De repente, la sonrisa que todavía colgaba de su rostro se convirtió en una

mueca de rabia cuando sus ojos se toparon de lleno con un escueto cartel que arrojaba la palabra «Cerrado», la cual le azotó en el rostro con una bofetada de indiferencia. «Maldita sea», se dijo una y mil veces. Echó un vistazo alrededor y comprobó que unos rótulos de neón arrojaban mensajes publicitarios tan creativos como «venta de bebidas alcohólicas», «venta de tabaco». No podía ser, ¿le estaban tomando el pelo? Se decidía a dar media vuelta y largarse por donde había venido cuando en eso oyó un ruido sordo que parecía provenir del interior de la tienda. Se quedó inmóvil durante unos segundos, como el gato que se paraliza

ante los focos de un automóvil en mitad de la noche. No había duda, había oído un ruido y ahora incluso aseguraría que había oído voces. Ante tal descubrimiento, se giró de nuevo con decisión y tentó su suerte agarrando con fuerza la manivela de la puerta y empujando para abrirla. Al principio ésta se resistió un poco, pero finalmente consiguió que la desvencijada portezuela se abriera.

El rostro de Tyen era el miedo. Aquel tendero al que quería atracar era un maldito tarado, de eso no cabía ninguna duda. Y por eso lo tenía frente a frente, apuntándole con un Kalashnikov.

Tyen se quedó de piedra y no podía apartar la mirada de los ojos dementes de aquel tipo. ¿Le estaba apuntando con un Kalashnikov? ¿De dónde mierda lo había sacado? Un grito de Filip le arrancó de aquella parálisis por lo que por fin volvió a la realidad, se percató de la situación y el pánico le hizo temer por su vida.

Así que empujado por un golpe brutal de adrenalina dio un salto hacia atrás y se parapetó detrás de uno de los estantes de la tienda. Filip corría en dirección a su amigo por el pasillo central y cuando comprendió que su vida también corría peligro, imitó los movimientos de su compañero y también

se escondió entre unas cajas de cerveza. Allí permanecieron los dos durante unos segundos, mirándose a la cara con gesto de incredulidad, sentados en el suelo con sus espaldas apoyadas en sus improvisadas trincheras y asomando levemente la cabeza para no perder de vista a aquel tipo que estaba fuera de sus cabales. Inesperadamente, el silencio se rompió con un grito atronador del tendero, como si su alarido buscara a sus presas por los pasillos de la tienda: «¡A mí nadie me roba más, malditos hijos de puta!»

Filip y Tyen volvieron a cruzar sus miradas durante unos segundos, miradas cargadas de terror e incredulidad. «¿Qué

diablos estaba pasando allí?». Inesperadamente, algo les sacó de su ensimismamiento y provocó que los dos dirigieran sus ojos hacia la puerta. La cara de incompreensión ya fue total cuando ambos observaron atónitos que alguien había abierto la puerta del comercio y se disponía a entrar. El cliente, tan misterioso como poco oportuno, sólo podía ser alguien lo suficientemente desesperado como para buscar una tienda a esas horas de la madrugada. Gabriel Caronte buscando un último cigarrillo que echarse a la boca encajaba a la perfección con ese perfil.

—¡Creía que habías cerrado la

puerta! —le espetó Tyen a Filip con gesto de reprobación.

—¡Puse el cartel de cerrado! ¿Qué más querías que hiciera? —le contestó al instante Filip.

—¡Cerrar la puta puerta con pestillo! ¿En qué estabas pensando?

—¡En que nadie fuera a entrar.

Mientras Caronte se dirigía distraído por el pasillo central que llevaba hasta el mostrador mirando aquí y allá los distintos productos en oferta, su boca se deshacía en agua pensando en echarse un último cigarro antes de irse a dormir. De pronto, detuvo sus pasos y miró con asombro cómo dos chicos se escondían agazapados detrás de unos estantes.

Parecía que estaban gritándole algo con claros ademanes de urgencia y de peligro. El tiempo se detuvo, los ecos de las voces de los muchachos llegaban a los oídos de Caronte como acolchados. Todo sucedía como a cámara lenta, muy lenta. Caronte miró hacia el frente y buscó con sus ojos el mostrador. Estaba claro que allí pasaba algo y ese era el único sitio desde el que podía originarse un peligro. Su rostro palideció y se convirtió en pura perplejidad cuando descubrió que el dueño de la tienda sostenía una metralleta entre sus manos. Un instante, dos, tres. Todo volvió a la normalidad, los hechos volvían a suceder a una velocidad normal y ahora

sí entendió lo que aquellos tipos trataban de decirle: «¡Lleva un arma! ¡Ponte a cubierto!».

Caronte reaccionó, así que también él buscó un lugar en el que esconderse. Y lo hizo a escasos metros de donde se guarnecían aquellos dos chicos. El tendero parecía disfrutar con el nuevo giro de los acontecimientos, una nueva presa había caído en su telaraña. Lo celebró disparando una ráfaga de disparos que pasaron silbando por encima de las cabezas de Tyen, Filip y Caronte. «¡Os mataré hijos de puta, no podéis esconderos!».

—¿Qué leches está pasando aquí?
—preguntó Caronte a gritos, para

hacerse oír por encima del ensordecedor ruido de la metralla.

—¡Ese tío es un tarado! Se ha vuelto loco de repente... —se adelantó en responder Tyen.

—¡Caronte! Sabemos quién eres. Nosotros también trabajamos para MASK.

—¿Qué? —preguntó atónito Gabriel Caronte mientras seguía agazapado, temiendo por su vida.

—Somos parte de su red de espías.

—De hecho, estamos encargados de vigilarte y protegerte —apostilló Filip que hasta ese momento había permanecido en silencio, mirando siempre de reojo al tendero que

continuaba atrincherado tras el mostrador.

—¿Protegerme? ¿En serio? ¿Me estáis tomando el pelo? — preguntó Caronte cargado de ironía.

—Mira, no te voy a engañar, íbamos a darle un palo a ese pobre idiota, robarle un par de cosas sin importancia. De repente se volvió como loco, como poseído por el diablo.

—Sí tío, así ha sido. Te juro que no hemos hecho nada. Joder ni siquiera vamos armados —volvió a apostillar Filip.

—¿No vais armados? ¡Estupendo!
¡Eso me deja mucho más tranquilo!

Caronte los miraba perplejo, como

si le acabaran de anunciar que se había logrado la paz en el mundo. Los tenía delante de él a menos de un metro así que los miraba con cara de profundo asombro. Filip y Tyen estaban sentados con sus espaldas apoyadas en los estantes, cada uno a ambos lados del pasillo central. Así que Caronte era el único que tenía una buena visión del tendero. El hombrecillo enjuto y malhumorado seguía sosteniendo su ametralladora AK-47 pero había parado de disparar sin ton ni son, así que permanecía inmóvil ojo avizor, con su dedo índice rozando el gatillo. El arma era un rifle maravilloso, heredado de su abuelo Jonás que se había hecho con él

durante una extraordinaria historia en el mar de Japón, en la que también había encontrado a un pequeño cerdito llamado Pu vagando por alta mar. Pero lo de su abuelo era otra historia. En honor a la verdad se trataba de una gran historia. En cambio, la vida del tendero era insignificante y estaba harto de que su tienda fuera objeto de deseo para sinvergüenzas y ladronzuelos de poca monta. Así que aquella madrugada, cuando se disponía a salir de casa para abrir su pequeño comercio tuvo la idea de coger su Kalashnikov y enfrentarse a quien quisiera ir a robarle. El nombre de aquel tendero era Fausto y vestía una discreta camisa azul que le daba un

porte avejentado. El cabello lo tenía ralo y su avanzada calvicie enmascaraba su verdadera edad, más corta de lo que muchos podrían pensar. Adjetivos como demacrado o perdedor parecían estar pegados en su espalda, como un muñeco de papel en el Día de los Inocentes. Estaba casado con su esposa Beatriz, una farsa que duraba demasiados años y en la que ambos actuaban como actores principales de un olvidado teatrillo de marionetas. Así que el cerebro de aquel pobre hombre era una auténtica olla a presión a punto de saltar por los aires. Su penosa vida lo había arrastrado de derrota en derrota y cada vez tenía menos fuerza para volver a levantarse

tras sufrir una caída. Además, la figura de su abuelo Jonás lo eclipsaba allá por donde fuese. Su vida no estaba llena de aventuras ni de mujeres maravillosas como su abuela, y eso le hacía hundirse más y más profundamente en las fauces de aquella ciudad, capaz de devorar los sueños de cualquiera.

Aquel que no tiene nada que perder es el enemigo más peligroso. Aquella afirmación retumbaba en la cabeza de Caronte que comprendió a la perfección las penosas circunstancias en las que se encontraba aquel hombrecillo, mientras lo observaba aferrado a su rifle como si le fuera la vida en ello.

—Está bien chicos. ¿Cómo os

llamáis? —preguntó Caronte tras analizar la situación y girando su cabeza a ambos lados para dirigirse a sus compañeros de batalla.

—Yo me llamo Tyen. Y él es Filip.

—¿Tyen? ¿Filip? ¿Se puede saber qué clase de nombres son esos? —preguntó Caronte con cierto deje cabreado, aquella situación surrealista y esperpéntica comenzaba a cansarle.

—¿Qué pasa? Filip es un nombre que me puso mi padre, viene de Phillip Island, una isla australiana en la que vivió durante uno de sus viajes. Le encantaba esa puta isla. Y Tyen, bueno eso viene de... —Filip interrumpió su discurso ante una nueva ráfaga de

disparos que enmudecía con ruido sordo toda la estancia.

—Vale. Vale. Me importa una mierda de dónde vengan vuestros nombres. Está bien. Ésta es la situación. Aquel maldito loco está armado con una AK-47. Un Kalashnikov. No sé cuántos cartuchos más tendrá bajo el mostrador, pero un paso en falso y seremos devorados por la metralla en cuestión de segundos. Necesito que uno de los dos le distraiga. Tengo que avanzar un poco para tener mejor posición de disparo.

—¿Llevas tus pistolas? —preguntó Tyen.

—Siempre las llevo —dijo Caronte, al que la pregunta pareció sorprenderle.

Esos tipos sabían más de él de lo que en un primer momento se había imaginado.

—Está bien. Yo lo haré —se ofreció Tyen—. ¿Qué necesitas? —Perfecto. Necesito que lo distraigas. Puedes correr en cuclillas a lo largo de este estante, si agachas la cabeza no tienes por qué ser alcanzado por ninguna bala.

—Entendido.

—Filip. Tú puedes arrojar cualquier cosa que tengas a mano. Intenta darle un buen golpe con esos botes de sopa. El tipo está lo suficientemente grillado para disparar a todo lo que se mueva. Eso nos dará una pequeña opción para derribarlo y salir cagando leches de aquí.

—¿Y por qué no intentamos salir corriendo de la tienda? — preguntó Filip.

—Ni hablar —objetó rápidamente Gabriel—. La salida está demasiado lejos y desde el mostrador tiene una visión perfecta de la puerta.

—Entendido —dijeron ambos al unísono.

—Genial chicos. Pues a la de tres, Tyen saldrá corriendo hacia el tendero como si fuera a atacarle.

—Ok.

—Recuerda correr con la espalda flexionada y usa tus brazos para cubrirte la cabeza. Filip —dijo girando la cabeza hacia el otro joven—. Tú arroja

en su dirección cualquier objeto que tengas a mano. Con eso lograremos distraerlo y nublarle el campo de visión. ¿Estáis listos?

—Sí —volvieron a responder al unísono. —Ok. Pues una, dos...

—¡Espera! ¿Cuándo digas tres o cuando digas una, dos y vamos?

—Maldita sea. Diré tres y todos nos ponemos en marcha.

Caronte desenfundó sus dos pistolas y las puso rozando su rostro, con los dos cañones muy afilados y apuntando hacia el techo. En eso, como si oliera los planes de sus víctimas, Fausto comenzó a gritar cosas ininteligibles y a adornar la tienda con toda clase de insultos y

palabras de dudoso gusto.

—¡Entendido! —dijeron ambos al unísono. —Muy bien. Una...dos y ¡tres!

Los tres individuos se pusieron en marcha con un salto, con una coordinación perfecta, parecía que hubieran estado ensayan-do una coreografía de baile durante años. Tyen se dirigió hacia el mostrador corriendo con la espalda doblada como si buscara una moneda por el suelo. Sus brazos le cubrían la cabeza pero podía oír perfectamente como las balas que escupía aquel Kalashnikov pasaban cantando sonatas de muerte a escasos centímetros de él. Filip se percató de la situación y comenzó a arrojarle a Fausto

unos botes de sopa Campbell; Andy Warhol se retorció un poco más sobre su tumba. Muchos de aquellos botes no llegaron ni siquiera a rozar el mostrador, pero finalmente uno de ellos pasó cerca del rostro del tendero que incluso tuvo que detener sus disparos durante una fracción de segundo. Aquella fracción de segundo fue aprovechada por Caronte que se puso de pie y comenzó a avanzar por el pasillo central corriendo de forma directa y kamikaze hacia su agresor. Éste al principio no se había percatado de su presencia, pues estaba disparando a Tyen, pero una sombra le susurró algo por el rabillo del ojo, así que con un golpe de cadera, dirigió su cuerpo y su

mirada hacia Caronte. Gabriel se dio cuenta de que Fausto se giraba para apuntarle directamente a él, por lo tanto, mientras corría saltó hacia adelante y dejando su cuerpo completamente suspendido en el aire, apuntó al tendero y disparó varios veces usando sus dos pistolas a la vez. Bam. Bam. Bam. Bam.

El cuerpo de Caronte se dio de bruces contra el suelo y al caer permaneció inmóvil con sus dos armas fuertemente agarradas y con los oídos bien abiertos. No había ningún ruido. El cuerpo de Fausto había caído desplomado hacia atrás. Estaba muerto. Como de costumbre, Caronte no había errado ningún disparo.

Todos permanecieron en silencio durante unos segundos que parecieron horas. Poco a poco Caronte, Tyen y Filip comenzaron a moverse como saliendo de un largo periodo de letargo. Se palparon para verificar que no habían sido alcanzados por ninguna bala y sus cabezas comenzaron a salir a flote, saliendo de los rincones donde habían estado escondidas, como si de setas se tratasen. Los tres se miraron y sin decir palabra se dirigieron hacia la puerta de salida. Caronte, cogió un paquete de tabaco de uno de los estantes mientras salía. No pensaba pagar nada.

Estaba amaneciendo, la empresa repartidora del periódico local había

dejado un paquete de prensa en el suelo, junto a la puerta, probablemente para que fuera recogido por el difunto Fausto.

—Lo habéis hecho bien chicos —se apresuró a felicitar Gabriel.

—Gracias. No sé qué hubiera ocurrido ahí dentro de no ser por ti. Hemos tenido mucha suerte —dijo Tyen.

—No confíes en tu suerte, Tyen. Las cosas siempre pasan por algún motivo. Espero volver a encontrarme con vosotros en otra situación —Caronte se disponía a alejarse de aquella tienda de los horrores cuando detuvo sus pasos alarmado por la voz de Tyen.

—¡Espera Caronte! —le gritó Tyen al tiempo que Caronte volvía sobre sus

pasos—. Ten cuidado. Ese *poli*... Marc Falco. No va a parar hasta acabar contigo o con Cameron. Está lleno de odio. Lo he visto en sus ojos.

Caronte los miró a ambos con gesto serio, les guiñó un ojo y volvió a darles la espalda para poner rumbo hacia su casa. Había sido una larga noche, de esas que sólo la ciudad sabe prepararle de vez en cuando. Mientras andaba, miró al cielo con gesto triunfal y encendió un cigarrillo. Un nuevo día para estar vivo.

Tyen y Filip de repente se sintieron muy cansados, la adrenalina del momento se había esfumado abandonando sus cuerpos, como los segundos que abandonan el minuterero de

un viejo reloj de pared. Tenían una habitación de motel esperando, así que emprendieron la marcha sin intercambiar ni una palabra. Filip recogió uno de los periódicos que estaban descansando sobre el suelo y le echó un vistazo fugaz mientras andaba. En la portada se podían leer varios artículos. Uno hablaba de un nuevo banco de peces muertos en las playas de la ciudad. En otra columna hojeó un artículo de opinión de un científico que reflexionaba sobre el cambio climático y la desaparición de la foca monje del Caribe, animal que se declaró extinto el 6 de junio de 2008. Una sensación extraña le invadió al pensar que la

Madre Gaia no volvería a ver jamás a aquel ser vivo, pero sobre todo se entristeció al leer por encima que su extinción se debió en gran parte a la acción del hombre. Al parecer la foca era capturada para aprovechar su piel y su aceite. Por lo visto, su carácter amistoso y perezoso no había ayudado en mucho al pobre animal.

Siguieron andando a lo largo de la calle rumbo al motel, la esperanza de una pequeña cama incómoda era música para sus maltrechos corazones. Filip se detuvo en seco al leer el titular del periódico. Con la noticia del banco de peces y de la foca lo había pasado por alto hasta ese momento, pese a las

grandes letras capitales que se habían usado en su redacción. El titular lo dejó atónito y provocó que Tyen se percatara de que su amigo había leído alguna noticia importante, así que se arrimó a Filip y ambos leyeron detenidamente la reseña: SANDRA ARMERO ABANDONA LA POLÍTICA Y DIMITE COMO DIRIGENTE DE NUEVO HORIZONTE.

Unos instantes más tarde, ambos se miraron e iniciaron su marcha con un movimiento acompasado sin mediar palabra. Tyen arrugó el periódico y lo arrojó a una papelera que esperaba con la boca abierta cualquier cosa que echarse a la boca. El mundo está

cambiando.

LIBRO SÉPTIMO

ATALANTA

—¿Y hay gente que jamás mira hacia el cielo? —preguntó Cameron con un cierto toque de preocupación grabado en su voz, mientras se acodaba sobre la barandilla de la azotea del edificio de

Gabriel Caronte.

—En este mundo hay gente para todo —le respondió Caronte empleando una voz muy baja, mientras sus ojos negros se perdían en la inmensidad del universo —. Hay gente que ni siquiera sabe qué es el amor verdadero. Sí. Hay gente que nunca ha mirado al cielo y se ha sentido insignificante.

—El ser humano siempre ha sentido la necesidad de salir de su cueva. De explorar nuevos mundos. Nuevas galaxias.

—No en esta sociedad. No en la actualidad. Ya no...

—¿No confías en la gente, verdad?

—Sí. Creo que confío en casi tres o

cuatro personas —le respondió Caronte con esa ironía de la que siempre hacía gala y que tanto gustaba a Cameron—. Confío en la gente, pero no confío en esta sociedad ni en lo que se está convirtiendo. La masa, la multitud, es idiota. Como colectivo no sabemos trabajar, ni funcionar. Heredamos una tierra, un planeta y lo estamos convirtiendo en un solar yermo, en el que pocas cosas pueden aferrarse ya a la vida.

—Bueno siempre podemos irnos a otro planeta a vivir —soltó entre risas Cameron mientras le pasaba una botella de bourbon *La Rosa Negra* a su confidente.

—Si fuéramos a otro planeta lo aniquilaríamos también, los esquilmaríamos hasta agotarlo del todo. A veces somos como un virus que se propaga y se propaga...

—¿Incluso si llegásemos a uno de esos planetas tuyos en los que se respira azufre? —le soltó Cameron mientras lo miraba de soslayo con ojos traviosos y mordiéndose el labio superior de su boca.

—¡Vete al infierno Cameron! —las carcajadas se oían bien el alto y despertaron a más de un vecino que se peleaba inquieto con las sábanas, tratando de atrapar algún sueño que no llegaba.

—Me iría sin pensarlo si tu vienes conmigo... —Cameron apoyó su cabeza sobre el hombro de Caronte y se enroscó alrededor de uno de sus brazos tatuados. Los dos siguieron contemplando el cielo estrellado durante siglos. En silencio.

—¿Alguna vez te has planteado que pasaría si volviésemos a empezar de cero? —preguntó Cameron rompiendo el silencio —.La humanidad, me refiero...

Caronte no contestó durante unos segundos, como si las palabras de Cameron resbalaran por el cristal mojado durante un día de lluvia.

—Si la Humanidad volviera a empezar desde el principio... —repitió Caronte como para volver a coger el

hilo de la conversación—. Creo que sería muy parecido a lo que hemos visto hasta ahora, ¿no crees?

—No lo sé. Quizá no. Me gustaría ver nuestro planeta pero de forma diferente. Quizá si volviésemos a empezar de cero no nos daríamos la mano como saludo.

—¿Cómo?

—Sí, ya sabes, en lugar de darnos las manos a lo mejor nos saludaríamos frotándonos las narices o tocándonos los tobillos. ¿Quién sabe? O quizás las ciudades serían completamente distintas, quizás nos diera por construir edificios de forma triangular.

—Muchas cosas se repetirían,

Cameron. Muchos patrones. Las ciudades seguirían creciendo junto a los ríos o los mares para aprovechar sus recursos. Los edificios tienen que ser altos para solucionar el problema del espacio y la superpoblación. Somos un virus.

—A lo mejor llevaríamos el pelo tintado de colores... Azul, amarillo, verde...

—A lo mejor no bailaríamos como lo hacemos hoy en día, nuestras danzas serían... no lo sé, distintas.

—¡Exacto! ¡Ahora me has entendido!
—Cameron y Caronte se partían de risa.

—No sé. No crees que estamos perdiendo el tiempo. ¿No deberíamos

enviar gente a explorar el universo? ¿No deberíamos invertir todos nuestros recursos en buscar una tecnología que nos permita viajar por el espacio?

—También hay cosas importantes en la Tierra...

—Sí. Pero, ¿y si no estamos solos? No deberíamos primero entender el Universo, al fin y al cabo es el verdadero lugar al que pertenecemos...

—Supongo que tienes razón.

—Me obsesiona entender la realidad, creo que no nos estamos dando cuenta ni de la millonésima parte de lo que nos rodea. Y si no somos más que una pequeña colonia de bichitos en el jardín trasero de una civilización. Quizá

algún día nos pisoteen como nosotros pisoteamos a un pequeño grupo de hormigas. O quién sabe, a lo mejor en nuestro cuerpo hay toda una civilización de pequeños organismos que han formado sus ciudades, sus escuelas, sus trabajos; pequeños seres como los ácaros, pero aún más diminutos. ¿Qué sabemos de ellos si no podemos ni verlos al microscopio? ¿No seremos nosotros unos microorganismos diminutos que forman parte de un todo más grande?

—Me encanta hablar contigo —le soltó Cameron de repente.

—Y a mí hablar contigo.

—Confía más en la gente, Gabriel.

Hasta el ser más insignificante puede hacer cosas maravillosas. Todo aún no está perdido...

—Sólo tú me haces ver el mundo de otra forma —le dijo

Gabriel Caronte, mirándola fijamente y dejando que su alma se perdiera a través de los ojos verdes de Cameron. Sus manos se encontraban enlazadas y se apretaban con fuerza.

—Gabriel. Si cierras bien los ojos, siempre puedes ver el mar —dijo Cameron.

Tras un rato en el que ninguno dijo nada más, la botella de bourbon fue desapareciendo y su contenido fue a parar a ese lugar del que nunca regresa

el tiempo. La noche era perfecta, el cielo lucía orgulloso un aspecto embriagador. Aún no había amanecido pero desde lo alto de la terraza de Caronte se divisaba a las primeras unidades de la patrulla ecológica, que seguían investigando la misteriosa muerte de miles de peces que inundaban las orillas de todas las playas de alrededor. Los colores azul y rojo de las sirenas de la policía y los bomberos que ayudaban en las labores de limpieza teñían el cielo de un color extraño, misterioso. ¿Qué estaba pasando? El horizonte era difuso y todo quedó impregnado por un color azul recuerdo.

—Cameron, tengo que acercarme al

aeropuerto a entregar un paquete a uno de nuestros asociados. No tardaré nada. Voy en la moto.

—De acuerdo. Hoy me quedaré otra vez a dormir en tu casa. Mi abuelo se quedará más tranquilo.

—Ok. Creo que es una buena idea. Y, Cameron...

—¿Sí?

—Creo que ha llegado el momento de abandonar esta maldita ciudad — Cameron miró a Caronte con una mirada vidriosa, pero que encerraba felicidad. Caronte tenía esas cosas. Soltaba frases lapidarias sin esperarlas.

Ambos descendieron las escaleras que conducían hacia el piso de Caronte.

Cameron entró y se quedó unos momentos sentada en el sofá mientras observaba como Gabriel, el chico al que amaba en silencio, buscaba una cazadora de cuero que contrastaba con el color blanco de su camiseta. Cogió las llaves de la moto y se enfundó sus dos revólveres antes de colocarse con aire distraído su cazadora. Piel de lobo y tejanos, la indumentaria ideal para salir de caza. Sujetó el pomo y antes de cruzar la puerta miró a Cameron, que le devolvió una de esas miradas por las que merece la pena vivir un día más.

Marc Falcó sujetaba entre sus manos una taza de café caliente mientras

observaba desde su terraza la playa. Desde su amplio balcón tenía unas vistas privilegiadas del océano y de toda la costa, que ahora se encontraba plagada por un ir y venir de personas. Recogían peces muertos o extraían muestras del agua y de la arena mientras ahuyentaban a los curiosos, que desde primera hora de la mañana se acercaban al lugar, pese a las recomendaciones de no hacerlo por riesgo toxicológico. Hacía varios días que no podía salir a correr por la playa y eso le molestaba. Así que esas últimas mañanas se había limitado simplemente a observarla desde la tranquilidad de su balcón, como el niño que no puede salir a jugar

en un día lluvioso y que mira descorazonado el jardín de su casa.

En las últimas horas, aquel extraño acontecimiento de la naturaleza había tomado un nuevo giro. Ahora el mar ofrecía un aspecto insólito. Su característico color azul oscuro se había convertido en un color rojizo con tonos anaranjados. Era un espectáculo dantesco, surrealista, no carente de cierta belleza. Mirar un mar de color rojo era como estar en otro planeta. Marc se sentó en una de las sillas de su terraza y abrió el periódico mientras de reojo seguía dirigiendo su mirada una y otra vez hacia ese mar desconocido. Había algo que le atraía, pero ni él

mismo sabría decir de qué se trataba. Según decía la prensa, las últimas investigaciones que se estaban haciendo habían dado ya con una posible causa de este fenómeno que mantenía en vilo a toda la ciudad. Al parecer todo se debía a una plaga de algas: unos organismos unicelulares de color rojo que sin duda explicaban el nuevo color del agua. Además las algas soltaban una sustancia tóxica que podría ser el origen de la misteriosa muerte de los peces. El mundo está cambiando. El planeta ya no quiere ni mirarse al espejo.

Marc apuró su café, y buscó a tientas su teléfono móvil, escondido en algún rincón de su bolsillo. Antes de

encenderlo dio un último trago y dejó la taza descansando sobre la mesa, provocando un ruido metálico que rompió la monotonía de aquel piso excesivamente vacío. Se levantó de la silla y pasó hacia el salón en el que tenía instalada una pizarra blanca con todos los movimientos de MASK. Se quedó observando su pequeña obra de arte durante unos instantes. Después buscó en la agenda de su teléfono de última generación el número de Atalanta. Mientras se decidía a marcarlo reflexionó sobre su relación con el viejo detective. Los últimos encontronazos habían dejado la relación entre ambos algo deteriorada, ya casi no acudían a

charlar durante horas al Estigia. Sin más, pulsó sobre el botón de llamada.

—¿Diga? —dijo Atalanta al otro lado de la línea. Atalanta. Soy yo. Necesito que me hagas un último favor.

Caronte disfrutaba cabalgando sobre su moto a esas horas de la noche, era una sensación única en el mundo. Indescriptible. Realmente era ya casi de día y sentía como el viento acariciaba su rostro limpiando su mente de malos pensamientos. Finalmente accedió al parking del aeropuerto y estacionó su moto en una zona habilitada para esperar a los pasajeros. Debía entregar una

bolsa de dinero a un tal Iván Sala, un matón de tres al cuarto al que MASK debía pagarle un dinero por unos trabajillos de poca monta. Aquel tipo se había topado por casualidad con unas fotografías comprometedoras sobre un político, de modo que MASK las podría utilizar en su cruzada por hacer de este mundo un lugar mejor. Al parecer el político había sido cazado en compañía de una joven parisina llamada Brigitte, la cual tenía instalada una oficina en cada alcoba del barrio de Montmartre. Sin duda su nombre se debía a un extraño homenaje a la actriz más bella del mundo, Brigitte Bardot. Gracia no le faltaba al asunto. Cuando Caronte entró

a las instalaciones del área de llegadas del aeropuerto comprobó muy pronto que había un revuelo fuera de lo normal. La gente corría de allá para acá y todo parecía estar sumido en un profundo caos. Al parecer el avión del tal Iván Sala había sufrido un accidente y no había conseguido llegar al aeropuerto, teniendo que hacer un aterrizaje forzoso a miles de kilómetros de donde ahora se encontraba Caronte, concretamente en una carretera de Estados Unidos. «De locos», pensó Gabriel. Lo bueno es que tenía órdenes estrictas de Capriati de que en caso de que Iván Sala se retrasara o no se presentara, no debía esperarlo, olvidando por completo el

tema de aquellas fotografías y regresando con el dinero. Había algo siniestro en aquel tipo y Capritati no confiaba en él. Por eso había encomendado esta misión, que en circunstancias normales podría haber hecho cualquiera, a Caronte.

Cuando Gabriel se informó del incidente sucedido con el avión dio media vuelta, volvió a montarse en su moto y se largó de allí tan rápido como había venido. Lo que no sabía es que ese matón con aspiraciones planeaba matarlo en cuanto bajase del avión y quedarse con las fotos y todo el dinero.

Nos pasan tantas cosas buenas a

nuestro alrededor casi sin darnos cuenta. Los pequeños giros que el destino nos tiene pre-parados pasan tan cerca de nosotros que si fuéramos conscientes de ellos no podríamos vivir, nos volveríamos completamente locos. Más locos. Cada decisión que tomamos abre un amplio conjunto de realidades paralelas, de posibles futuros, de caminos que recorrer. Gabriel pensó que dados los acontecimientos pasaría por la casa de Cameron para depositar allí el dinero que llevaba guardado en una pequeña bolsa de cuero marrón con toques *vintage*, de esas que exclaman a gritos querer pertenecer a otra época del pasado. En la casa de Cameron el dinero

estaría seguro hasta que Capriati decidiera qué hacer con él. Posiblemente emplearlo para otra misión o para chantajear a algún *poli* corrupto.

Cuando llegó a la casa de Cameron, todo estaba en silencio y todas las estancias recogían del suelo los rayos del sol que se colaban entre las cortinas. Para bajar el volumen de los tormentos de su cabeza, Caronte decidió encender la radio. Un pequeño transistor tan viejo como grande que Cameron guardaba por una extraña sensación de apego. No sabía el motivo, pero no podía desprenderse de aquel trasto anticuado que presidía una gran cómoda del salón.

La casa de Cameron estaba bastante alejada de la ciudad, aunque sus comunicaciones con el centro eran buenas gracias a un tren que transcurría paralelo a la línea que la costa trazaba. La construcción era un pequeño dúplex adosado, que pertenecía a un complejo de viviendas con varias zonas comunitarias como piscinas, pistas deportivas y algún que otro establecimiento con encanto. Por supuesto, debido al profundo amor que Cameron sentía por el mar, todas las habitaciones eran exteriores y uno de los lados de la casa estaba orientado a la playa. La planta baja estaba reservada básicamente a un amplio salón, al que se

accedía desde un pequeño recibidor, y a una cocina americana que comunicaría con el salón, de no ser porque tenía una especie de ventanal de madera que servía de separación entre una habitación y otra. En el piso de arriba había dos habitaciones, incluyendo el dormitorio principal, un cuarto de baño y una gran sala que hacía las veces de *habitaciónparatodo*. En aquella estancia Cameron pasaba la mayor parte del tiempo. Era una especie de despacho, que anhelaba ser sala de estar, presidido por una gran mesa, unos ordenadores y un opulento sillón de cuero color malas noticias. Desde esa habitación Cameron elaboraba gran

cantidad de informes que eran muy valiosos para MASK. Además tenía acceso a varias bases de datos de organismos importantes y controlaba por control remoto algunas cámaras de vigilancia. Entre el equipo de trabajo tenía una impresora y un escáner último modelo. Sobre la mesa, descansaba olvidada una vieja cámara fotográfica, una réflex que Cameron solía llevar consigo a todos lados. Era una gran amante de la fotografía, quizá por esa extraña necesidad de querer congelar cada momento bueno de su vida. A la chica le horrorizaba pensar que cada soplo de tiempo ya nunca volvería, así que sentía casi una necesidad vital de

capturar esos instantes.

Caronte deambulaba distraído por la casa. Caminaba de aquí para allá, tocando todos los portafotos que descansaban en las repisas de los muebles y estanterías. Los movía ligeramente con sus dedos, como si estuviera buscando su posición perfecta o comprobando el material con el que habían sido fabricados. En la vieja radio sólo se sintonizaban bien un par de emisoras. La que estaba sonando en ese momento sólo hablaba del desastre ecológico de la playa, de la fulminante muerte de los peces y del color rojizo que ofrecía el mar. Pero esta información se intercalaba con diversas

opiniones de expertos que comentaban la otra gran noticia de estos días y que tenía a la toda la ciudad como alborotada. Se trataba de la llegada del presidente, que tenía *agendado* visitar la ciudad al día siguiente y que venía cargado con promesas de salvación, promesas vacías sobre el fin de la crisis financiera; como si aquel tipejo tuviera algún control sobre las fluctuaciones de la macroeconomía mundial.

Caronte subió al piso de arriba y sin titubear ni un instante fue directo hacia esa gran habitación que constituía el despacho de Cameron. Allí había un pequeño armarito que tenía un doble fondo con una caja fuerte para guardar

documentos importantes y otras cosas. Fue en ese lugar donde guardó la mochila con todo el dinero que finalmente no había tenido que desembolsar. Lo depositaría allí hasta que Capriati le dijera que hacer con él. Una vez que el trabajo estaba hecho, Caronte se dejó caer con aire despreocupado sobre el sillón de cuero. Estaba cansado. Dio un giro de ciento ochenta grados sobre sí mismo para poner el sillón de cara al gran ventanal que presidía la habitación. Corrió las cortinas y se quedó unos minutos mirando el mar y la playa desde aquella posición tan privilegiada. Se respiraba paz y tranquilidad e incluso si afinabas

el oído, podías oír como las olas mecían la espuma del océano. De repente un ruido sordo rompió el silencio. El alma de Caronte se encogió de tal forma que parecía que se había perdido por el desagüe. Estaba petrificado. El sonido que lo había arrancado de su placentera tranquilidad era el del gatillo de un arma que alguien había accionado. No había duda, le estaban apuntando.

Lentamente y levantando sus manos, mientras sus codos se-guían descansando sobre los brazos del sillón, se giró de nuevo para ponerse de espaldas a la ventana y mirar de frente a su ene-migo. Un nuevo sobresalto. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. De

seguir a ese ritmo de inesperadas sorpresas no alcanzaría fácilmente su vejez. Ante él tenía al detective Marc Falco, apuntándole a la cabeza, con un revólver que tenía un cañón exageradamente largo. A esa distancia, era imposible fallar el disparo así que cualquier paso en falso de Gabriel y estaría muerto.

—Al fin nos encontramos —soltó de repente Marc Falco como para romper el hielo que se estaba empezando a crear en forma de carámbanos en el techo de la habitación.

—Tranquilo. Para bien o para mal, todo llega —le contestó Caronte queriendo demostrar tranquilidad y con

un tono no carente de cierto cinismo.

—¿Sabes quién soy?

—Para mí, no eres más que otro puto policía.

—Bueno. Eso es cierto, la policía de esta ciudad no se va a llevar el premio a institución del año.

—Sois todos unos atajos de corruptos que estáis ensuciando las calles con más mierda de la que podéis limpiar.

—La ciudad hace tiempo que está perdida y condenada. Te concedo eso. Pero las cosas están cambiando, o por lo menos van a cambiar a partir de ahora.

—Me alegro mucho —de nuevo el tono socarrón de Caronte, que pareció

darle un guantazo a Marc Falco en toda la cara.

—No me crees ¿verdad? ¿Quién crees que nos va a sacar de esta miseria? ¿MASK, tu organización de delincuentes y terroristas?

—No somos... terroristas —Marc al oír aquellas palabras compuso una débil sonrisa, como para hacerle comprender a su interlocutor que había captado el sutil matiz de aceptar declararse delincuente.

—¿Sabes por qué estoy aquí, Gabriel Caronte?

—Me hago una ligera idea.

—He venido hasta la casa de Cameron para asaltar su dulce hogar y

secuestrarla. Quería usar a la joven muchacha con la que andas tonteando como anzuelo para hacerte salir. Por supuesto, eso sería sólo el primer paso. Después acabaría con su vida, igual que voy a hacer con la tuya.

El rostro de Caronte no pudo sostener más su impostada cara de póker y su fachada que pretendía reflejar tranquilidad se rompió en mil pedazos. Ahora sí que estaba preocupado. Podía soportar que un *poli* lo encañonara a escasos metros pero el hecho de que metiera a Cameron entre sus amenazas, era harina de otro costal. De repente, se dio cuenta del cariz tan dramático que estaban tomando los acontecimientos.

—Si le pones una mano encima....
Yo te juro que... —Caronte se sorprendió a si mismo incapaz de concluir la frase, las palabras se le agolpaban en la garganta y no conseguían salir.

—El destino ¿eh? Qué curioso, siempre me ha llamado la atención cómo pequeños hechos insignificantes cambian nuestras vidas. ¿No te parece?

—¿Qué quieres de nosotros?

—Tenía pensado venir aquí a por Cameron. ¡Y mira que sor-presa te encuentro a ti directamente! Tranquilo. Ya he mandado a mis hombres a tu casa para que vayan a por la chica. He descubierto que la tenías escondida allí.

Bueno, al fin y al cabo soy detective, me dedico a descubrir cosas. ¿Sabes? Tenía pensado llevarla hacia al Estigia, esa cafetería infestada de *polis*, y que fueras allí a recogerla.

—¡Maldito hijo de perra! Yo te mato...

—En estos momentos estarán sacándola a rastras de tu casa. No te preocupes, les dije que no la golpearan muy fuerte. Aunque ya conoces a estos tipos con los que trabajo. Sí, a esos que te cargaste un día en uno de vuestros pisos francos.

—Siento como quedaron de desfigurados —de nuevo el tono irónico del que Caronte no se podía desprender

y que se agudizaba en momentos de tensión.

—Es interesante lo de estos tipejos del este, muchos de ellos están auténticamente tarados. Espero que no se les haya ido de las manos la situación y hayan hecho alguna locura con ella. Ya sabes, Cameron es tan preciosa...

Eso fue suficiente para desatar la ira de Gabriel Caronte, alguna conexión de su cerebro hizo clic y su cerebro de asesino empezó a funcionar a toda máquina. Casi sin darse cuenta y de forma completamente inesperada, Caronte estiró sus dos piernas y le propinó una patada a la mesa empujándola desde abajo y lanzándola

por los aires. Una fracción de segundo después, mientras la mesa se dirigía directamente hacia Marc Falco, Caronte pegó un respingo para abandonar el sillón y ponerse de pie, al tiempo que desenfundaba sus dos pistolas que llevaba escondidas bajo su piel de lobo. Con la mano izquierda agarró la pistola que tenía descansando sobre su costado derecho y viceversa. La mesa golpeó de lleno a Marc que cayó de espaldas, desorientado por el dolor y por el dramático giro que para él habían tomado los acontecimientos.

Lo de después, una tormenta de balas cruzadas que se perdieron por la estancia. Bam. Bam. Bam. Bam. La mesa

servía de parapeto para Marc, del mismo modo que el sillón de cuero le servía a Caronte. Bam. Bam. Bam. Clic. Clic. Clic. Los cargadores se vaciaron en cuestión de segundos así que ambos se recompusieron, tomaron aire y se abalanzaron el uno sobre el otro casi al unísono, como si los dos lo tuvieran pactado desde hacía tiempo. Se agarraron por las solapas y forcejearon. El primero en golpear fue Caronte, que soltó un rechazazo cargado de furia que fue a parar al rostro de Marc. Pero éste no tardó en responder y sus neuronas se pusieron manos a la obra para recordar los años de cadete de la policía, en que era capitán del equipo de boxeo. Así

que le propinó a su adversario una cantidad indecente de puñetazos en las costillas que dejaron a Caronte malherido. Ambos estaban exhaustos y casi de forma involuntaria se soltaron y se quedaron tambaleándose el uno frente al otro. En esos instantes estaban más preocupados por no desplomarse en el suelo que por golpear a su adversario. El cerebro les daba vueltas, así que las estrategias para vencer al oponente estaban guardadas en algún archivador en lo más profundo de su consciencia. Pero el recuerdo de Cameron era demasiado poderoso para Gabriel. En ese momento en que se enfrentaba con la muerte cara a cara, los recuerdos de la

joven se agolpaban en su cabeza: «si cierras bien los ojos siempre puedes ver el mar». Caronte recordaba una y otra vez las palabras que ella le susurró la noche anterior. Por fin, estaba completamente convencido de que la amaba, de que su color favorito era el de las noches en que se sentaba junto a ella en la azotea, que cuando oía el nombre de Cameron su corazón le daba un vuelco y su cabeza dejaba a oscuras a los fantasmas que malvivían en su consciencia maltrecha. Sintió que Cameron se alejaba de él, se la llevaba la corriente mar adentro arrastrada por el océano. Así que resistió. Sacó fuerzas una vez más de donde pensaba que ya no

las tenía y arrojando un grito inesperado y cargado de furia abrazó a Marc Falco y lo empujó hacia la amplia cristalera de la habitación, rompiendo en mil pedazos la ventana y precipitándose ambos al vacío. Después, silencio.

Caronte exhaló una nueva bocanada de vida, estaba tumbado boca arriba como buscando respuestas en el cielo. Tumbado sobre el asfalto y malherido. Con cristales de todos los tamaños atravesándole la piel. Abrió los ojos y buscó a su adversario. Marc se arrastraba por el asfalto, casi a cuatro patas y sin poder erguirse. Según el rumbo que llevaba, Gabriel comprendió que estaba huyendo y que se dirigía a

coger su coche. Caronte intentó levantarse y no pudo más que soltar un gemido y caer de nuevo. Su espalda estaba adherida al asfalto y no quería moverse. Parecía que el mismísimo diablo estaba atrayéndolo hacia los abismos más profundos del averno. Así que no pudo más que observar a Marc que se alejaba y se alejaba como en una fotografía desenfocada. Finalmente el policía logró abrir la portezuela del viejo automóvil y salir de la escena a todo gas, arramblando cuantos postes y papeleras había a su paso.

Un último esfuerzo. Gabriel Caronte volvió en sí. Soltó un nuevo grito atronador y se incorporó. Miró fijamente

hacia al balcón por el que habían saltado y se sintió culpable por no haber podido acabar con la vida de Marc. El siguiente vistazo estaba reservado para su espléndida motocicleta. Seguía aparcada e intacta. Así que él también se arrastró como pudo, cojeando ostensiblemente pero con los cinco sentidos puestos en su víctima. Su sed de venganza no tenía límites, era un animal herido dispuesto a acabar con todo el que se interpusiera en su camino. Buscó las llaves de la moto. Habían permanecido encerradas en uno de sus bolsillos del pantalón. Las introdujo en el botón de contacto y arrancó. El mundo ya no existía para Caronte. Sólo había

un lugar al que dirigirse: el Café Estigia.

Cameron descansaba distraída en el salón de la casa de Gabriel Caronte. Se encontraba cómodamente tumbada en el sofá que hacía las veces de cama. En aquella casa tan pequeña todas las cosas tenían una doble utilidad. Cameron mantenía la mirada puesta en el neón del bar cercano que se veía desde la habitación, pero que a esas horas permanecía apagado para no levantar las sospechas de algún trasnochador con ganas de seguir la fiesta.

Pensó que el alma de alguna mujer se habría encontrado con el alma de

algún hombre, quizás en la barra, o en la puerta de atrás que daba a un callejón somnoliento, o junto a la gran mesa de billar. Se habrán golpeado como dos trenes que se chocan a punto de descarrilar y se habrán amado en un amor tan fugaz como el alcohol que corría por sus cuerpos. O quizá no. Quizá una de esas almas encontrara en aquella precisa noche a otra alma con la que poder charlar para siempre, unidas por un extraño hilo invisible hecho de recuerdos. O quizá no serán más que recuerdos olvidados en la barra de algún bar.

Algo la arrancó de sus pensamientos que tan a menudo echaban a volar. Oyó

un ruido extraño y seco que la alertó y la puso en guardia. Todos sus sentidos se afilaron y casi pudo observar con clarividencia cómo en el rellano que descansaba al otro lado de la puerta de la casa, unos tipos se acercaban sigilosos. Un golpe. Dos. Tres. Estaba en lo cierto. Unos asaltantes entraron en la estancia en la que se encontraba Cameron, arrojando la puerta casi hasta el suelo. Algunos iban cubiertos por una capucha de lana, otros ni si quiera se habían molestado en cubrir sus rostros: la vida les importaba menos que nada. Cameron se puso en pie. Su piel blanca se recortaba como un ángel entre aquella escena violenta y grotesca. Su pelo

rojizo se movía cuando el aire se colaba por la ventana y jugueteaba con él como ajeno a la situación de peligro en la que se encontraba la chica. Uno de los maleantes enviados por la muerte se aproximó a ella con cara de haber roto demasiados platos como para llevar la cuenta. Así que Cameron no dudó en asestarle un derechazo en toda la mandíbula que hizo que aquel hombretón se desplomara sobre una silla cercana. El segundo hombre que se le acercó corrió idéntica suerte, con la diferencia de llevarse una severa patada en la entrepierna. El resto de invasores parecían disfrutar con la escena, e incluso la situación les arrancó varias

risas desencajadas que parecían salidas de un circo regentado por el miedo y el horror. Cameron estaba realmente asustada y su primer pensamiento voló hacia Gabriel, que en ese momento se encontraba peleando a vida o muerte con Marc Falco. Si estuviera allí habría acabado con esos idiotas en un instante y sus dos armas se hubieran dado un festín de balas y sangre como hacía mucho tiempo que no pasaba. Pero Gabriel no estaba allí para salvarla. Y Cameron pensó en que quizá nunca lo estuviera más. Le sorprendió estar más preocupada por Gabriel que por su propia suerte, quizá sabía demasiado bien que no escaparía de allí con vida.

En esta ocasión, como si de un acuerdo tácito se tratara, tres de los sicarios se pusieron de acuerdo y se abalanzaron sobre Cameron, que no pudo más que intentar unos zarandeos fútiles, por mucho que todos los allí presentes sabían que no conducirían a nada. Un cuarto tipo, con la cara marcada por unos profundos surcos forjados en las tierras del este, la agarró con fuerza por la cintura y manoseó el torso de Cameron deslizando sus dedos de cemento por las costillas. Ella seguía forcejeando inútilmente y lo único que pudo hacer fue lanzarle un escupitajo en la cara al armario ropero con patas que tenía frente a ella. Estaba perdida. Así

que cerró los ojos y suplicó a alguien que no sabría decir muy bien de quién se trataba, que la dejara morir tranquila. Que fuera rápido.

Una persona más entró por la puerta. Era una figura que parecía majestuosa comparada con el resto de escoria que se hacinaba en el apartamento de Caronte. Cameron sintió su presencia e instintivamente abrió los ojos sumergidos en un oleaje de frustración e ira. Conocía bien a aquel tipo, lo había visto en más de una ocasión. Pero le resultó del todo extraño observarlo en aquella habitación, estaba como fuera de contexto. Era el detective Atalanta. Que en un momento se deshizo de aquellos

tipos del este, a base de ladrar órdenes en un tono enfurecido y lleno de rango. Los sicarios fueron abandonando la habitación. El último en hacerlo fue el que hasta hace un segundo mantenía sus manos torpes en el cuerpo de la joven. Antes de soltarla les dirigió a ambos una mirada cargada de rencor, la palabra venganza grabada en sus pupilas.

Atalanta se acercó con paso calmado hacia la chica, sabía perfectamente que se estaba moviendo en terreno resbaladizo, pero por otro lado contaba con la seguridad de saberse portador de un ejército de *malnacidosydesalmados*, que seguían amontonados en la puerta observando la escena. Cameron sintió un

pequeño halo de esperanza que claudicó demasiado pronto, cuando Atalanta le pasó un brazo fraternal sobre los hombros mientras le mostraba con la otra mano el camino hacia la puerta. Estaba viva, pero sólo de momento. Al fin y al cabo estaba claro que Atalanta no estaba allí como policía sino como compañero de aquellos mafiosos.

—Tranquila Cameron, ya no te harán daño.

—Vamos abajo. Hay un coche esperándote.

—Pronto lo verás...

Atalanta era todo modales y clichés de la vieja escuela, parecía que su vida estuviera encerrada en el celuloide de

una película en blanco y negro de los años cincuenta. Acompañó a Cameron hasta el coche y la introdujo en él por la fuerza, pero con toda la educación que le fue posible reunir sin que traspasara la delgada línea de la súplica. Le acarició la cabeza para que Cameron no se golpeará al entrar y antes de sentarse al volante tuvo tiempo para susurrar unas palabras a aquella panda de animales que habían bajado también hasta el coche para poder supervisar la situación. Cameron miraba desconsolada aquella bizarra estampa y dejó llevar su mirada hacia unas gotas de lluvia que descendían por el cristal de su ventana, y que hicieron que el

amanecer fuera un cuadro melancólico cargado de tonos grises, de los que evocaban la idea de que cualquier tiempo pasado fue mejor. «Si esas dos gotas cruzan sus trayectorias, saldré de ésta con vida», pensó Cameron. Pero esta vez su imaginación estaba encerrada en una prisión lo suficientemente estrecha como para poder soñar con una nueva vida. Las gotas caían y caían sobre su cristal por lo que Cameron no podía discernir ya las figuras emborronadas de sus captores. Le aterraba la idea de que el mundo seguiría girando a pesar de que ella fuera asesinada, sabía demasiado bien que no la esperaría. Se sentía como

dentro de un cuadro de Edward Hopper, pintada con colores nostálgicos y adornando una escena cotidiana. La pintura de las acuarelas se fundía con el agua de la lluvia y resbalaba por las paredes de los edificios colindantes hacia el lugar en el que estaba teniendo lugar aquella reunión; retales de colores que humedecían un lienzo demasiado gastado. Una mancha se acercó hacia el coche y pasó por delante de ella, cruzando por delante de la luna delantera. Era Atalanta que ahora sí, abrió la portezuela y se dejó caer en el asiento del piloto. Sólo habían transcurrido unos segundos pero parecía como si aquel viejo sabueso hubiera

envejecido mil años. El coche se separó de la acera, dejando atrás al grupo de matones que comenzaba a dispersarse poco a poco. El viejo vehículo que conducía Atalanta comenzó a fundirse entre el resto del tráfico que daba los buenos días a la ciudad.

—Esto es de locos —soltó de repente Atalanta.

—¿Dónde me llevas? ¿Qué habéis hecho con Gabriel? —se atrevió a preguntar Cameron.

—Mira, las cosas se han puesto feas. Os habéis convertido en un trofeo demasiado goloso para alguna gente.

—¿Qué quieres decir?

—Hubo una época en que los *polis*

de la vieja guardia como yo, *polis* de otros tiempos que casi parecen olvidados, supieron convivir con vosotros.

—Sí... —soltó lacónicamente la joven, cuyo pelo cobrizo era lo único que rompía los tonos en blanco y negro que acompañaban a Atalanta allá donde fuera.

—Para algunos de nosotros se convirtió en una obsesión acabar con vosotros, con MASK, con los cuatro, con Capriati, con todo...

—Pero Atalanta, nosotros...

—Déjame acabar por favor, Cameron —soltó Atalanta con una voz queda y melancólica.

El viejo *poli* conducía con sus dos brazos gruesos agarrando el volante en la académica posición de las tres menos diez. Miraba atento hacia adelante, casi no se atrevía a mirar a los ojos a Cameron, que sólo recibía miradas de soslayo de aquel cansado detective. Estaba atento al tráfico ya que la fina lluvia dificultaba la visión. Pero realmente parecía que estaba mirando más allá, a su pasado, a los retazos de su vida enmarcados en viejas fotografías desaturadas que colgaban de un larguísimo pasillo. Como era habitual en todas sus fotografías, siempre aparecía su esposa, arrancada de este mundo demasiado pronto y casi sin hacer ruido,

como las cosas verdaderamente buenas. También estaba su hija. Y le sorprendió comprobar que en aquel álbum de fotos siempre aparecía un uniforme de policía o una placa. ¿Su vida era eso? ¿Dos mujeres y su profesión de policía? La respuesta afirmativa colgaba de la luna delantera y se movía de un lado para otro con el vaivén hipnótico de los limpiaparabrisas que parecían burlarse de él. Sí, no había duda. Era sólo eso. Nada más y nada menos.

—Ningún extremo en esta vida es bueno —continuó diciendo Atalanta—. He vivido lo suficiente como para darme cuenta de ello. Lo que parece algo fundamental y de vital importancia,

con perspectiva y con espacio, no lo es tanto. ¿Merece la pena acabar con todas las vidas que se ha cobrado esta absurda cruzada vuestra?

—Sólo... —Cameron no se atrevía a decir nada después de que el viejo le pidiera que no lo interrumpiera, tampoco lo quería hacer porque su discurso la estaba calando hasta los huesos—. Sólo buscamos un mundo mejor.

—¡El mundo está muerto Cameron! Y nada ni nadie lo va a salvar. Esta lucha vuestra... Con los años te darás cuenta de lo in-útil que ha sido todo. Eres joven, eres guapa, tienes toda una vida por delante. Aprovéchala. Huye de

esta maldita ciudad que acaba con todo y que engulle los sueños de la gente. Aprovecha cada segundo como si fuera el último, porque tal vez lo sea.

—Eeeee... —Cameron no pudo articular palabra y unas lágrimas comenzaron a salir de sus ojos vidriosos, esos preciosos ojos verdes capaces de silenciar al mundo entero, resbalando por las facciones angulosas de su rostro.

—Fue el mundo el que arrancó la vida a mi mujer. Es el mundo el que permite que haya guerras absurdas en nombre del dios de oferta. El hombre es un lobo para el hombre y nosotros solos hemos acabado con él. No hay esperanza

y el fin está a la vuelta de la esquina. ¡Vive Cameron! ¡Abandonad esta lucha absurda!

—Siempre he pensado en dejarlo todo atrás...

—Hazlo Cameron. Me he dado cuenta de que la ciudad está condenada. La jefatura de policía es un lugar siniestro, derrumbado por la corrupción y las causas personales. Ahora lo veo claro. Ya no quiero participar en esto. Me da igual que hayáis asesinado a un político corrupto o a un dictador tirano. No quiero perseguiros más. Es tan absurdo.

—Atalanta, creo... creo que tienes razón —Cameron no lo decía por decir,

oír aquella radiografía del mundo de una forma tan clara y vehemente, parecía que la había devuelto de nuevo a la realidad, dejando atrás a todos sus monstruos que la perseguían durante noche y día.

Atalanta detuvo el coche en seco para no chocar con el vehículo que tenían delante, el cual también se había detenido de forma brusca hacía sólo unos segundos. Se recostó sobre el asiento y miró a la chica con una mirada nueva, como si Cameron acabara de aterrizar en ese coche caída desde la luna, como si no llevara conversando con ella un buen rato o como si la acabara de conocer por primera vez. Era bellísima y tenía una mirada que podía

hacer caer al vacío al equilibrista que en ese preciso instante, se empeñaba en cruzar de un lado a otro de la ciudad a través de un delgado cable de acero y esperanza que pendía sobre sus cabezas. Era una Blancanieves de carne y hueso, que además poseía la virtud de que la gente se pudiera asomar en su interior y ver de qué madera estaba hecha. Atalanta, embutido en su uniforme de cazador, con su mosquete bien atado al cinto, pudo ver toda la hermosura y bondad que irradiaba Cameron. Sin saber por qué, pensó en su hija. Se la imaginó despertándose, preparándose para irse a trabajar. Y sintió que por primera vez en mucho tiempo, se estaba

emocionando. Por lo visto, ya no era el viejo tipo duro que creía ser. También pensó en aquel pipiolo con el que había compartido tan buenos ratos y que había muerto siendo un peón en una estúpida partida de ajedrez entre la moral y la sinrazón. Sentía tanto aprecio por aquella pequeña princesita que lo acompañaba en el coche que no sabía cómo reunir las palabras que tenía que decirle.

—Cameron. Estamos en un atasco. La ciudad está patas arriba porque mañana llega el presidente. Todas las calles están cortadas.

—¿Dónde me llevas? —repitió Cameron de forma automática, como si

fuera un robot al que sólo le han programado un mensaje para poder comunicarse.

—En unos minutos, los animales que hemos dejado atrás volverán para cerciorarse de que te he matado. Soy demasiado viejo para contenerlos. Así que...

—¿Qué? —preguntó Cameron mirando fijamente a los ojos del detective.

—Debes huir ahora mismo. Te dejo escapar. Huye lejos de aquí y no eches la vista atrás.

—Pero... —contestó Cameron mientras su mano derecha se dirigía hacia la palanca de apertura de la

puerta.

—Cameron, estamos en un atasco y no sé si voy a llegar a tiempo al Estigia para evitar una catástrofe. Pero mientras tanto, tú debes huir, evita las calles principales.

Cameron se sintió como a kilómetros de distancia de aquel coche y sentía en su cuerpo cada una de las gotas que rebotaban sobre el techo del vehículo, se sentía ínfima y diminuta. Observado desde lo alto, a vista de pájaro, el coche en el que se hallaban Atalanta y Cameron se perdía entre un amasijo de vehículos, semáforos y lluvia. Una gota que cayó desde una nube, teñida con un terrible color gris miedo, realizó su

camino en cuestión de segundos y fue a estallar en mil pedazos en el capó del coche de Atalanta. Su crepitar fue tan fuerte que sacó a Cameron de sus pensamientos y de forma automática su mano accionó la palanca y abrió la puerta.

—¿Qué catástrofe? —se atrevió a preguntar Cameron, aunque sabía bien la respuesta.

Atalanta, se quedó unos segundos más en el coche y sin saber muy bien qué conseguiría con eso, bajó su ventanilla y miró alrededor. Un par de coches más allá vio a dos jóvenes montados en un viejo modelo de automóvil. Lo desgastado de la tapicería

y la chapa hacían pensar a uno la de segundas oportunidades que había recibido aquel destartado vehículo. Los dos jóvenes estaban también atorados en aquel atasco monumental y observaban a Atalanta fijamente. Atalanta les mantuvo la mirada durante un instante y luego siguió valorando la situación del tráfico. Sin más, abrió la puerta y al igual que había hecho Cameron hacía unos minutos, salió del coche y empapado por la lluvia salió corriendo hacia el final de la calle para luego girar a la derecha. El café Estigia no estaba tan lejos, aunque para evitar que Marc Falco acabara con la vida de Caronte tendría que poner a prueba a su

maltrecho corazón. Cuando pasó junto al coche de los dos tipos, comprobó que seguían mirándolo, había algo extraño en ellos. Nunca supo que se trataba de Tyenn y Filip, dos ladronzuelos del dos al cuarto que trabajaban para MASK. Nunca más volvería a verlos, al igual que jamás volvió a ver a Cameron.

Lo primero que hizo Cameron fue esconderse bajo las profusas ramas de unos árboles que la acogieron con los brazos abiertos y que formaban parte de uno de los pulmones de la ciudad. Había preferido huir hacia un lugar transitado y lleno de gente como aquel jardín. Si se metía en alguna callejuela y aquellos matones la encontraban no tendría nada

que hacer. La lluvia caía constante, minando poco a poco la moral de los niños que hasta hacía unos minutos correteaban por el parque, ahora mucho más vacío. Decidió dirigirse bajo la repisa de un gran edificio en la que se arremolinaban varios peatones a los que la lluvia también había sorprendido. Una vez allí, echó mano a su bolsillo para coger su teléfono móvil y alertar a la organización del giro de los acontecimientos. Pero algo provocó que el gesto de la cara de Cameron se volviera sombrío como el cielo que cubría la ciudad. No llevaba móvil, ni dinero, ni las llaves de su apartamento. Obviamente cuando Atalanta y los

matones la sacaron a rastras de su casa no habían tenido el detalle de dejarle coger ese tipo de cosas, ¿qué clase de mafiosos serían si dejaran coger a sus víctimas sus pertenencias personales? Lo que en un principio era un entrecejo de preocupación, se comenzó a tornar en desesperación al comprobar que nadie le dejaba dinero ni siquiera para llamar desde alguna cabina cercana. Ese era otro problema. El desarrollo de la tecnología móvil había barrido con la gran cantidad de cabinas telefónicas que otrora inundaban la ciudad. Así que de nuevo volvió abandonar su refugio y se alejó de aquella repisa por la que el agua resbalaba grácilmente en forma de

pequeña cascada, para correr calle abajo en busca de alguna cabina. A los pocos minutos, y cuando su pecho comenzaba a exigir un descanso por aquella improvisada carrera, al fin encontró una vieja cabina que más bien parecía un soporte publicitario, pues estaba cubierta completamente por todo tipo de carteles y *flyers* que mendigaban un poco de consumismo.

El primer acto reflejo de Cameron fue comprobar si en el casillero en que se devuelven las monedas, había algo de dinero abandonado por algún usuario, despistado o con la suficiente prisa como para abandonar la calderilla que sin duda no lo convertiría en una

persona rica. Por supuesto, allí no había ni una sola moneda. Cuando las cosas tienen que salir mal, seguro que terminan mal. La chica se agarró al auricular del teléfono como dejando descansar el peso no sólo de su cuerpo, sino de todas las penurias que había ido acumulando a lo largo de esa mañana. Estaba desconsolada y no podía más. Allí se quedó un rato, hasta que una sombra impregnó la cabina de un olor a rancio. Cameron se sobresaltó al pensar que alguno de esos tipejos del este la había encontrado. Se giró de inmediato para mirar directamente a los ojos de su mala suerte. Pero el destino le guardaba un as inesperado. No se trataba de ningún

matón sino de una persona a la que conocía bien pero a la que en ese momento no pensaba encontrarse. Era aquella chica a medias indigente, a medias una bohemia sin dinero pero con su dignidad intacta. Aquella chica con la que Cameron se cruzaba casi a diario en la estación de tren y a la que solía entregarle el dinerillo que le sobraba al comprar el billete. Pero esta vez la situación era bien distinta, y la misteriosa chica le tendió una mano en la que sostenía unas cuantas monedas mientras que con su cabeza dibujaba ligeros signos de afirmación. Cameron entendió su ofrecimiento al instante y con una cara que mostraba que su alma

se le caía al suelo, aceptó de buen grado aquellas monedas que podrían salvarle la vida a ella y a Gabriel. «Gracias», dijo Cameron de todo corazón a la chica, que desapareció, cargada de misterio, con la misma frialdad con la que había aparecido.

La rueda delantera de la motocicleta de Gabriel danzaba sensualmente con el asfalto un baile para dos. La carretera estaba mojada y circular maltrecho y con aquella velocidad era una apuesta con la vida demasiado arriesgada. Pero Caronte empuñaba con más y más fuerza el acelerador para llegar lo antes

posible al Estigia. La vida de Cameron corría peligro y jamás se permitiría que le hicieran daño. Jamás. De repente tuvo que frenar en seco, pues un enjambre de vehículos zumbaba por todas las calles de alrededor. Gabriel, siguiendo los dictados de su corazón giró violentamente y se escabulló por una calle peatonal, alejándose más y más de esa enredadera de hierros que conformaba una coraza para la ciudad. Estaba surcando las arterias de aquella urbe en busca de respuestas, de su destino. Mientras, pensaba si daba igual la calle que tomara o el desvío que buscara a ciegas. Quizás la ciudad lo transportaría como por arte de magia

entre los hilos de un gran teatro de marionetas. ¿Acaso no estaba ya todo escrito? ¿Acaso en algún lugar del universo no se sabía ya que iba a ocurrir a continuación?

Los alrededores del Café Estigia estaban tranquilos. Pero un ojo experto como el de Gabriel Caronte, cuya retina ha sido curtida por mil batallas, pronto descubrió que el edificio de escasa altura que guardaba en su interior a aquella cafetería, estaba bien protegido y vigilado. Cuando se percató de los nuevos acontecimientos agarró la empuñadora con fuerza y aceleró hasta que sus nudillos ensangrentados notaron el suave tacto de la muerte. Giró hacia

una callejuela colmada de puertas metálicas de garaje, en las que la gente guardaba sus recuerdos y sueños entre otros trastos inservibles. Justo delante de él, cinco tipos cargados de pistolas y ametralladoras de asalto le estaban esperando. Así que aceleró y aceleró. No tenía miedo a nada. Los guardias abrieron fuego y una danza invisible de balas rodeó a Gabriel envolviéndolo en una música aguda de tempo rápido. Viró su moto para que le sirviera de escudo y frenó de golpe para derrapar y empotrarse directamente contra sus atacantes, al tiempo que con su mano derecha desenfundó una de sus dos pistolas y disparó a quemarropa a dos

de los tipos que estaban fuera de la trayectoria de la moto. Bam. Bam. Bam. Neutralizados. La moto realizó un derrape violento, casi dislocado. Pero el ataque surgió efecto y tres de los tipos fueron golpeados con violencia por el armazón del vehículo, quedando sepultados por un amasijo ininteligible de hierros y piezas mecánicas. Caronte saltó por los aires y cayó rodando al suelo. Estaba mal herido, pero de un salto se reincorporó y se colocó de rodillas desenfundando su segunda pistola. Las dos Magnum estaban cargadas de furia y realizaron un rápido y coordinado barrido general con su mirada, para cerciorar que los cinco

enemigos estaban abatidos. Caronte se puso de pie y comprobó estupefacto que los cadáveres estaban embalsamados con uniformes de policía. «La *poli* es cómplice de esta venganza», pensó. El descubrimiento era más grave de lo que parecía. Si la jefatura de policía estaba al corriente de la venganza individual de Marc Falco, posiblemente todo estaba perdido. Por suerte, Caronte había comunicado con el cuartel general de MASK para pedir refuerzos, pero el atasco descomunal que la ciudad había forzado en un sabio movimiento de enroque hacía que la partida estuviera claramente desfavorable. Posiblemente ningún compañero podría llegar a

tiempo para ayudar a Caronte y él no estaba por la labor de esperarlos. Tenía que rescatar a Cameron.

Algo chasqueó en el suelo, junto a su pie izquierdo, embutido en una bota de color negro. Era el repiqueteo de la lluvia y de unas balas con cara de pocos amigos. Alguien le estaba disparando desde lo alto. Así que Caronte se lanzó hacia atrás para dar con su espalda en el asfalto mojado. Boca arriba tenía una perfecta visión de las azoteas colindantes y no dudó ni un segundo en asestar dos disparos certeros a dos francotiradores que se hallaban disparándole a sendos lados de la calle. Bam. Bam. Derribados antes incluso de

que supieran que iban morir.

El cansancio no hacía mella en Caronte. Estaba desatado y dispuesto a llevar al otro barrio a todo aquel que se cruzara en su camino. Anduvo unos pasos y giró hacia un estrecho callejón tan silencioso como poco acogedor. Esperó. 3, 2, 1. Cuatro tipos salieron de repente de una portezuela de madera disparando a lo loco. Caronte se refugió en un contenedor cercano. Respiró profundamente y disparó en las rodillas de sus agresores para incapacitarlos. Casi todos dejaron caer sus armas ahogados en gritos de dolor. Ahora sí podía arrastrarlos al infierno. Sin piedad. Sin pensar ni parpadear. Bam.

Bam. Bam. Todos bien muertos.

Unos metros más allá, la mirada de Caronte chocó con violencia con un edificio bajo que parecía flotar en mitad de la nada. Era la cafetería que andaba buscando: el café Estigia, que flotaba entre ese maremágnum de callejuelas y estrecheces que la ciudad se acaba de sacar de la manga. Las puertas y contraventanas de la cafetería eran todas de madera, desgastada por los años y por la polución. Desde la calle no se podía observar el interior, ni los amplios salones de lectura que el establecimiento tenía a gala. El camino hacia el cadalso llegaba a su fin y Caronte avanzó con paso firme. El sudor

le perlaba la frente y la adrenalina emanaba negra a través de los poros abiertos que sus tatuajes dejaban entrever. La camiseta blanca estaba prácticamente destrozada y llena de sangre. Sus dos brazos describían un ángulo recto respecto a su cuerpo: perfectos y hercúleos, con sus manos asiéndose con fuerza a la única esperanza de vida que podía agarrar antes de caer al pozo del que nadie logra volver. Sus dos pistolas relucían de fulgor ante la caída de las gotas de lluvia que intentaban sin éxito calmar el fuego de sus dos cañones. Una nueva puerta, que constituía el acceso trasero a la cafetería, se abrió y un rostro

desdibujado se asomó. Era otro matón apuntando a Caronte con una precisión tan estudiada como inútil. Antes ni siquiera de que el hombre pudiera apretar el gatillo ya había recibido una bala en el centro de su cabeza. Sus miedos y temores no tuvieron tiempo ni de salir a la superficie para escapar hacia el cielo. Allá a donde iba su alma no los iba a necesitar.

Caronte avanzó decidido. A su camino le restaban unos pocos metros pero a él se le antojó una eternidad. A lo lejos, alguien cerró una persiana de un edificio cercano, como sabiendo que el final del espectáculo estaba decidido desde hacía tiempo. Caronte estaba

colocado frente a la puerta del Café Estigia desde la que acababa de salir su último enemigo. De un puntapié hizo rodar el cuerpo sin vida. Otro *poli*. Un último aliento. Un último pensamiento para Cameron.

Con decisión atravesó el umbral de la muerte y descendió por unas escaleras ruinosas que lo dirigían hacia el abismo insondable del infierno. Cuando llegó hasta abajo tras haber descendido los peldaños prácticamente a tientas, cargó de nuevo sus pistolas y sin pensarlo pateó una última puerta con violencia, para abrirla con un golpe que sonó a carta de presentación.

Lo que allí se encontró Caronte fue

una imagen dantesca y desoladora, capaz de arrancarle el corazón a cualquiera. Estaba en la sala principal del local. Una gran barra americana colocada a su derecha hacía las veces de improvisada trinchera y una tenue luz amarillenta luchaba para colarse por cualquier rendija y presenciar en primera línea el desenlace de los acontecimientos.

Lo que más llamó la atención a Caronte no fue el gran número de policías que le estaban apuntando con armas de todo tipo, dispuestas a aullar sonidos de terror. No. Fue el hecho de que no hubiera ni rastro de Cameron. Sus ojos se entristecieron de repente por hacerse a la idea de que ni si quiera

volvería a ver a Cameron una vez más. En el frente de aquel escuadrón de la muerte, una figura se erguía sobre las demás. Era Marc Falco, que sostenía su revólver con aquel cañón tan característico y endiabladamente gigante, que casi podía acariciar el corazón de Caronte.

—Aquí termina tu camino Caronte —dijo Marc rompiendo el silencio de una vez por todas.

—¿Dónde está ella? —inquirió Caronte sin inmutarse.

—Pronto lo sabrás.

—Acabemos con esto de una vez.

—¿Sabes por qué estás aquí? Por acabar con la vida de Irina Palma. Era

mi esposa.

Oír de otra persona el nombre de Irina Palma palideció por completo el rostro de Caronte. Parecía que al oír pronunciar aquellas palabras de boca de otra persona, su sentimiento de culpa y pena se hacía real. El fantasma que había intentado guardar tanto tiempo en el armario, se escapaba. Caronte sabía muy bien que algún día tendría que pagar por sus pecados, y una cierta sensación de paz se apoderó de él, algo que no había sentido desde hacía muchísimo tiempo.

—Marc, Irina no era como creías. Era una persona malvada, que traficaba con niños y explotaba países enteros.

—¡Era mi mujer! Ni tú, ni nadie tenía el derecho de arrebatármela. No sois Dios para jugar a los dados, ni para decidir quién vive ni quién muere atendiendo a vuestro patético código de conducta.

—Ahora... Marc, ahora veo que tienes algo de razón. La muerte de tu mujer siempre me perseguirá, pero no me arrepiento de todas las vidas que he llevado hasta el otro lado. Creo firmemente en un fin mayor, más importante que tu mujer, más importante que tú y que yo.

—¡El mundo es una mierda Caronte!
¡Lo sabes tan bien como yo!

—Sí. Lo he visto con mis propios

ojos. Entiendo tus motivaciones y tu necesidad de venganza, y lo acepto. Pero créeme, así no vas a conseguir nada. En cuanto salgas por esa puerta tus miedos y tormentos te acompañarán allá a dónde vayas.

—Tengo que hacerlo. ¡Vosotros me la arrebatasteis! Estos meses en los que os he estrechado el cerco han sido los únicos en que he encontrado algo de... Paz. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Ahora me doy cuenta de que siento lo de tu amigo Yann. Quizá su muerte siempre me acompañará a mí también.

—¿Dónde está Cameron, Marc?

¿Qué has hecho con ella? Creo que mereces saberlo. Se ha escapado con vida... por el momento.

—¿Sabes? Al parecer tú y yo no somos tan distintos —sentenció finalmente Caronte.

Las cristaleras que eran los ojos de Marc Falco, siempre a punto de estallar y hacerse añicos, se tiñeron de un fino color rojizo que los envolvió. Un mar de lágrimas se amontonó sobre sus pupilas y por fin una consiguió escapar. Caronte alargó sus brazos y preparó al unísono sus dos revólveres. Apuntó y a continuación arremetió contra todos los policías que tenía frente a él. Bam. Bam. Bam. Bam. Bam. Bam.

Uno por uno fueron cayendo al suelo desplomados, pero aún quedaban más, y más, muchos más. Y también ellos abrieron fuego contra Caronte, que notó que varios disparos le quemaban en lo más profundo de su ser. Bam. Bam. Bam.

No había nada para esconderse ni parapetarse, tan sólo unas cuantas sillas desvencijadas. Así que a quemarropa, Caronte continuó inundando la sala con sus balas cargadas de deseos de muerte. Recargó su arma con un juego de manos increíble. «Estas balas son de parte de Yann, maldito hijo de puta», pensó.

Caronte se concentró y entre el caos en que se había convertido aquella

cafetería apuntó con decisión a Marc. Su mano derecha realizó dos exagerados y marcados movimientos de disparo. El retroceso de su arma hacía que con cada disparo, la mano de Gabriel se moviera aturdida hacia el techo. Sólo dos balas. Bam. Bam. Directas al cuerpo de Marc Falco que cayó con violencia al suelo. Completamente vencido.

El grupo de más de diez policías que quedaba en pie se reagrupó, recargó sus municiones y lanzaron una nueva oleada de balas, que cruzaron silbando por encima de los cuerpos muertos que Caronte, estaba apilando en el suelo de madera teñido de sangre. Eran muchísimos disparos para esquivar.

Eran muchos enemigos a los que abatir. Pero le tranquilizó saber que Cameron estaba a salvo, ella era inteligente. Sabía perfectamente que jamás la volverían a capturar. La imagen de Cameron atrapó por completo a todos los sentimientos que borboteaban de su cuerpo herido y ensangrentado. Caronte comprendió que la chica sería siempre el gran amor de su vida. La amaba profundamente y era la única que conseguía calmarlo. Caronte pensó de nuevo en la frase que Cameron le dijo una vez en su azotea: «Si cierras bien los ojos, siempre puedes ver el mar». Así que Caronte tras recibir el impacto de un millón de balas, cerró los ojos. Y

pensó en Cameron. Y vio el mar. Y entonces murió.

Semanas antes de la muerte de Caronte en el Estigia, Gabriel había vivido una de las noches más especiales y felices de su vida. Acompañó a Cameron hasta la taquilla. Junto a la ventanilla había una indigente de unos veinte y pocos años, vestida con andrajosas ropas de colores, que pedía dinero a todo el que se acercaba por la zona. Gabriel la observó mientras Cameron consultaba los horarios. Le sorprendió comprobar cómo detrás de su mirada cansada y la suciedad de tener

que vivir en la calle, se escondía un precioso rostro de ojos azules. Más le sorprendió que Cameron le diese sin pensar las vueltas de la compra del billete. Ambos avanzaron hacia el tren que ya se encontraba esperando en el andén. Gabriel se subió de un salto a uno de los vagones y echó un rápido vistazo por si había algo fuera de lo normal, algo que pudiese entrañar algún peligro. Todo estaba despejado.

—¿Quién era esa chica a la que le has dado dinero? —preguntó con curiosidad Gabriel, mientras señalaba con su cabeza hacia el lugar donde se encontraba la indigente.

—Es una pobre chica con la que me

cruzo todos los días en los andenes.

—Entiendo —soltó Caronte mientras en su rostro se dibujaba un gesto completamente distinto, de incomprensión absoluta.

—Bueno es la hora, debería irme.

—Ha sido una noche maravillosa. Como siempre.

—¡Ha sido genial!

—Te veo mañana. —Sí. Hasta mañana.

Gabriel se giró rumbo hacia la salida, inmerso en el absorbente juego de miradas en el que participan todas las parejas cuando se despiden, ¿vuelvo a mirar? ¿Se habrá dado la vuelta? Había disfrutado de una noche mágica, algo

que venía siendo habitual últimamente, sobre todo, cuando dejaban atrás el mundo que les rodeaba y subían a la azotea para charlar durante varias horas. En esos pensamientos estaba Gabriel absorto, cuando de repente oyó a Cameron llamarle mediante unos gritos que se acompasaban a la perfección con unas atolondradas pisadas.

—Espera... Menos mal que todavía no te has ido —pronunció con una respiración entrecortada—. Es muy tarde y ya no habrá más trenes esta noche. El revisor me ha dicho que ese vagón no saldrá hasta dentro de unas horas.

—No te preocupes, esta noche

dormirás en mi casa. Además será más seguro después de lo que le ha ocurrido a mi apartamento. A partir de ahora, toda precaución es poca —Gabriel pronunció esas palabras con toda la apariencia de normalidad que pudo plasmar y poco a poco, casi sin darse cuenta, se le fue dibujando una sonrisa traviesa en su cara.

Los dos regresaron paseando y en silencio hasta la casa de Gabriel. El edificio no contaba con ascensor, así que ambos subieron la larga escalera que conducía hasta su puerta en el más embriagador de los silencios. Gabriel Caronte abrió la puerta y dejó caer las llaves en una cómoda de madera que

sólo tenía la misión de vaciar los bolsillos de todo el que entrara. El loft estaba callado y a oscuras, sólo la intermitente luz azulada del neón cercano tenía la suerte de haberse colado en aquella historia de amor. Las manos de los dos se buscaron y se encontraron. Se acariciaron con dulzura pero con firmeza. Gabriel se desprendió de ellas por un momento, sólo un instante ya que no quería desenlazarse de ese nudo ni por un segundo, pero sus dedos prefirieron buscar el rostro pálido de Cameron y ambos se fundieron en un beso que duró lo que duran los buenos recuerdos, toda una eternidad. Casi sin darse cuenta, los pies les arrastraron

hasta el sofá convertido en cama que Caronte tenía en la única habitación de la casa. Las luces azuladas del neón se dirigieron hacia afuera de la casa resbalando por el suelo, allí ya no pintaban nada. Los dos enamorados tenían toda la noche por delante para amarse, así que con una cadencia pausada se fueron desnudando el uno al otro entre miradas temblorosas, risas y dedos torpes. Caronte recordaba de memoria el mapa del cuerpo de la chica. Cameron desnuda era como volar. Y de entre sus piernas salió flotando un signo de admiración. Se amaron durante toda la noche entre recuerdos de revoloteos y sábanas blancas. Hasta que los dos se

quedaron dormidos casi sin darse cuenta.

Cameron abrió los ojos cuando un rayo de sol maleducado se coló por una rendija de la destartalada persiana, parecía que había comenzado una nueva era más que un nuevo día. Era tan feliz en ese momento. Decidió que ese sería su mejor recuerdo de Caronte: observarlo mientras dormía tranquilo y calmado. La imagen sobre la que pivotarían el resto de sus recuerdos. Parecía un sueño, así que como siempre buscó una excusa que le confirmara que lo que allí estaba pasando era real. ¿Realmente había pasado la noche con Caronte? El momento era mágico,

posiblemente el mejor de su vida, así que se autoimpuso una prueba difícil. Pensó: «si en el próximo minuto suena un teléfono, estaremos juntos para siempre». Pasaron unos segundos interminables, y otros, y otros. Ya casi estaba vencido el minuto así que en el rostro de Cameron empezó a dibujarse un gesto de tristeza como pocas veces había sentido. Tan cerca. Tan lejos. En eso, el teléfono móvil de Gabriel comenzó a sonar. Nadie podría haber borrado la sonrisa que se dibujó en su cara.

El sonido estridente era el teléfono de su teléfono móvil. Alguien lo estaba llamando. Inundaba la habitación y

rompía el silencio con la precisión de un cuchillo. Perturbaba el descanso de Caronte de tal modo que el ruido se incorporó a su propio sueño como un elemento extraño e inverosímil que nada tenía que ver con lo que estaba soñando en ese momento. Tal es el poder de la mente mientras estamos durmiendo. Lógicamente, tanto alboroto terminó por despertar a Gabriel de súbito. Abrió los ojos de par en par y reconoció cada rincón de su apartamento. Se incorporó y quedó sentado sobre su cama, con su torso desnudo recibiendo las primeras caricias de la brisa marina.

Era Yann el que llamaba sin parar. Al parecer la noche había sido bastante

ajetreada y en unos segundos puso al día a Gabriel Caronte de las últimas noticias. Roberto, un miembro que La Organización mantenía infiltrado dentro de la comisaría de policía había sido asesinado brutalmente.

Caronte se despidió de Yann y notó que su cuerpo empezaba a desentumecerse al tiempo que su consciencia también se despertaba. Había tenido sueños agradables aquella noche y aunque recién despertado, estaba de muy buen humor. Solía ocurrirle que cuando durmiendo tenía sueños bonitos, el resto del día lo pasaba con un estado de ánimo formidable, como si parte de ese sueño

hubiera trascendido a la realidad y ahora formara parte de su vida. Hoy era uno de esos días, era como si todo cobrara sentido y se sintiera más cómodo consigo mismo, como si sus sueños se hubieran organizado de tal modo que hubieran provocado un nuevo orden en su caos.

Caronte se puso una camiseta blanca que hasta entonces descansaba en el respaldo de una vieja silla de madera. Cogió sus pistolas y se las aseguró en la cartuchera de cuero negro que rodeaban su espalda. Se puso una delgada chaqueta negra que disimulaba el arsenal que llevaba junto a su pecho y se precipitó hacia la puerta, no sin antes

abrir la nevera y echar un largo trago de leche bebiendo directamente desde el cartón. La misión era urgente y salió a toda prisa de la habitación. Cuando ya estaba junto a la puerta con su mano sujetando el pomo, echó un último vistazo atrás. Miró a Cameron cuyo cuerpo desnudo se escondía entre una marea de sábanas blancas dibujadas sobre las arrugas de la cama. De repente, Caronte compuso una sonrisa pícaro y salió dejando tras de sí los ecos de un portazo.

LIBRO OCTAVO

EL FINAL ES EL COMIENZO

El sueño de mi voz era escribir un libro para hacerle evocar a mi alma, lugares que mi mente ya no recordaba.

Escribo para ti, pero sólo si realmente me quieres escuchar. Mi alma se rompió en mil pedazos y con ellos pude escribir este libro. Si nunca te has sentido insignificante ante la inmensidad del universo, si nunca has escuchado mil veces la misma canción, si el mundo no se te queda pequeño, quizás este libro no haya sido para ti. En cambio, si has soñado despierto tantas y tantas veces, habrás encontrado un refugio para tus pensamientos perdidos.

El ser humano es tan insignificante ante la inmensidad de la Humanidad. ¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué desde el principio nos hemos empeñado en acabar con la vida de los otros? ¿Acaso

no es suficientemente grande el planeta para convivir todos juntos? El pueblo que desconoce su historia está condenado a repetirla. Posiblemente esta afirmación resume gran parte de la propia condición del hombre. No sabemos por qué una persona se puede armar de odio hasta los dientes y acabar en un sólo instante con el horizonte de la persona que estaba destinada a cruzarse con su locura. ¿Qué tiene el mal para conseguir que se pueda manifestar en una persona ese lado oscuro que todos tenemos? Esa máscara de maldad que se apodera de alguien hasta hacerlo enloquecer y provocar la sequía de su ya escasa sed de vida.

No más lunes. El estrechamiento del cerco de la muerte pende sobre nosotros de forma irremediable. El cauce se extravía en la noche de los tiempos y todo el río se lamenta entre sollozos. La soledad. El vacío. El odio. La locura. Te buscan. Durante la combustión de la llama has tenido la oportunidad de tenerlo ante ti, de mirarlo a los ojos. Durante un instante, poder olerlo, sentir el miedo en estado puro. Está ahí y no debes ignorarlo.

Existen sicarios del terror capaces de impedir que sigas tu camino, nefastos ideales que te arrojan al destierro para siempre, alejándote de tu reino de los sueños, al que no podrás regresar jamás.

Rapidez. Y de improviso, lentitud, que marca el momento fatal enmarcado en un primer plano. Sentimientos violados que no dudan en clavarte banderas lentamente hasta caer desplomado a las profundidades de la laguna sin poder hacer tierra en la otra orilla.

Nada en la televisión. Sólo promesas de un mundo mejor, de un cambio que todos sabemos que no va a llegar. El presente se ha convertido ya en un futuro lo suficientemente distópico como para preocuparse por él. El planeta está cambiando, cada día nos está dando señales pero nosotros volvemos la cabeza hacia otro lado con demasiada frecuencia, como si no fuera

con nosotros, como si no fuera contigo. El fin del mundo no vendrá en naves espaciales o en meteoritos que arrasan siempre la misma ciudad. No. Vendrá poco a poco casi sin darnos cuenta. El orden del mundo cambiará y deberemos adaptarnos a él, como siempre lo hemos hecho. Los cultivos comenzarán a esquilmarse, la superpoblación desbordará los límites de los continentes, la atmósfera se hará cada vez más insoportable y tendremos que adaptarnos. Buscar soluciones, explorar el universo en busca de respuestas. ¿Y si empezásemos de cero? ¿Cometeríamos los mismos errores? Ten por seguro que sí.

De nuevo nada en la televisión. Así que buscas a tientas una película que pueda calmar tus ilusiones de encontrar buenas historias. Una serie de televisión que ponga de manifiesto el triunfo del antihéroe y que haga una radiografía de la deconstruida sociedad que estamos viviendo.

La televisión nos envía imágenes de nuestra propia condición y ahora además se atreve a espiar a las familias que han sido herederas de su catódico legado desde hace décadas; unidades familiares fragmentadas y cabezas de familia alienados por un sistema de vida que no entienden y que les va consumiendo. Pero nosotros, como ávidos

espectadores, nos sentimos atraídos por colarnos en las vidas de esas personas y ver todos sus miedos, deseos e inseguridades, desde la tranquilidad que nos brinda nuestro sillón. Quizá eso nos hace sentirnos mejor con nosotros mismos, menos vulnerables.

De entre todos los programas que escupe mi televisor, las series televisivas son las únicas que se atreven a contar las historias que hace tiempo dejaron de proyectarse en el cine. La búsqueda del antihéroe y la desmembración en antena del padre de familia. Es la muerte del padre que anhela el mito de Edipo. Celebramos los defectos, impulsos y tonos grises de

unos personajes a los que ahora sí, podemos ver evolucionar episodio tras episodio, por fin entendemos que es lo que pasa por la cabeza de nuestros protagonistas favoritos, a los que aceptamos tal y como son, defectuosos. Como todos nosotros.

No obstante, la otra corriente catódica sigue empeñada en desnudar las vergüenzas de unos tipos corrientes, observar su vida en directo es tan patético como vibrante. ¡Son iguales que nosotros! De la mano y avanzando un paso más allá, un paso por otro lado predecible y justificado por ese ansia de observar desde nuestro sofá a gente corriente, la sociedad ha evolucionado a

programas de realidad en directo. Todos tenemos un lado oscuro, y ese alter ego ansía fisgonear las debilidades y defectos de los demás.

Buscan escudarse en una especie de experimento sociológico, de estudio del comportamiento humano o de observación de la reacción humana ante ciertos estímulos. Nada más lejos de la realidad. La vida en directo. Es un buen slogan. Lo guardaré en mi cajón de cosas inútiles. Suena interesante, incluso parece, ciertamente, un esfuerzo apreciable, pero, hay gato encerrado, una jauría de gatos encerrada dentro de una casa rodeada de cámaras y en la que la artificialidad no permite que desde

fuera pueda verse el programa más allá de lo que es, una obra de teatro, en la que, si bien, los actores no tienen guión, sí están cuidadosamente buscados y colocados para provocar ciertas disputas, enamoramientos, y poco más, porque al final lo que se necesita en televisión, y más aún, en la telerrealidad no va más lejos de sacar las miserias humanas y presentárselas en bandeja al público, que busca enfocar la rabia contenida, el desasosiego y el cansancio del trabajo en una caja que nos turba la mente y nos absorbe hacia su interior irremediablemente. ¿En qué momento, la televisión pasa de ser una fábrica de sueños para convertirse en un nido de

serpientes en el que cada persona tiene que vender su vida y su miseria por un momento de protagonismo morboso, mientras que el público espera sediento a que el periodista de turno nos ofrezca su cabeza en bandeja de plata?

Es la era de un nuevo concepto cultural y televisivo. Una h́iper saturaci3n de programas donde se deja entrever una mezcolanza que tiende a unificarlo todo, a realizar un aglutinamiento de informaci3n, entretenimiento y publicidad en sus diversas formas con el 3nico fin de obtener rentabilidad en base a la captaci3n de audiencias. De todos los g3neros, violados y pisoteados, el

género informativo es el que más ha sufrido esta contaminación, donde prima más la audiencia que el rigor por la información. El término medio de comunicación está viendo como su esencia se escapa entre sus dedos a cada pulsación de una tecla. Lo que prima es la obtención de imágenes impactantes o sugerentes, aunque el trasfondo de la noticia sea una auténtica nimiedad con respecto otros temas con más sustancia pero carentes de emoción, acción y exotismo. Es la época del *infotainment*.

Nos sentimos seguros en nuestra torre de marfil en la que no nos puede ocurrir nada. Panopticismo mediático. Esta palabra surgió durante el siglo

XVIII, más bien en el ámbito de la arquitectura. Se decidió experimentar con un nuevo orden de construcciones basadas en una estructura central y elevada sobre la cual una persona podía tener visibilidad plena del resto de la construcción. Esta tendencia fue empleada para proyectar diversas prisiones y otros edificios sin tener un éxito importante. En esta época hay una preocupación constante por la vigilancia, de forma paralela al desarrollo de los derechos sociales. En nuestra sociedad, el desarrollo de las nuevas tecnologías ha provocado una incesante búsqueda de la articulación y coordinación humana, que por ende nos

lleva al aumento exagerado por el control (controles de acceso a oficinas, parkings, claves personales, números pin, códigos puk), por proteger a la sociedad a costa de vender el alma al diablo que nos priva de nuestras libertades y derechos. Desde siempre, este ansia por controlarlo todo, por vigilarlo todo, ha sido instrumento fundamental para el desarrollo de grupos dominantes que tratan de ejercer un poder sobre la sociedad u otras personas. En la actualidad somos víctimas del propio progreso tecnológico que marca el desarrollo de nuestra época. Este desarrollo tecnológico, no hace más que

proyectarse artísticamente en una ensoñación distópica que por otro lado nos atrae. Es nuestro lado oscuro haciendo de las suyas. El desengaño y la ruptura con la realidad son elementos presentes en todas las formas de pensamiento hoy en día.

Desastres naturales, plagas, virus que saltan del Reino Animal al Hombre, invasiones alienígenas, enfrentamientos fratricidas o máquinas de apariencia humana que son creadas para colaborar con las personas en la realización de diversas tareas, hasta que una partida, la más perfeccionada y prácticamente similar al Hombre en cuanto a su comportamiento y conductas afectivas

nos clava un puñal por la espalda. En nuestro subconsciente tecnológico siempre está presente la duda de nuestra propia condición humana. Nos gusta jugar a ser Dios, pero también nos da miedo. ¿Acaso no se trata de eso? ¿De sentir la adrenalina? ¿Se desencadenará una guerra entre hombres y máquinas? Replicantes que decían en aquella peli. Parece que estamos llamando a las puertas del caos, de tanto invocar al desastre, terminará por hacerse real. De modo que el mundo queda destruido y comienza una nueva era de tiranía por parte de la tecnología sobre los humanos. Incluso el hombre puede ser empleado como la principal fuente de

extracción de energía. La opresión tiránica de la tecnología como destino para el hombre, al cual se designa como principal responsable de ese progreso que puede acabar paradójicamente con la raza humana. En definitiva, los avances de la ciencia llevados a su extremo más absoluto.

En la sociedad de los medios de comunicación de masas, son los medios a través de las nuevas tecnologías, los que ocupan ese lugar privilegiado, desde el cual se puede tener acceso a cualquier información, en tiempo real, en cualquier lugar del planeta. Esto no nos lleva a una perspectiva idealista sino apocalíptica. Los medios nos

emiten una imagen global y resumida de lo que pasa en el mundo, tratando de imponer un pensamiento único y globalización Cada vez más, todos los habitantes de nuestro mundo parecemos haber sido cortados por el mismo patrón, tan predecibles y estereotipados como uno de esos replicantes, o como alguna de esas informaciones que hoy en día encontramos al acceder a cualquier *mass media*.

Hay quien piensa que los cataclismos y desastres naturales son la medida extrema que la naturaleza perpetra para controlar al hombre, para controlar nuestro crecimiento exacerbado; un plan macabro que otorga

a la Naturaleza el tratamiento de un dios consciente y cognitivo que nos controla. ¿Será así en el resto de planetas de la galaxia? Abre bien los ojos. El mundo está cambiando. Estamos en una época de experimentación mediática en los ámbitos políticos y sociales, una época en la que parece que todo vale y todo puede ser justificado. Los medios se hallan continuamente probando nuevas cosas, nuevos formatos, creando discursos irreales basados en puras anécdotas, hasta comprobar finalmente a dónde pueden llegar y a dónde les vamos a permitir llegar. En este sentido, somos los propios consumidores de medios, los que vamos a tener la última

palabra. Asistimos casi sin darnos cuenta a la fragmentación política de los partidos convencionales que no han sabido prever este cambio y que una vez encima, tampoco parecen preocupados por adaptarse. El nuevo líder global tendrá que saber moverse como pez en el agua en una sociedad informatizada, tecnológica y sobre todo globalizada, donde los pensamientos van y vienen desde cualquier rincón del planeta. No fluimos hacia un pensamiento único, pero sí hacia una democratización y globalización de teorías, culturas y formas de pensar. Los medios de comunicación, con especial importancia de la televisión, han sido la herramienta

fundamental para conseguir la llamada democratización del arte, del mundo del espectáculo. La falsa impostura del que pretende comprender las nuevas necesidades de la población sólo vende el humo que unos pocos quieren comprar. Las nuevas y válidas figuras políticas saben remangarse y bajar al barro, conocer a los que van a colocarlo por méritos propios en el lugar más alto del Estado y hacer suyos unos medios de comunicación que hasta ahora se tenían como impensables. Acercarse a la ciudad. Nada más y nada menos.

En esta ciudad, cada abeja debe saber adoptar el punto de vista de la otra, de modo que al observar a sus

vecinos acepta irremediablemente la sociedad que le ha tocado vivir, de hecho se transforma al igual que ellos en un perfecto figurante más, es un buen marido, un buen trabajador, un buen vecino y mejor amigo. Es un proceso fútil, estandarizado y de tintes freudianos.

En la era de la postmodernidad se produce el triunfo del componente emocional. No es importante la producción del sentido, del bien o del hombre en sí mismos sino la apariencia del concepto. Por ejemplo, la publicidad cada vez más nos trata de estimular empleando argumentos emocionales y no racionales o informativos. A la orden

del día encontramos anuncios publicitarios de una marca de coches, donde el vehículo en cuestión en ocasiones ni llega a aparecer, se juega más bien con experimentar sensaciones.

En esta era, se rompen las reglas del juego básicas. Ahora son las personas las que se adentran dentro del arte, de las obras. El mundo como una gran instalación en la que nos adentramos. Es el inicio de la gran cultura global, de modo que la única manera posible de tratar de escapar de ella es, moviéndote dentro de esa misma cultura globalizadora. Gente que abandona su país en busca de respuestas y que llegado a determinado punto, se siente

par-te del planeta, olvidando los rastros de su ciudad de origen. Todos pertenecemos a este mundo y de ti depende querer conocerlo, formar parte de él. ¿Estás dispuesto a huir de tu país para formar parte de una sociedad que en principio no te corresponde? El mundo se está convirtiendo en un suburbio de grandes guetos en los que la sociedad se agrupa por núcleos homogéneos que comparten una cultura y unas tradiciones, sin realmente interactuar con aquellos que te acogen. Cuando estás fuera la añoranza de otras costumbres, de tus seres queridos, es una losa demasiado pesada para cargar con ella en tu mochila durante mucho

tiempo. ¿Pero qué ocurre cuando el hijo pródigo regresa a su tierra prometida y siente anhelo por aquellas tierras y aquellas personas que ha dejado atrás? Cruel premio para el valiente, un premio que lo acompañará durante el resto de su vida, atormentándolo.

La vivencia de experiencias se ha comercializado, colonizando territorios de la individualidad y de lo colectivo, de modo que parece que lo únicamente mío son mis propias vivencias pero, ¿y si estas vivencias no fueran mías? ¿Cuántas veces no hemos pretendido cambiar, un ápice, algo de nuestra vida? Y al intentar plantearlo nos hemos visto abrumados por esta sociedad que te

absorbe. Tenemos la libertad de soñar sin límites, el límite nos lo pone la cruda realidad en forma de ataduras, tan imprescindibles, que no te dejan llevar a buen fin esos sueños. Dentro de este plano físico debemos destacar la imagen de hogar, ese hogar que toda persona necesita, el resguardo frente a la vida misma, ese lugar donde poder refugiarte del mundo. La vida es sueño que decía Calderón. La idea de fugacidad de la vida da lugar a dos actitudes contrapuestas: por una parte, la exaltación de lo religioso, por otra, el afán por disfrutar de la vida. Se producen tensiones entre la vida y las ideas, entre una actitud vitalista y un

estricto sentimiento religioso que condena lo mundano. Yo te digo, vive la vida como si fuera tuya, no la de nadie más, y vívela como si cada segundo fuera el último. Las cosas buenas recuerda que sólo pasan una vez en la vida. La única manera de pasar tu tiempo es atreviéndote a todo, a pulsar el botón que cada uno debemos encontrar. No te preocupes, si lo pulsas volverás a casa a tiempo para la cena. Ya habrá momento para el arrepentimiento, para echar la vista atrás. Y cuando lo hagas, ¿qué es lo que quieres ver? El sueño de mi voz era escribir un libro para hacerle evocar a mi alma, lugares que mi mente ya no

recordaba.

EPÍLOGO

Tras la muerte de Caronte, los días progresaron tranquilos pero a duras penas. Eran días que avanzaban poco a poco. Ya no había prisa por llegar al final de los acontecimientos. Los días se

convirtieron en un gusto adquirido. Las recientes lluvias dejaron paso a días soleados, como solía ser costumbre y el mar recuperó su característico color azul serenidad.

El día en que los policías y Marc acorralaron a Gabriel y acabaron con su vida, Atalanta llegó demasiado tarde al Estigia para tratar de evitar aquella venganza personal que hacía tiempo que había perdido todo el sentido, dejando atrás sus argumentos de justificación. Atalanta hacía tiempo que llegaba tarde a todos los sitios, se sentía como un viejo elefante anquilosado al que la manada deja atrás. El mundo corría a un ritmo, demasiado frenético, un ritmo que

él ya no estaba dispuesto a seguir. Así que siempre se echó en cara el no haber sabido darse cuenta de las intenciones de Marc Falco. Con él precisamente, se tropezó al cruzar el umbral de la puerta del café. Todo ensangrentado y con el rostro desencajado. Atalanta lo agarró por el brazo, en parte para que no cayera al suelo, pero sobre todo para dejarle constancia de que se había pasado de la raya y que jamás lo ayudaría en nada más. Marc Falco pareció entender el mensaje implícito, así que casi no se atrevió a mirar a los ojos de Atalanta y mantenerle la mirada al que había sido uno de sus mentores. Sin más, casi chocándose contra el cuerpo del viejo

detective al que ahora veía como a un coloso, abrió la portezuela del Estigia a duras penas y gravemente herido, y salió de aquel cadalso sin volver la vista atrás. La espalda de Atalanta expresaba sentimientos más locuaces que un pelotón de charlatanes hablando de esto o de lo otro. Así que Marc se sintió solo en el mundo y huyó.

Atalanta había pasado los últimos días preparando todo para presentar su dimisión irrevocable del cuerpo de policía. Le que-daba poco para su jubilación pero pasar un día más junto a esa pandilla de corruptos se le antojaba un auténtico infierno. Así que ahora el

viejo disponía de muchísimo tiempo libre que pensaba invertir en su hija, lo único que lo mantenía atado a este mundo. Su hija no podía estar más contenta, era como recuperar a un padre al que creía perdido desde hacía mucho tiempo. Atalanta por su parte le dedicaba toda su atención y la había acostumbrado en muy poco tiempo a un continuo ir y venir de agasajos. El que más le gustaba a Beatriz era que su padre subiera las escaleras de su habitación portando en una bandeja, un desayuno con sabor a buenos días. Le abría las cortinas lentamente. La acariciaba con dulzura mientras ella abandonaba el mundo de los sueños para

descubrir una realidad que empezaba a disfrutar.

Nunca nadie supo qué fue de Marc Falco desde el día que abandonó el Estigia. Alicia pensaba a menudo en él. Quizás no muriese debido a las profundas heridas que Caronte le produjo. Lo que estaba claro es que ya no estaba en la ciudad. Nadie lo había visto nunca más. Posiblemente tuvo que huir de aquella ciudad que lo vio nacer y en la que un día, aunque fuese por poco tiempo, conoció la felicidad. Así que ese sería el peor castigo que podría conocer, exiliado y deambulando con la única compañía de unos tormentos que lo seguirían el resto de su vida, allá

donde fuese.

Aquella mañana Alicia, se dirigía hacia casa de Cameron. En los últimos días no la había dejado ni a sol ni a sombra. Todos estaban realmente preocupados por su estado de salud, sobre todo su abuelo Capriati, que había aumentado el consumo de sus caramelitos en progresión constante. Alicia le llevaba cafés, dulces, le limpiaba la casa o le hacía la comida. Pero Cameron no quería hablar con nadie. Ya no tenía nada que decir. Las primas vivían cerca la una de la otra, y en lo que ahora recordaban como buenos tiempos, solían ir juntas hacia la estación de tren para acercarse a la

ciudad o ir a trabajar al cuartel de oficinas acristaladas que MASK, tenía como lugar de operaciones. Así que aprovechando el buen tiempo, Alicia salió pronto de su casa paseando por la orilla de la playa. A los pocos minutos divisó la casa de Cameron y apretó sus pasos para llegar lo antes posible y ver si su prima había mejorado desde la noche anterior. Cameron no quería que nadie durmiera con ella. Como de costumbre, entró en el recinto que rodeaba la casa y en el cual unos días antes, Marc y Gabriel habían luchado a muerte tras su caída desde la ventana. Alicia subió unos peldaños que servían para dar la bienvenida al pequeño

dúplex con vistas al mar. La chica sintió el aire fresco en el rostro y el salitre rozando sus labios. A lo lejos el sonido inconfundible de las primeras gaviotas que empezaban su jornada. Llamó al timbre distraída. Sin darse cuenta, pasaron varios segundos sin que se oyera el menor ruido desde el interior de la casa. Así que casi de forma inconsciente volvió a llamar al timbre esta vez de forma más prolongada e insistente. Como respuesta sólo obtuvo un locuaz silencio que lo decía todo. Cameron se había marchado para siempre.

Alicia abandonó la casa y se dirigió hacia la estación. Cogió el tren de las

nueve y cuarenta, que llegaba al andén principal tan puntual como siempre. Llevaba el uniforme color verde oscuro del videoclub que regentaba, una de las muchas tapaderas que MASK tenía en la ciudad para lavar dinero. La ropa no era ningún alarde de alta costura, ni pretendía serlo. Un pantalón oscuro y una camiseta de manga corta, lo suficientemente sexy como para permitirse colocar un letrerito con su nombre: «Alicia. Encargada». Entró en uno de los vagones y se arremolinó junto a una de las ventanillas que miraban distraídas a la costa y al gran paseo marítimo. Se sentía triste, pero también por momentos aliviada. Saber que

Cameron iba a buscar su camino después de tanto tiempo hacía que ella misma se abrazara con más fuerza conforme el tren iniciaba su rutinario trayecto. Se pasaba las manos por sus brazos como para calentarse, pero el día era lo suficientemente caluroso para saber que ese gesto implicaba mucho más.

A lo lejos vio a un grupo de niños jugando con una pelota. Al parecer uno de ellos se disponía a lanzar un penalti. Desde esa distancia se podía ver el olor de la solemnidad que embriaga ese tipo de situaciones. Para aquel niño quizá ese fuese uno de los momentos más importantes de su vida, uno de los que

marcaría su infancia. Ganarse el respeto de todos sus compañeros de juegos no era ninguna minucia.

Alguien la arrancó de sus pensamientos al tropezarse con el único pie que la chica mantenía clavado en el suelo. Ella era más de soñar despierta. Se trataba de un chico de unos treinta años que llevaba una mochila amarilla de las que se usan para transportar un ordenador. De forma educada le pidió perdón y ella le sonrió. Como empujado por algún sentimiento de confianza motivado por esa sonrisa, el chico sintió cómo su cuerpo le ordenaba que se sentara enfrente de aquella joven que hasta hacía unos segundos miraba por la

ventana. Esas cosas del destino. Aquel chico era Drake, que había cogido el primer tren que había encontrado para dirigirse hacia las oficinas de MASK y reunirse con Capriati.

Según habían estado hablando en los últimos días, Drake dejaría de trabajar para La Organización ya que había decidido pasar el resto de su vida viviendo del botín que había conseguido acumular durante tantos años, asaltando sucursales bancarias y bases de datos desde la distancia solitaria de su ordenador. Capriati sabía desde el principio que ese momento llegaría, así que en aquella reunión no le pondría ninguna objeción a ese prematuro plan

de jubilación. Drake y Alicia no se conocían aunque habían pasado por muchas cosas juntos sin ellos saberlo. Sus piernas entrechocaban constantemente con cada traqueteo del vagón. Así que Drake tuvo que volver a pedir disculpas. Alicia como motivada por una de esas reglas de conducta o contratos sociales que tan alegremente firmamos cada día, se reubicó en su asiento y adoptó una postura más correcta.

—Perdona, *Alicia Encargada* —le dijo Drake mirando con un ademán sobreactuado el letrerito que colgaba de la camiseta verde de la chica—. Ya no quedan muchos sitios libres en este tren.

—No te preocupes ¿A dónde vas?

—le dijo Alicia.

—A ninguna parte. A cualquiera.

Lejos. Muy lejos. Si das la vuelta al mundo y visitas el continente más enigmático del planeta, podrías encontrar a Cameron. Australia es el lugar con los mejores amaneceres, pero ver un atardecer en ese país y observar como el sol se esconde mientras las estrellas se van posando en el cielo, es algo que cualquier persona debería poder ver. Vivía desde hacía unos meses en una casita blanca de techos altos, rematada con contraventanas de color rojo, y casi incrustadas en la arena de la

playa de Manly, uno de los barrios más bonitos de la ciudad de Sidney. Andaba descalza a todas horas y en ese momento se disponía a salir de casa para dar un paseo por la playa. Le encantaba la sensación de sentir la arena resbalando entre los dedos de sus pies a cada paso. Se acercó a la orilla y se sentó. Era muy temprano pero el sol ya empezaba a despuntar. En esta parte del mundo la gente aún no se había despertado y en la otra, comenzaba una frenética noche, otra más. Las olas luchaban por acariciar su cuerpo pero no lo conseguían. A lo lejos, podía divisar el embarcadero que atendía el devenir de los primeros ferris, con sus

característicos colores amarillo y verde. Como de costumbre, Cameron llevaba algo en su mano. Era su viejo teléfono móvil del que casi no podía despegarse. Volvió a marcar el buzón de voz de Gabriel Caronte, el único número que mantenía en la agenda electrónica de contactos. Se acercó el teléfono a su oreja y escuchó de nuevo la voz de Gabriel: «Hola. Soy Caronte. Deja tu mensaje». Era él. Su voz. Respiró profundamente manteniendo el aire en sus pulmones durante unas fracciones de segundo más de lo habitual. Y con gesto decidido arrojó el teléfono hacia el océano. Jamás volvería a oír su voz. Sus ojos parecieron entender la situación

antes que su cerebro, así que de ellos brotó un mar de lágrimas. Y allí permaneció unos instantes, no sabría decir por cuanto tiempo, hasta que una ola le acercó algo hacia sus pies. Al principio no sabía de qué se trataba. Luego alcanzó con su mano aquel extraño objeto que el mar le había traído y lo observó. Era un patito de goma amarillo. En su rostro se dibujó una sonrisa. La primera desde hacía mucho tiempo.

